

PRESENTACIÓN

En el prólogo de un libro similar a éste —una compilación de textos al cumplirse veinticinco años de la muerte en combate del presidente Salvador Allende— la que fue su jefa de Prensa, la destacada periodista Frida Modak, analizó el porqué del odio cerril con que la dictadura fascista quería “sepultar al hombre al que, a pesar de todo, no podían terminar de matar”. La explicación, dijo, la proporcionó sin ambages Nathaniel Davis, embajador norteamericano en Chile en esa época, en las primeras páginas de su libro titulado *Los dos últimos años del gobierno de Salvador Allende*. Allí, el diplomático señaló que para su país el triunfo de Allende en 1970 era más peligroso que la existencia de la Revolución Cubana. Este expositor no hizo más que conceptualizar lo que su jefe, el entonces todopoderoso secretario de Estado, Henry Kissinger, emprendió desde el momento en que la victoria de la Unidad Popular parecía un hecho: reunió en Washington al Comité de los Cuarenta para diseñar una estrategia que incluyó caos económico, acciones paramilitares, ofensiva de propaganda, financiamiento a sectores derechistas y división e infiltración dentro de la izquierda. En ese plan la CIA, según reconoció su ex-director, Richard Helms, fue autorizada a emplear cuatrocientos mil dólares para financiar a diversos medios de comunicación chilenos, entre ellos al “imparcial” periódico *El Mercurio*.

La historia se repite y los métodos son idénticos a los que inauguró el nazifascismo en la década de los años treinta: las campañas mediáticas, la manipulación de los espíritus, las mentiras reiteradas hasta que se convierten en una “verdad”, la subversión clandestina y la guerra abierta. El 11 de septiembre en Chile llevó en nuestros días a otro 11, aunque esta vez de abril, al golpe de Estado en Venezuela contra el presidente Hugo Chávez, y en el espejo del golpista Carmona se reflejó con nitidez la faz pinochetista. “Un crimen perfecto”, dijo el politólogo y director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, en un artículo en el que analizó que el espíritu de la “Operación Cóndor”, que durante los años 1970 y 1980 consolidó las dictaduras en América del Sur, parecía que estaba condenado. “Después del 11 de

septiembre del 2001, el espíritu guerrero que sopla sobre Washington —afirmó— parece haber abandonado esos escrúpulos.” El grupo nazifascista en el poder —Rumsfeld/Cheney/Bush, para sólo mencionar a sus mayores exponentes— no dirige sus apetitos a un solo país y ahora manifiesta su potencia frente al mundo: “Quien no está con nosotros, está con los terroristas” y se realizarán ataques “preventivos” en “cualquier oscuro rincón” del universo. Para esto basta con proferir las goebbelianas mentiras de Estado, como en el caso de las armas de destrucción masiva que justificaron la invasión al pueblo iraquí, y la fundamentalista y descabellada lista de países que, para los Estados Unidos, configuran el “eje del mal”. Los hechos les dan la razón a Ramonet y a tantos analistas de diversas procedencias que confirmaron los mismos puntos de vista: los dos 11 de septiembre están hoy unidos por un mismo cordón umbilical, son siameses. Así se reflejó incluso en la película “11-09-01”, del francés Alain Brigand, quien convocó a once realizadores de distintos países para que esgrimieran sus pensamientos e imágenes sobre los nefastos sucesos de las Torres Gemelas. Las palmas se las llevó el británico Ken Loach, con una historia que se calificó como incómoda: un músico chileno, Wladimir Vega, dirige sus condolencias a una de las familias víctimas de aquel atentado terrorista, pero asimismo se duele del golpe genocida del ‘73 en su Chile contra el gobierno legalmente constituido.

Los textos que siguen a continuación —en esta obra publicada por el Instituto Cubano del Libro ante los treinta años del golpe de Estado en Chile— son, a la vez, memoria y actualidad, recordatorio histórico y advertencia analítica para las amenazas nazifascista de hoy.

JORGE TIMOSI
Coordinador

CRONOLOGÍA DE LA ESCALADA FASCISTA CONTRA EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

1970

22 de enero

El senador Salvador Allende Gossens, socialista, es designado candidato presidencial por la coalición de partidos y agrupaciones denominada Unidad Popular (UP), que integran los partidos Socialista, Comunista, Social-Demócrata, Radical, Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y Acción Popular Independiente (API). Se le oponen como candidatos el ex-presidente Jorge Alessandri Rodríguez —Partido Nacional— y el ex-senador Radomiro Tomic, por la Democracia Cristiana (DC).

4 de setiembre

Más de tres millones de chilenos votan para presidente. La UP logra 1 075.615 votos (36,4 %); Alessandri 1 036.278 (34,9 %); y Tomic, 824 849 (27,8 %). Según la Constitución, como ninguno de los candidatos logra mayoría absoluta, corresponde al Congreso decidir quién será el presidente, aunque la tradición observada se inclinó siempre por la primera mayoría. Entretanto, la ITT (*International Telephone & Telegraph*), otras empresas norteamericanas y la CIA, en colusión con financistas, comerciantes y políticos de la derecha y de la DC, procuran activamente impedir el acceso de Allende al poder.

22 de octubre

Un comando derechista trata de secuestrar al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, para que la conmoción resultante incline al Parlamento contra Allende. Los terroristas disparan contra Schneider, quien morirá pocos días más tarde. Casi al mismo tiempo, en el Senado y la Cámara de Diputados finaliza la tramitación del Estatuto de Garantías, que se agrega a la Constitución chilena y por el cual la Unidad Popular solemniza su compromiso de respetar las libertades y leyes del país.

24 de octubre

El Congreso elige a Allende presidente de la República por 153 votos contra 35 para Alessandri y seis en blanco.

4 de noviembre

Asunción a la Presidencia por Allende.

11 de noviembre

Decretos para reducir el alza del costo de la vida.

12 de noviembre

Son puestos en libertad todos los detenidos y condenados por razones políticas.

14 de noviembre

Restablecimiento pleno de relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba.

31 de diciembre

Son nacionalizados los yacimientos de carbón de Lota, Coronel y Arauco (500 km al sur de Santiago de Chile).

1971

5 de enero

Se establecen relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con la República Popular China.

10 de enero

Primer enfrentamiento de Allende con los jueces de la Corte Suprema de Justicia, ante las objeciones de éstos al programa de Allende.

16 de enero

La policía frustra un atentado contra Allende, al descubrir cuatro cartuchos de dinamita en un jarrón de barro que adorna la entrada a la residencia presidencial veraniega en el balneario de Viña del Mar.

12 de febrero

El gobierno compra la editorial *Zig-Zag*, la más importante del país.

19 de febrero

Se acelera el plan de expropiación de fondos de más de 80 hectáreas. Los campesinos se adelantan a los actos legales y se suscitan enfrentamientos. Ante la alternativa, los propietarios inician una política de desmantelamiento previo, desprendiéndose de sus planteles de ganado, para perjudicar los planes gubernamentales de fomento a la producción.

12 de marzo

Se dispone la incautación y el control de ciertos bancos privados.

4 de abril

Comicios municipales para cubrir 1 653 cargos de alcaldes y regidores en 280 comunas. La Unidad Popular obtiene el 49,73 % de los votos y el 47,57 % las fuerzas de la oposición, encabezadas por el Partido Demócrata Cristiano.

25 de mayo

El gobierno nacionaliza las empresas textiles más importantes del país.

27 de mayo

El gobierno requisita la planta de la *Ford Motor Company*, cerrada por sus propietarios.

8 de junio

Se produce el asesinato del ex-ministro del Interior del presidente Frei, Edmundo Pérez Zujovic. Se decreta el estado de emergencia en Santiago y la policía descubre y da muerte cuatro días después a los responsables.

11 de julio

El Congreso sanciona por unanimidad, y a requerimiento de Allende, una reforma constitucional para nacionalizar la gran minería del cobre. Se proclama a éste “Día de la Dignidad Nacional”.

18 de julio

En elecciones complementarias por una banca de diputado en Valparaíso, el democristiano Oscar Marín, con el apoyo del Partido Nacional, obtiene el 50,16 % de los votos, contra el 48,51 % logrado por su oponente socialista, Hernán del Canto.

23 de julio

Allende se reúne en la provincia argentina de Salta con el presidente, general Alejandro Lanusse, en su primera salida al exterior desde que asumiera el poder. Visita también Perú, Ecuador y Colombia.

30 de julio

Escisión en la DC: seis diputados se marginan y constituyen el Movimiento de Izquierda Cristiana para apoyar a Allende.

3 de agosto

Escisión en el Partido Radical: cinco senadores y siete diputados crean el Partido de Izquierda Radical (PIR) y se comprometen a continuar en el apoyo a Allende.

12 de agosto

El Banco de Exportación e Importación de los Estados Unidos descarta una solicitud de crédito por veintiún millones de dólares eleva-

da por Chile para la compra de aviones comerciales. Los Estados Unidos anuncian que no acordarán nuevos créditos a Chile mientras no se pague indemnización por las empresas norteamericanas confiscadas.

11 de octubre

Contra la petición de las empresas *Anaconda* (minas de Chuquicamata y El Salvador) y *Kennecott* (mina El Teniente) de indemnización por la nacionalización de sus pertenencias dispuesta en julio, el contralor general de la República resuelve, en fallo oficial, que la primera de ellas adeuda al Estado chileno setenta y ocho millones de dólares y la segunda, trescientos diez millones de dólares, por lo que no corresponde compensación alguna, de acuerdo con los análisis contables, peritos y expertos. Se admite en cambio una deuda de diez millones de dólares a la *Anaconda* por el yacimiento La Exótica, y dieciocho millones de dólares a la *Cerro Corporation* por el yacimiento Río Blanco.

28 de octubre

El gobierno de los Estados Unidos, la *Anaconda* y la *Kennecott* apelan ante Chile por el dictamen del contralor general.

10 de noviembre

El primer ministro de Cuba, Fidel Castro, inicia una visita oficial a Chile que durará veinticinco días y es su primera salida al exterior en los últimos ocho años. Durante su estancia, denuncia la posibilidad de un golpe fascista.

2 de diciembre

Estado de emergencia en la provincia de Santiago después de que una manifestación femenina antioficialista desencadenara graves incidentes en la capital la noche anterior.

23 de diciembre

La Cámara de Diputados rechaza la actuación constitucional contra el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, presentada por el Partido Nacional. La Democracia Cristiana hace valer su mayoría para descartar la medida.

1972

7 de enero

El Congreso suspende legalmente al ministro del Interior, José Tohá, y legalmente Allende acata la decisión pero lo designa inmediatamente ministro de Defensa. La DC corta toda relación política con el gobierno.

15 de enero

Elecciones complementarias en las provincias de O'Higgins, Colchagua y Linares. Triunfa la oposición, que elige a un senador y a un diputado.

28 de enero

Nuevo gabinete, con cambios en seis de las quince carteras y la incorporación de tres nuevas figuras: Del Canto, socialista, en Interior, y Mauricio Jungk y Manuel Sanhueza, del PIR, en Minería y Justicia, respectivamente.

9 de febrero

El Congreso sanciona una reforma constitucional que impide al Poder Ejecutivo estatizar industrias o empresas sin autorización de la legislatura.

25 de febrero

Un juzgado federal de Nueva York embarga fondos depositados en esa ciudad de la Línea Aérea Nacional (LAN) de Chile, de la Corporación de Fomento de la Producción y de la Empresa Nacional de Minería, a pedido de la *Kennecott*, que tres semanas antes había obtenido el bloqueo del cobre. La querrela fue iniciada por esta empresa ante la suspensión de pagos de las cuotas de un préstamo por noventa y tres millones de dólares que había concedido en 1967 al yacimiento El Teniente. En uso de sus facultades constitucionales, Allende dispuso suspender el pago de la primera cuota del crédito a su vencimiento, el 31 de diciembre de 1971. Luego, el gobierno pagó y fue levantado el embargo.

21 de marzo

En Washington, el periodista norteamericano Jack Anderson revela documentos de la *International Telephone and Telegraph* (ITT) y acusa a este consorcio de haber instigado un levantamiento militar en Chile o la creación de un caos económico, para impedir, a fines de 1970, que Allende asumiera la presidencia.

31 de marzo

La ITT reconoce públicamente la autenticidad de los "Documentos Anderson".

6 de abril

El PIR abandona la coalición oficialista y el gabinete. La cartera de Minería es confiada por Allende a un militar, el general Pedro Palacios.

12 de abril

Los partidos opositores reúnen a trescientas mil personas en la mayor manifestación contra el gobierno de Allende, a quien exigen someta a referéndum el futuro de Chile.

28 de abril

La oposición gana los comicios para rector en la Universidad de Chile, y los tres candidatos de izquierda son derrotados por el demócrata-cristiano Edgardo Boenninger.

12 de mayo

Allende envía al Congreso el proyecto de ley para nacionalizar los bienes de la ITT.

1 de junio

El gobierno entabla relaciones con la República Popular Democrática de Corea y con Viet Nam

17 de junio

Nuevo gabinete, en el que ya no figuran el general Palacios ni el titular de Economía, Vuskovic. El juez militar, general Orlando Urbina, condena a veinte años de reclusión y cinco de posterior destierro al general Roberto Viaux Marambio, implicado en el asesinato del general Schneider.

5 de julio

La Cámara de Diputados suspende al ministro del Interior, Del Canto, al aprobar una moción constitucional de censura del Partido Demócrata Cristiano.

17 de julio

Elecciones complementarias para designar un diputado por Coquimbo. Triunfa la Unidad Popular.

27 de julio

El Senado destituye a Del Canto.

30 de setiembre

Es frustrada una tentativa de golpe de Estado, encabezada por el general Alfredo Canales.

17 de setiembre

La *Kennecott* solicita y obtiene en Francia el embargo de una partida de cobre chileno (1 250 toneladas, 1 900, 000 dólares) que viaja hacia El Havre, Francia.

6 de octubre

Allende anuncia el establecimiento de un monopolio estatal de las ventas del cobre.

10 de octubre

Los propietarios de camiones inician una huelga de protesta por la iniciativa del gobierno de crear un sistema estatal de transporte. El movimiento, al que se sumarán otros sectores y que respalda la oposición, origina una honda crisis en todo el país.

14 de octubre

Veinte de las veinticinco provincias chilenas se encuentran bajo estado de emergencia y gobierno militar, cuando la huelga de camioneros y otros sectores entra en su quinto día. La huelga durará hasta el 5 de noviembre. Los obreros constituyen los Comandos Comunales y los Cordones Industriales, para que el país no se paralice por la falta de transporte.

2 de noviembre

Nuevo gabinete, con tres militares. El comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, asume el Ministerio del Interior; el general del Aire, Claudio Sepúlveda es designado titular de Minería, y el contraalmirante Ismael Huerta, titular de Obras Públicas.

5 de noviembre

Allende delega la presidencia en el general Prats y sale en gira internacional de dos semanas, que inicia dialogando en Lima con el presidente Velasco Alvarado, para visitar luego México. El 4 de diciembre habla en las Naciones Unidas y después recorre Argelia, la Unión Soviética, Marruecos y Cuba. El 15, de regreso a Chile, conferencia en Caracas con el presidente Rafael Caldera.

1973

7 de enero

El gobierno anuncia la implantación de una “economía de guerra”, lo cual implica el racionamiento de alimentos y el control de la producción triguera, además de mayores controles sobre la producción y la distribución industrial. La inflación tiene ya características de catástrofe, fomentada por la oposición congresista, que niega recursos al gobierno, para que éste recurra forzosamente a las misiones inorgánicas.

5 de febrero

Allende denuncia que “la patria está amenazada” por la actitud de algunos opositores y les advierte que aunque proyecten destituirlo si obtienen el control de los dos tercios del Senado (en las elecciones de marzo), “soy un presidente elegido por el pueblo, ratificado por el Congreso y mi mandato termina en 1976. Nada ni nadie impedirá que cumpla con esta obligación constitucional”.

1 de marzo

La oposición cierra su campaña electoral de renovación legislativa con una manifestación multitudinaria en que dirige la palabra el líder de la derecha de la DC, Eduardo Frei, con un violento ataque a la Unidad Popular. Las encuestas predicen que Allende no alcanzará el 38 %.

4 de marzo

Se realizan las elecciones para renovar la totalidad de la Cámara de Diputados y parte del Senado. La Unidad Popular logra el 43,39 % de los votos. La oposición queda muy lejos de los dos tercios del Senado que necesitaba para destituir legalmente a Allende.

23 de marzo

Renuncian los tres ministros militares, y son reemplazados por civiles.

19 de abril

Se inicia en la mina El Teniente, el yacimiento cuprífero de grandes dimensiones más próximo a Santiago (80 kilómetros), una huelga en demanda de mejoras salariales.

2 de mayo

Un dirigente del movimiento derechista Patria y Libertad es ultimado a balazos y otros dos resultan heridos en un incidente.

5 de mayo

Se declara el estado de emergencia para las provincias de Santiago y otras vecinas, donde elementos fascistas han provocado graves desmanes en las calles y quemado un tren de pasajeros.

14 de mayo

En allanamientos de locales de la fascista Patria y Libertad, se requisó gran cantidad de armas.

25 de mayo

Allende asiste en Buenos Aires a la asunción al mando por el presidente peronista Héctor J. Cámpora. La Corte Suprema de Justicia ordena procesar por desacato al ministro-secretario general de gobierno, Aníbal Palma, decisión que torna más ásperas las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Judicial. Esta medida fue adoptada porque Palma no cumplió la orden judicial de levantar la clausura a la radio fascista Sociedad Nacional de Agricultura.

6 de junio

La Cámara de Diputados suspende a los ministros de Trabajo, Luis Figueroa, y de Minería, Sergio Bitar.

7 de junio

El Partido Demócrata Cristiano acusa constitucionalmente al ministro de Economía, Orlando Millas, responsabilizándolo con la escasez de alimentos.

11 de junio

El Congreso sanciona una reforma constitucional que torna inexpropiables los predios agrícolas de superficie inferior a cuarenta hectáreas.

27 de junio

Se decreta nuevamente el estado de emergencia, después de un confuso intento de atentado contra el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, y ante rumores de conspiración militar.

29 de junio

El gobierno controla la sublevación de un sector del Ejército, que ataca con tanques el Palacio de La Moneda, al mando del coronel Roberto Souper. Más tarde, la Secretaría General de Gobierno informa que hubo veintidós muertes.

30 de junio

La Cancillería informa que cinco principales dirigentes de Patria y Libertad se asilaron en la Embajada ecuatoriana. Allende solicita al Congreso autorice la implantación del estado de sitio, pero las Cámaras rechazan el pedido. El estado de emergencia se extiende a todo Chile, quedando así el país entero bajo control militar directo.

3 de julio

Termina la huelga de mineros de El Teniente, que se extendió por setenta y cuatro días y costó ciento setenta millones de dólares al país. Renuncian todos los ministros.

4 de julio

La Contraloría General de la República devuelve al Poder Ejecutivo los documentos con que intentaba promulgar parcialmente la reforma constitucional sobre necesidad de ley del Congreso para nacionalizar empresas.

5 de julio

Octavo gabinete de Allende, con cambios en siete de las quince carteras. No incluye ministros militares.

16 de julio

Patria y Libertad pasa a la clandestinidad y anuncia que emprenderá la lucha armada contra el gobierno.

22 de julio

Las Fuerzas Armadas hacen caso omiso de las protestas comunistas y socialistas, y prosiguen en todo el país la búsqueda de armas en poder de obreros.

27 de julio

Los propietarios de camiones vuelven a declarar la huelga general. Un comando terrorista, asesina al capitán de navío, Arturo Araya, edecán de Allende.

30 de julio

Allende y el Partido Demócrata Cristiano inician una rueda de conversaciones, que había sugerido la Iglesia Católica una semana antes.

7 de agosto

El presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, anuncia el fin del diálogo con el presidente, por no haber aceptado éste —aclara— las condiciones mínimas que le fueron propuestas, prácticamente equivalentes a rendición total del gobernante y de la coalición que lo sustenta.

8 de agosto

Trasciende que la Marina ha arrestado a gran número de suboficiales y clases de dos naves de guerra. Legisladores socialistas y cristianos denuncian que los detenidos han sido sometidos a torturas.

9 de agosto

Noveno gabinete, mientras se suman distintos sectores sociales a la huelga de dueños de camiones. Este Ministerio, que Allende denomina “de Seguridad Nacional”, cuenta con la participación de los tres comandantes de las Fuerzas Armadas y del de Carabineros.

13 de agosto

En una declaración conjunta de los partidos Socialista y Comunista, se indica que “el deber supremo de esta hora es defender la continuidad del proceso revolucionario, que tiene por protagonista al pueblo de Chile”.

14 de agosto

Se consuma un atentado dinamitero contra una torre de alta tensión que conectaba la planta hidroeléctrica Rapel con la central Cerro Navia de Santiago, dejando sin energía eléctrica a esta capital y a las provincias de Valparaíso, O’Higgins, Aconcagua y Coquimbo. El presidente Allende anuncia: “Estamos al borde de una guerra civil y hay que impedirla.”

15 de agosto

“El gobierno de la Unidad Popular se mantiene en la ilegalidad y en abierta violación de la Constitución Política, al no promulgar la

reforma aprobada por las Cámaras, que exige someter a la ley la formación del área social y consagrar la participación de los trabajadores, y al insistir, a través de resquicios o simples acciones de hecho, en la extensión de la estatización”, señala una declaración pública firmada por diez senadores de la Democracia Cristiana.

17 de agosto

La Democracia Cristiana decide apoyar oficialmente al gremio de transportistas en su paro de actividades.

18 de agosto

El comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general César Ruiz Danyau, dimite del Ministerio de Obras Públicas y Transportes y pide el retiro de las filas militares. Lo sucede el general del Aire, Gustavo Leigh Guzmán, al frente de la institución.

22 de agosto

La Cámara de Diputados expide una declaración señalando que el gobierno ha hecho “un sistema permanente de conducta” de la violación constitucional. “Las Fuerzas Armadas no pueden prestarse para que cubran con su aval determinada política partidista y minorista”, añade el documento, en una clara incitación al golpe de Estado.

23 de agosto

El comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, renuncia al Ministerio de Defensa y a su cargo militar.

24 de agosto

Allende acusa a la oposición legislativa de “promover el golpe de Estado” e “incitar a la destrucción de las instituciones democráticas y respaldar, de hecho, a quienes conscientemente vienen buscando la guerra civil”. Los diputados contrarios al gobierno “han exhortado formalmente a las Fuerzas Armadas y Carabineros a que adopten una posición deliberante frente al Poder Ejecutivo”, agrega el mandatario.

25 de agosto

El senador demócrata-cristiano, Renán Fuentealba, afirma que su partido está “contra el golpe de Estado y en contra del gobierno o gobiernos que puedan surgir de un golpe de Estado”.

26 de agosto

El gobierno detiene a Roberto Thieme, el más alto dirigente de Patria y Libertad que se encuentra en Chile. Thieme confiesa su participación en la voladura de la torre de alta tensión que dejó sin luz a varias provincias, y admite que su actuación está sincronizada con la huelga de los camioneros y sectores profesionales en huelga.

27 de agosto

Asume como comandante en jefe del Ejército, en reemplazo de Prats, el general Augusto Pinochet Ugarte.

28 de agosto

Décimo gabinete. Un apolítico, Carlos Briones, recibe el Ministerio del Interior; Orlando Letelier, va a Defensa; el contraalmirante Daniel Arellano es encargado de Hacienda, y el general de Ejército, Rolando González, de Minería. El general del Aire, Humberto Magliochetti, asume Obras Públicas, y el general de Carabineros, José María Sepúlveda, el Ministerio de Tierras. El almirante Raúl Montero Cornejo, que ocupaba la cartera de Hacienda, reasume el comando de la Armada.

31 de agosto

El almirante Montero Cornejo eleva su solicitud de retiro.

3 de setiembre

Allende rechaza la dimisión del almirante Montero Cornejo. El ex-candidato presidencial demócrata cristiano, Radomiro Tomic, propone un acuerdo entre el gobierno y el PDC, sosteniendo que “si no hay pronto un cierto grado de acuerdo entre mi agrupación y el régimen de Allende, nuevas y peores crisis amenazarán el orden constitucional”.

4 de setiembre

En un gigantesco acto de masas para celebrar el tercer aniversario de las elecciones que le dieron la presidencia, Allende denunció una grave conspiración contra su gobierno. “Nuestra principal tarea es derrotarla”, dijo. En el acto se reunieron más de ochocientas mil personas.

5 de setiembre

Estalla públicamente la tirantez entre la Marina y el Ejecutivo, motivada porque la Unidad Popular denuncia y respalda a los marinos y suboficiales “flagelados bárbaramente”. Protesta del Consejo Provincial Campesino de la provincia de Magallanes contra los institutos castrenses por la violencia ejercida en los allanamientos a viviendas de campesinos que apoyan a la Unidad Popular. En respuesta, el general Manuel Torres de la Cruz declara que las Fuerzas Armadas no se darán descanso en su afán de descubrir y sancionar a los “indignos chilenos y a los indeseables extranjeros”, que guardan armas.

8 de setiembre

Denuncia el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que están en inminente proceso de ejecución dos proyectos de golpe de Estado, de los que participan jefes y oficiales de las tres armas. De

uno de éstos, afirma, participa la Democracia Cristiana. El almirante Raúl Montero y el vicealmirante José T. Merino desmienten haber formulado exigencias al presidente Allende.

10 de setiembre

La Democracia Cristiana propone la renuncia de todo el Parlamento y del presidente de la República “para permitir al pueblo que elija soberanamente un nuevo jefe de Estado”. El diario *El Siglo*, del Partido Comunista, llama a la “alerta máxima” y titula: “Cada trabajador, un combatiente; ésta es la semana decisiva”.

11 de setiembre

Una Junta Militar integrada por el general Augusto Pinochet, el almirante José T. Merino, el general del Aire, Gustavo Leigh y el general de Carabineros, César Mendoza, exige la renuncia al presidente Allende. Éste rechaza la intimidación y llama al pueblo en su auxilio. La aviación y los tanques atacan el Palacio de La Moneda, donde mueren Allende y algunos de sus colaboradores inmediatos. Se lucha en Santiago y en varias ciudades del país. Triunfa la conspiración; comienza el saqueo fascista.

ALLENDE POR ALLENDE*

Pertenezco a una familia que ha estado en la vida pública por muchos años. Mi padre y mis tíos, por ejemplo, fueron militantes del Partido Radical, cuando éste era un partido de vanguardia. Este partido nació con las armas en la mano, luchando contra la reacción conservadora. Mi abuelo, el doctor Allende Padín, fue senador radical, vicepresidente del Senado y fundó en el siglo pasado la primera escuela laica en Chile. En aquella época fue, además, serenísimo gran maestro del orden masónico, lo que era más peligroso que hoy ser militante del Partido Comunista.

Bien pronto, pese a pertenecer a una familia de la mediana burguesía, dejé la provincia, Valparaíso, y vine a estudiar Medicina a Santiago. Los estudiantes de Medicina, en aquella época, se encontraban en las posiciones más avanzadas. Nos reuníamos para discutir los problemas sociales, para leer a Marx, Engels, los teóricos del marxismo.

Yo no había frecuentado la Universidad buscando ansiosamente un título para ganarme la vida. Milité siempre en los sectores estudiantiles que luchaban por la reforma. Fui expulsado de la Universidad, arrestado y juzgado, antes de ser médico, por tres cortes marciales. Fui liberado, enviado al norte de Chile y después comencé en Valparaíso mi carrera profesional.

Tuve muchas dificultades porque, aunque fui un buen estudiante y me gradué con una calificación alta, me presenté, por ejemplo, a cuatro concursos en los que era el único concursante y, sin embargo, los cargos quedaron vacantes. ¿Por qué?: por mi vida estudiantil.

En Valparaíso tuve que trabajar duramente, en el único puesto que pude desempeñar: asistente de Anatomía Patológica. Con estas manos he hecho mil quinientas autopsias. Sé qué quiere decir amar la vida y sé cuáles son las causas de la muerte.

Terminando mi trabajo de médico, me dedicaba a organizar el Partido Socialista. Yo soy el fundador del Partido Socialista de Valpa-

* *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI* (Frida Modak, coordinadora). Plaza y Janés, Editores, México, 1998, pp. 1-7.

raíso. Me enorgullece haber mantenido, desde cuando era estudiante hasta hoy, una línea, un compromiso, una coherencia. Un socialista no podía estar en otra barricada que en aquella en la que yo he estado toda mi vida.

En verdad, tuve influencia en mi formación de un viejo zapatero anarquista que vivía frente a mi casa, cuando yo era estudiante secundario. Además me enseñó a jugar ajedrez. Cuando terminaba mis clases, atravesaba la calle e iba a conversar con él. Pero como era un hombre brillante, no sólo me planteaba sus puntos de vista sino que me aconsejó que leyera algunas cosas. Y empecé a hacerlo. Cuando fui a la Universidad, ya había allí una inquietud mayor, y también en esa época los estudiantes de Medicina representábamos al sector menos pudiente, no como los abogados; los abogados, como estudiantes, formaban parte de la oligarquía. Aquí hay tres abogados chilenos, por eso lo digo.

Además, yo iba de provincia y desde esa época empecé a ver la diferencia que existía en la Universidad y en la vida. Como médico, las cosas se me fueron haciendo mucho más claras. No soy un gran teórico marxista, pero creo en los fundamentos esenciales, en los pilares de esa doctrina, en el materialismo histórico, en la lucha de clases.

Pero pienso que el marxismo no es una receta para hacer revoluciones; pienso que el marxismo es un método para interpretar la historia. Creo que los marxistas tienen que aplicar sus conceptos a la interpretación de su doctrina, a la realidad y conforme a la realidad de su país. Por ejemplo, yo era tan marxista como ahora en el año 1939, y fui, durante tres años, ministro de Salubridad de un gobierno popular. Soy fundador del Partido Socialista, que es un partido marxista, y llevo dos años en el gobierno. Pero ya lo he dicho: no soy presidente del Partido Socialista, ni mi gobierno es un gobierno marxista.

Yo he sido candidato cuatro veces: en el '51, para mostrar, para enseñar, para hacer comprender que existía un camino distinto de aquel que estaba establecido, incluso por el Partido Socialista, del cual yo a partir de ese momento fui expulsado por no haber aceptado esa línea. Expulsado del Partido Socialista entré en contacto con un Partido Comunista que estaba en la ilegalidad. Y así nació el embrión de aquello que es hoy la Unidad Popular: la alianza socialista-comunista. Un pequeño grupo socialista que yo representaba y los comunistas, que estaban en la ilegalidad.

En el '51 recorrí todo Chile sin ninguna ilusión electoral, pero para decirle al pueblo que la gran posibilidad consistía en la unidad de los partidos de la clase obrera, incluso con partidos de la pequeña burguesía. La fuerza de esta idea, nacida en el '51, se manifestó de manera poderosa en el año '58.

En el '58 yo perdí las elecciones por treinta mil votos. En el '64, hubiéramos vencido, si hubieran sido tres los candidatos, Pero el candidato de la derecha, que era radical, prácticamente se retiró, y quedamos el señor Frei y yo. Y la derecha, apoyó a Frei.

Con esto quiero subrayar que por tantos años yo he tenido un diálogo constante y permanente con el pueblo a través de los partidos populares. Y en esta última campaña organizando los comités de la Unidad Popular en cada fábrica, en los cuarteles, en las calles, en todas partes habíamos formado comités, escuelas, liceos, industrias, hospitales. Éstos han sido los vehículos, los contactos, los tentáculos del pensamiento de la Unidad Popular con el pueblo.

Es por ello que, aunque los medios de información eran tan restringidos, pudimos alcanzar esta victoria de hoy. Se puede usar, aquí, una expresión no política, pero clara: la cosecha de la victoria es fruto de la siembra de muchos años. En el año 1958, el FRAP —que entonces se llamaba así: Frente de Acción Popular— venció en la votación masculina. Yo vencí en la votación masculina y perdí en la de las mujeres.

En 1964, no obstante que Frei fue apoyado por los sectores de la derecha, en el voto masculino quedamos en igualdad, Pero él me ganó, por un porcentaje muy elevado, entre las mujeres. Después de eso, en el '70, la verdad es que Alessandri y Tomic habían obtenido más votos que yo en proporción, en el sector femenino. Yo triunfé de lejos, entre los hombres.

Ahora, en el '58, las condiciones eran distintas. La Unidad Popular, en aquella época, era representada sobre todo por socialistas y comunistas. Y aun si hubiéramos ganado —gracias al voto masculino— la composición del Congreso era distinta de la actual. Los partidos Conservador, Liberal y Radical eran la mayoría. No había ninguna posibilidad, aun con el apoyo demócrata-cristiano, de que yo venciese al Congreso.

Todo, absolutamente todo, estaba dispuesto en Chile, de modo tal de asegurar la victoria de Alessandri. Además, existía una tradición según la cual el Congreso siempre ratificó a quien venciera en las

elecciones. Cuán difícil era suponer que un Congreso en el cual no teníamos la mayoría, hubiera podido romper con esta tradición, para elegir —en el '58— un candidato socialista apoyado exclusivamente por el Partido Comunista. Si nosotros hubiésemos lanzado al pueblo a la lucha, se habría desatado una represión violenta.

Aunque es cierto que el presidente Ibáñez personalmente expresó simpatía por mi candidatura, no intervino ni me apoyó decididamente. Ni yo le pedí eso. No había ninguna condición, ninguna posibilidad concreta.

Ahora, sí creo que hemos demostrado conciencia política. Aquella misma noche yo les dije a los trabajadores que habíamos perdido una batalla, pero no la guerra. Y debíamos seguir preparándonos. Creo que este precedente, entre otros, es lo que ahora me permite tener autoridad moral. La gente sabe que soy un político realista y que, además, mantengo las promesas.

Hace más de treinta años, me correspondió participar en forma activa en la erección del Frente Popular, movimiento unitario de izquierda que, con el sacrificio de legítimas aspiraciones de los partidos de la clase obrera —como el Socialista—, hizo posible el triunfo del presidente Pedro Aguirre Cerda, en cuyo gobierno tuve el honor de ser ministro de Salubridad, como personero de mi colectividad.

En 1952, en momentos difíciles para la clase trabajadora y sus colectividades políticas, enfrenté la dura tarea de encabezar un movimiento de esclarecimiento ideológico, asumiendo su representación en una contienda sin posibilidad alguna de buen éxito electoral.

En 1958 y en 1964, fortalecido ya el proceso iniciado en 1951, me correspondió personificar al Frente de Acción Popular en dos campañas presidenciales, que si bien no culminaron en la conquista del poder, contribuyeron de manera decidida a esclarecer y ampliar el proceso revolucionario.

El esfuerzo para unificar los partidos populares tiene ahora importancia aún más relevante.

La Unidad Popular se plantea como la alternativa de un gobierno diferente; es la conquista del poder para el pueblo, precisamente después que el país ha experimentado el fracaso del reformismo demócrata-cristiano y cuando aún están a la vista los resultados del anterior régimen, inspirados ambos en el capitalismo tradicional.

El panorama internacional nos señala la urgencia de enfrentar la intromisión imperialista, cada día más insolente y traducida en el fortalecimiento de las fuerzas represivas y contrarrevolucionarias y de la que es gráfica demostración el informe del gobernador Rockefeller.

Bolívar decía: “Los Estados Unidos quieren sujetarnos en la miseria en nombre de la libertad”. Y Martí ha dicho frases mucho más duras. No quiero repetirlas, porque en realidad yo distingo entre el pueblo norteamericano y sus pensadores y la actitud a veces transitoria de algunos de sus gobernantes y la política del Departamento de Estado y los intereses privados que han contado con apoyo norteamericano.

En realidad, la Doctrina Monroe consagró un principio: “América para los americanos”. Pero éste no ha sido efectivamente observado, porque en América del Norte hay un desarrollo económico que no hay en Centro y Sudamérica. El problema no ha sido resuelto sobre base de igualdad de intereses. Defender el principio de “América para los americanos” a través de su Doctrina Monroe ha querido decir siempre “América para los norteamericanos”.

Conocemos bien el drama de América del Sur, que siendo un continente potencialmente rico, es un continente pobre, fundamentalmente por la explotación de que es víctima por parte del capital privado norteamericano.

Nosotros luchamos fundamentalmente por la integración de los países latinoamericanos. Creemos que es justo el camino indicado por los padres de la patria, que soñaron la unidad latinoamericana para poder disponer de una voz continental frente al mundo. Esto naturalmente no impide que miremos no sólo con simpatía sino también en profundidad el significado de la presencia del pensamiento del Tercer Mundo. Podría sintetizar mi pensamiento en respuesta a su pregunta diciendo que luchamos antes que nada por hacer de América un auténtico continente en sus realizaciones y por ligarnos cada vez más a los países del Tercer Mundo. Es claro que creemos que el diálogo es fundamental. Los pueblos como el nuestro luchan por la paz y no por la guerra; por la cooperación económica y no por la explotación, por la convivencia social y no por la injusticia.

Si el hombre de los países industrializados ha llegado a la Luna, es porque ha sido capaz de dominar la naturaleza. El problema es que, si bien es justo que el hombre ponga los pies sobre la Luna, es más justo que los grandes países —para hablar simbó-

licamente— pongan los pies sobre la tierra y se den cuenta que hay millones de seres humanos que sufren hambre, que no tienen trabajo que no tienen educación.

Por eso pienso que el hombre del siglo XXI debe ser un hombre con una concepción distinta, con otra escala de valores, un hombre que no sea movido esencial y fundamentalmente por el dinero, un hombre que piense que existe para la fortuna una medida distinta, en la cual la inteligencia sea la gran fuerza creadora.

Quiero decirle que tengo confianza en el hombre, pero en el hombre humanizado, el hombre fraterno y no el que vive de la explotación de los otros.

La tarea que tiene ante sí la Unidad Popular es de tal urgencia histórica que, si no se cumple con prontitud, incontenibles tensiones sociales arrastrarán a Chile al caos, como consecuencia del fracaso del sistema. Hasta un ciego puede ver las proyecciones y el significado que han tenido y tienen las huelgas del Poder Judicial y del Regimiento Tacna. La hoguera de rebeldía juvenil no se apaga sino con su presencia activa y creadora en la construcción del socialismo.

Si los partidos que reivindican para sí la responsabilidad de vanguardia no son capaces de cumplir adecuada y unitariamente su papel revolucionario, surgirán en forma inevitable la insurgencia desesperada o la dictadura como proyección de la insuficiencia cada vez más notoria del régimen.

No es el camino de la asonada, sin conducción política responsable, la solución que puedan sustentar los verdaderos revolucionarios. Luchamos por crear el más amplio y decidido movimiento antimperialista, destinado a que se cumpla la revolución chilena. Los emboscados que hubieran podido llegar hasta nosotros serán aplastados por la clarividencia revolucionaria del pueblo. No somos sectarios ni tampoco excluyentes; somos y seremos, sí, exigentes, para que en Chile el pueblo no aparezca burlado en sus ansias de independencia económica y política.

La dictadura contrarrevolucionaria no será capaz, por cierto, de abrir posibilidades al país ni de acallar, por el imperio de la fuerza, la legítima rebeldía de los chilenos altivos y combatientes.

El cuadro nacional nuestro es muy claro. La frustración se expresa desde el intelectual al campesino, y la juventud busca tácticas de lucha que señalan su decisión de desafiar resueltamente el actual estado de cosas, aunque aquéllas no sean las más convenientes para

el desarrollo orgánico del proceso revolucionario. Quienes tenemos serias responsabilidades en el movimiento popular y hemos fundido nuestra suerte con la suya, nos hallamos más obligados aún para asumir una actitud de desprendimiento y de consecuencia moral.

Personalmente, sólo aliento un anhelo íntimo: que vaya donde vaya, esté donde estuviere, seguiré siendo para el pueblo “el compañero Allende”.

CUBA Y LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA*

SALVADOR ALLENDE

Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo, siente, comparte y vive los ideales de la Revolución Cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie porque en la conciencia del pueblo chileno existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa, y que la cubana marca con caracteres imborrables un proceso de superación al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, con su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres.

Nosotros hemos expresado reiteradamente que, con estrategia y tácticas distintas, tal proceso deberá aflorar en los diversos países de América Latina para terminar con la etapa de vasallaje político, de explotación económica para poner fin a la angustia, el hambre y la miseria de los miles y miles de hombres de esta parte del hemisferio; para detener la voracidad implacable del imperialismo; para poner fin al régimen feudal de explotación de nuestras tierras, en resumen: para hacer posible el desarrollo económico y el cambio político capaces de crear un porvenir de dignidad y grandeza para el pueblo latinoamericano.

Por eso, los hombres de nuestras naciones miran con profundo interés la Revolución Cubana, pues es un símbolo antimperialista y antifeudal.

La revolución latinoamericana, con características distintas en su táctica y estrategia —repito— en cada uno de nuestros pueblos

* Discurso pronunciado por el doctor Salvador Allende en el Senado de la República de Chile, el 27 de julio de 1960, en homenaje al séptimo aniversario del asalto al cuartel Moncada. *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI* (Frida Modak, coordinadora). Plaza y Janés, Editores, México, 1998, pp. 293-296.

tendrá, como fondo indiscutible, una lucha emancipadora en lo económico, una frontal batalla contra el imperialismo y un combate decisivo contra el régimen feudal de explotación de la tierra y del trabajador del agro.

La revolución latinoamericana —pensamos y lo hemos dicho— deberá ser, además de antimperialista y antifeudal, democrática, a fin de que la sientan, compartan y comprendan las masas ciudadanas. Deberá ser profundamente humana, al preocuparse de la realidad de la vida opaca, gris, sin destino ni juventud del hombre común latinoamericano, y darle un futuro de trabajo, salud y educación.

Por ello no puede extrañar a nadie que a lo largo y ancho de América del Sur exista un pensamiento solidario y de lealtad hacia Cuba, su gobierno y su revolución.

He estado en tres oportunidades en esa nación y me enorgullezco de decirlo. He sido testigo presencial de cómo es un pueblo movilizado material y espiritualmente, al sentirse interpretado por su gobierno en la etapa fecunda de una realización con características dramáticas de urgencia, pero con estabilidad permanente por su alcance y contenido.

He tenido ocasión de estar en otros países y de asistir a actos políticos en los Estados Unidos. Lo he hecho, también, en diversos países de América Latina, como Uruguay, Perú, Argentina, Venezuela. Estuve en el estadio Dinamo de Moscú. Fui testigo presencial de la celebración del quinto aniversario de la revolución en la República Popular China, y allí vi desfilar a setecientas mil personas. Pero nunca he visto, en proporción al número de habitantes, a un pueblo movilizado como lo vi en La Habana el 26 de julio del año pasado y como lo vi este año el primero de mayo. Ello sólo puede lograrse cuando un gobierno ha creado un sentido místico, cuando ha sido capaz de darles a los ciudadanos una gran tarea colectiva, al servicio de la patria.

En los actos del primero de mayo del año pasado estaban convocando los guajiros, o sea, los campesinos. Los vi desfilar por las calles de La Habana —ciudad calificada anteriormente como una especie de 'cabaret' flotante— con expresiones dignas, conscientes de lo que significaban ahora, en esta etapa de la historia de su patria libre. La concentración fue un hecho inolvidable. En una gran explanada, cuatrocientos o quinientos mil campesinos, con sus casacas blancas, con sus grandes sombreros de paja, con sus machetes al cinto, y allá, destacándose a la distancia, la estatua de Martí parecía tomar vida y, desde el silencio sonoro, volvían sus palabras a señalar

el camino del sacrificio y la victoria. Cuando golpeaban los machetes —formas que tienen los campesinos de expresar su adhesión a las palabras de Fidel Castro—, yo sentía el anuncio de lo que esos sonidos sembraban en América: la Reforma Agraria.

Este año vi a un pueblo organizado, consciente, no una masa humana reunida espontáneamente, con fervor instintivo, como la de los campesinos de la vez anterior. Ahora se trata de un pueblo organizado, disciplinado, absolutamente consciente de la gran tarea que debe realizar. Las consignas, los gritos y, sobre todo, la alegría de esa inmensa multitud —más de setecientas mil personas—, están señalando de qué manera están fundidos pueblo y gobierno, revolución y pueblo, revolución y gobierno.

He visto en Cuba las más grandes demostraciones de masas posibles de imaginar.

Contrasta lo que yo he visto, lo que he leído, lo que he aprendido de lo realizado por la Revolución Cubana, con la inmensa, con la brutal, con la descompuesta, con la intencionada propaganda que, por medio de las agencias informativas internacionales, día a día y minuto a minuto se lanza contra la Revolución. Me parece innecesario destacar de qué manera la UPI, la AP y las agencias informativas controladas por el capital norteamericano han deformado y deforman lo ocurrido en Cuba. Tan sólo es comparable este tipo de información con la existente cuando se avecinaba ese gran atraco internacional perpetrado años atrás en contra de Guatemala.

Juan José Arévalo, el maestro presidente, nos definía a su país como el del 70 % de porcentaje de analfabetos, de palúdicos, de descalzos y del presupuesto invertido en gastos militares.

La propaganda de ese entonces es la misma desatada hoy día, desde hace meses, en contra de Cuba.

Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana. Hoy es Cuba.

Ayer y hoy el Departamento de Estado norteamericano defiende, impúdicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política.

Ayer y hoy muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del norte.

Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atentar en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba.

DISCURSO DEL PRIMER MINISTRO DEL
GOBIERNO REVOLUCIONARIO DE CUBA,
COMANDANTE FIDEL CASTRO, EN EL ACTO
DE DESPEDIDA QUE LE BRINDÓ
EL PUEBLO DE CHILE EN EL ESTADIO
NACIONAL, SANTIAGO DE CHILE,
DICIEMBRE 2 DE 1971*

*Querido Presidente.
Revolucionarios chilenos.
Chilenos todos:*

El presidente nos ha dejado tan impactados con sus palabras que tenemos que serenarnos un poquitico. El presidente ha dicho palabras emocionantes y valientes, analizando algunas cuestiones de actualidad. Pero, en mi caso, aunque en estos días haya estado con alguna actualidad, soy un visitante que no debo ocuparme de tales actualidades, Debemos y podemos hablar de otras actualidades que son comunes a los intereses de todos nuestros pueblos. Debemos y podemos ocuparnos de otras cuestiones que son comunes a todos los procesos revolucionarios.

Hay una pregunta, muy común en los chilenos, que nos hemos encontrado en casi todas partes, y que revela ese gran espíritu patriótico de los chilenos y un poco también el orgullo patriótico de los chilenos. Y es que se llenan los pulmones de aire, suspiran profundo, y preguntan: “¿Qué le parece a usted este país? ¿Qué impresiones tiene usted de este país?” Aun cuando sepan lo que a uno le parece, aun cuando conozcan de antemano las impresiones. O como cuando preguntan: “¿Cómo lo han tratado en este país?” Aun cuando puedan conocer la respuesta de nuestros sentimientos hacia los que aman verdaderamente este país.

Pero, desde luego, sobre impresiones se pueden decir muchas cosas, que vayan desde la majestuosidad de las montañas, o el azul del cielo, o la belleza de la Luna, los recursos naturales, sus paisajes

* *Cuba-Chile*. Comisión de Orientación Revolucionaria. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1972, pp. 473-478.

impresionantes. Pero nosotros no somos geólogos ni somos naturalistas. Y lamentablemente, de poeta sólo tenemos aquello que dice el refrán, que a todos nos atribuye un poco de poeta y de loco. Me imagino que los chilenos hayan conocido también ese refrán.

En cambio, hay cuestiones que nos interesan mucho más: nos interesa el paisaje humano por encima de todo, nos interesa el pueblo por encima de todo, nos interesan los chilenos por encima de todo (Aplausos).

Si a algo hemos dedicado nuestra vida es a la cuestión humana, a la cuestión social, a la cuestión revolucionaria. Si algo nos despierta el interés por encima de todo es la lucha de los pueblos y de los hombres, es la marcha histórica de la humanidad, desde que el hombre vivía en hordas primitivas al hombre de hoy. Si algo nos interesa es el espectáculo vivo de un proceso en sus momentos críticos.

Porque la marcha de la humanidad ha sido lenta. En ocasiones la marcha se detiene. En ocasiones incluso retrocede. Pero también en ocasiones se acelera. Ésos son los momentos de crisis, éstos son momentos de revoluciones. Hemos visitado a Chile no como turistas. Hemos visitado a Chile como revolucionarios, como amigos (Aplausos), como solidarios de este proceso y de este país. Y en esto permítasenos una pequeñita discrepancia con el presidente, pero no una discrepancia constitucional ni protocolar, sino simplemente conceptual. El dijo que no habíamos venido ni a aprender ni a enseñar. Y la discrepancia es que si bien estamos absolutamente de acuerdo en que no vinimos a enseñar —y no sé qué clase de miedo tenían esos que andaban con los libelitos diciendo que no tenía nada que enseñarles, y que tal vez reflejaban una especie de complejo, un miedo subconsciente—, sin embargo decimos con toda franqueza que hemos venido a aprender.

Pero nadie piense que hemos venido a aprender algunas de las cosas que nos aconsejaban algunos libeluchos o algunos sesudos de las teorías políticas reaccionarias, que decían qué bueno que veníamos a aprender de elecciones, de parlamento, de libertades determinadas de prensa, etcétera. ¡Muy interesante la cuestión! Pero ya nosotros aprendimos bastante de todo eso. Durante cincuenta años conocimos muchas de esas libertades burguesas, capitalistas, y conocimos sus instituciones demasiado bien, Y no es que digamos que no sean buenas. También en su época fue buena la democracia griega. También en su época significó un extraordinario adelanto de la

sociedad humana la república romana, con sus millones de esclavos, sus circos de gladiadores y sus cristianos devorados por leones. También el medioevo se consideró un avance sobre la esclavitud primitiva, a pesar de la servidumbre feudal. También la Revolución Francesa- histórica, famosísima, significó un avance sobre la sociedad medieval y las monarquías absolutas que en un tiempo llegaron a gozar de prestigio. Y fueron consideradas altas instituciones en la marcha del progreso humano. Y existieron incluso los llamados “déspotas ilustrados”.

De manera que el advenimiento de una forma nueva de producción y la creación de nuevas relaciones de producción y de propiedad y de apropiación de los productos determinaron el nacimiento de todas esas superestructuras, que fueron consideradas buenas en un momento dado de la marcha de la humanidad,

Pero quienes pretendan que alguna sociedad o algún sistema social y la superestructura que tal sistema social representa sean eternos, se equivocan, porque eso está desmentido absolutamente por la historia. Y a una forma social sucedió otra; y a esa, otra; y a esa, otra. Y cada vez por una forma social superior.

La burguesía, incluso en su época, cuando no existía el proletariado, fue revolucionaria, fue una clase revolucionaria, y dirigió al pueblo en la lucha por una forma social nueva y dirigió a los campesinos, que eran siervos de los feudales, y dirigió a los artesanos. No existía el proletariado. Y la sociedad humana continuó su marcha.

Pretender que esa forma que surgió hace dos siglos, pretender que esa forma es eterna, pretender que es la máxima expresión del avance humano, pretender que con ello culminó el progreso de la humanidad, no constituye desde el punto de vista histórico y científico sino una completa ridiculez.

Pero, además, todas las sociedades, todos los sistemas sociales caducos, cuando estaban próximos a ser abolidos se defendieron. Y se defendieron con tremenda violencia a lo largo de la historia.

Ningún sistema social se resignó a desaparecer de motu proprio. Ningún sistema social se resignó a las revoluciones. Y, desde luego, por eso nosotros decíamos que alguna vez fueron buenos. Sólo que hoy están condenados por la historia, están sencillamente caducos, son sencillamente anacrónicos. Y los anacronismos existen mientras pueden existir. Los anacronismos subsisten mientras los pueblos no tienen fuerza suficiente para cambiarlos. Los anacronismos subsis-

ten simplemente mientras no puedan ser cambiados. Pero el que no puedan ser cambiados en un momento dado de un proceso no significa históricamente que serán eternos.

En nuestro país, que conocimos aquellas formas del estado de explotación, aquellos instrumentos de que se valieron los explotadores para reprimir a los explotados, sus instituciones han sido cambiadas. ¿Es acaso un secreto? ¿Es acaso un secreto los cambios que han ocurrido en Cuba?

Y nosotros en la Universidad Técnica, respondiendo a una pregunta, decíamos que, efectivamente, nosotros no éramos demócratas representativos. ¡No éramos demócratas representativos! ¡Y mucho menos cuando ustedes saben perfectamente bien a quienes se les ha llamado demócratas representativos en este continente!

Y nosotros decíamos: en nuestro país nuestro pueblo no necesita que lo represente nadie, porque el pueblo se representa a sí mismo.

En nuestro país se han producido cambios muy profundos, ¡muy profundos!, e incluso difíciles de comprender a distancia. Y muy difícil de comprender sobre todo a través del prisma de la mentira y de la calumnia, en que tanto se han especializado a lo largo de la historia los reaccionarios. Porque hay una diferencia entre el revolucionario y el reaccionario. Y es que el revolucionario no miente. ¡El revolucionario no puede mentir! El revolucionario vive de convicciones íntimas, de motivaciones profundas. Y la mentira es una violación del carácter, la mentira es una violación de los sentimientos más íntimos del hombre. La mentira es el arma de los que no tienen razón. La mentira es el arma del que desprecia a los demás y, sobre todo, desprecia al pueblo.

¡El arma del revolucionario es la verdad! ¡El arma del revolucionario es la razón! ¡El arma del revolucionario la idea! ¡El arma del revolucionario es el pensamiento! ¡El arma del revolucionario es la conciencia! ¡El arma del revolucionario es la cultura! ¡El arma del revolucionario contemporáneo es la interpretación correcta de las leyes científicas que rigen la marcha de la sociedad humana!

¡Nosotros no mentimos ni mentiremos jamás! Y no tememos enfrentarnos en el campo de las ideas a ningún adversario. La verdad siempre saldrá victoriosa a la larga. Y la tarea del revolucionario es, en primer término, armar los espíritus, ¡armar los espíritus! Incluso ningún arma física tiene ningún valor si antes no están bien armados los espíritus.

No intentamos siquiera que desde tal distancia se puedan comprender los problemas de nuestro país. No lo intentamos. No es incluso una cuestión fundamental. Pero sólo decimos que cuando hablamos de que si vinimos a aprender, no veníamos a aprender cosas caducas y anacrónicas en la historia de la humanidad. Ni nos interesa fundamentalmente el día o la hora, el cómo o el cuándo los pueblos deciden barrer los anacronismos. Nadie los barrerá en ninguna parte en tanto no puedan. Nadie puede barrerlos antes de tiempo. Y ojalá siempre sean barridos lo más pronto posible.

Hemos venido a aprender en un proceso vivo. Hemos venido a aprender cómo se comportan las leyes de la sociedad humana. Hemos venido a ver algo extraordinario, algo extraordinario: en Chile está ocurriendo un proceso único. Algo más que único: ¡insólito!, ¡insólito! Es el progreso de un cambio. Es un proceso revolucionario donde los revolucionarios tratan de llevar adelante los cambios pacíficamente. Un proceso único, prácticamente el primero en la historia de la humanidad —no decimos en la historia de las sociedades contemporáneas—, único en la historia de la humanidad, donde tratan de llevar a cabo el proceso revolucionario por los cánones legales y constitucionales, mediante las propias leyes establecidas por la sociedad o por el sistema reaccionario, mediante el propio mecanismo, mediante las propias formas que los explotadores crearon para mantener su dominación de clase.

Entonces, es realmente algo único, algo insólito.

¿Y cuál fue nuestra actitud? Nosotros los revolucionarios, que no hicimos nada único ni hicimos nada insólito... Porque los revolucionarios cubanos tenemos, si acaso, el mérito de haber sido la primera revolución socialista de América Latina (Aplausos). Pero no tenemos el mérito de haberlo hecho en forma insólita y única.

¿Pero cuál ha sido nuestra actitud? La de solidaridad con ese proceso. La de nuestra solidaridad con los hombres que quieren llevar ese camino. Nuestra comprensión, nuestro apoyo moral, nuestra curiosidad, nuestro interés.

Porque es, como hemos dicho en otras ocasiones, que no son los revolucionarios los inventores de la violencia. Fue la sociedad de clases a lo largo de la historia la que creó, desarrolló e impuso su sistema siempre mediante la represión y la violencia. Los inventores de la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios. Los que impusieron a los pueblos la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios.

Y nosotros observamos, y el mundo observa, con enorme interés, cómo se desarrolla este proceso chileno en las circunstancias actuales del mundo, incluso dentro de la actual correlación de fuerzas del mundo.

Ahora, para nosotros eso constituye un acontecimiento extraordinario.

Nos preguntaron en algunas ocasiones —de un modo académico— si considerábamos que aquí tenía lugar un proceso revolucionario. Y nosotros dijimos sin ninguna vacilación: ¡Sí! Pero cuando se inicia un proceso revolucionario, o cuando llega el momento en un país en que se produce lo que podemos llamar una crisis revolucionaria, entonces las luchas y las pugnas se agudizan tremendamente. Las leyes de la historia cobran su plena vigencia. Y cualquiera que haya vivido en este país tres semanas, cualquiera que haya visto y analizado los factores, las medidas primeras tomadas por el gobierno de la Unidad Popular —medidas que golpearon fuertemente a poderosos intereses imperialistas, medidas que culminaron con la recuperación de riquezas fundamentales del país, medidas que se caracterizaron por el avance de las áreas sociales, medidas que se caracterizaron por la aplicación de una ley de reforma agraria (que no la hizo el gobierno de Unidad Popular, y que fue una ley de reforma agraria concebida con otros objetivos: una ley de reforma agraria muy limitada, y realmente muy tibiamente aplicada cuando se aprobó), esas medidas han comprobado, puede decirse, la gran verdad histórica de que el proceso de cambios genera una dinámica de lucha. Y las medidas realizadas ya, y que constituyen el inicio de un proceso, han desatado la dinámica social, la lucha de clases; han desatado la ira y la resistencia —como en todos los procesos sociales de cambio— de los explotadores, de los reaccionarios. Ahora bien: la cuestión que obviamente se plantea —visto por un visitante este proceso— es si acaso se cumplirá o no la ley histórica de la resistencia y de la violencia de los explotadores. Porque hemos dicho que no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social, se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios.

De manera que ésta es una cuestión a nuestro juicio esencial, y un aspecto que ha ocupado nuestro interés, y algo en lo cual hemos estado aprendiendo, y aprendiendo mucho en estos días. Sí, señores, sobre todo los que me pedían que viniera a aprender: ¡he aprendido

mucho!; cómo funcionan las leyes sociales, cómo funciona un proceso revolucionario; cómo reacciona cada sector y cómo luchan las diversas fuerzas (Aplausos). Lo hemos vivido. Y lo hemos vivido aun en nuestra propia piel. Y no porque me hayan atravesado la piel con ninguna pedrada, o con ningún balazo, o porque me hayan quemado un pelo —no he visto pasar ni de lejos una piedra. He sentido, como visitante, como amigo, como solidario, he sentido otro tipo de agresiones harto conocidas: de insultos, de campañas.

No somos también ajenos posiblemente a la agudización de algunos problemas. Y quizás hasta incluso nuestra visita constituyera un elemento de estímulo a los que querían crear dificultades al gobierno de la Unidad Popular. En un momento en que realmente había aquí, se dice, cientos y cientos de periodistas de todo el mundo para reportar sobre esta visita; en un momento en que en el mundo entero —en todos los países de Europa, de Asia, de África, de América Latina— se hablaba de esta visita, de este encuentro entre chilenos y cubanos, de este encuentro entre dos procesos que se iniciaron en formas tan diferentes, cuando Chile y la imagen chilena recorrían ampliamente el mundo, es obvio que eso podía producir cierta irritación, cierto malestar, cierto exacerbamiento, y condujera a la aceleración de determinadas actitudes.

De modo que como visitante he recibido en nombre del pueblo de Cuba extraordinarias pruebas de afecto. Pero hemos tenido oportunidad de apreciar y de ver cómo se manifiestan estos fenómenos.

Indiscutiblemente que quien visitaba este país no era Benito Mussolini (Abucheos). Quien visitaba este país no era Adolfo Hitler (Abucheos) Quien visitaba este país no era un fascista. Quien visitaba este país no era un instrumento de los monopolios yanquis. Quien visitaba este país no era un amigo de los poderosos y de los privilegiados. ¡Quien visitaba este país era un amigo de los humildes, un amigo de los trabajadores, un amigo de los campesinos, un amigo de los estudiantes, un amigo de los pueblos! (Exclamaciones de: ¡Fidel, Fidel!).

Por eso cuando nosotros hablábamos y cambiábamos impresiones con los compañeros chilenos a raíz de la invitación del presidente, y nos preguntaban qué deseábamos ver, pues nosotros les decíamos: deseamos conocer las minas, el salitre, el cobre, el hierro, el carbón, los centros de trabajo, los centros agrarios, las universidades, las organizaciones de masas, los partidos de izquierda; de-

seamos hablar con los revolucionarios y hablar incluso con aquellos que aunque no se pueden considerar revolucionarios son personas decentes (Aplausos). No se nos podía ocurrir otra cosa.

Y, efectivamente, se organizó ese tipo de visita.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Porque nosotros sabemos dónde están nuestros amigos, en qué clase social. Y nosotros sabemos que donde están los obreros y los campesinos y los humildes están nuestros amigos (Aplausos).

Y por eso el recibimiento que hemos tenido en todos los pueblos, en todas las universidades, en los campos; el recibimiento extraordinariamente afectuoso que hemos tenido en todos los centros de trabajo, ¡en todos!, sin una sola excepción. Ni aun en aquellos sitios donde los reaccionarios se empeñaron más en deformar la conciencia del obrero. ¡Ni en esos!

El espíritu del obrero, del hombre humilde, del creador de las riquezas con su sudor y con sus manos, fue el mismo espíritu que dicen las leyes de la historia.

Por eso nosotros tuvimos la oportunidad de comprobar ese fenómeno y cómo se produce el fenómeno, a pesar del extraordinario diluvio de campañas, de calumnias, de mentiras, que las agencias cablegráficas de los monopolios yanquis han regado sobre Cuba. Y sin embargo, ¿de qué sirvió todo eso?

Desde luego, no podíamos nosotros ni siquiera imaginarnos, y habría que estar absolutamente locos para creer que íbamos a ser recibidos afectuosamente por los intereses opuestos de los obreros, de los campesinos y de los humildes de país. Nosotros no íbamos a ser bien recibidos por los poderosos, los terratenientes, los reaccionarios.

En dos palabras, chilenos: nosotros no esperábamos ser bien recibidos por los fascistas.

Pero, repito, hemos aprendido otra cosa: hemos aprendido la comprobación más de otra ley de la historia: hemos visto el fascismo en acción. Y hemos podido comprobar un principio contemporáneo: que la desesperación de los reaccionarios, la desesperación de los explotadores en el mundo de hoy —como ya se ha conocido nítidamente por la experiencia histórica— tiende hacia las formas más brutales, más bárbaras de violencia y de reacción.

Todos conocen la historia del fascismo en diversos países, en los países que fueron la cuna de ese movimiento, cómo surgieron, y cómo

los privilegiados, los explotadores, cuando aun sus propias instituciones inventadas y creadas por ellos para mantener el dominio de clase no les sirven, las destruyen ellos mismos. Inventan una legalidad, inventan una constitución, inventan un parlamento. Cuando digo inventan una constitución, digo: inventan una constitución burguesa, porque las revoluciones socialistas establecen sus propias constituciones y sus propias formas de democracia.

Pero, ¿qué hacen los explotadores cuando sus propias instituciones ya no les garantizan el dominio? ¿Cuál es su reacción cuando los mecanismos con que han contado históricamente para mantener su dominio les fracasan, les fallan? Sencillamente, los destruyen. No hay nadie más anticonstitucional, más antilegal, más antiparlamentario y más represivo y más violento y más criminal que el fascismo (Aplausos). El fascismo, en su violencia, liquida todo: arremete contra las universidades, las clausura y las aplasta; arremete contra los intelectuales, los reprime y los persigue; arremete contra los partidos políticos; arremete contra las organizaciones sindicales; arremete contra todas las organizaciones de masas y las organizaciones culturales. De manera que nada hay más violento ni más retrógrado ni más ilegal que el fascismo. Y nosotros hemos podido ver en este insólito y único proceso cómo se manifiesta esa ley de la historia, que los reaccionarios, los explotadores en su desesperación, apoyados fundamentalmente desde el exterior, generan y desarrollan este fenómeno político, esa corriente reaccionaria que es el fascismo.

Y lo decimos con toda franqueza que hemos tenido la oportunidad de aprender y de ver el fascismo en acción (Aplausos). Y sinceramente creemos que no habrá nada que pueda enseñarnos tanto a nosotros como esta visita. Pero también se dice que no hay nada que enseñe a los pueblos tanto como un proceso revolucionario. Todo proceso revolucionario enseña a los pueblos en unos meses lo que a veces dura decenas de años en aprender. Hay una cuestión: ¿quién aprenderá más y más pronto? ¿Quién tomará más conciencia y más pronto? ¿Los explotadores o los explotados? ¿Quiénes aprenderán más rápidamente en este proceso? ¿El pueblo o los enemigos del pueblo? (Exclamaciones de: ¡El pueblo!). ¿Y están ustedes completamente seguros, ustedes que son protagonistas, que son actores de esta página que escribe su patria; están completamente seguros de que ustedes han aprendido más que sus explotadores? (Exclamaciones de: ¡Sí!).

Permítanme entonces discrepar en este caso de la masa (Aplausos).

Mañana dirán en algún cintillo, en algún lugar del mundo las agencias: “Discrepa Castro de la masa”. Discrepamos en una apreciación de la situación.

Y en esta especie de diálogo sobre cuestiones científicas e históricas, nosotros podemos decir que no estamos completamente seguros de que en este singular proceso el pueblo, el pueblo humilde —que es la inmensa mayoría del pueblo— haya estado aprendiendo más rápidamente que los reaccionarios, que los antiguos explotadores. Pero hay, además, algo: los sistemas sociales que las revoluciones están cambiando llevan muchos años de experiencia, ¡muchos años de experiencia! Acumularon experiencia, acumularon cultura, acumularon técnicas, acumularon trucos de toda especie para actuar frente a los procesos revolucionarios. Y mientras, se presentan a la masa del pueblo, que no tiene esa experiencia, que no tiene esos conocimientos, que no tiene esas técnicas, se enfrentan con toda la experiencia y las técnicas acumuladas de los otros. Y si ustedes desean que nosotros seamos francos... Y hemos dicho que nosotros no podemos expresar una mentira. Podemos equivocarnos, hacer una apreciación falsa, pero jamás decir algo que no creamos. Y nosotros creemos sinceramente que el aprendizaje de la parte opuesta, el aprendizaje de los reaccionarios ha ido más rápido que el aprendizaje de las masas (Aplausos).

¿Es que acaso le faltarán cualidades a este pueblo? ¿Es que acaso el pueblo chileno fuera un pueblo que careciera de las mayores virtudes patrióticas, de las mayores virtudes de carácter, de valor, de inteligencia y de entereza? ¡ No! Nosotros estamos impresionados extraordinariamente por las características del pueblo chileno. Y nosotros en todas partes, a veces en contactos con campesinos, después de hablar media hora con ellos, les preguntábamos en qué grado estaban y nos decían: “No sabemos leer ni escribir”.

Nos impresionaba extraordinariamente lo apasionado del carácter chileno: en las recepciones, en los recorridos, el valor, la decisión; cómo los hombres se lanzaban delante de los carros. Pero algo más: ¡cómo se lanzaban las mujeres! Pero algo más: ¡cómo en numerosas ocasiones vimos madres con los hijos en los brazos atravesarse delante, con una decisión y un valor impresionante!

Hemos visto en el pueblo chileno cualidades que nuestro pueblo

no tenía al comienzo de la Revolución: más nivel cultural, más cultura política, —escúchese bien—, ¡cultura política! ¡mucho más cultura política! Porque en nuestro país no existía la situación de Chile hoy día: la victoria en las urnas de los partidos marxistas —es decir, Partido Comunista, Partido Socialista—, y otras organizaciones que apoyaban a esos partidos (Aplausos).

En el orden de la cultura política ustedes han partido de un nivel mucho más alto que nosotros. Pero algo más: ustedes han partido de una tradición patriótica de ciento cincuenta años y una tradición nacional de ciento cincuenta años. Ustedes han partido de un nivel de patriotismo mucho más alto, de una valoración superior de las cuestiones de su país, de su patria.

Nuestro país estaba demasiado penetrado por la ideología del imperialismo. Nuestro país había sido demasiado invadido por la cultura imperialista, por el modo de vida, por todos los hábitos de aquella sociedad tan vecina a nosotros que era Estados Unidos.

De manera que por eso nosotros en ese sentido éramos mucho más débiles que ustedes. Es decir, en toda una serie de aspectos este pueblo parte de un nivel superior al nuestro. Desde el punto de vista económico Chile tiene más recursos económicos que Cuba, tiene un mayor desarrollo económico incomparable al que tenía Cuba. Disponía de un recurso nacional que ahora es suyo. Es decir, dispone ahora de un recurso nacional como el cobre, en el que treinta mil obreros producen casi mil millones de dólares en moneda exterior, en divisas. Recursos energéticos: casi dos millones de toneladas de petróleo. Recursos hidroeléctricos, hierro, carbón, industria alimenticia mucho más desarrollada que Cuba; industria textil. Es decir, que parten ustedes de un nivel de desarrollo técnico y de desarrollo industrial muy superior al que había en Cuba.

De manera que en este país están dadas todas las condiciones de carácter humano, todas las condiciones de carácter social, para el avance. Pero ustedes tienen algo también que no teníamos nosotros. En nuestro país los oligarcas, los terratenientes, los reaccionarios, no tenían la experiencia de esa contrapartida de ustedes aquí. En nuestro país, además, los terratenientes y los oligarcas no se preocupaban de que pudiera haber cambios sociales, porque decían: los americanos —ellos llaman los americanos a los norteamericanos— se encargan de esto. ¡Aquí no puede haber ninguna revolución! Y se dormían sobre los laureles.

En Chile no es así. ¡En Chile no es así!

La reacción, la oligarquía está mucho más preparada de lo que estaba la de Cuba, mucho más organizada y mucho más equipada para resistir los cambios, desde el punto de vista ideológico. Han creado todos los instrumentos para librar una batalla en todos los terrenos frente al avance del proceso. Una batalla en el campo ideológico, una batalla en el campo político, una batalla en el campo de masas —fíjense, bien— ¡una batalla en el campo de masas contra el proceso! Ahora bien, ésa es la diferencia fundamental. Hay otras. Pero no me refiero a las otras, porque eran caminos totalmente diferentes.

Pero cuando la Revolución en nuestro país triunfa, cuando se inicia —nosotros llamamos triunfo de la Revolución al primero de enero, pero lo consideramos históricamente como el inicio del proceso—, cuando se inicia ese proceso también tuvimos resistencia. No vayan a creer que en Cuba no tuvimos resistencia. No vayan a creer que en Cuba no hubo resistencia de la reacción y de la oligarquía. Hubo resistencia, ¡y fuerte! Acudieron a todos los recursos que tenían a mano, a todas las armas, ayudados muy directamente por los imperialistas. Y en todos los campos —fíjense bien— en todos los campos nos presentó batalla. La presentó en el campo ideológico, la trató de presentar en el campo de masas, la presentó en el campo armado.

A nosotros se nos puede decir que iniciamos un proceso de lucha armada en Cuba. Pero nosotros no inventamos la resistencia armada. Y la resistencia armada nos costó muy cara. La resistencia armada de la revolución le costó a nuestra patria más sangre y más víctimas que la guerra revolucionaria. ¡Vean!: murieron más hombres frente a la violencia reaccionaria que los que habían muerto en los combates de la guerra revolucionaria. Nos costaron cientos y cientos de vidas, nos costaron cientos y cientos de millones de dólares. Porque las medidas de sabotaje, la creación de bandas mercenarias armadas en casi todo el país, las infiltraciones constantes de espías, los lanzamientos constantes de armas nos costaron a nosotros años de lucha: la invasión mercenaria de Girón, después las amenazas de la Crisis de Octubre, instigada por los imperialistas... Nosotros hemos tenido que estar luchando durante todos estos años.

Ahora bien: nosotros les hemos ganado la batalla en todos los terrenos (Aplausos). Les hemos ganado la batalla, en primer lugar, en el terreno ideológico; en segundo lugar, en el terreno de masas; y,

en tercer lugar, les ganamos la batalla en el terreno de las armas (Aplausos).

A nuestro juicio el problema de la violencia en estos procesos —incluido el de Cuba— una vez que se ha instaurado el régimen revolucionario, no depende de los revolucionarios. Sería absurdo, sería incomprensible, sería ilógico que los revolucionarios cuando tienen la posibilidad de avanzar, de crear, de trabajar, de marchar adelante, vayan a promover la violencia. Pero no son los revolucionarios los que en esas circunstancias crean la violencia. Y si ustedes no lo saben, seguramente que la propia vida se encargará de demostrárselos (Aplausos).

Esa fue nuestra experiencia cuando el movimiento revolucionario cubano triunfa.

El trabajo no fue fácil. ¡Nadie se lo imagine fácil! Créannos que en nuestro país había más partidos que en Chile. En nuestro país hubo de todo. Por eso no hay por qué desanimarse. Existieron todo tipo de discrepancias. Pero al lado de eso había una fuerza unificadora, al lado de eso había un propósito de unir y una conciencia de unión y de fuerza. Eso no faltó nunca. Y ustedes deben saber que en nuestro país la fusión de los partidos no se hizo por decreto. Nadie se imagine que en Cuba alguien decretó una ley fundiendo los partidos. ¡No! En Cuba se fueron uniendo progresivamente las fuerzas revolucionarias, se fueron fundiendo progresivamente. Fue un proceso de años.

Hoy en nuestro país hay una sola fuerza revolucionaria, que es la fuerza revolucionaria del pueblo de Cuba (Aplausos). Yo no sé cuántas decenas de miles de personas hay aquí. No sé. Ustedes deben tener más o menos una idea. Pero tantas personas como hay aquí se reúnen en Cuba en diez minutos. Y en dos horas se reúnen diez veces todas las personas que están aquí. ¡En dos horas! Y nuestra capital tiene dos tercios de la población de Santiago. En nuestro país se ha llegado a un gran nivel de unidad, a un gran desarrollo de la conciencia revolucionaria. Se ha generado una forma nueva de patriotismo muy sólida, ¡muy sólida!, que ha hecho de nuestra patria un baluarte de la Revolución y una trinchera entre las naciones de este continente que el imperialismo no podrá destruir (Aplausos).

Hemos escuchado con asombro lo que explicaba el presidente de que por allá por Washington o Nueva York un periódico de mucha circulación publicó una declaración de un alto funcionario, que de-

cía “que las horas del gobierno popular en Chile estaban contadas” (Abucheos).

Pues bien: hace mucho rato —aparte la grosería, aparte la intromisión, aparte el insólito augurio, aparte la ofensa, aparte la insolencia—, quiero señalar que hace muchos años que a ningún loco funcionario en ese país se le ocurre decir que las horas de la Revolución Cubana están contadas (Gritos y exclamaciones).

Habrá que no sólo indignarse. Habrá que no sólo enfadarse. Habrá que no sólo proclamar la dignidad herida, protestar de la ofensa, sino que habrá que preguntarse por qué creen eso, y por qué se sienten tan seguros. ¿Qué cálculos han hecho? ¿Qué computadoras han introducido en la cuestión? No quiere esto decir que las computadoras yanquis no se equivoquen. Nosotros tenemos buenas experiencias de que se equivocan. Y en Girón, en Girón se equivocaron las computadoras del Pentágono, de la CIA, del gobierno, de todo el mundo. Se equivocaron. Y se equivocaron por millones de diferencia. Es decir, las computadoras se equivocan.

Pero hay que preguntarse por qué ese optimismo, por qué esa seguridad, en qué bases se apoyan, qué los alienta. Habrá que preguntárselo. Y serán ustedes los únicos que podrán dar la respuesta. ¿Pero acaso les interesa la opinión de un visitante no turista? ¿Me autorizan?

(Exclamaciones de: ¡Sí!).

Que levanten la mano los que están de acuerdo.

(El público presente levanta las manos).

Bueno, ante esa autorización, ante esa autorización plebiscitaria (Exclamaciones de: ¡Fidel!, ¡Fidel!, ¡Fidel!) les digo —ante esa autorización plebiscitaria, en materia de conceptos—, les digo que por debilidades en el propio proceso revolucionario, por debilidades en la batalla ideológica, por debilidades en la lucha de masas, por debilidades frente al adversario (Aplausos). Y el adversario exterior, apoyando al adversario interior, trata de aprovechar todo resquicio, toda debilidad.

Podíamos decir: por debilidades en la consolidación de fuerzas, en la unión y la ampliación de fuerzas.

Ustedes viven un proceso muy especial, pero que no es nuevo en lo que se refiere a lucha de clases. La historia tiene incontables ejemplos. Están viviendo el momento del proceso en que los fascistas —para llamarlos como son— están tratando de ganarles la calle,

están tratando de ganarles las capas medias de la población. En determinado momento de todo proceso revolucionario los fascistas y los revolucionarios luchan por ganar el apoyo de las capas medias de la población.

Ahora, los revolucionarios son honrados revolucionarios son honestos, los revolucionarios no andan con mentiras, los revolucionarios no siembran el terror, no siembran la angustia ni inventan cosas truculentas y tenebrosas.

¡Ah!, pero los fascistas sí que no se detienen ante nada. Tratan de tocar cualquier sensibilidad, inventar la calumnia más increíble; tratan de sembrar el miedo, el temor, la intranquilidad en amplias zonas de las capas medias de la población; tratan de hacerles creer las cosas más inverosímiles; tratan de despertar los mayores temores en todos los órdenes. Tienen un objetivo: ganarse las capas medias. Algo más: utilizan los sentimientos más ruines y más bajos. El chovinismo —ese nacionalismo estrecho—, esos egoísmos, los tratan de desatar por todos los medios. El chovinismo, los egoísmos, las pasiones más bajas, los temores más infundados. No se detienen ante nada.

Y nosotros lo hemos visto, porque de vez en cuando tenemos tiempo de ver algo en este viaje agitado y largo, largo en kilómetros y largo en días —en lo cual nosotros estamos plenamente con los quejosos—, y lo hemos visto: qué tipo de mentiras, de cosas, se dicen; ¿a dónde van dirigidas? Con relación a nuestra misma visita, ¿a qué iban dirigidas todas? Bueno: había una sola forma de visitar este país, y era: un mudo ¡Un mudo que no hablara ni por señas!, porque por señas se pueden decir muchas cosas (Risas y aplausos). Cualquier tema, cualquier detalle... Primero el fariseísmo. Bien: “Ha llegado, ha sido recibido. Esperamos que no confunda, que no se meta”. Después, poco a poco, allá, una empanada: “El hombre comiendo una empanada.” En otro lugar, allá: “El hombre retratado al lado de las niñas del hot pants”. Es decir, allá la mentira: “Abuclean a Fidel en los Andes”. Otra mentira: “Frío recibimiento en Chuquicamata”.

Pero bien: tratando de despertar el chovinismo, tratando de presentar cualquier actitud, cualquier palabra, cualquier respuesta a un estudiante como un entrometimiento. De manera que hemos visto en todos estos días cómo cualquier pretexto es utilizado para despertar un recelo, un temor, un resentimiento. Y en esa lucha son muchos, son hábiles. Y en estos instantes, desde nuestro punto de vista, de observadores de este proceso, vemos que el fascismo trata de

avanzar y ganar terreno en las capas medias y tomar la calle. Algo más: trata de desmoralizar a los revolucionarios. En algunos lugares nosotros hemos visto a los revolucionarios algo así como golpeados; en algunos lugares los hemos visto incluso desalentados.

Si nosotros no fuésemos un hombre franco, si nosotros no fuésemos hombres que creyésemos en la verdad, no nos atreveríamos a decir esto.

Pudiera parecer, incluso que se dice algo que el adversario utiliza y gana terreno. ¡No! El adversario gana terreno en el engaño, en la confusión, en la ignorancia, en la falta de conciencia de los problemas (Aplausos).

Si quieren saber una opinión: el éxito o el fracaso de este insólito proceso dependerá de la batalla ideológica y de la lucha de masas, y dependerá de la habilidad, del arte y de la ciencia de los revolucionarios para sumar, para crecer y para ganarse las capas medias de la población (Aplausos). Porque en nuestros países de relativo desarrollo esas capas medias son numerosas y muchas veces son susceptibles de la mentira y del engaño. Ahora, en la lucha ideológica no se conquista a nadie sino con la verdad, con los argumentos, con la razón. Eso es una cosa incuestionable.

(Del público exclaman: ¡Venceremos!).

Espero que venzan. Deseamos que venzan. ¡Y creemos que vencerán! (Aplausos).

Hay algo que nos impresionó hoy profundamente, y fueron las palabras del presidente (Aplausos), en especial cuando reafirmó esa voluntad de defender la causa del pueblo y la voluntad del pueblo. En especial cuando pronunció esa épica frase: que era presidente por voluntad del pueblo y que su deber lo cumpliría hasta el día en que cumpliera su mandato o lo sacaran muerto del Palacio Presidencial (Aplausos). Y quienes lo conocemos, quienes lo conocemos, sabemos que el presidente no es hombre de frases, que es hombre de hechos (Aplausos). Quienes conocemos su carácter sabemos que así es.

Y cuando se cuenta con ese sentido de la dignidad, cuando el pueblo sabe que puede confiar en el hombre que hoy lo representa y que de tal manera pronuncia en esa lacónica frase su decisión de resistir los intentos del enemigo exterior, en complicidad con los reaccionarios interiores; cuando el pueblo puede contar con eso y los enemigos saben eso, ya eso constituye una seguridad, una confianza, una bandera.

Y nosotros como latinoamericanos felicitamos de corazón al presidente por esa valerosa y digna afirmación (Aplausos).

Pudimos ver cómo reaccionó el pueblo, pudimos ver cómo reaccionó el pueblo ante esas palabras. (Del público le dicen algo). No diría de esa manera: “por la razón o la fuerza”. Hay frases que son históricas y tienen un valor por sí mismas, por su carácter histórico, y se han convertido en símbolos. ¡Por la razón, por la fuerza de la razón y por la fuerza física y de pueblo que acompaña a la razón! (Aplausos y exclamaciones de: ¡Viva Cuba!).

¡Cuando los jefes, cuando los dirigentes están dispuestos a morir, junto a ellos están dispuestos a morir también los hombres y mujeres del pueblo! (Aplausos).

El pueblo es el gestor de la historia. Los pueblos escriben su propia historia. Las masas escriben la historia. ¡Ningún reaccionario, ningún enemigo imperialista podría aplastar al pueblo! (Aplausos). Y la historia reciente de nuestro país lo demuestra, ¡lo demuestra!

¿Cómo hemos podido resistir y por qué? Por la unidad de nuestro pueblo, por la fuerza que esa unidad engendra.

Decíamos que en dos horas se reunían diez veces las personas que están aquí. ¡Pero decimos también que en menos de veinticuatro horas ponemos seiscientos mil hombres sobre las armas! (Aplausos). En nuestro país se ha creado una estrecha e indisoluble unión entre pueblo y fuerzas armadas. Y por eso nosotros decimos que somos fuertes en la defensa.

Hay algo que los conocedores de la guerra y de la historia, los profesionales de las armas saben, y es que en el combate el hombre es decisivo; en el combate los factores morales son decisivos; en el combate la moral del hombre es lo que decide.

Los que conocen de la historia y los que conocen de las grandes proezas militares saben que cuando la fuerza está unida y está inspirada y está profundamente motivada, es capaz de vencer cualquier obstáculo, de tomar cualquier posición, de hacer los más increíbles sacrificios.

¿Qué es lo que le da esta motivación profunda a nuestro país en su defensa frente al peligro exterior? ¡Ah!, es que cuando llega la hora de defender la patria, la patria no está dividida en millonarios y pordioseros, grandes terratenientes repletos de privilegios e infelices campesinos sin tierra y sin trabajo, pasando miseria de todo tipo. Es que la patria no está dividida entre opresores y oprimidos,

explotadores y explotados; las grandes señoronas repletas de joyas y riquezas y las infelices mujeres que tienen que ir a ganarse la vida en un prostíbulo (Aplausos). La patria no está dividida entre privilegiados y desposeídos.

Y cuando nuestro campesino es llamado a integrar las unidades del ejército en nuestro país, sabe que no está defendiendo la patria de los explotadores, la patria de los opresores. Sabe que no está defendiendo la patria de los privilegiados, sino la patria que es realmente de todos y para todos. La tierra que les da pan a todos y no abundancia a unos y hambre a otros; honores y grandezas a unos y humillaciones a otros. Y nosotros lo hemos podido ver, lo hemos podido vivir y conocemos por nuestra propia experiencia las tremendas motivaciones, el espíritu de nuestro pueblo en el combate, de hombres y de mujeres y de todos. Saben lo que defienden. Han adquirido un gran sentido de la dignidad. ¡Es un pueblo unido tras una causa justa que defiende una patria suya, que defiende una bandera que tiene más contenido que nunca!

Los pueblos son tan nobles y de tal manera se siembran en ellos los sentimientos patrióticos, que aun en las sociedades de clase, de explotadores y de explotados, han sido capaces de combatir y de morir, porque han tenido los símbolos de la patria, la idea de la patria y han estado dispuestos a defenderla. Aun cuando hayan sido humildes y humillados y explotados en aquella tierra, ¡aun así la defienden!

Calculen sus motivaciones, sus impulsos, su grado de heroísmo cuando están defendiendo una patria que es realmente suya en el más cabal sentido de la palabra.

No habrá pueblo tan poderoso ni fuerza armada tan poderosa para cumplir la sagrada misión de defender la patria, que aquel donde han desaparecido los explotadores y los explotados. Es decir, que ha desaparecido la explotación del hombre por el hombre (Aplausos).

No en balde la historia nos dio una lección bastante reciente.

En la Segunda Guerra Mundial, cuando poderosos ejércitos se vinieron abajo, ¿qué había hecho el fascismo para atacar a Europa, para invadir Francia, para invadir Bélgica, Holanda, casi todo el mundo occidental? Sembró su quinta columna, exaltó las divisiones. Y en aquella situación desarmó moralmente al pueblo. Y cuando las hordas fascistas atacaron con sus blindados y sus divisiones motorizadas rompían las líneas, sacaron el máximo provecho de la desmoralización del pueblo.

¡Ah!, cuando un día, dos años después, en el mes de junio de 1941, cuatro millones de aguerridos veteranos de ese mismo ejército fascista invaden la Unión Soviética por sorpresa, ¿qué se encontraron? Se encontraron una resistencia desde el primer momento, desde el primer día, desde las primeras horas. Un pueblo que estuvo dispuesto a pelear y a morir; que dio dieciocho millones de vidas, que acumuló la más extraordinaria experiencia guerrera de los últimos tiempos.

Que no nos digan que los occidentales aprendieron a pelear. Con una superioridad fabulosa, y cuando el ejército nazi estaba destruido, desembarcaron por Normandía, llegando hasta las fronteras. En el episodio de Las Ardenas famoso, unas cuantas divisiones blindadas los hicieron retroceder rápidamente decenas y decenas de kilómetros.

Pues bien; los fascistas lanzaron más de trescientas divisiones contra la Unión Soviética. Y aquel pueblo resistió, peleó. ¡Cómo se engañaron! Creían que era un paseo militar. Pero aquel ataque cobarde y artero terminó en Berlín. ¡Y fue el ejército soviético quien aplastó las hordas fascistas (Aplausos).

Una clara lección de la historia. Nunca jamás, a pesar del proverbial patriotismo de esa nación, a pesar del proverbial patriotismo, nunca jamás en la historia se produjo una resistencia tan heroica, tan decidida. Porque ya no era la sociedad de los señores feudales ni de los siervos de la gleba, de los zares con sus poderíos absolutos. El Estado socialista resistió más. ¡Y lo extraordinario es que aquel Estado socialista, de campesinos prácticamente, sea hoy la poderosa potencia industrial que es! Y sea el país que haya podido ayudar a naciones pequeñas como Viet Nam y como Cuba para resistir peligros tan grandes como fue el peligro imperialista.

Los hombres de armas saben lo que implica un pueblo unido y combatiente, un pueblo con su motivación desarrollada al máximo. Porque esos son los hombres que hacen posible la victoria. Son los hombres que pueden resistir cualquier desproporción de fuerza. Son los hombres capaces de cualquier heroísmo.

Nosotros mencionábamos la Revolución Francesa. Cuando la burguesía era clase revolucionaria y dirigía al pueblo, recordarán también cómo se repitió la historia: cómo ese país, invadido por numerosas naciones, resistió y derrotó a sus agresores. Es que en las revoluciones los pueblos se unen cuando desaparecen las injusticias seculares y surgen fuerzas que nada ni nadie puede aplastar.

Alguien dijo una vez, un historiador de aquella revolución, que “cuando un pueblo entra en revolución no hay fuerza en el mundo que pueda detenerlo”. Por eso nosotros decimos que nuestro país es fuerte y unido. Hemos avanzado, y nos sentimos satisfechos (Aplausos).

Pero si me permiten expresarles con toda sinceridad una de nuestras conclusiones y una de nuestras impresiones a ustedes, los chilenos —que son tan curiosos, que les interesan tanto las impresiones—, les digo una impresión que me nace de lo más profundo del alma: cuando veo la historia en acción, cuando veo estas luchas, cuando veo hasta qué punto los reaccionarios tratan de desarmar moralmente al pueblo, cómo se valen de tantos y tantos medios, desde el fondo de mi corazón sale una conclusión, ¡y es que regresaré a Cuba más revolucionario de lo que vine! (Exclamaciones y aplausos). ¡Regresaré a Cuba más radical de lo que vine! ¡Regresaré a Cuba más extremista de lo que vine! (Exclamaciones y aplausos).

Expreso palabras que quieren dar una idea.

Cuando nosotros queremos expresar, tratamos de buscar una palabra que dé una idea. Las lecciones, las experiencias me hacen sentir más profundamente identificado con el proceso que ha vivido nuestra patria. Y me hacen sentir más profundo amor por nuestra Revolución. Y apreciar los logros y los avances que hemos alcanzado. No quiero extender mucho más estas palabras. (Del público le dicen que continúe). (Exclamaciones de: ¡Fidel!, ¡Fidel!, ¡Fidel!).

Agradezco mucho la amabilidad y la paciencia de ustedes. Ustedes saben bien que tengo que irme (Exclamaciones de: ¡No). Ustedes saben, además, que no me necesitan aquí (Exclamaciones de ¡Sí! y ¡Que se quede!). Les agradezco esas exclamaciones como un intento de desagravio por aquellos que trataron de agriar la visita, exigiendo la partida y poco más que promoviendo una ley para botarme (Abucheos).

Ayer nosotros decíamos en broma, y hasta ayer bromeábamos... Hoy no podíamos estar en ánimo de bromear leyendo las noticias de los sucesos, que no quiero comentar. Sólo en relación al ánimo. Cuando se leen noticias de heridos, de incendios, cosas que ocurrieron precisamente cuando nosotros en la Embajada cubana celebrábamos una recepción, donde estaban presentes más de seiscientas personalidades chilenas. Y hasta aquellos momentos bromeábamos, y decíamos: ¿cuáles son los requisitos para hacerse ciudadano chile-

no? (Aplausos). Y había un abogado por allí. Y le decíamos: ¿cuántos días son? ¿Cuánto tiempo de residencia? ¿Dónde están las planillas?, que quiero llenar una planilla.

Frente a las frases, a los insultos y a todo eso se podía bromear. Y se bromeaba con eso. Y no me faltaron deseos de hacer la broma en grande. Porque al fin y al cabo no le negarían ustedes a un latinoamericano que cumpliendo todos los requisitos constitucionales se hiciera ciudadano chileno. ¿En diez años, en veinte años? Yo no sé. Eso era absolutamente en broma.

Nosotros nos sentimos en cierto modo hijos de toda una comunidad, parte de un mundo que es mucho mayor que Cuba y que Chile: que es la América Latina (Aplausos). Llegarán los tiempos en que todos tengamos la misma ciudadanía, sin perder por ello un ápice de amor a nuestra tierra, al rincón de este continente donde hayamos nacido, a nuestros símbolos: a nuestras banderas, que serán banderas hermanadas; a nuestros himnos, que serán himnos hermanados; a nuestras tradiciones, que serán tradiciones hermanadas; a nuestras culturas, que serán culturas hermanadas. Y cuando tengamos el poder suficiente entre todos los pueblos para ocupar un lugar digno en el mundo, los poderosos no nos insultarán, no vendrá el imperio arrogante y orgulloso a anunciarnos tragedias y caídas, ni amenazarnos de ninguna forma... No es lo mismo amenazar a un pueblo pequeño que a una unión de pueblos hermanos que puede ser una grande y poderosa comunidad en el mundo de mañana (Aplausos).

Llegarán esos tiempos, llegarán esos tiempos cuando haya sido derrotada la ideología reaccionaria, cuando hayan sido derrotados los nacionalismos estrechos, los chovinismos ridículos, que son los recursos que los reaccionarios y los imperialistas utilizan para mantener la hostilidad y la división entre nuestros pueblos (Aplausos), entre pueblos que hablan el mismo idioma y que son capaces de entenderse, como nos entendemos nosotros. Las ideologías reaccionarias tienden a la división.

Para que un día América pueda unirse, la América nuestra que decía Martí, será necesario derrotar hasta el último vestigio de esos reaccionarios, que quieren pueblos débiles para mantenerlos en la opresión, para mantenerlos sometidos a los monopolios extranjeros. Porque en definitiva todo eso no es más que expresión de una filosofía, de la filosofía reaccionaria, de la filosofía de la explotación y de la opresión.

Permítanme no la prolongación de esta visita, sino expresar algunas ideas más, si se desea (Exclamaciones de: ¡Sí!). ¿Qué queremos decir? Entre otras, una elemental expresión de agradecimiento a todos los que hemos tratado —y hemos tratado ampliamente con el pueblo chileno. Hemos tratado y hablado ampliamente con los obreros, los estudiantes, los campesinos, el pueblo en general, que nos recibió en tantos sitios. Hemos conversado con periodistas, hemos conversado con trabajadores intelectuales, con economistas y técnicos como los de la CEPAL. Nos hemos reunido y hemos conversado con diputados, con los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular y de las organizaciones de izquierda. Con todos... (Del público le dicen: ¡Las mujeres!). No las he olvidado. Nos hemos reunido con las representaciones obreras. Nos hemos reunido con las mujeres chilenas (Aplausos). Hemos sostenido entrevistas con el cardenal de Chile (Aplausos). Nos hemos reunido con más de cien sacerdotes progresistas, que constituyen un impresionante movimiento. Hemos dialogado con hombres del Ejército, de la Armada y de los Carabineros (Aplausos). En todas partes con espíritu amistoso, con respeto. Hemos tratado de responder todas las preguntas y todas las que hayan estado a nuestro alcance.

De estas reuniones, dos fueron las que produjeron más irritación y fueron más motivos de crítica: la reunión con el cardenal, la reunión con los sacerdotes progresistas, y los hombres del Ejército, la Armada, la Aviación y los Carabineros (Aplausos).

Es preciso que nosotros digamos con franqueza cuáles fueron los fundamentos de esos diálogos y por qué y cómo se produjeron.

¿Es que acaso nosotros hemos estado haciendo demagogia o contraviniendo nuestras convicciones? Porque hemos visto cómo se ha golpear sobre algunas de esas cuestiones.

Puede decirse realmente que si alguien compitió o emuló conmigo en materia de recibir insultos, fue precisamente el cardenal. Teníamos muchas cosas que conversar con la izquierda cristiana y con los sacerdotes chilenos, amplias cosas (Aplausos), fundadas no en oportunismos sino en principios; no en ventajismos sino en razones profundas, en convicciones; en la convicción de la conveniencia, de la posibilidad y de la necesidad de unir en el ámbito de esta comunidad latinoamericana a los revolucionarios marxistas y a los cristianos, a los revolucionarios marxistas y a los revolucionarios cristianos (Aplausos). Ampliamente conversamos esto con los sa-

cerdotes, los fundamentos de esa convicción de hoy y de siempre. ¡Que no se confundan los problemas que crearon los oligarcas en nuestro país tratando de usar la Iglesia contra la Revolución!

Nosotros muchas veces nos hemos referido a la historia del cristianismo, al cristianismo aquel que engendró tantos mártires, tantos hombres sacrificados por la fe. Y siempre tendrán nuestro más profundo respeto los hombres que son capaces de dar su vida por su fe (Aplausos).

Por los que no sentiremos ningún respeto jamás es por los hombres que como defienden bastardos intereses —sus egoísmos, su estómago repleto—, no son capaces de dar la vida por nada ni por nadie (Aplausos).

Examinamos los enormes puntos de coincidencia que puede haber entre los preceptos más puros del cristianismo y los objetivos del marxismo.

Porque muchos han querido tomar la religión para defender ¿qué? La explotación, la miseria, el privilegio; para convertir la vida del pueblo en este mundo en un infierno, olvidándose que el cristianismo fue la religión de los humildes, de los esclavos de Roma, de los que por decenas de miles morían devorados por los leones en el Circo, y que tenía expresiones terminantes acerca de la solidaridad humana o amor al prójimo, condenatorias de la avaricia, la gula, los egoísmos.

Religión que llamó hace dos mil años mercaderes a los mercaderes, fariseos a los fariseos. Que condenó a los ricos, y que dijo virtualmente que no entrarían en el reino de los cielos (Aplausos). Que multiplicó los peces y los panes, precisamente lo que el hombre revolucionario de hoy se propone con la técnica, con sus brazos, con el desarrollo racional y planificado de la economía.

Cuando se busquen las similitudes entre los objetivos del marxismo y los preceptos más bellos del cristianismo, se verá cuántos puntos de coincidencia, y se verá por qué un párroco humilde, que conoce el hambre —porque la ve de cerca—, la enfermedad y la muerte, que conoce el dolor humano... O como algunos de esos sacerdotes que trabajan en minas o trabajan entre humildes familias campesinas, y se identifican con ellos y luchan junto a ellos. O personas abnegadas que consagran su vida a atender enfermos que padecen las peores dolencias.

Cuando se busquen todas las similitudes, se verá cómo es realmente posible la alianza estratégica entre marxistas revolucionarios y cristianos revolucionarios (Aplausos).

Los interesados en que tales alianzas no se produzcan son los imperialistas. Y son, por supuesto, los reaccionarios.

Con los militares —y cuando decimos militares comprendemos todas las armas, todos los institutos— dialogamos también ampliamente. Pero tales diálogos no se produjeron de manera absolutamente espontánea. Nadie los planificó. Fue el resultado de las atenciones oficiales, de las extraordinarias atenciones con que el presidente, los ministros, y las autoridades del gobierno quisieron rodear la visita. Y en todas partes, en todos los aeropuertos, en todos los sitios estaban presentes también los hombres de uniforme y sus representantes (Aplausos). Y espontáneamente surgieron en muchas ocasiones los diálogos: en las recepciones, en los encuentros con las autoridades. Y entre los hombres de uniforme de Chile y nuestra delegación se vio con toda claridad que había muchas cuestiones sobre las cuales se podía conversar.

En primer lugar, nuestro país ha tenido que vivir una experiencia tremenda. Los revolucionarios cubanos hemos tenido que pasar por singulares experiencias en diversas fases de la lucha. Primero, como combatientes irregulares en sus inicios; después, con el desarrollo de determinadas concepciones y tácticas de lucha. Los revolucionarios cubanos nos vimos obligados a participar en numerosas batallas en condiciones muy desiguales, en desproporciones muy grandes, a lo largo de nuestra guerra revolucionaria. Pasamos por las más diversas fases: fases de adversidad, fases de éxito. Desde momentos sumamente difíciles hasta victorias completas, y la victoria completa.

Vivimos después experiencias de todo tipo: de cuando nos invadieron el país con bandas mercenarias en todas las provincias y nos hicieron combatir contra ellas durante años. Estaban equipadas con las mejores armas de Estados Unidos, equipos de radio y todas sus técnicas. Hemos vivido la experiencia de Girón y hemos vivido la experiencia de la Crisis de Octubre, en que nuestro país tuvo que atravesar momentos de suma tensión, de extraordinario peligro, en que nuestro país estaba virtualmente amenazado por decenas de proyectiles nucleares. Hemos tenido que pasar por la experiencia de constituir nuestras unidades de combate para contemplar un peligro

real y grande. Hemos tenido que desarrollar poderosas fuerzas armadas, crear escuelas, aprender la utilización de nuevos armamentos, de nuevas técnicas. Hemos tenido contacto con la experiencia más profunda de la última guerra, los informes y los documentos.

Es incuestionable que desde el punto de vista técnico, desde el punto de vista profesional había muchas cuestiones que podían ser objeto de diálogo. El interés de la experiencia de Cuba, del proceso de Cuba, la natural curiosidad por los acontecimientos históricos que todos los hombres tenemos. También las cuestiones de carácter humano, la competencia, la eficiencia, las tradiciones, la historia de cada país, el presente y el futuro. Cuál será el destino de nuestros pueblos en el mañana, frente a los abismos tecnológicos que crecen, frente a las naciones desarrolladas y las que se han quedado rezagadas. Cuáles son las concepciones futuras de las armas, de los nuevos sistemas de armamentos.

Es decir, que tanto desde el punto de vista profesional como humano, como cosas que tienen que ver con el destino futuro de nuestros pueblos, había amplios temas de este género, sobre los cuales se desarrollaban los diálogos.

Y tuvimos oportunidad de conocer muchos hombres de gran talento, de carácter, de eficiencia. Hemos tenido oportunidad de conocer muchos hombres valiosos, gracias precisamente a esos diálogos. Hemos tenido oportunidad de referirnos a cuestiones relativas a nuestras tradiciones. Hemos aprendido, digamos, mutuamente, muchas cosas.

¿Era acaso una falta? ¿Era acaso una conspiración? ¿Era acaso un delito? ¿Había razón para que alguien se sintiera ofendido? ¿Y por qué si conversábamos con los sacerdotes, y con el cardenal y con los técnicos de la CEPAL no podíamos dialogar con los hombres de uniforme de Chile? ¿Y por qué temían tanto esos diálogos? ¿A quién se ofende con eso?

Hemos dialogado incluso en la guerra. Cuando combatíamos dialogábamos con el adversario, discutíamos. Cuando combatíamos, analizábamos razones: quién la tenía y quién no la tenía. Si hemos dialogado incluso con hombres combatiendo frente a nosotros, ¿por qué no íbamos a dialogar con hombres que nos atendieron con toda caballerosidad, con toda amabilidad, con toda consideración y con todo respeto? (Aplausos). Por eso en el día de hoy a ellos queremos expresarles también nuestro agradecimiento por sus atenciones.

Este día precisamente, dos de diciembre, ha querido la casualidad que coincida con el quince aniversario del desembarco del Granma (Aplausos), en que un grupo de ochenta y dos hombres arribamos a costas pantanosas de Cuba.

La correlación de fuerzas totales de Batista contra nuestras fuerzas era de mil a uno. En total tenían, entre las diversas armas, unos ochenta mil hombres. Algunos días después la adversidad hizo mucho más difícil nuestra situación, y sólo siete hombres con armas nos volvimos a reunir. Correlación de fuerzas: diez mil a uno, por lo menos. Un poco más de diez mil. Y en aquellos instantes nosotros no nos desalentamos, ¡no nos desalentamos!

Tal vez esto les ayude a comprender por qué no tenemos temor de señalar cuáles pueden ser las debilidades de los revolucionarios o de un proceso en un momento dado. ¡Diez mil a uno! Y aquellos hombres no se desalentaron. Siguieron adelante, atravesaron muy difíciles circunstancias, y lucharon siempre con una correlación de fuerzas muy adversa.

Cuando, incluso finaliza la guerra, la correlación es de más veinte a uno. Por esos períodos atravesó nuestro proceso. De manera que esto, revolucionarios chilenos, lo cito en relación con este día, que es para nosotros un deber recordar, para sacar la conclusión de que un pueblo revolucionario, un pueblo armado con una doctrina, con una idea, decidido a defender una causa, no habrá forma de aplastarlo, no habrá forma de derrotarlo (Aplausos).

¡Decimos esto para que jamás haya desaliento en las filas revolucionarias! ¡Para que jamás la moral baje un ápice! ¡No importa la acción del enemigo! ¡No importan incluso sus éxitos parciales! Hay que decir: ¡Adelante!

Los revolucionarios se mueven por motivaciones profundas, por grandes ideas. No incitan el temor. ¡No! Aunque, desde luego, los revolucionarios saben el destino de las revoluciones aplastadas. Para citar ejemplos, dos: la revolución de los esclavos de Roma, la revolución de Espartaco, aplastada por los oligarcas, costó la vida a cientos de miles de hombres que fueron crucificados a lo largo de los caminos que conducen a Roma; la revolución de los comuneros de París, ahogada ferozmente en sangre.

Y se pueden citar varios ejemplos modernos. Cuando un proceso revolucionario se desata, por un lado surge el fascismo, con todos sus trucos y todas sus artes, todas sus técnicas de lucha, todas sus hipo-

creencias, sus fariseísmos, sus tácticas de despertar el miedo, de usar, la mentira, sus ruines e inescrupulosos métodos. ¡No hay que temer! ¡Luchar con argumentos! ¡Luchar con la razón! ¡Luchar con la verdad! ¡Luchar con convicción! y ¡luchar no por temor a las consecuencias de la derrota! Saber, sí, lo caro que cuestan las derrotas a los pueblos. ¡Luchar por el ideal! ¡Luchar por la causa justa! ¡Luchar sabiendo que la razón está de su parte! ¡Luchar sabiendo que las leyes inexorables de la historia están de su parte! ¡Luchar sabiendo que el futuro les pertenece! ¡Avanzar con las masas! ¡Avanzar con pueblo! ¡Avanzar con las ideas! ¡Avanzar sumando! ¡Avanzar creciendo! (Exclamaciones y aplausos).

Y esto que digo hoy, en que he hablado ampliamente —gracias a la paciencia y consideración de ustedes—, esto a que nos hemos referido sobre tácticas, sobre unión, sobre posibilidades de participación de todos en esta gran cruzada por la América de mañana, esto no lo he inventado al venir aquí a Chile, éstas no son ideas de ocasión, porque aquí tenemos nosotros este documento, proclamado hace diez años, que se llama Segunda Declaración de La Habana (Aplausos), y que nosotros consideramos conveniente referir leyendo unos párrafos, y que resumen la concepción estratégica revolucionaría desde entonces. Y tal vez estos párrafos puedan ser de utilidad para ustedes.

Al despedirnos, ¿qué podemos darles? Si tan siquiera pudieran ser de utilidad algunas ideas, algunos conceptos, nos sentiríamos satisfechos, si al menos espiritualmente hemos reciprocado de alguna manera el afecto de ustedes.

Los párrafos son éstos, y están a continuación uno de otro.

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias, que sólo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar. El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras, el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pue-

blos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antiimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humilladas también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Estas ideas fueron expresadas hace diez años y no se apartan un ápice de las ideas de hoy.

Nuestra Revolución ha sido consecuente con sus posiciones. No ha sido dogmática. Progresiva, avanza. En un momento dado puede tener algunas fases y algunos desarrollos superiores a los de atrás. Pero sigue una línea, sigue un principio, sigue un camino. Se ha caracterizado por su confianza en el pueblo, por su confianza en las masas, por su confianza en las ideas, por la seguridad en la victoria. Se ha caracterizado por su firmeza y por su intransigencia. ¡Amplitud y suma por un lado, intransigencia con los principios por otro lado!

Hemos hablado con muchos chilenos. Hemos dialogado ampliamente. Con los únicos que no hemos dialogado ni dialogaremos jamás es con los explotadores, con los reaccionarios, con los oligarcas y los fascistas (Aplausos).

¡Con los fascistas no hemos dialogado ni dialogaremos jamás!

Con todos los demás chilenos hemos sentido el inmenso honor de haberlos tratado, de haberlos conocido, de haber cambiado impresiones, de haber dialogado con ellos (Aplausos).

Querido compañero Salvador Allende: pronto ya partiremos de este hermoso y magnífico país. Pronto nos despediremos de este pueblo acogedor, hospitalario, magnífico y caluroso. Una cosa nos llevamos: el recuerdo imborrable de esta visita, de los afectos, de las atenciones, de los honores que a nuestra delegación ustedes hicieron como representante del pueblo cubano y de la Revolución Cubana.

Sólo queremos decirle, querido presidente, a usted y a los chilenos, que con Cuba pueden contar (Aplausos) con su solidaridad desinteresada e incondicional, con lo que esa bandera significa, con lo que esa patria significa. ¡No la patria de los explotados, sino la patria de los hombres libres! ¡La patria donde una revolución ha llevado la igualdad y la justicia! ¡La patria donde se ha reivindicado al hombre y se le ha dado un contenido inmenso de dignidad!

A los que pretenden impugnar la legitimidad de esa Revolución, que vean su fuerza y que expliquen cómo si no tenemos un pueblo consciente y unido —un pueblo que sabe lo que es la dignidad y la libertad—, cómo hemos podido resistir culturalmente, políticamente y militarmente al poderoso imperio yanqui (Aplausos).

¡Ahí está nuestra patria sólida y firme! ¡Ahí está su bandera! ¡Bandera que significa la dignidad de Cuba, que significa la nación en su sentido más amplio, que significa el patriotismo en su sentido más solidario como hijos de Cuba, como hijos de América!

En esos símbolos que hoy flotan en este sitio, en esa proximidad física está también el símbolo de la proximidad de nuestros pueblos, de nuestra idea, de nuestra causa, y de nuestra razón.

Y por ser hoy dos de diciembre, permítaseme terminar estas palabras como las terminamos siempre en Cuba:

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Exclamaciones de: ¡Fidel!, ¡Fidel!).

(Ovación).

EL PRIMER ENCUENTRO CON FIDEL Y EL CHE

SALVADOR ALLENDE

Yo estaba en Venezuela para la ascensión al mando de Betancourt y se me ocurrió, porque tenía unos dólares de más, ir a ver Cuba. Ya Fidel Castro había entrado en La Habana. Debe haber entrado Fidel el 6 de enero, según me acuerdo, o el 5 de enero. Pues bien, yo llegué a Cuba el 20 de enero y llegué en un momento muy curioso. Estaba en el hotel y esa tarde hubo un desfile que para mí no sólo fue impactante, sino sencillamente fue una cosa increíble. Ese desfile estaba encabezado por doscientos policías de Miami e iba en auto abierto el alcalde de Miami y, me parece, el alcalde de La Habana.

Entonces, yo al día siguiente pensé tomar el avión y regresar a Chile, cuando me encontré con Carlos Rafael Rodríguez, a quien había conocido en Chile y me dijo: “¿Qué estás haciendo acá?” Le dije: “Vine a ver esta revolución, pero como no hay tal revolución, me voy. ¿Qué revolución va a ser ésta cuando están los policías de Miami?” Entonces me dijo: “Cometes un error, Salvador, quédate aquí, conversa con los dirigentes”. Le dije: “No, no, me voy”. Pero me insistió tanto, y además yo conocía a Carlos Rafael, que le dije: “Conforme, pero ponme en contacto con los dirigentes”. Efectivamente, esa tarde yo recibí un llamado de Aleyda, a quien no conocía, no sabía quién era. Era la secretaria del Che, no estaba casada con el Che todavía, y me dijo: “El comandante Guevara le va a mandar su automóvil y lo espera en el Cuartel de La Cabaña”. Ahí llegué yo y ahí estaba el Che. Estaba tendido en un catre de campaña, en una pieza enorme, donde me recuerdo había un catre de bronce, pero el Che estaba tendido en el catre de campaña. Solamente con los pantalones y con el dorso descubierto, y en ese momento tenía un fuerte ataque de asma. Estaba con el inhalador y yo esperé que se le pasara; me senté en la cama, en la otra, entonces le dije: “Comandante”, pero me dijo: “Mire, Allende, yo sé perfectamente bien quién es usted.

Yo le oí en la campaña presidencial del '52 dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo. Así es que conversemos con confianza, porque yo tengo una opinión clara de quién es usted". Después me di cuenta de la calidad intelectual, el sentido humano, la visión continental que tenía el Che y la concepción realista de la lucha de los pueblos, y él me conectó con Raúl Castro y después, inmediatamente, fui a ver a Fidel. Recuerdo como si fuera hoy el día: estaba en un consejo de gabinete. Me hizo entrar y yo presencié parte de la reunión. Hubo una cena y después salimos a conversar con Fidel a un salón. Había guajiros jugando ajedrez y cartas, tendidos en el suelo, con metrallas, y de todo. Ahí, en un pequeño rincón libre, nos quedamos largo rato. Ahí me di cuenta de lo que era, ahí tuve la concepción de lo que era Fidel.

La Revolución Cubana: una lección extraordinaria. Primero, un pueblo unido, un pueblo consciente de su tarea histórica, es un pueblo invencible. Además, cuando tiene líderes consecuentes, cuando tiene hombres capaces de interpretar al pueblo, sentirse el pueblo hecho gobierno, y es el caso de Fidel, y es el caso del Che.

En realidad, desde el primer momento Fidel me impresionó, esa inteligencia desbordante, esa cosa increíble y arrolladora —porque es como una especie de catarata humana— y su franqueza.

La primera vez que llegué a Cuba me conecté con el Che y desde ese instante tuve por él afecto, respeto, y creo, podría decirte que fui amigo del Che. Tengo aquí un retrato de él que tiene una dedicatoria, dice: "A Carmen Paz, Beatriz y María Isabel, con el cariño fraterno de la Revolución Cubana y el mío propio". Esto demuestra que conocía a mis hijas, que sabía que familiarmente le teníamos afecto, cariño, pero más que eso, quiero mostrar algo que tiene un valor inestimable para mí. Algo excepcional, que guardo como un tesoro: *La guerra de guerrillas*. Este ejemplar estaba encima del escritorio del Che, debe haber sido el segundo o tercer ejemplar, porque —me imaginó— el primero se lo dio a Fidel. Y aquí tiene una dedicatoria que dice: "A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, Che". Después, en el año 1961, se realizó en Uruguay, en el balneario de Punta del Este, una conferencia económica en la cual el presidente de Estados Unidos, John Kennedy, lanzó su programa Alianza para el Progreso. En esa reunión estuvo el Che y en ella pronunció su célebre y profética crítica a este programa demagógico. Paralelamente, las organizaciones antimperialistas

uruguayas me invitaron a participar en una reunión que se efectuó en Montevideo, destinada a responder a la que se realizaba en Punta del Este. Otro de los invitados fue el Che y por este motivo nos volvimos a juntar, esa vez en Uruguay. Yo ofrecí dos charlas y el Che una, con la que se clausuraron las jornadas antimperialistas, que tuvieron como escenario el Salón de Honor de la Universidad de Montevideo. Al salir, luego de la charla del Che, éste me dijo: “Salvador, salgamos separados para no dar un solo blanco en caso de atentado”. Abandonamos separados el lugar. Después nos enteramos que se produjo un atentado y que un desconocido agente reaccionario disparó sobre la masa que esperaba la salida de los líderes políticos, asesinando a un profesor uruguayo. Esa noche el Che me invitó al hotel en que estaba hospedado para conversar durante la comida. En esa ocasión me presentó a su madre, la quería mucho. En medio de la conversación me contó un secreto del momento: al día siguiente viajaría a Buenos Aires, en forma reservada, invitado por el presidente argentino de la época, el civil Arturo Frondizi. El viaje se realizó y la consecuencia del encuentro privado pero evidentemente político fue el derrocamiento de Frondizi. Poco después el presidente de Brasil, Janio Quadros, sería derribado por condecorar al Che a su paso por Brasil. La noticia de su asesinato me causó un pesar profundo. Compartí el dolor de miles y miles de mis compatriotas. En verdad, he conocido muchos hombres en las más altas responsabilidades, pero dos personas me han impresionado por algo que no he encontrado en otras, su mirada: el Che Guevara y Chou En-lai. En ambas había una fuerza interior, en ambas había firmeza, en ambas había ironía. Cuando conversaba con el comandante Guevara y lo miraba, sabía la respuesta antes que él la dijera con palabras. En sus ojos vi muchas veces ternura y soledad. Lo que siempre me golpeó fue esa respuesta, que sin ser dicha, yo veía en sus ojos.

Yo era presidente del Senado cuando llegaron aquí los guerrilleros que acompañaban al Che. Entonces yo estuve con ellos en Iquique y después volé a Pascua y Tahití con ellos. Ahí me firmaron *Pombo* y otros en este libro, *La guerra de guerrillas*, que yo llevaba, y ellos pusieron lo siguiente: “Compañero, en el libro que le obsequió el Che, queremos que queden estas palabras como homenaje a él, de los que fuimos sus compañeros de la guerrilla boliviana”.

Yo creo que la derecha, durante los diez días que estuve fuera de Chile, sobre todo usó la ironía, el sarcasmo, la burla, la befa, en contra

mía. De ahí, entonces, de atacado me transformé en atacante. Y sin modestia, barrí con mis detractores y desde ese instante se acabaron los ataques. El propósito era, además, censurarme y echarme de la Presidencia del Senado. No se atrevieron a intentarlo.

Yo creo, indiscutiblemente, que en la vida de Latinoamérica pocas veces, o quizá nunca, ha habido un hombre que haya demostrado más consecuencia con sus ideas, más generosidad, más desprendimiento. El Che lo tenía todo, renunció a todo por hacer posible la lucha continental. Ahora, la respuesta del porqué está en la propia dedicatoria del libro del Che: “Para Allende, que por otros caminos trata de obtener lo mismo”. Había diferencias, indiscutiblemente, pero formales. En el fondo, las posiciones eran similares, iguales.

Cada dirigente debe proceder al análisis concreto de una situación concreta, ésta es la esencia del marxismo. Por eso cada país frente a su realidad traza su propia táctica.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA DE CHILE, DOCTOR SALVADOR
ALLENDE, EN LA PLAZA
DE LA REVOLUCIÓN “JOSÉ MARTÍ”,
LA HABANA, CUBA, DICIEMBRE 13 DE 1972
(FRAGMENTO)

Levanto mi voz con profunda emoción en esta Plaza, donde tradicionalmente se reúne el pueblo para escuchar la palabra de Fidel y de los dirigentes de la Revolución, frente a la estatua de Martí, que cobra vida y presencia con el calor del pueblo.

Lo hago con el sentimiento agradecido, porque hace unos pocos minutos el Gobierno Revolucionario de Cuba ha honrado a Chile en mi persona, al otorgarme la mas alta distinción que pudiera recibir en mi vida de revolucionario, la Medalla de José Martí. Ella pertenece al pueblo chileno, que siempre estuvo y estará junto al pueblo de Cuba y a su proceso revolucionario.

Vine por vez primera en enero de 1959, y prácticamente todos los años, hasta 1968, concurrí a Cuba para estar junto a su pueblo y ver como se afianza su conciencia revolucionaria, cómo los conductores de la Revolución y como Fidel Castro daban el ejemplo de una voluntad creadora para derrotar al imperialismo y hablar el lenguaje de solidaridad a través del mundo...

Creo que tengo derecho que me honra de decir que fui amigo del comandante Ernesto Che Guevara. Guardo un ejemplar de su libro Guerra de Guerrillas, que me dedicara fraternalmente. Con su espíritu amplio, me decía con su letra dibujada por la fraternidad: “A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo. Afectuosamente. Che”.

En mi patria vivimos con inquietud las horas duras del guerrillero que entregara su vida por la emancipación de los pueblos latinoamericanos. Como amigo que comprende la magnitud de su sacrificio, cumplí el deber de acompañar a los que fueron sus compañeros en la lucha, hasta Tahití, para que pudieran volver después, a su patria.

He tratado a Raúl Castro, a los compañeros dirigentes. He conversado largas y largas horas con Dorticós y con Fidel. Martí tenía razón cuando escribió: “La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y no Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre.”

Aquí en Cuba, apareció el hombre, síntesis del pueblo: Fidel Castro...

He visto desde sus horas iniciales el largo, duro y sacrificado camino que ha andado el pueblo de Cuba, venciendo el bloqueo económico, derrotando la insolencia imperialista, afianzando su conciencia revolucionaria y consolidando su conciencia política. Lo he visto haciendo producir la tierra, levantando escuelas, trazando caminos, atendiendo los enfermos, empujando su economía. Por sobre los esfuerzos que implicaba luchar por una zafra mas alta y mejor, por sobre el sacrificio está el ejemplo: El ejemplo de un pueblo que señala al mundo una nueva moral, que dice a América Latina que hay un lenguaje en la ética revolucionaria, que pueblo y dirigentes conjugan.

Cuba enseña a América Latina y al mundo su clara concepción del Internacionalismo Proletario. Porque existe esa nueva moral, esa nueva conciencia. Y está latiendo aquí la voluntad revolucionaria ejemplar de un pueblo, la delegación chilena y el compañero presidente que les habla, han podido sentir la emoción viril al saber que este pueblo acoge la generosa iniciativa de Fidel Castro para arrancarse un pedazo de pan y entregarlo a mi pueblo que lucha contra el imperialismo.

¡Gracias! ¡Simplemente gracias, queridos compañeros! Se las doy en nombre de los niños de Chile, de sus mujeres, de sus ancianos...

Hace cerca de un año, el pueblo de Cuba estuvo en Chile en la persona del comandante Fidel Castro y de una delegación que visitara nuestra patria. Allí Fidel —como era lógico imaginarse— recibió el embate insolente de los proimperialistas y los profascistas. Pero recibió el calor del minero, con quien dialogó en la dura Pampa del salitre o en las montañas cerca de Chuqui; el afecto del campesino del Valle Central; el ovejero de la estepa magallánica lo recibió a pesar del frío, con el calor humano que entregara al hermano que llegaba desde esta tierra.

Chile oyó su palabra: nos entregó su experiencia, nos habló con el lenguaje de la realidad, y fortaleció la fe de nuestro pueblo en sus propias fuerzas. Al hablar de su pueblo, de ustedes, hizo entender a

muchos que la revolución es sacrificio, es generosidad, renunciamiento, que los revolucionarios tienen que sentir la necesidad de entregarse plenamente para afianzar la independencia de su patria, y trabajar para que las generaciones del futuro no sufran lo que hemos sufrido nosotros.

La presencia de Fidel significó fortalecer la fe revolucionaria del pueblo chileno y la fe revolucionaria de los pueblos latinoamericanos. Con esa sencillez del maestro, dijo en Chile: “Si me preguntan qué está ocurriendo en este país, sinceramente les diría que en Chile está ocurriendo un proceso revolucionario. Nosotros, incluso nuestra revolución, la hemos llamado un proceso. Un proceso todavía no es una revolución. Hay que estar claros, un proceso es un camino, es una fase que se indica.”

El revolucionario, el orientador y guía de un pueblo que llevaba viviendo diez años tensos sacrificados y duros, le dio el ejemplo a nuestro pueblo. Le enseñaba a nuestro pueblo a meditar lo que es el proceso revolucionario, y lo que significa la revolución, para poner atajo a los que piensen que se construye el socialismo por decreto o para decirles también a los reaccionarios que la revolución implica inquebrantable fe en las masas y en el pueblo...

Cada país tiene su propia historia, su idiosincrasia, sus costumbres, ha vivido de manera diferente las distintas etapas de su proceso social.

En Chile, el pueblo, las masas populares, de acuerdo con nuestra propia historia, y realidad, hemos alcanzado el gobierno para desde allí conquistar el poder.

Es muy difícil, dentro de los marcos de una democracia burguesa, impulsar un auténtico proceso revolucionario. Pero hemos avanzado cumpliendo con nuestra conciencia, con el programa que levantamos frente al pueblo, y con la decisión de los que están abriendo el camino a una nueva sociedad y que empiezan a destruir el carcomido régimen capitalista para edificar el socialismo.

Fidel Castro, en uno de sus discursos, nos dijo: “Porque como hemos expresado en otras ocasiones, no son los revolucionarios los inventores de la violencia. Fue la sociedad de clases a lo largo de la historia la que creó, desarrolló e impuso su sistema, siempre mediante la represión y la violencia. Los inventores de la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios; los que impusieron a los pueblos la violencia fueron en toda época los reaccionarios.”

En nuestro país hemos conquistado el gobierno a través de la expresión de la voluntad mayoritaria. Hemos dicho que el pueblo no busca ni quiere la violencia. Hemos hecho entender que la violencia está institucionalizada en el régimen capitalista, que golpea implacablemente a las masas populares. En mi patria no hemos usado la violencia, pero sentimos la agresión del imperialismo que, como lo dijera Fidel, con nuevos métodos, más sutiles, levanta un cerco para estrangular económicamente a nuestra patria.

Sentimos la violencia que quisieron desatar —hasta llevarnos a una posible guerra civil— los bastardos intereses de las empresas transnacionales como la ITT y llegaron en sus tenebrosas maquinaciones a asesinar al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider.

Fue el pueblo, la clase obrera, fueron las masas populares chilenas, las que se movilizaron, para defender su victoria. No la victoria de un hombre: la victoria esperada de un pueblo. Fue la lealtad ejemplar de las Fuerzas Armadas de mi patria, fuerzas profesionales, respetuosas de la voluntad popular, las que aplastaron a la insolencia imperialista y a la propia reacción chilena.

Como lo ha dicho Fidel, se lo hemos repetido muchas veces a nuestro pueblo: no queremos, la violencia. Utilizamos el marco cerrado de una institucionalidad burguesa, para defender el derecho a transformar las estructuras económicas y crear una nueva sociedad.

Les hemos advertido a los imperialistas —por eso utilicé la tribuna de las Naciones Unidas, que es el foro internacional más importante— para señalar que no nos van a doblegar, que no nos van a impedir que construyamos por nuestra propia voluntad nuestro propio destino. Fui a acusar, ante la conciencia del mundo, las tenebrosas maquinaciones de las empresas transnacionales.

El compañero Fidel Castro en su intervención —como todas las suyas, una lección clara y didáctica— les ha recordado a ustedes, que tienen tan amplia concepción de los problemas de los pueblos latinoamericanos, lo que es el embate en contra de Chile en los organismos internacionales de crédito donde formamos parte por derecho propio: en los organismos privados de crédito, donde se nos ha cerrado lo que antes se nos otorgaba. Ha señalado que nuestro país vive lo que llamara el Poeta nuestro “un Viet Nam silencioso”, sin el heroísmo del pueblo vietnamita y sin el ruido de la metralla,

pero sintiendo cada hombre, cada mujer, cada niño de Chile la angustia del diario vivir frente a los problemas que duramente tenemos que enfrentar.

Quiero decirles, afianzando lo expresado por el comandante Castro, que toda esta actitud nace porque hay gentes que no pueden tolerar que los pueblos pequeños tengan la impaciencia histórica de construir su propio porvenir. Hay gente que cree que los valores tan sólo se miden por el dinero y por el ingreso per cápita que tienen los ciudadanos. Niegan los valores superiores de nuestra cultura autóctona, aplastada y negada. No entienden que podamos sentirnos con derecho a ser dignos y a vivir como tales.

Cuando Chile, frente a una realidad impostergable, nacionalizó su riqueza fundamental, el cobre, se desató toda la campaña que ha golpeado a nuestro país desde fuera y desde dentro...

Los tiempos han cambiado, la correlación de fuerzas en el mundo es distinta y la conciencia de las masas en el logro de sus legítimos derechos sacude a los distintos continentes, aplastados por la explotación capitalista.

Los países del Tercer Mundo ya levantan su voz en organismos internacionales, toman acuerdos y compromisos para luchar contra el enemigo común y para ganar la victoria de la independencia económica.

En el caso de nuestro país vale señalar, por ejemplo, que los países productores de cobre como Zaire y Perú, más Chile, se han reunido, primero en Europa y después en Santiago, con la presencia de sus ministros de Energía y Combustibles, para marcar la decisión irrenunciable a defender nuestros productos esenciales, a impedir la especulación con los precios, a no dejarse empujar para cubrir los mercados que se le quite a un país, como quisieron hacerlo con Chile.

Los países productores de cobre se han vinculado con los países productores de petróleo. La OPEP y CIPEC son eslabones de un comienzo que ha de justificar una decisión más amplia, para decir basta a la explotación, a la penetración, a la expoliación de que somos víctimas.

Y ya no son sólo los setenta y siete países, sino que son noventa y ocho los que empiezan a conjugar un lenguaje que con matices distintos, tiene el mismo contenido.

No es de extrañarse por ello que, además de la actitud ejemplar de Cuba hacia mi patria, hayamos sentido la solidaridad de los países del Tercer Mundo, de pueblos y gobiernos de América Latina;

que hayamos sentido la solidaridad de miles y miles de gentes del campo del propio capitalismo industrial. Por cierto, hemos sentido la solidaridad amplia, comprensiva y generosa de los países del campo socialista. Hay algo que está indicando que hay una voluntad nueva y una conciencia distinta, cuando los trabajadores del puerto de Le Havre o de Rotterdam, en Francia y en Holanda, se niegan a descargar el cobre que la Kennecott decía que era de ella. Igual actitud habrían asumido los trabajadores de Suecia si esa compañía hubiera entablado una demanda de embargo.

Son los trabajadores organizados sindicalmente los que en respuesta a la demanda de la Central Única nuestra, han dicho que se reunirán para denunciar ante el mundo lo que significan las empresas transnacionales y de qué manera pretenden mantener sus privilegios y sus granjerías.

Aquí en América Latina ya empieza a sentirse el latido de la historia, golpea el ayer nuestras conciencias, y son también las masas y los gobiernos los que entienden la necesidad imperiosa de una actitud que permita a nuestros países romper la dependencia económica y conquistar la plena independencia política.

No pueden los pueblos seguir viviendo con el peso brutal de las deudas que nos han empujado a contraer. Setenta y cinco mil millones de dólares deben los países en vías de desarrollo. Jamás podrán cumplir los compromisos derivados de las exigencias de amortización e intereses. Pueblos hambrientos, con cesantías, con falta de viviendas, con incultura, teniendo que hambrear masas y masas para cumplir compromisos que pesan brutalmente sobre nuestro potencial de desarrollo.

Pero se siente la voluntad de América Latina, que se expresa en la protesta de Perú frente a la insolencia también de una empresa imperialista petrolera, o cuando nuestros países reclaman el respeto a nuestro mar territorial o patrimonial, para poder defender las riquezas que quieren también arrancarnos.

Ayer las minas, hoy el mar. ¿Qué nos quieren dejar, cuando también les llevan a nuestros pueblos a nuestros técnicos, a nuestros profesionales, que el pueblo gasta en educarlos y que necesitamos tanto para la cultura y la salud de nuestros hijos?

América Latina empieza a vivir la protesta que ayer era silenciosa y que hoy tiene contenido: el ejemplo de Cuba y el camino de Chile. La integración da pasos pequeños, pero que representa un avance:

sentimos la profunda confianza en la voluntad de los pueblos que obliga a los gobiernos y rompe el bloqueo. Ayer, como primer gesto, Chile reanuda sus relaciones con Cuba, las mantiene con México, las alcanza Perú, y ahora cuatro pueblos del Caribe se suman al derecho supremo nuestro de ser hermanos de la Cuba revolucionaria...

Tenemos que entender que hay una quiebra y una crisis del sistema interamericano, que no fue concebido por nosotros, los latinoamericanos, que no corresponde a los reales intereses de nuestros pueblos, que los gobernantes ya comprenden su ineficacia, y que la Alianza para el Progreso, última gran tentativa política de mantener la hegemonía, demostró su fracaso e ineficacia.

Nosotros lo hicimos presente en 1962. Dijimos que el sistema interamericano era un sistema vulnerado, establecido para dividir a los pueblos latinoamericanos, para aislarlos —como en el caso de Cuba— para mantener el bloqueo, para atacarnos inclusive, torciendo las bases jurídicas, y condenarnos a la explotación de siempre. Es un sistema moralmente descalificado, políticamente, ya al margen de la realidad de nuestros pueblos, y económicamente repudiado.

El sistema interamericano debe ser reemplazado por la organización de un auténtico sistema que defienda a los pueblos latinoamericanos; por un sistema latinoamericano en que conjuguemos nosotros nuestro propio lenguaje; que encaremos nosotros nuestras propias necesidades; que levantemos nuestra voz de Pueblo-Continente, haciendo respetar nuestra cultura, nuestra historia, nuestra dignidad y nuestro derecho a la vida digna de pueblos dignos.

Chile, en el proceso revolucionario en que vive, proyecta la imagen de su lucha fundamentalmente a Latinoamérica.

Cuando los pueblos sean gobierno, cuando las masas populares —y que no será tarde— adquieran la dimensión de su fuerza; cuando el campesino sepa que le entregan el pan y al minero la riqueza, cuando la mujer de este continente se canse de llorar reclamando alimento para sus hijos, cuando América sienta el llamado de la historia, entonces hablaremos el lenguaje común, y entonces estará presente en la plenitud de sus derechos el pueblo revolucionario, que con el machete en la mano destrozó la maleza imperialista para levantar la caña fresca y dulce de la amistad latinoamericana.

LA MONEDA*

JORGE TIMOSI

Otra vez La Moneda. Y así será por siempre hasta que esas horas, esa película vuelta a proyectar miles de veces en mi memoria, se fundan finalmente en lo que tendrá, alguna vez, que ser mi último recuerdo. En definitiva hay hechos como ese, testimonios, que permiten, o mejor aún obligan, a varias relaciones en el tiempo, a distintos enfoques, al regreso de otros datos, o rectificaciones y apreciaciones, que se perdieron en un primer momento o que pudieron quedar inéditos por múltiples razones. Esto me sucede con el ataque a La Moneda, uno de los hechos que más trascendencia han tenido, y tienen, en la política contemporánea latinoamericana. Y particularmente también en mi vida y en la de aquellos periodistas que me acompañaron en la cobertura del golpe de Estado contra el presidente Salvador Allende.

La esencia de la asonada, su carácter, los antecedentes inmediatos previos al martes 11 de septiembre de 1973, detalles de los sucesos en el Palacio de La Moneda, los escribí en *Grandes alamedas, el combate del presidente Allende*, libro de dos largas ediciones en español y que tuvo varias traducciones en el extranjero; y también en una crónica, “Las últimas horas de La Moneda”, que la agencia de noticias *Prensa Latina* pudo difundir el jueves 13, tres días después del golpe, porque la clausura de las comunicaciones de Chile con el exterior dispuesta por la Junta Militar impidió su transmisión, sólo posible cuando finalmente llegué a La Habana.

Esa crónica, unas diez cuartillas de teletipo —que fueron saliendo de la máquina de escribir de un solo tirón y como si tuvieran existencia propia—, se publicó en las primeras planas de alrededor de cincuenta periódicos del mundo, según una encuesta que hizo la propia *Prensa Latina* y que recogieron los periódicos cubanos de la época. La repercusión fue lógica: se trataba de la única versión que se conocía distinta a la que propagandizaba la Junta, la que ponía en claro, desde sus primeras líneas, la naturaleza del golpe, y que ofrecía precisiones que

* Jorge Timossi: *Grandes alamedas. El combate del presidente Allende*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974. *De buena fuente*. Editora Política, La Habana, 1988.

ni el tiempo ni la Junta pudieron desmentir jamás, pese a que fue elaborada, fermentada, en el enorme estado de confusión que generó el cuartelazo, cuando las informaciones se desmentían unas a otras en cuestión de pocos minutos. Esa crónica contiene también inexactitudes, que la historia ya se encargó de esclarecer, pero que deseo ahora, a tantos años de aquellos días, comentar como si lo hiciera sólo para mí, en el soliloquio de esos empecinados recuerdos.

Primero transcribiré aquí íntegramente ese texto para volver luego a algunas consideraciones, incluso a algunas sensaciones que nunca antes había comunicado, como la indeleble del miedo. Esto quiero hacerlo, entre otras cosas, porque sé que la historia no se rehace, tampoco se rehuye, y los cambios, las falsedades, deben pertenecer siempre, con exclusividad, a los fascistas. Tengo ante mí aquellas páginas, pegadas a mi vida como papel mojado por esa llovizna que caía en Santiago de Chile aquel día nefasto:

El presidente Salvador Allende cayó defendiendo el Palacio de Gobierno, sus convicciones esenciales, después de exigir garantías para la clase obrera chilena ante el poder avasallador del golpe fascista.

“No saldré de La Moneda, no renunciaré a mi cargo y defenderé con mi vida la autoridad que el pueblo me entregó”, remarcó desde la primera alocución que hizo en la mañana del martes 11 por la efímera cadena radial La Voz de la Patria.

En mis contactos personales con el presidente Allende nunca le escuché otras palabras cuando él se refería a la hipótesis de un golpe de Estado: “Tienen que sacarme del Palacio muerto, en una caja de pino, con los pies para adelante.”

Esto lo repetía una y otra vez a sus interlocutores allegados y la primera ocasión que lo hizo público fue en una concentración con que finalizó la visita a Chile del más dilecto de sus amigos: el primer ministro de Cuba, comandante Fidel Castro. En esa mañana del 11 de septiembre Allende llegó súbitamente al palacio, a las 7:30 a.m., con un grueso grupo de su escolta personal, alrededor de 50 efectivos de Carabineros, el director general de Carabineros, José María Sepúlveda, sus médicos personales y algunos asesores directos.

El clima golpista que se incrementó en el país después del “tancazo” del 29 de junio —un fallido intento que fue sofocado

en solo tres horas— culminaba esa mañana después de una noche de intensos rumores.

Al entrar Allende en La Moneda, los efectivos de Carabineros y cuatro tanquetas de este cuerpo tomaron posiciones en los accesos principales. Impidieron el tránsito de vehículos y personas en dos cuadras a la redonda, iniciando así un ajetreo nervioso que todavía pasaba inadvertido o como algo relativamente normal para el santiaguino, habituado ya al diario enfrentamiento callejero y los actos terroristas de la derecha.

Bastaron pocos minutos para enterarme de lo que en realidad ocurría: el presidente tenía informaciones de posibles acciones golpistas en la noche del lunes, y a las siete de la mañana del martes fue informado en su residencia de la calle Tomás Moro de que unidades de la Marina de Guerra se habían sublevado en Valparaíso y marchaban sobre Santiago.

Pocos minutos después de las ocho la emisora socialista Radio Corporación informó que existía una situación anormal en Valparaíso, y en principio alertó a los obreros, a los cordones industriales, que jugaron un destacado papel inicial en el “tancazo” y que ahora están luchando contra los cohetes de los aviones a chorro, los cañones de los tanques y los obuses.

A dos cuadras del Palacio de Gobierno, desde las oficinas de Prensa Latina, un ruido demasiado peculiar dio la medida de que el golpe no provenía sólo de la marinería: un avión de combate de la Fuerza Aérea estaba haciendo vuelos rasantes sobre el Palacio, sobre los techos del corazón de Santiago.

Los observadores más avezados del difícil y polémico proceso chileno opinaban que después del “tancazo”—una acción que se cumplió con sólo una unidad de tanques y apoyo civil fascista— el nuevo golpe estaría planificado con el concierto de las tres armas. Tal vez esta creencia estaba apoyada por algunas informaciones deslizadas en privado por el ex-comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, quien renunció a su cargo el 23 de agosto precisamente para evitar un golpe.

A las 8:45 Radio Corporación fue eliminada del aire, sin juego de palabras: un avión atacó la planta transmisora.

Pero Allende ya había logrado hacer una primera advertencia: “Están haciendo vuelos rasantes. Seguramente ametrallarán La Moneda.”

Pude calcular que el primer rocket de un Hawker Hunter fue lanzado sobre el palacio a las 12:00. Un tiroteo se generalizó. El grupo de periodistas que tuvo acceso a una esquina del Palacio tuvo que “despejar el área” —según el conminatorio lenguaje de carabineros— a paso vivo y con las manos en alto. Sin embargo, un equipo de televisión logró captar escenas: tres periodistas del Canal 13, que estuvieron filmando desde que Allende llegó al Palacio y que se constituyeron en los únicos voceros admitidos de la Junta de generales golpistas.

A las 9:15 me comuniqué telefónicamente con el despacho presidencial. Un asesor de Allende me reiteró: “Puedes decir que aquí nos morimos y vamos a resistir hasta al final.” Le pregunté con qué fuerzas contaban en ese momento para resistir: “La guardia de carabineros de Palacio, alrededor de 50 efectivos suplementarios del mismo cuerpo y un grupo de hombres de la protección presidencial, más los asesores y funcionarios que estén dispuestos a resistir.”

La primera proclama golpista, firmada por “los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el director general de Carabineros” —los nombres sólo fueron revelados en una segunda emisión—, señaló que la decisión del golpe de Estado fue tomada “ante la grave crisis moral, económica y social que vive el país”.

Las comunicaciones telefónicas con Valparaíso fueron interrumpidas, y alrededor de las 9:30 se paralizaron las comunicaciones con el exterior, excepto los canales por satélite que admitieron una más prolongada vigencia, hasta que también cayeron a los pies de la Junta. Entel-Chile, la empresa de telecomunicaciones del Estado, fue ocupada por efectivos del Ejército, y la sobradamente famosa en Chile ITT me cortó un circuito abierto con París a las 9:45.

Los reporteros de Prensa Latina en la calle y en la terraza de la oficina —en el undécimo piso de un céntrico edificio— comenzamos a detallar el panorama: tanques hacia La Moneda, tres aviones continuaban los vuelos rasantes, un tiroteo desperdigado comenzó a concentrarse, y por momentos el ruido se hizo ensordecedor. La radio golpista lanzó su ultimátum a las 11:00 a.m. Allende tenía tres minutos para rendirse. Pero en su tercera alocución Allende volvió a reiterar que no se rendía, que perma-

necería en Palacio, y dijo premonitoriamente: “Quizá sea la última vez que pueda dirigirme a ustedes.” Desde ese momento se tuvo plena conciencia de que el golpe de Estado contra el presidente constitucional de Chile sería el más cruento registrado en la historia de los derrocamientos latinoamericanos.

Hasta el piso once de las oficinas de la agencia ascendió un inmediato olor a pólvora, aceite y carne quemada. Y desde aquí y desde la calle fue imposible precisar desde dónde se disparaba, quién y con qué. El ruido fue prolongado, concentrado, y todas las armas de guerra sonaban al unísono: desde el rocket hasta una 30 milímetros, hasta el cañón de un tanque Sherman, pasando por los fusiles ametralladoras del Ejército chileno.

Las calles del centro quedaron desiertas y algunos automóviles estacionados comenzaron a servir de parapeto o convertirse en miserable chatarra al paso de los tanques.

A las 13:52 minutos recibí una llamada desde Palacio. Era Jaime Barrios, asesor económico del presidente, quien peleó desde una de las ventanas que dan al frente del edificio. Me informó: “Vamos hasta el final. Allende está disparando con una ametralladora. Esto es infernal y nos ahoga el humo. Augusto Olivares murió. El jefe envió a parlamentar a Fernando Flores y Daniel Vergara. Exige una garantía escrita para la clase trabajadora y las conquistas, y una vez que la tenga en sus manos decidirá qué hacer.”

Ésta fue la última noticia que tuve de Jaime Barrios. Nadie sabe qué le pasó. Augusto Olivares era uno de los periodistas más conocidos de Santiago, fiel amigo y seguidor de Allende. Fernando Flores, secretario general de Gobierno, y Daniel Vergara, subsecretario del Interior, que también habían estado combatiendo, fueron tomados presos por los militares golpistas. Fueron los primeros detenidos que ingresaron al subterráneo de la Plaza Constitución, frente a La Moneda, habitualmente utilizado por cuerpos especiales de carabineros.

Pero antes de esta comunicación con Barrios tuve otros datos que me fueron también transmitidos telefónicamente desde el Palacio por una fuente que ingresó en la resistencia clandestina:

Después de recibir el ultimátum, Allende reunió a todo el personal a sus órdenes en el Salón Toesca, en el ala izquierda del tradicional y benévolo edificio. Allí les pidió, les exigió a las

mujeres que se fueran. Al personal subalterno le pidió que se fuera. A la guardia de carabineros y a los generales de carabineros que estaban ahí desde un primer momento les dio a elegir. Se retiraron las mujeres poco después de las 11:00; se fueron los carabineros y el general Sepúlveda también se fue, y no me constó con qué destino y objetivos. Una dramática escena se produjo poco antes: Allende conminó a una de sus hijas, Beatriz, una ayudante de primera línea, a que se fuera. Sé que se lo tuvo que implorar, que exigir, para que finalmente ella accediera a salir junto con tres colaboradores más: entre ellas Frida Modak, jefa de prensa de la Presidencia, y la esposa de Jaime Barrios. También sé que Beatriz Allende sólo llegó a 60 metros de La Moneda, y se resguardó en un edificio a la espera de poder retornar.

Con Allende también estaban, entre varios otros, Carlos Jorquera, periodista, El Negro, que era algo así como la sombra del presidente, y Eduardo Paredes, ex-director de Investigaciones. La Junta golpista dijo en uno de sus bandos que “se habían entregado”. El miércoles 12, una fuente militar del Regimiento Tacna me reveló un dato concreto para esta historia: la última vez que se vio vivo a Paredes fue en la noche del martes, tirado en el piso de uno de los patios del cuartel, boca abajo, y con milicos caminándole sobre la espalda y la cabeza. Ahí también estaban algunos miembros de la guardia personal de Allende.

Pero Salvador Allende, un vital hombre de 65 años, que combatió con un fusil ametralladora y un casco de acero, estaba en un charco de sangre, caído sobre el tapiz de su despacho.

Se puede decir que el jefe de Estado chileno, conductor de la singular experiencia política y social de su pueblo, consecuente con lo que siempre había expresado, murió entre las 13:50 y las 14:15. Los límites están marcados: murió después que envió a Flores y Vergara a parlamentar y que éstos fueran hechos prisioneros, y antes o cuando los golpistas ocuparon el Palacio.

La Junta Militar no se atrevió a informar a la opinión pública hasta un día después de los hechos. En la tarde del miércoles, un escueto bando de cinco puntos dijo que Salvador Allende se suicidó, y que ese mediodía fue enterrado en forma privada con asistencia de algunos familiares en Valparaíso.

El combate prosiguió después de la muerte de Allende. Sigue hasta hoy, con una intensidad feroz, con allanamientos estilo

“tierra arrasada”, con rostros y bandos del más crudo corte fascista, frente a la resistencia.

Allende murió tres días después de que su hija Beatriz cumpliera años, ocasión en la que tuve oportunidad de jugar con él un par de partidos de ajedrez, al que era aficionado. Cuando estábamos colocando las piezas —a él le gustaba ceder la iniciativa en la apertura— me dijo lo que para mí fueron sus últimas palabras: “La cosa está muy fea. Tomaré una determinación en un par de días. Ya ve: hice buenos enroques y alguna buena variante. Pero se me están acabando los peones.”

De La Moneda surgían gruesas columnas de humo y los bomberos entraron a apagar el fuego. Un fotógrafo de El Mercurio —el decano del periodismo reaccionario continental— fue llamado por los militares facciosos para fotografiar al persistente muerto.

La Moneda, vista desde cualquier ángulo, parece hoy un edificio al cual le hubieran agrandado sus ventanas en una forma caprichosa e imposible. Los agujeros son grandes cavernas tétricas y las puertas ya no existen. Los admitidos camarógrafos del Canal 13 de televisión fueron paseados de la mano por los golpistas y el único canal “sin censura” registró —sin quererlo— las primeras imágenes conocidas en Chile de la verdadera, innata, cara de uno de los fascismos más crueles del continente.

En la calle están los muertos, y el hedor a carne quemada se hizo sentir con mayor fuerza en el centro de Santiago. A unas pocas esquinas de las oficinas de Prensa Latina, en plena alameda Bernardo O’Higgins, un cuerpo está tirado, con sólo restos de cráneo. Fue el de un hombre que seguramente no pudo alcanzar a refugiarse a tiempo porque usaba una pierna ortopédica y una muleta para apoyarse.

Los cálculos hechos en consulta con varios corresponsales extranjeros elevaron a cinco mil las bajas hasta la tarde del miércoles.

En ese periodo se registraron dos temblores de tierra —de los acostumbrados remezones que se producen continuamente en Chile— pero nadie pareció darles importancia, ni ninguna agencia internacional se molestó en noticiarlos, o tal vez se confundieron con las ondas expansivas de los dinamitazos y bombazos. La resistencia al golpe continuaba.

No creo que Allende haya muerto en vano.

Hasta aquí llegaron estas líneas escritas en un confuso estado emocional, con el enorme cansancio que produce la tensión nerviosa y no haber dormido en cuarenta y ocho horas. Yo no quería hacerlas, mejor dicho me sentía incapaz de generar una sola palabra sin antes haber dormido un poco. De esta manera, la crónica se la debo a la insistencia tesonera y profesional de un periodista cubano, Roberto Pavón, quien prácticamente me obligó a sentarme frente a una máquina de escribir, no escuchó mis lamentos, y fue enviando una a una las cuartillas, sin tiempo de hacer correcciones de ningún tipo, directamente a la sala de télex. Hoy, en cambio, puedo examinar esas líneas con toda tranquilidad, comenzando por los errores y las precisiones:

Jaime Barrios: murió fusilado después que lo tomaron prisionero. Él fue uno de mis últimos contactos telefónicos con La Moneda ya en llamas. Tenía plena conciencia de su papel y de su destino. En la última conversación me pidió que enviara a su hija, Alicia Barrios, un fuerte abrazo, y a Danilo Bartulín, fiel amigo de Allende, su médico personal y combatiente del Palacio, le entregó una carta para su esposa, Nancy Julién, en la que le expresaba su cariño y se despedía de ella. El miércoles, cuando aún no se sabía qué había sucedido con Barrios, su hija me llamó para expresarme, desgarradoramente, que tenía la intuición del asesinato de su padre.

Augusto Olivares: poco después supe que El Perro había preferido suicidarse antes que caer prisionero. Él también estaba consciente de su papel y de cómo los militares le harían pagar caro sus certeras denuncias sobre los lazos y redes establecidos con ellos por la Agencia Central de Inteligencia. Augusto, sin decir nada a los otros combatientes, se metió en un pequeño baño de La Moneda, orinó en el lavabo, y se pegó un tiro.

Fernando Flores y Daniel Vergara: efectivamente fueron los primeros detenidos por los golpistas, que se negaron a parlamentar y continuaron exigiendo la rendición incondicional. Pero no fueron detenidos en el subterráneo de la Plaza Constitución sino en el Ministerio de Defensa, detrás de La Moneda, donde se encontraban el almirante Patricio Carvajal, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, y los generales de Ejército Sergio Nuño y Ernesto Baeza, y el general de Aviación Nicanor Díaz Estrada. También fue detenido en esta ocasión Osvaldo Puccio, secretario de Allende.

Las mujeres: *la escena que narró la crónica fue exactamente así y a la hora ahí señalada. Sólo que muchos años después, en una entrevista con Danilo Bartulín —quien estuvo largo tiempo preso antes de salir al exilio en México—, me enteré de otros detalles. Él me narró:*

Allende nos reunió para decirnos que, teníamos una tregua de diez minutos para que las mujeres abandonaran La Moneda. Dijo que sólo tenía obligación de quedarse su guardia personal y aclaró que el que se quedara tenía que tener un arma y estar dispuesto a disparar. El presidente me pidió que sacara a las mujeres. Estaban Beatriz e Isabel Allende, Frida Modak, la periodista Verónica Ahumada, Nancy Julién, Miriam Contreras, Payita, y una secretaria de Daniel Vergara. Yo me negué a retirarme. Me di cuenta de que Allende quería salvarme. Y le entregué las llaves de mi auto a la Tati, Beatriz, y las acompañé para que salieran por la puerta de Morandé 80. Cerré la puerta y vi por la rejilla como se dirigían a la Intendencia. De ahí la Tati regresó y me pidió que la dejara entrar. Le hablé a través de la rejilla y me negué. Cerré la rejilla para terminar la conversación y obligarla a irse. Pero la Payita se había quedado, no había forma de hacerla salir; y entonces le pedí que por lo menos se escondiera para que no fuera vista por Allende. Los militares habían ofrecido un vehículo para evacuar a las mujeres pero nunca llegó.

Ahora puedo agregar algo más, que hace parte intrínseca de esta secuencia: en su trayectoria hacia la Embajada de Cuba, adonde finalmente llegaron, Beatriz y Frida me iban llamando cada tanto a *Prensa Latina*. Los teléfonos funcionaban porque, evidentemente, los golpistas los necesitaban, y este problema logístico permitió, entre otras cosas, salvar muchas vidas.

Los aparatos, las máquinas de escribir, las teníamos nosotros en el suelo, bajo las mesas, en previsión de los helicópteros que disparaban hacia los edificios para acallar a los francotiradores leales. Nuestra única arma, nuestra única posibilidad, eran los teléfonos, y les dimos un uso pleno.

A cada llamada de Beatriz y Frida, yo les daba datos útiles, por dónde creía que podían transitar sin mayor peligro y comunicaba sus posiciones a amigos comunes que también las iban guiando.

También el teléfono nos sirvió para advertir sobre allanamientos, antes de que se produjeran, o situar en qué lugares de la ciudad se estaban produciendo y dónde había desplazamientos de tropas. Bartulín me contó que incluso Allende se enteró, por un cruce telefónico, de las verdaderas intenciones golpistas, cuando Pinochet, que tenía su puesto de mando situado en la Central de Telecomunicaciones de Peñalolén, en el sector oriental de la capital, le dijo al general Palacios que “el único objetivo que queda es La Moneda, y hay que aplastarlos como ratas, por tierra y por aire”. Esto se identifica con los documentos de las grabaciones originales de las comunicaciones radiotelefónicas entre los altos mandos y que publicó en un suplemento la revista *Análisis*: Carvajal le confirma a Pinochet que Allende se encuentra en La Moneda y Pinochet le responde textualmente: “Entonces hay que estar listos para actuar sobre él. Más vale matar la perra y se acaba la leva.”

Más adelante volveré a examinar pasajes claves de estas históricas grabaciones en lo que se refiere a la muerte de Allende.

Carlos Jorquera y Eduardo Paredes: no se entregaron, como dijo el bando de la Junta, sino que fueron hechos prisioneros cuando los militares lograron por fin asaltar el Palacio. Jorquera quedó vivo pero Paredes fue fusilado en forma similar a Barrios.

Miriam Contreras: en este caso mi crónica contiene una inexactitud totalmente involuntaria. La verdad fue que la Payita se hizo pasar por herida para escapar de los militares y lograr el asilo. Sucedió así: cuando fue tomada prisionera, durante la ocupación de Palacio, salió a la calle por la puerta de Morandé. Ahí vio una ambulancia que estaba estacionada por los militares. Simuló entonces un ataque de histeria y se subió a la ambulancia junto a un miembro de la guardia personal de Allende. Ninguno de los militares reaccionó a tiempo. La ambulancia los llevó entonces a la posta central y de ahí un médico sacó a la secretaria del presidente, vendada como si en realidad estuviera herida de gravedad.

Salvador Allende: mi crónica apuntó que el presidente murió entre las 13:50 y las 14:15 horas. Este lapso lo deduje entre la última conversación que tuve con Barrios y una nueva llamada que hice a las 14:15 cuando una persona, que no quiso identificarse, me colgó el teléfono y tuve así la certificación de que el Palacio había sido finalmente tomado. Bartulín, en la entrevista-

ta aludida, me confirmó que Allende murió alrededor de diez minutos antes de las 14:00 horas. El problema histórico se presenta entre la versión del suicidio que ofreció la Junta, un día después de los hechos, y la que afirmó que fue muerto por un capitán de apellido Gallardo.

Muchos datos y controvertidas declaraciones abonan una u otra posibilidad, ambas presentadas con objetividad en mi crónica. Pero el valor circunstancial de ella residió en que la Junta ofreció el suicidio como imagen de un Allende no combatiente, postrado más por una derrota política que por una asonada militar. La crónica revirtió esta imagen y a partir de ella cualquier examen histórico no podrá negar jamás que el presidente y su grupo de allegados lucharon denodadamente con las armas en la mano, y que a causa de esa decisión los golpistas no pudieron ocupar La Moneda en por lo menos cuatro horas pese al alto poder de fuego empleado, en el que el bombardeo aéreo desempeñó un papel decisivo. En todo caso, Allende realmente se suicidó, y estoy seguro de que debe entenderse esto como un acto más de combate de un hombre que no aceptó renunciar, como se lo exigían, ni estaba dispuesto a ser tomado prisionero.

El general Palacios declaró que Allende había disparado hasta el final y que él mismo, que comandó el asalto final a La Moneda, fue herido solo en una mano “gracias a una heroica acción” de un capitán.

En las comunicaciones radiales de los golpistas, según las transcripciones publicadas, consta que por un citófono había llegado la apresurada información —¿premonitoria o anticipación de lo planificado?— de que Allende se había suicidado. “Era poco más de las 10:30 horas”, indicó Pinochet en su libro *El día decisivo*. Cuando le preguntó a Carvajal por esta noticia, éste le respondió: “Augusto, lo del suicidio era falso.” También está patente la disposición de lucha del presidente en otra conversación de Pinochet con Carvajal cuando éste le informó: “El edecán naval me dice que el presidente anda con un fusil ametralladora que tenía treinta tiros y que el último tiro se lo va a disparar en la cabeza. Es el ánimo en que estaba hace unos minutos atrás”, como asimismo estos diálogos dejaron establecido para la historia el deseo de muerte de Pinochet cuando le dijo a Carvajal: “Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país... Y el avión se cae, viejo, cuando está volando.” Esta intención, registrada entre risas, se repite una segunda vez en las grabaciones.

Luego viene el pasaje en que Carvajal transmite a Gustavo Leigh, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, y a Augusto Pinochet, que Allende está muerto, información que le cursó el personal de la Escuela de Infantería que asaltó La Moneda: “Por la posibilidad de interferencias, la voy a transmitir en inglés: *They say that Allende committed suicide and is dead now.*”

Esto más bien da la impresión de una clave establecida de antemano para confirmar la muerte del presidente y no, por su simplismo, de un lenguaje críptico para evitar la posibilidad de ser escuchado por personas ajenas al conflicto. Y finalmente llegó la orden de Pinochet de que los médicos jefes de las distintas armas, más los médicos legistas de Santiago, “certifiquen la causa de la muerte del señor Allende con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar por los políticos a las Fuerzas Armadas haber sido los que provocamos su fallecimiento”. De una u otra forma, Pinochet tiene esta imputación estampada en su frente para lo que le resta de vida.

La autopsia del cadáver del presidente, realizada en el hospital militar, y publicada en *El Mercurio*, reveló una herida “tipo suicida” con dos trayectorias de bala que partían del maxilar inferior; algo parecido a lo que está escrito en el sensacional certificado de defunción de Allende, fechado increíblemente en noviembre de 1975, y hecho tan a la ligera que quedaron en blanco la fecha y el lugar de nacimiento, quiénes eran sus padres y con quién estaba casado.

De esto me habló la viuda, Hortensia Bussi, *Tencha*, cuando muchos años después me atreví a tratarle el tema: “Hasta el día de hoy” —me dijo, en febrero de 1986— “yo no sé si en el féretro que me presentaron los militares estaba o no el cadáver de Allende”. *Tencha*, junto al edecán presidencial de la Fuerza Aérea, comandante Sánchez, y Laura Allende, hermana del presidente, volaron en un avión *Catalina* hasta la base militar de Quinteros, cerca de Valparaíso. Allí el cajón estaba cerrado y la esposa sólo logró levantar una parte de la tapa. “Vi nada más que un lienzo blanco, debajo del cual se suponía que había un cuerpo, y un militar me agarró por la muñeca y me obligó a cerrar. Yo no sé, nunca supe, si ése era Allende.”

Por otra parte, el único que atestiguó que Allende se había suicidado fue el médico Guijón, que integró el equipo sanitario presidencial después que se decidió reforzarlo a raíz de las prevenciones que desencadenó el “tancazo”. Este médico, sin militancia alguna, declaró que Allende se había suicidado porque cuando él bajaba del se-

gundo piso de La Moneda, ya con la ocupación lograda, sintió un tiro, volvió a subir las escaleras, y encontró a Allende en un charco de sangre. Hay que aclarar que Guijón —quien estuvo detenido un par de meses— no vio de ninguna manera a Allende cometer el acto de suicidio. Es más, no hay un solo testigo de este acto.

Esta historia todavía no ha terminado. Estoy seguro de que tendré que enfrentar mi crónica alguna vez más. Y cada vez que esto ocurra volveré a sentir, como hoy, la infinita tristeza, las emociones de aquellas horas, la impotencia que sentíamos los periodistas que nos quedamos en las oficinas de *Prensa Latina* —en el pasaje de Unión Central, a dos cuadras de La Moneda— y el zarpazo del miedo que en algunos momentos —uno en especial— nos abofeteó el estómago.

El miedo se conecta con el dolor y con la muerte pero se distingue de ellos, tiene su fisonomía particular, se presenta y se localiza por otras vías, se consume de otra manera, es otra ignición, sus reflejos anticipan, intuyen, llegan a ser la antesala del dolor y de la muerte e incluso pueden llegar a sobrepasarlos, a burlarlos, a poner en acción mecanismos y resortes inéditos de vida. Su sensación es artera, abominable, porque recurre a los instintos más primarios del hombre, a los más ingobernables. Es un pariente falaz de la locura.

No he consultado con ellos pero estoy seguro de que los que me acompañaron esos días —los chilenos Ornar Sepúlveda y Orlando Contreras, el peruano Jorge Luna y los cubanos Mario Mainadé y Pedro Lobaina— estarán de acuerdo, en general, conmigo.

La oficina era una ratonera y estábamos a expensas de cualquier arbitrariedad pero decidimos quedarnos a cumplir nuestro deber profesional y nuestro deber solidario. Hicimos todo lo que pudimos con el télex y con el teléfono y precisamente elegimos quedarnos en la ratonera para estar atentos, dispuestos, al menor resquicio que pudiera abrirse en el bloqueo de la información y la comunicación. No creo que hayamos pensado mucho, ni hayamos sentido miedo, de que esa decisión pudiera habernos costado la vida. Lo hicimos porque sentimos naturalmente que lo teníamos que hacer así y no de otra manera.

Creo que ninguno de nosotros sintió miedo tampoco cuando veinticinco soldaditos, al mando de un sargento, irrumpieron a media mañana en la oficina buscando a los redactores de la revista *Punto Final*. La redacción de ese semanario izquierdista quedaba en nuestro mismo piso, el undécimo, el último del edificio. Los integrantes de *Punto Final*, previendo los acontecimientos, hacía por lo menos

cuarenta y ocho horas que no aparecían por ahí. La orden de destruir el semanario, se supo después, fue impartida por el propio Augusto Pinochet. Los soldados, jóvenes e inexpertos, se mostraban muy nerviosos, miraban y no veían, y preguntaban qué era esta agencia de noticias, qué era *Prensa Latina*, sin ver fotografías y afiches en las paredes de Allende, Fidel Castro o el comandante Ernesto Che Guevara. Fueron tres las irrupciones y revisiones que hicieron en nuestras oficinas mientras hacían polvo y reducían a escombros los escritorios y armarios de madera de *Punto Final* y producían allí peligrosos focos de incendio.

Creo que Contreras no tuvo miedo cuando los soldados lo hicieron parar en el balcón de la oficina, expuesto como fórmula absurda de detener los disparos de francotiradores que había en edificios vecinos. A Luna no le dio miedo cuando intentó fotografiar los tanques, con medio cuerpo fuera del balcón, y yo tuve que gritarle para que dejara de hacerlo.

Creo que no tuve mayor miedo cuando esa tarde debí ir caminando, y volver a la oficina ileso, ya comenzado el toque de queda, a la Escuela Politécnica de Guerra, caminando con otros corresponsales extranjeros para darnos orientaciones, más que obvias, sobre la censura existente y el cierre de las comunicaciones. En el trayecto, las patrullas me detenían, las manos contra la pared, hasta que lograba explicar, en forma muy convincente, que yo era un corresponsal extranjero que debía concurrir a la Escuela Politécnica, etcétera, y continuaba avanzando... y mirando, registrando, el movimiento militar en el Ministerio de Defensa y la fachada trasera de La Moneda, arrasada.

En todos esos momentos no teníamos miedo en el sentido estricto —aunque nerviosismo sí— porque no estábamos dispuestos a someternos fácilmente, porque nosotros sí sabíamos lo que estábamos haciendo y los soldaditos no, porque estábamos ocupados en engañarlos hasta donde más pudiéramos y seguir mareándolos en la salvadora ignorancia sobre nuestra agencia de noticias. Durante los allanamientos había instantes al borde del desastre: como cuando algún soldado descubría una cámara fotográfica o una grabadora y creía que era un arma mortífera; como cuando varios soldados gatillaron sus armas y nos apuntaron a la cabeza al descubrir en un cajón un misterioso paquete —¿sería una bomba?—, hasta que, felizmente, comprobaron que era una máquina de picar carne comprada por una de nuestras redactoras, la chilena Elena Acuña, a quien retiramos de la oficina desde los primeros minutos del golpe.

No teníamos miedo, en definitiva, porque no teníamos tiempo para tenerlo y porque supimos vencerlo, transgredirlo, trastocarlo, porque nuestros principios profesionales y políticos pudieron acorralarlo, detener su ávido ácido, su aliento podrido.

Pero hubo un momento en que nos pegó duro, que nos atacó por la espalda, que buscó derrotarnos de la forma más inesperada y ambigua, con lanzazos de apariencia inocua pero que podían llegar a desquiciar. No había logrado su cometido con los soldaditos, con las bayonetas sobre el pecho, con las ametralladoras de los helicópteros, pero casi lo logró con sólo un sonido.

Fue en la noche de ese martes. La oficina estaba completamente a oscuras, para evitar llamar la atención, y los seis periodistas estábamos sentados en círculo, comentando, haciendo conjeturas, barajando informaciones. De pronto, los motores de los elevadores del edificio se pusieron en marcha sobre nuestras cabezas, con un ruido abrupto, y un sonido frío, de metales y cables, ululante, nos heló la sangre. Alguien estaba subiendo. ¿Vendrían otra vez? ¿Ésta sería la definitiva? El jugueto se repitió dos o tres veces más y en todas las ocasiones logró el mismo efecto. Hasta que las luces del alba del miércoles volvieron a darnos nuevas esperanzas y a activar nuestra imaginación y nuestros teléfonos, hasta que la vida volvió a imponerse sobre el miedo y las mujeres de un apartamento vecino, que ahí ejercían discretamente la prostitución, nos ofrecieron té, y Arturo, el guatemalteco sensacional, que mis compañeros descubrieron en unos recovecos del edificio, cocinando como un alquimista loco, quizá para los que intentaban defender La Moneda, nos dio una olla de lentejas y una caja de refrescos.

Porque es así: el miedo y ciertos recuerdos siempre dan mucha sed, te dejan la boca con gusto a estopa.

COLOFÓN

GREGORIO SELSLER*

Derrocamiento y muerte de Allende

¿Qué quiere que le diga sobre el derrocamiento de Allende? ... Me he enterado de que hubo farra y festejos en Washington.

Juan D. Perón, respuesta a los periodistas, 14 de setiembre de 1973.

Mientras gran parte del país sobrevivía con pequeñas raciones de comida, los camioneros parecían inusualmente equipados para una larga resistencia. Recientemente, el corresponsal de Time, Rudolph Rauch, visitó a un grupo de camioneros acampados en las cercanías de Santiago, banqueteándose con una succulenta comida colectiva compuesta de bifés, verduras, vino y empanadas. “¿De dónde lograron el dinero para pagar esta comida?” —les preguntó. “De la CIA” —respondieron riéndose los camioneros. En Washington, la CIA negó que esto fuera cierto.

“Chile. The Bloody End of a Marxist Dream” (“Chile. El sangriento final de un sueño marxista”), en *Time*, New York, p. 12, 24 de setiembre de 1973.

Lo ocurrido en Chile no fue sólo el resultado de la actuación de los hombres de la CIA, del Departamento de Estado y el de Defensa (Pentágono). La instauración de la Junta Militar se explica más aún por la actuación de los miembros más sagaces de la oligarquía, sus servidores de clase media representados en la ocasión por el sector derechista y reaccionario del Partido Demócrata Cristiano (PDC) y de los partidos Nacional y Radical, así como por la labor mancomunada de todos ellos en la preparación del clima previo de caos y sufrimiento económicos conocido como *Operación Centauro*, de la que participaron empresas transnacionales como la *International Telephone & Telegraph* (ITT), las cupreras *Anaconda* y *Kenecott*, la *Grace Corporation*, la *Dow Chemical* y su subsidiaria la *Petro-Dow*, la *Ford*

* *Chile para recordar*. Ediciones de Crisis, S.A., Buenos Aires, 1974, pp. 267-313.

Motor Company y algunas más, que entre otras cosas influyeron ante los organismos de crédito internacionales como el *Export-Import Bank (Eximbank)* de Washington, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que una vez más se apartó de su misión económica específica, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos y otros de menor cuantía, para ahogar financieramente a Chile.

El dinero fluyó, en cambio, para operaciones de sostén de huelgas como la de los camioneros —8 de octubre a 5 de noviembre de 1972, y 26 de julio a 11 de setiembre de 1973—, ocasiones en el que el ingreso de dólares hizo descender su valor en el mercado paralelo, signos más que sobrados de su abundancia y libre disponibilidad.

Que nada fue casual en los preparativos internos, lo prueban estos párrafos del corresponsal norteamericano Nelson Goodsell, del diario religioso bostoniano *The Christian Science Monitor*:

Las Fuerzas Armadas chilenas, contrariamente a cuarenta años de tradición de no interferencia en la vida política, caminaron inmutablemente hacia el golpe durante los meses invernales de junio, julio y agosto [...] La rebelión no fue un suceso repentino, sino un paso más bien coordinado en el que participaron todas las armas. Ahora es evidente que después de la tentativa abortada del golpe militar del 29 de junio [...] todas las fuerzas armadas mantuvieron contacto regular entre sí y con la oposición política civil. Elaboraron todos los detalles de la rebelión [...] Los militares entrevistaron con los democratacristianos el 9 ó 10 de setiembre y recibieron el visto bueno para el golpe. Después de esto, se evaporaron las esperanzas de una solución política [...]

Meses más tarde, en entrevista concedida a la revista local *Ercilla*, el general Augusto Pinochet iba a revelar¹ que ya en abril de 1972 el Ejército tenía conciencia de que se produciría un conflicto insuperable entre los poderes del Estado y que a fines de mayo de 1973 se modificaron los planes defensivos de las Fuerzas Armadas por otros ofensivos “discretamente disimulados”.

La mención del mes de abril importa mucho en este caso, porque se trata del período de pocas semanas posteriores a la reunión del 4 de marzo en la chacra “El Arroyo”, de Chiñigüe, de propiedad de Sergio Silva Bascuñán —ya mencionada en la cronología— de donde

¹ Entrevista publicada en el N° 2.015, 13 de marzo de 1974, Santiago, Chile.

emergerá el llamado “Plan Setiembre” por el gobierno, y “Complot del pastel de choclo”, en forma peyorativa, por sus opositores. Y mucho más importa, porque es la más reveladora admisión, por boca de uno de los más conspicuos gorilas que traicionaron a su comandante en jefe, de que el cuartelazo del 11 de setiembre no se gestó en pocas semanas, sino por lo menos un año y medio antes.

Detrás de los gorilas, Estados Unidos

Los vínculos entre los militares chilenos y los norteamericanos son de antigua data y se los puede rastrear hasta 1891, con ocasión de la revuelta que derrocó al presidente constitucional Balmaceda. Tales vínculos son igualmente detectables en 1931, hasta el punto de que el ministro de Defensa llegará a sugerir, durante el alzamiento y sublevación de la Escuadra —proclamada el 1° de setiembre, que para aplastar a los revoltosos se podría contar con la intervención de la Marina estadounidense. ¡Chilenos sugiriendo la intervención foránea para reprimir a otros chilenos! ²

Referencias de más reciente data,³ permiten aseverar que entre 1950 y 1970 Chile recibió más ayuda militar (175,8 millones de dólares) que cualquier otro país latinoamericano exceptuado Brasil, lo cual representó el 10 por ciento de presupuesto de Defensa durante este lapso. Este tipo de ayuda fue especialmente notable en vísperas de las elecciones de 1964, que dieron el triunfo a Eduardo Frei. El fenómeno —si así puede llamársele— se repitió automáticamente en 1970, año de las elecciones que consagraron presidente a Salvador Allende. Aparentemente un gobierno izquierda en el poder, con un programa “marxista”, debía ser el más contundente disuasivo contra toda ayuda al sector castrense. Pero así como del presunto “programa marxista” se hizo un mito para asustar y azuzar a la derecha conservadora y a las clases medias, fue igualmente un mito el que las

² Patricio Manns: *La rebelión de la Escuadra*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1972.

³ “U. S. Military Aid to Chile”, en *NACLA's Latin America & Empire Report*, pp. 8-9, Vol. II, N°8, octubre de 1973.

Fuerzas Armadas estuviesen siendo paulatinamente captadas por la propaganda gubernamental, o “infiltradas” por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

No hay mejor demostración que las cifras de la ayuda militar de Estados Unidos a Chile durante el período Allende. No solo no cesaron los contingentes habitualmente despachados para “cursos de perfeccionamiento” y/o “adiestramiento” en Estados Unidos, Puerto Rico y la Zona del Canal de Panamá, por cuenta —aparente— del Pentágono, sino que el nivel de la ayuda alcanzó —comprendidas las asignaciones proyectadas para 1974— a 45,5 millones de dólares, cifra que representa el doble del total correspondiente a los cuatro años inmediatamente precedentes —gobierno de Eduardo Frei.

¿Qué ocurría? ¿El Pentágono se había vuelto loco, suministrando a su “enemigo marxista” equipos y materiales bélicos por una suma tan alta, en momentos en que la ayuda económica total, para rubros civiles, había descendido a menos de 4 millones de dólares? La respuesta es obvia: las asignaciones civiles podían respaldar al gobierno de Allende, que el año de su acceso al poder padecía dificultades económicas. Las militares, en cambio, se canalizan por otras vías que no son de la competencia del Ministerio de Hacienda, y hasta podría decirse que pasan por debajo del control mismo de cualquier gobierno. En Chile, la fuerza de mayores contactos con Estados Unidos fue la aérea, desde que en la década del 50 se instaló en Santiago la *U.S. Air Force Mission*. Más del 70 por ciento de los aviones y helicópteros chilenos fueron provistos por la Unión y, al tiempo de caer Allende, la FACH esperaba un embarque de *jets* de combate *Skyhawk A-4B* radiados de servicio de la Armada estadounidense, utilizados en Vietnam y que reposaban en una pista aeronáutica ubicada en Davis-Monthan, Arizona.

La misma fuente informativa, NACLA, observa sobre el particular: “El Departamento de Estado no tuvo inconveniente en vender estos *jets* a un gobierno marxista.” En efecto, en la primavera última, Estados Unidos ofreció un crédito a Chile y a cuatro países latinoamericanos, para adquirir *jets* de combate *F5F Freedom Fighters*, oferta particularmente significativa porque el presidente Nixon tuvo que firmar una declaración especial para levantar las restricciones a la venta de armas modernas a los países subdesarrollados. Esto sólo puede hacerse si el presidente determina que tal financiación es importante para la seguridad nacional de Estados Unidos, cosa que evidentemente hizo en este caso.

El ofrecimiento llamó la atención al representante Wayne Hays, demócrata, por Ohio, que preguntó “qué haría Chile con estos aparatos”. Los acontecimientos pudieron quizás haber esclarecido esa inquietud, si no fuese porque los aparatos que bombardearon La Moneda y otros objetivos tan “militares” como la residencia presidencial y algunas fábricas donde se sospechaba que pudiera haber obreros armados, no eran norteamericanos sino los muy británicos *Hawker Hunter*; aunque sus “rockets” aire-tierra de curso teleguiado eran de procedencia yanqui.

Cuando en el Senado norteamericano se discutió el programa de asistencia externa, el senador Inouye, demócrata, por Hawaí, se opuso a que se acordara ayuda militar a Chile, un país que había expropiado bienes de empresas norteamericanas, sin indemnización alguna. Le respondió, para justificar la venta, el almirante Raymond Peet, quien explicó que Estados Unidos prefiere que los países subdesarrollados “compren bienes norteamericanos” en vez de recurrir a otras fuentes. En una palabra, seguía al pie de la letra la recomendación que sobre ese particular hiciera en su célebre *Report* en 1969, Mr. Nelson A. Rockefeller. Pero, además —explicó Peet— “una de las grandes ventajas que proporciona a Estados Unidos un programa de ventas al exterior como ésta, es la considerable influencia que obtenemos del suministro de apoyo para estos aparatos aéreos”. En buen romance, según la NACLA, “al proveer los *jets* F-5F o los *Skyhawks*, se conservaría cierta orientación pronorteamericana entre los militares chilenos, en un momento de tensión entre los gobiernos de ambos países”.

La “orientación pronorteamericana”, ¿de quiénes? Pues de las Fuerzas Armadas, que era lo importante. La provisión no favoreció a la FACH solamente. También la Armada continuó recibiendo créditos militares y realizando maniobras conjuntas conocidas como *Unitas*, y precisamente el día 10 de setiembre de 1973 el pretexto de la escuadra chilena para salir de Valparaíso abastecida hasta el tope, fue el de que debía unirse a las naves estadounidenses para el “operativo” anual. Horas más tarde, en la madrugada del 11 y luego de un contacto en alta mar, las naves de guerra chilenas regresaron a su apostadero para brindar apoyo a la rebelión concertada entre las tres Fuerzas Armadas y la de Carabineros.

Otro dato que importa es que en los últimos veinte años, más de cuatro mil oficiales chilenos recibieron adiestramiento en Estados Unidos y en las escuelas “antiguerrilla” de la Zona del Canal y Puerto Rico.

En octubre de 1973, escribiendo desde Panamá para *The New York Times* (“U.S. Army Trained 170 Latin Chiefs” = “El Ejército de Estados Unidos adiestró a 170 jefes latinoamericanos”), Drew Middleton señaló, entre otras cosas, que:

los militares chilenos que tomaron el control del país el mes pasado, poseen seis graduados en la Escuela Militar de las Américas ocupando rangos de alta jerarquía. Éstos son el jefe de la Inteligencia y los comandantes de la Segunda División de Infantería y División de Apoyo en Santiago, de la Tercera División de Infantería en Concepción, de la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes y de la Escuela de Paracaidistas y Tropas Especiales, próxima a Santiago.

Curiosas visas

Lo que no decía Middleton era que desde 1950 hasta 1970, Estados Unidos había adiestrado en suelo propio a 2553 oficiales chilenos, y a otros 1821 en “otras regiones” (especialmente las del Canal de Panamá), es decir, un total de 4374 altos jefes y oficiales.⁴

De estos varios miles, es dable suponer que buena parte debía dominar el inglés, un detalle que suele pasar inadvertido en los análisis que se hacen sobre la influencia que Washington ejerce sobre tales milites una vez que éstos han regresado a sus patrias. Sirven de enlaces, leen su literatura belicista y se impregnan de su peculiar filosofía de guerra fría y macarthista que es el rasgo más generalizado entre los oficiales que retornan con el cerebro lavado, por si no se lo hubiesen ya lavado en tal dirección en sus propias academias y escuelas de guerra.

El general Pinochet fue agregado militar en Washington y concurrió varias veces al Comando Meridional de las fuerzas apostadas en la Zona del Canal. Y sus tres cómplices en la traición, José Toribio Merino —Armada—, Gustavo Leigh —FACH— y César Mendoza Frank —Carabineros—, residieron algún tiempo en Estados Unidos siguiendo cursos “especializados”. Además, Leigh tiene entre sus antecedentes el de haber sido el piloto personal de otro gran traidor, el célebre

⁴ *Military Assistance and Foreign Military Sales Facts*, U. S. Department of Defense, Office of the Assistant Secretary of Defense for International Security Affairs, Washington, D. C., 1971.

Gabriel González Videla, y de ser hermano de Hernán Leigh, de la Democracia Radical, el partido que junto con el PDC y el PN constituyeron, mezclados todos en una misma bolsa facciosa, el soporte civil del cuartelazo del 11 de setiembre, en el entendimiento de que usufructuarían el golpe. Así les ha ido.

Los datos precedentes no comprenden al Cuerpo de Carabineros o policía interna, que también recibió una sustancial ayuda norteamericana a través de la Oficina de Seguridad Pública de la AID (*Agency for International Development* = Agencia para el Desarrollo Internacional), una conocida fachada de la CIA para canalizar hombres y tretas sucias, como en los casos de Dan Mitrione en Uruguay y Joseph Vasile en Chile, presuntos “expertos en comunicaciones”. Carabineros recibió desde 1961 un subsidio superior a los 2,5 millones de dólares, pero tal programa de “asistencia” fue cancelado por Allende en 1971.

Conocidos, pues, este tipo de datos, se puede comprender mejor el significado que para el golpe debía de tener el télex número 617, fechado en 14 de agosto de 1973, mediante el cual la Embajada de Chile en Washington informaba a la Cancillería que le habían sido solicitadas veintisiete visas oficiales para tripulantes de la escuadrilla *Thunder-birds*, de acrobacia aérea, que harían exhibiciones en Santiago el 26 y 27 de ese mes. Al día siguiente, el pedido de veintisiete visas, según télex número 619, se elevó a “aproximadamente ciento cincuenta”, con el mismo aparente motivo. Pero el 17 de agosto, según télex 624 de la misma procedencia, se fijó definitivamente en setenta el número de visas requeridas por el Pentágono. Además, las fechas de exhibición acrobática se modificaban, fijándolas para mediados de setiembre (el golpe fascista fue el 11). Un cambio similar se había producido con el Operativo Unitas XIV: de agosto pasó a setiembre. Consultados los comandantes en jefe de la Marina y la Fuerza Aérea, dieron el visto bueno a tales visas.

Porqué podían ser útiles esas visas, quizás sea posible entenderlo a través de estas líneas publicadas en un semanario argentino, nada izquierdista por cierto, en los días siguientes al gorilazo chileno:⁵

“[...] el 7 de setiembre, según afirmaron a *Panorama* fuentes dignas de crédito, aterrizaron en El Plumerillo, Mendoza, 32 aviones de observación y combate de los Estados Unidos, 15 de los cuales regresaron el miércoles 13 en horas de la tarde [...]”

⁵ “Chile: ¡Por qué y para qué!”, crónica del corresponsal Juan Manuel Francia, en *Panorama*, Buenos Aires, pp. 54-56, 20 de setiembre de 1973, Año XI, N° 331.

Un dato anexo lo proveyó el corresponsal Giangiacomo Foa, del *Corriere della Sera*, que estuvo en Chile en los días siguientes al cuartelazo.

El diario conservador mexicano *Excelsior* reprodujo el 2 de octubre la entrevista que Foa efectuó a la ex-diputada Gladys Marín, en el refugio en el que ésta a la sazón se hallaba. La ex-legisladora le declaró:

La Moneda ha sido bombardeada con los cohetes más sofisticados que la industria bélica norteamericana experimentara en Vietnam. Esos cohetes, de los cuales no está dotada la aviación chilena, fueron enviados expresamente por Washington. Espero que dentro de pocos días podré enviar a Excelsior los nombres de los aviadores norteamericanos que, especialmente contratados, llegaron a Chile para adiestrar a nuestros pilotos en el uso de tan modernas armas. Quizás esos mismos gringos fueron los que manejaron los Hawker-Hunter's que atacaron La Moneda. [...] El almirante Huerta, que usurpa el cargo de canciller, atiende en el segundo piso del Palacio, en el mismo despacho donde trabajaran Letelier, Almeyda y los demás ministros de Relaciones Exteriores. Este hecho y la circunstancia de que ni la calzada ni las veredas de las calles que rodean al Palacio hayan recibido el impacto de un solo cohete, habla a las claras de la extraordinaria precisión de estas armas, que destruyeron únicamente el ala donde se encontraban los despachos de Allende y del ministro del Interior. Solamente en Vietnam se conocieron armas tan perfectas. Además, obran en nuestro poder los télex intercambiados una semana antes del golpe desde el comando de la Aviación con Washington, para contratar un equipo de acróbatas de cazabombarderos ultrasónicos. Tenemos también los nombres de los pilotos de la U.S. Air Force. Quizás ahora ellos estén ya de retorno en los Estados Unidos.

Igual que en Guatemala, Cuba y República Dominicana

Aviones y aviadores yanquis, igual que en Guatemala en junio de 1954, igual que en Bahía de Cochinos en abril de 1961, igual que sobre el cielo de Santo Domingo en abril y mayo de 1965.

Los corresponsales Francia y Foa no fueron los únicos en hablar de tales pilotos en los días previos al cuartelazo del 11 de setiembre en Chile. La presencia de esos “aviones para demostraciones de acrobacia” fue luego justificada como parte de una gira que debía incluir a Bolivia, Argentina y Uruguay. Los diarios de Bolivia se refirieron al tema. Publicaciones italianas y francesas se hicieron lenguas de la “extraordinaria puntería” de los aviadores que bombardearon La Moneda y otros objetivos: los “rockets” disparados, hicieron “blanco perfecto”. Costo de cada uno de los “rockets” guiados electrónicamente, cincuenta mil dólares promedio cada uno.

El último día de octubre, el diario *El Mundo* de Buenos Aires proveyó material adicional a lo que ya se estaba conociendo. Desde Santiago, la agencia *Arauco* daba datos tan concretos como los siguientes:

El avión tipo WB57S, matrícula 631-3298 comandado por los mayores V. Dueñas y T. Shull y con los pilotos de reserva capitanes M.B. Lemmons y D.C. Baird, coordinaron todas las operaciones de las fuerzas armadas golpistas antes y durante el cuartelazo.

Este aparato especializado en misiones de espionaje y equipado con los más modernos instrumentos de telecomunicaciones, operó el día del golpe como una verdadera estación volante.

El perímetro de vuelo comprendía la región limitada por Mendoza y las ciudades chilenas de La Serena y Puerto Montt. Según los planes de los militares golpistas, tres aeropuertos de emergencia en territorio chileno tenía a su disposición el avión norteamericano: Pudahuel, Cerrillos y Cerro Moreno, este último en la provincia de Antofagasta, en el norte del país. La base de este avión de coordinación estaba situada en un país limítrofe (???)

El avión yanqui comenzó a operar en la zona el 7 de setiembre, cumpliendo ese día dos misiones y dos más el día 10. Del 11 al 13 estuvo adscrito permanentemente al apoyo en el sistema de comunicaciones de las tropas golpistas, que era vital para éstas.

La cobertura legal de las misiones de coordinación en comunicaciones de los militares golpistas, se llamó Mission Airstream. La tarea cumplida por el avión norteamericano permitió la conexión de radios de la Armada chilena, de una parte del Ejército y de la Fuerza Aérea. La operación alcanzaba los radios de la Marina, situadas en los puertos de Valparaíso y Talcahuano, así como los radios de las unidades que navegaban a lo largo

de la costa chilena; las radios de la Fuerza Aérea ligadas a los dispositivos cubrían las bases de Cerro Moreno, Quintero, El Bosque y Cerrillos en la zona central y la de Puerto Montt. Las bases de tierra ligadas con el sistema fueron al principio las unidades de la Primera y Sexta División apostadas en el extremo norte; la Quinta y Cuarta y la Tercera División cubrían el espacio situado entre el extremo sur y Concepción.

En la zona central del país se ligaron al sistema únicamente las unidades controladas directamente por los oficiales golpistas, es decir, el Regimiento de Zapadores de Tejas Verdes, el Batallón Blindado N° 2, el Batallón de las Boinas Negras de Peldehue y la Escuela de Caballería de Quillota, la Escuela de Suboficiales y la Escuela Militar de Santiago.

Todo se sabrá a su tiempo

No es difícil que a medida que transcurra el tiempo se vayan conociendo más detalles de este tipo. Por mucho que Estados Unidos se esforzó por ocultar los detalles de sus operaciones contra Guatemala, Cuba y la República Dominicana, los nombres, fechas, actuaciones y crímenes cometidos fueron poco a poco descubiertos.

En el caso de Guatemala se tardó mucho más, y el inmoral vicepresidente de Estados Unidos —hoy presidente, Richard M. Nixon— declaró con estolidez, el 2 de mayo de 1958 en Buenos Aires, en presencia del rector de la Universidad y de los estudiantes que en nombre de la FUBA le reprocharon “los bombardeos de ciudades guatemaltecas abiertas, por aviadores norteamericanos que tripulaban aviones norteamericanos”, que esa era “la primera noticia que tenía del asunto”, y que no le constaba que fuese cierta. Cuatro años después de esa impúdica mentira, una comisión investigadora del Senado de su patria sacó a relucir el nombre del aviador Jerry DeLarm y declaraba que de las constancias obtenidas surgía sin ninguna duda que tanto el presidente Eisenhower como el vicepresidente Nixon habían estado desde el primer momento en conocimiento de todas las actuaciones, tanto de las secretas de la CIA, como de las “abiertas” desarrolladas por el Departamento de Estado y la OEA para derrocar al presidente constitucional Jacobo Árbenz.

Cuando en octubre de 1973 Mr. Colby, jefe-director de la CIA, aseguró ante la subcomisión de la Cámara de Representantes que en *eso* de Chile su organismo nada tuvo que ver, pues la política que se seguía no era la del golpe militar sino la del ahogo económico, para que Allende se cayera solo,⁶ es muy posible que diga la verdad. Además, coincide en ese punto con Jack Kubisch, subsecretario de Estado adjunto —en ejercicio— para Asuntos Interamericanos. Pero en todo caso esa sería *una* de las presuntas verdades de la CIA, que siempre juega a varias puntas, pero no la del Pentágono ni la de la derecha y la de la democracia cristiana, para quienes se hizo claro, especialmente después de las elecciones legislativas del 4 de marzo de 1973, que no obstante el bloqueo invisible o el boicot franco, y a pesar del desabastecimiento, el mercado negro, el agio y la especulación, y la tremenda inflación provocada —sólo comparable con la que padeció Alemania durante la efímera República de Weimar durante la primera posguerra— Allende continuaba aumentando su caudal electoral, lo que era indicio no desdeñable de que en las elecciones de 1976 para presidente, otro candidato de la UP se impusiera.

Sobre la CIA no diremos que sí ni que no, por ahora. Pero conveniría tener muy en cuenta el juego que ese organismo sigue alternativamente de unos años a esta parte, a saber: aceptar a medias o del todo ser el chivo emisario de las acusaciones de cuartelazos y otras tretas sucias que la hicieran famosa en el mundo entero, para desviar así la atención de su competidora, la DIA (*Defense Intelligence Agency* = Agencia de Inteligencia de Defensa), es decir, el Pentágono.

Porque no fue Kennedy quien volteó a Frondizi en marzo de 1962, sino el Pentágono a través de hombres claves en la Marina y el Ejército argentinos; tampoco Kennedy y su *State Department* a Juan Bosch, de la República Dominicana, en setiembre de 1963; ni a João Goulart el 30 de marzo de 1964; ni tampoco Johnson sacó del poder a fines de junio de 1966 al presidente argentino Illia; ¿para qué, si la CIA tenía allí, en Buenos Aires, a “our boys”, los hermanos Alsogaray? La CIA y la DIA tienen un amplio margen para sus operaciones, suelen facilitarse mutuamente sus agentes y hasta cederse cortésmente la prioridad en casos de difícil solución.

Cualquier cosa que digan Nixon o sus funcionarios —incluyendo a Henry A. Kissinger—, para desmentir actuaciones de ese tipo, no

⁶ Consúltese la versión abreviada de esa audiencia legislativa en Tad Szulc: “The View From Langley”, en *The Washington Post*, 21 de octubre de 1973.

merece ser tenida en cuenta. Sin necesidad de que nos remitamos a toda la cadena de embustes en que incurrió para tapar el *affaire* Watergate, es un archiconocido manipulador de la mentira política. Alguien, opositor naturalmente, dijo de Nixon que “le gusta más mentir que respirar”. Se valió de la mentira para ser elegido por primera vez representante, y volvió a mentir para ser elegido por primera vez senador y más tarde vicepresidente de Estados Unidos. ¿Para qué abundar en detalles sobre su vida pública, si toda ella siguió una imperturbable línea de torcimiento de la verdad y un refugio de la impudicia?

El cuartelazo era descontable, previsible desde el día mismo en que Allende obtuvo el triunfo electoral del 4 de setiembre de 1970. De modo que casi no hubo sorpresa alguna cuando se descargó en efecto, tres años más tarde. Lo mismo puede decirse en cuanto a la identidad conocida de los chilenos que lo hicieron posible desde los poderes Legislativo y Judicial, y desde sus bastiones de la banca, la industria y el comercio. No debe caerse en la fácil simplificación de adjudicar todo lo ocurrido en Chile en esos tres caliginosos años a las ciencias y artes de los organismos de seguridad y contraespionaje foráneos. La burguesía chilena, quizá la más lúcida de todo el continente, la que supera a todas las otras en conciencia de clase, bien pudo permitirse el lujo de dar lecciones a la CIA y a la DIA, de cómo corroer las bases de sustentación de un gobierno popular —ya lo había hecho en 1891 contra Balmaceda— hasta provocar su caída con ayuda de los presuntos “militares apolíticos”, uno de los mitos que con más fervor cultivó hasta entonces.

Sin embargo, tampoco debe inferirse que ese tipo de organismos nada tuvo que ver en el derrocamiento y muerte de Allende. Es obvio que extremaron sus cuidados para evitar ser pillados con los pies en el plato, sobre todo desde que los *Documentos Anderson* sobre la ITT publicados en 1972, y las conclusiones de la comisión senatorial de Frank Church, en 1973, demostraron la colusión existente entre altos organismos y no menos elevados personajes de la conducción gubernamental de Estados Unidos, con los jefes de las corporaciones transnacionales.

Es al solo efecto documental y para que los futuros investigadores de lo que ocurrió en Chile dispongan de material de confrontación, que proveemos a continuación la nómina de funcionarios del Servi-

cio Exterior con asiento en Santiago de Chile,⁷ respecto de los cuales, *a priori*, cabe la sospecha de que tuvieron que ver no poco con esos sucesos. En tal sentido, sus *curriculum vitae* sucintos dan pie, por lo menos, a la sospecha de que fueron enviados allí para producir resultados adversos a la “vía chilena hacia el socialismo”. La notable carta que seguirá a continuación de la presente nómina de funcionarios, dirigida por el profesor Richard R. Fagen al senador J. William Fulbright y que hemos traducido dada su importancia, da cuenta de cómo se manejó el “caso Chile” en el Departamento de Estado, y cómo lo hicieron otros organismos y dependencias de Washington.

Esto, como todo lo reseñado en estas páginas, tiene el propósito de no permitir que se olvide la lección. *Chile para recordar* o *Chile para nunca olvidar*.

Equipo estadounidense que trabajó contra Allende

Nathaniel P. Davis. El 16 de octubre de 1973, el secretario de Estado, Henry A. Kissinger, anunció que el hasta ese momento embajador de Estados Unidos en Chile, Nathaniel Davis, había sido designado por el director general del Servicio Exterior del Departamento de Estado. Era el justo premio a su labor realizada en Santiago. Al hacer el anuncio, Kissinger dijo que Davis “tendrá un rol decisivo en la vitalización del Servicio Exterior y que ello “permitirá además concretar el propósito de que los funcionarios más idóneos del Servicio asciendan a puestos claves”.

Davis era embajador en Chile desde octubre de 1971. Nacido en Boston, Massachusetts, el 12 de abril de 1925, se graduó como bachiller en la Universidad Brown en 1944, actuó como teniente en la Armada de 1943 a 1946, adscripto a la *Office of Strategic Services* (OSS = Oficina de Servicios Estratégicos), organismo de contraes-

⁷ Esta nómina ha sido preparada sobre la base de publicaciones especializadas como la NACLA (*North American Congress on Latin America*); por el CARIC (*Committee for Action/Research of the Intelligence Community*), de Washington; por la organización *Non-Intervention in Chile*; y por el CFLA (*Common Front for Latin America*).

pionaje que precedió a la CIA. Se diplomó en la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia, en 1947, e ingresó ese mismo año en la carrera diplomática, como tercer secretario de la Embajada de su país en Praga, Checoslovaquia, en donde permaneció hasta 1949. Se desempeñó a continuación en Florencia y Roma, Italia, y luego (1954-56) en Moscú. Entre 1956 y 1960 prestó servicios en la Oficina de Asuntos Soviéticos en el Departamento de Estado, logrando fama de experto “soviétólogo”. En 1959, durante la visita de Nikita Jruschov a Estados Unidos, actuaría como enlace suyo con el Departamento de Estado.

A continuación pasó a ser primer secretario de la Embajada norteamericana en Venezuela (1960-62), en tiempos de la ruptura del presidente Betancourt con Cuba socialista. Es entonces llamado a su patria para asumir el cargo de asistente especial del director del Cuerpo de Paz (*Peace Corps*), nuevo organismo creado por el presidente John F. Kennedy para dar una fachada de nobleza a la tradicional política imperial de Estados Unidos. Fue durante algunos meses director provisional del Cuerpo de Paz en Chile, pero regresó a Washington en donde por breve tiempo fue director provisional adjunto de los Programas Latinoamericanos del Cuerpo de Paz. Ascendió luego a director asociado adjunto para las Operaciones de Ultramar del Cuerpo de Paz (1963-65). En 1965 fue designado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno de Bulgaria. De 1966 a 1968 prestó servicios en el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, como “asesor de grado superior”. Al ser asesinado en Guatemala el embajador estadounidense, John Gordon Mein, cubrió su vacante desde noviembre de 1968 hasta agosto de 1971 como embajador extraordinario y ministro plenipotenciario, a cargo de “la difícil misión de contribuir a la pacificación del país”.

De la eficacia de su gestión en Guatemala da cuenta el hecho de que todo su equipo estuvo constituido por veteranos de los “programas de pacificación” hasta entonces cumplidos en Vietnam, con los nombres clave de “Operación Topo” (consistente en parte en la sistemática cuadriculación de áreas de 40 hectáreas —88 acres— por fuerzas policiales y militares, para el cateo prolijo en busca de hombres y armas pertenecientes a los movimientos de resistencia y liberación). Tales equipos de “pacificación” están encuadrados tras la fachada de la AID (*Agency for International Development* = Agen-

cia para el Desarrollo Internacional), que bajo el disfraz del “desarrollo de los pueblos” encubre a hombres y programas de la CIA, como en el caso de Dan Mitrione en Uruguay y Joseph Vasile en Chile.

Davis proveyó al dictador Arana Osorio de todos los implementos y adelantos técnicos alcanzados por los servicios de Inteligencia y represión norteamericanos en materia de torturas y asesinatos, ya probados durante años contra los pueblos de Indochina.

Arribó a Chile en reemplazo del embajador Edward Korry, un repulsivo personaje célebre por sus bravuconadas y chabacanos desplantes contra de canciller chileno, Gabriel Valdés, y, posteriormente, por su enconado enfrentamiento al gobierno de la Unidad Popular.

Lawrence A. Corcoran. Teniente coronel de la Fuerza Aérea (USAF) de Estados Unidos. Agregado aeronáutico en Santiago desde agosto de 1972, aunque en realidad adscrito a la *Defense Intelligence Agency* (DIA = Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa), rival de la CÍA. Realizó el “milagro” de convertir en poco tiempo al general de la Aviación, César Ruiz Danyau, de legalista en golpista. En cuanto al general de la Aviación, Gustavo Leigh, actual integrante de la Junta Militar, no necesitó demasiado para hacer de él el verdadero autor del cuartelazo ultragorila del 11 de setiembre contra Salvador Allende Gossens. Los métodos de represión bestiales puestos en práctica luego del cuartelazo, no requirieron esfuerzos de aprendizaje adicionales. Son una virtud característica en Leigh, una de las escasas prendas de su esquizofrénica personalidad. Corcoran logró proporcionar los diecisiete “rockets” que, a un costo de cincuenta mil dólares promedio cada uno, fueron lanzados contra el Palacio de La Moneda, y otros blancos, sin errar uno solo.

William M. Hon. Coronel del Ejército de Estados Unidos, agregado militar a la Embajada de su patria en Chile. Pertenece también a la DIA, y arribó a Chile en junio de 1971.

Adrian H. Schreiber. Teniente de la Fuerza Aérea, adscrito también a la DIA, llegó a Chile en junio de 1971 como ayudante del agregado aeronáutico Lawrence Corcoran.

James R. Switzer. Capitán de navío, casualmente también adscrito a la DIA. Llegó a Chile en febrero de 1973, acreditado como agregado naval. Sus servicios fueron conceptuados muy útiles

en materia de interrogatorios y aplicación del “tercer grado” a los suboficiales y clases arrestados por la Armada chilena en agosto de 1973 bajo la acusación de “conspiración para la rebelión”.

Harry W. Shlaudeman. Prestó servicios en la Marina, de 1944 a 1946. Ingresó en la carrera diplomática (1954), actuó como funcionario consular en Barranquilla, Colombia, hasta noviembre de 1956, cuando fue transferido a Bogotá. Ya con conocimiento perfecto del castellano, fue transferido como cónsul a Bulgaria, en 1959, desde donde retornó al continente americano para “operar” en la República Dominicana, desde marzo de 1962. Contribuyó al derrocamiento del presidente constitucional, Juan Bosch (setiembre de 1963), por considerarlo un “comunista en potencia” (Shlaudeman se considera experto en marxismo-leninismo), valido sobre todo por su infiltración en los núcleos de izquierda surgidos luego del asesinato, por la CIA, del dictador Rafael L. Trujillo. Sus “contactos” no fueron suficientes como para prever la rebelión popular contra el dictador Donald Reíd Cabral ni para predecir la magnitud de la insurrección. De todos modos, fue quien influyó sobre el embajador, W. Tapley Bennet, Jr., para que éste solicitara urgentemente al presidente, Lyndon B. Johnson, el envío de tropas a Santo Domingo, en apoyo del “carnicero” Elías Wessin y Wessin. Cuarenta y cinco mil hombres de aire, mar y tierra, fueron transportados en menos de cuarenta y ocho horas desde territorio de Estados Unidos a la República Dominicana, para aplastar a las huestes de Caamaño Deñó. Cumplida su misión y luego de ubicados los expertos y asesores de la AID para la sección “Torturas y Asesinatos, Inc.”, fue transferido a Washington en agosto de 1965 como director adjunto de Asuntos Caribeños en el Departamento de Estado. Su versatilidad lo condujo, en junio de 1969, a Santiago, Chile, como segundo jefe de la Misión.

Deane Roesch Hinton. Graduado en la Universidad de Chicago, en 1943, prestó servicios en el Ejército hasta 1945. Graduado luego de estudiar en la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia (1951-52) al tiempo que funcionario del Departamento de Estado desde 1946, actuó en Damasco, Siria, desde octubre de 1946 hasta marzo de 1949, siendo a continuación transferido a Mombasa, Kenya, donde fue jefe de misión desde abril de 1949 hasta setiembre de 1951. Su título de Fletcher lo inclinó hacia la especialización en el campo económico, aprovechándose su capacidad en la Embajada en Francia desde julio de 1952 hasta enero de 1956. Al dejar París, ingresó en la CIA por cuenta del Departamento de Estado, para especializarse en investiga-

ciones económicas. En un mes fue ascendido a jefe provisional y al siguiente, marzo, en jefe titular de la Oficina de Investigaciones y Análisis de Europa Occidental. En setiembre de 1958 fue transferido a Bruselas como experto financiero ante la Comunidad Europea. De pronto, en agosto de 1961 asistió a un curso de un año de duración en el Colegio Nacional de Guerra, para a continuación y hasta setiembre de 1967 ocupar el cargo de director de Asuntos Políticos y Económicos del Atlántico, donde fue galardonado con varios premios por su actuación.

Un inesperado brinco en su trayectoria lo hace pasar de la confortable Europa a la convulsionada Guatemala de setiembre de 1967, ahora como funcionario de la caritativa AID, que requiere su experiencia de economista hasta octubre de 1969, en momentos en que era más horrenda la represión contra la izquierda, con participación de los Boinas Verdes. Ya adecuadamente enseñado, arriba a Santiago de Chile, ahora como director local de la AID (recuérdese a Dan Mitrone y a Joseph Vasile), donde actúa como consejero económico hasta marzo de 1971. En Guatemala había conocido al embajador Nathaniel Davis. Ahora, en Chile, precedió a Davis en algunos meses, entrenándose en el conocimiento de la economía chilena y de sus fallas estructurales. Esa sapiencia sería inmediatamente después aprovechada, cuando la Casa Blanca lo llamaba, designándolo director adjunto del Consejo sobre Política Económica Internacional, principal subcomisión del Consejo de Seguridad Nacional, en el que figuraban Henry A. Kissinger, Peter G. Peterson, Sidney Weintraub, John Irwin II, Nathaniel Samuels y otros expertos. Tamaño honor tiene una explicación: como técnico en la formulación de diagnósticos económicos. Su aprendizaje en el Ejército y en el Colegio Nacional de Guerra lo hacen el hombre ideal para planear la estrategia y la táctica que conducirían a Chile al caos y al desastre económico y financiero. Estados Unidos obtiene el plan maestro para desquitarse de la nación que se ha atrevido a expropiar sin indemnización a empresas multinacionales. Era un pecado que Nixon y Kissinger no podían perdonar.

Daniel N. Arzac, Jr. Sirvió en el Ejército (1943-46) antes de recibirse de bachiller en el *St. Mary's College*, de California, y graduarse como licenciado en 1951, en la Universidad de Berkeley. Ingresó en el Departamento de Estado al propio tiempo que en la CIA como analista en investigaciones de Inteligencia, en julio de 1953. Sus primeras experiencias las vivió en Phnom Penh en los días de Dien-Bien-Phu (octubre de 1954-agosto de 1956); sus destinos ulteriores

serían: Montevideo (abril de 1957-febrero de 1958), en tiempos en que el ahora célebre E. Howard Hunt —complicado en el caso Watergate— era jefe local de la CIA para Uruguay; Phnom Penh (junio de 1959-noviembre de 1961) otra vez, luego de completar más de un año de capacitación en idiomas regionales de Asia sudoriental en el Instituto de Estudios Extranjeros y en la Universidad de Berkeley. El fenómeno de la violencia en Colombia y su potencial insurgente hacen que prestara allí servicios un largo período: diciembre de 1963 a mayo de 1969, como asistente ejecutivo del embajador. A continuación, fue transferido a Asunción, Paraguay, donde se desempeñó hasta setiembre de 1971, mes en que pasó a Santiago de Chile hasta la fecha, como asesor político. En realidad, será el CAS (*Chief of Station* = jefe local) de la CIA.

Ernie M. Isaacs. No tiene antecedentes militares. Estudió en las universidades del Nordeste (1957) y en la de Texas (1960). Para este último tiempo ya había ingresado en el Departamento de Estado como analista de investigaciones de Inteligencia. Actuó como funcionario consular en Tegucigalpa, Honduras (diciembre de 1960-enero de 1962), y luego en San Pedro Sula, feudo de la *United Fruit*, hasta junio de 1963, época en que es derrocado el presidente constitucional Villeda Morales, conceptuado como “inseguro” por la CIA. Su siguiente destino será Freetown, Antigua (junio de 1963-agosto de 1965), pero le tira la Universidad de Texas, donde se gradúa como experto en “estudios latinoamericanos”. Pasó a Buenos Aires en julio de 1966, justo cuando se inauguraba el ongiato, y ya es lo bastante experto en “izquierdismo” como para ser transferido a Santiago de Chile, en febrero de 1970, pocos meses después de haber asumido el gobierno Salvador Allende. Su *hobby* mayor consistía en mezclarse con los residentes norteamericanos en Chile para detectar sus inclinaciones políticas. En junio de 1973 regresó a Washington para hacerse cargo de la sección chilena del Departamento de Estado, en vísperas de la iniciación de la segunda arremetida de los camioneros, la Democracia Cristiana, Patria y Libertad y la CIA contra Allende.

Keith W. Wheelock. Tras la fachada de empleado de una empresa norteamericana cuprera en Chile, actuaba como funcionario político del Departamento de Estado, en el cual fue adiestrado como experto en investigaciones de Inteligencia desde octubre de 1960 hasta marzo de 1962. A continuación del asesinato del líder nacionalista Patrice Lumumba por la CIA, actuó en el ex-Congo Belga desde marzo

de 1962 hasta marzo de 1964, un período durante el cual la CIA desarrolló una intensa actividad encubierta no sólo para impedir el crecimiento de la actividad guerrillera sino para instalar gobiernos locales “seguros” para Estados Unidos. Entre marzo de 1964 y julio de 1966 se perfeccionó en Washington como experto y especialista en análisis de Inteligencia. En ese mes de julio fue transferido a Santiago de Chile como asesor político, pero hacia fines de 1969, en coincidencia con el “tacnazo”, Wheelock deja ostensiblemente su función diplomática y adopta la de un simple civil estudioso de los problemas chilenos, que tanto puede frecuentar a amigos de la “izquierda”, como ser repetidamente acusado de ser el inspirador intelectual del movimiento terrorista Patria y Libertad, liderado primero por Pablo Rodríguez Grez y luego por Roberto Thieme.

Donald H. Winters. Obtiene el título de bachiller en la Universidad Estatal de Ohio (1958) y su graduación como licenciado en Artes en la Universidad San Carlos, Guatemala (1964), previos estudios en lugares tan poco académicos como Nicaragua (1958-59). Pasó a desempeñarse como analista de la Fuerza Aérea norteamericana destacada en Panamá (1960-62), y a continuación reside en Washington por cuenta del Departamento de Estado, en el cual sus servicios aparecían registrados entre octubre de 1964 y mayo de 1969, con ocasionales períodos de residencia en Panamá. En mayo de 1969 fue asignado a Santiago de Chile, donde desde un primer momento se lo consideró estrechamente ligado con la CIA.

James F. Anderson. Ingresó en la Fuerza Aérea norteamericana a los diecinueve años de edad, y no tardó en ser despachado al exterior (1953-57), como especialista en Inteligencia. Obtuvo un título universitario en la Universidad de Oregon (1960), que puso al servicio de la Fuerza Aérea como “analista civil”, hasta enero de 1962. Fue adscripto al Departamento de Estado como asesor político y despachado a Monterrey, México, en marzo de 1962. Su destino siguiente fue la República Dominicana (marzo de 1965), justamente un mes antes de la invasión estadounidense, con residencia en la segunda ciudad importante del país, Santiago de los Caballeros. Como funcionario político cumplió después funciones en la capital de México (octubre de 1966-marzo de 1970). Curiosamente, en lugar de ascender, a continuación *desciende* en carrera diplomática: arribó a Santiago de Chile como “funcionario consular”, una fachada para pasar lo más inadvertido posible, en enero de 1971, a los dos meses del gobierno

de la Unidad Popular. Su labor dentro de la Fuerza Aérea chilena daría sus frutos dos años más tarde.

John B. Tipton. Otro más que llegó a Santiago de Chile en enero de 1971. Egresado como bachiller en 1956 y como licenciado en la Universidad de Illinois (1958), ingresó el mismo año en el Departamento de Estado como analista en investigación de Inteligencia. Pasó luego a la ciudad de México (mayo de 1960 a setiembre de 1962) como “agregado laboral”, función ésta con la que apareció a continuación en Bolivia, hasta setiembre de 1964. El sector gremial sencillamente *lo apasiona*, quizá por la curiosa circunstancia de que en la Bolivia de Barrientos prácticamente no existía, un fenómeno totalmente desaparecido también en Guatemala desde muchos años antes, no obstante lo cual Tipton aparecía allí como especialista laboral (agosto de 1965-setiembre de 1968); luego de un año de “especialización” en algo no establecido en una universidad norteamericana no identificada, desde setiembre de 1968 hasta marzo de 1969, Tipton aparecía como “funcionario político” en Chile en la fecha ya mencionada.

Raymond Alfred Warren. Luego de servir en la Fuerza Aérea (1943-46), se graduó como bachiller en la Universidad George Washington (1949) y como licenciado en la de Harvard (1951). El ex aeronauta se interesó por entonces sobremanera en la “investigación del sindicalismo obrero” (1951-52), pero a continuación su vocación tomó otro rumbo y aparece como analista del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (1952-53). Muy versátil él, ingresó simultáneamente en el Departamento de Estado y en la CIA (1954), en momentos en que por pura casualidad nomás lo envían a Guatemala, donde el embajador, John Peurifoy, es un veterano miembro de la CIA y está dedicado por entero a la tarea de derrocar al presidente Árbenz. El ex-aeronauta y ex-experto laboral, a continuación se transforma en técnico económico y en tal carácter aparece en Venezuela hasta 1955, y a continuación en Santiago de Chile, hasta 1959. Dejó de ser “experto económico” y pasó a ser “funcionario político” en Bogotá, Colombia, desde noviembre de 1960 hasta diciembre de 1965. Retornado a Washington como pupilo por cuenta del Departamento de Estado, fue transferido a Santiago de Chile en octubre de 1970, justamente cuando aparece Patria y Libertad, cuando asesinan al comandante en jefe del Ejército, general Schneider, y cuando Allende asume la Presidencia.

Frederick W. Latrash. Como Warren, participó en 1954 en “lo de Guatemala”. Era oficial de la Marina desde 1942, especializado tras una actuación en la India (1946), en la Oficina de Inteligencia Naval (1948-49 y 1951-54). Previamente, había estado al servicio del Departamento de Estado en Calcuta y Nueva Delhi, entre 1949 y 1951. A partir de 1954 dejó el Departamento, quizá por disconformidad con el sueldo, y aparecía como “investigador privado” de no se sabe qué cosas por cuenta de quién. Retornó a los viejos lares como “asesor político” en la Embajada de Estados Unidos en Jordania, donde no hay Marina y en cuya capital, Amman, permanecería hasta febrero de 1959. Por entonces, la CIA ya estaba adoptando en gran escala la fachada de la AID (*Agency for International Development* = Agencia para el Desarrollo Internacional) para sus operaciones encubiertas. Latrash, pues, aparece en El Cairo como funcionario de la AID en junio de 1960, pero tantos años de aprender el árabe de nada sirvieron, porque, caprichosamente quizá, la AID resuelve que sus conocimientos de español son útiles en Venezuela y Panamá, en donde actuó alternativamente entre 1965 y 1967.

A continuación, la AID ya no necesita de su español básico, porque devuelve a Latrash al Departamento de Estado, que en junio de 1967 lo despachó como “asesor político” a Accra, Ghana, en donde trabajó hasta 1971, casualmente en el período en que Kwame Nkrumah fue derrocado con ayuda de la CIA. Desde mayo de 1971, apareció adscripto a la Embajada en Santiago de Chile como “funcionario político” —¡qué manera de cambiar de “especialidades”, de idiomas, de climas, de costumbres!—, lo que tiene su importancia visto que en Chile hacía ya seis meses que gobernaba la Unidad Popular y que estaba lanzado a todo vapor el programa de nacionalizaciones y de expropiaciones de monopolios y empresas transnacionales.

Joseph F. McManus. Es el de antecedentes más “mersas” del equipo. No tiene antecedentes universitarios. Actuó en el Servicio de Guardacostas (1944-46), fue analista de Inteligencia en el Ejército (1951-56), en que se adosó al Departamento de Estado, pasando a desempeñar como funcionario de enlace entre éste y el Pentágono. Sirvió luego como modesto vicecónsul en Bangkok, Tailandia, y Estambul, Turquía, en períodos no delimitados, y se aparece por Chile en setiembre de 1972 como “funcionario político”.

Frederick Purdy. *Chief Consul* de la Embajada de Estados Unidos en Santiago, abiertamente miembro de la CIA.

La carta del profesor Fagen, o de qué modo quiso el Departamento de Estado que cayera Allende

Lo que sigue es el texto de la carta del profesor Richard R. Fagen al senador Fulbright, texto que también hizo llegar al secretario de Estado Henry A. Kissinger, a los senadores Edward Kennedy y Gale McGee, y a los representantes Dante Fascell, Donald Fraser y Paul McCloskey.

Stanford, California, 8 de octubre de 1973

Al Honorable J. William Fulbright.

Presidente del Comité de Relaciones Exteriores Senado de los Estados Unidos, Washington, D. C., 20510.

Estimado Senador Fulbright:

La verdadera magnitud de la tragedia de Chile solo ahora se está revelando. No solo la democracia y el constitucionalismo han sido destruidos en el nombre de la "salvación de la Nación", sino que el costo humano no tiene precedentes en la historia reciente de América Latina. Aunque la Junta Militar hizo crecer su cálculo inicial de 95 cadáveres a algunos centenares, otras fuentes locales elevan las estimaciones a miles. John Barnes, reportero del Newsweek y testigo presencial, informa (8 de octubre) que solamente en la morgue de Santiago se contaron 2 796 cadáveres en las primeras dos semanas siguientes al ataque al Palacio Presidencial. Muchas de las víctimas fueron baleadas a quemarropa y en todos los casos bajo la barbilla. Ha descrito que vio cuerpos decapitados, y escrito gran cantidad de incidentes que son reminiscencia de las carnicerías usualmente asociadas con las ocupaciones de tiempos de guerra y las misiones de investigar y destruir. Y Barnes fue sólo uno entre un gran número de voces que se han alzado en el gran esfuerzo de llegar a la verdad sobre la situación de Chile.

Mi propósito al escribir a usted, sin embargo, es más limitado aunque no circunscripto al no revelado salvajismo perpetrado por la Junta Militar. Específicamente, he sido parte y testigo de una pequeña porción de las actitudes y actividades del Departamento de Estado de los Estados Unidos y de la Embajada de Estados Unidos en Santiago, antes, durante y después del reciente golpe militar. Cuando vuelvo a repasar las piezas y antecedentes que conforman mis notas y conversaciones, el cuadro que surge es tremendamente perturbador. Y mi pequeña tajada

es, lo percibo, sólo el tope de un iceberg que se extiende horizontal y verticalmente a través de nuestros aparatos diplomático y de seguridad nacional. Dicho esto, lo que aquí ofrezco es necesariamente un fragmento verdaderamente personal, dicho tan simplemente como me es posible hacerlo. Solamente el Congreso, haciendo uso de sus poderes plenos para investigar, podría empezar a descubrir un cuadro mucho mayor y comenzar a llamar a aquellos que son responsables de lo ocurrido, para dar cuenta de su actuación.

En enero de 1972, partí por un período de 18 meses de la Universidad de Stanford, en donde soy profesor de Ciencia Política. En febrero de ese año, me establecí en Santiago de Chile, en donde trabajé hasta fines de julio de 1973 como consultor full-time en Ciencias Sociales de la Fundación Ford. Durante ese período de 18 meses, también me desempeñé como profesor visitante en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), una institución internacionalmente dedicada a cursos de perfeccionamiento de graduados especializados en Sociología y Ciencia Política.

Ya en Chile, me vinculé a un gran número de jóvenes norteamericanos, graduados universitarios y otros, que vivían y trabajaban en Santiago. Estos jóvenes norteamericanos eran todos, en variados matices, simpatizantes del “experimento Allende”, destinado a profundizar la transformación económica de Chile por medios democráticos. En ese grupo había tres jóvenes veinteañeros, Charles Horman, Frank Teruggi y David Hathaway. Durante mis últimos siete meses en Santiago, tuve ocasión de trabajar muy estrechamente con Horman y Hathaway (particularmente el último), para quienes yo iba a editar un libro en inglés y en español, por cuya razón había contratado a dos de ellos como traductores de medio-tiempo. Como parte del mismo programa (y también a causa de mi posición en la Fundación Ford y de mis otras actividades profesionales), también tuve significativos y frecuentes contactos con Teruggi y otros miembros de este desperdigado —estructuralmente— grupo de jóvenes estadounidenses.

No pasó mucho tiempo desde mi llegada a Santiago, que se me hizo evidente la abierta hostilidad de la Embajada norteamericana hacia el gobierno de Allende, extensible a aquellos miembros de la comunidad estadounidenses que eran conocidos como

cooperadores, simpatizantes o incluso que se manifestaban “neutrales” con relación al régimen. Con frecuencia escuché informes del personal de la Embajada comentando a otros miembros de la comunidad diplomática y extranjera, que determinados individuos (e instituciones) estaban fichados como enfrentados “contra los mejores intereses” de los Estados Unidos. Palabras tales como “traidores”, “commie” (contracción despectiva coloquial norteamericana referida a los comunistas), “camaradas de ruta”, eran utilizadas al referirse a algunos de mis amigos y colaboradores norteamericanos. Incluso en la Fundación Ford encontramos necesario discutir en forma muy seria la posibilidad de que nuestras relaciones profesionales con una serie de instituciones gubernamentales y departamentos universitarios de orientación izquierdista fuesen utilizadas (y distorsionadas) por el personal de la Embajada para causarnos daño personal e institucional. Como puede percibirse, en este clima político e intelectual, los argumentos acerca de este grupo de jóvenes ciudadanos estadounidenses y las presiones que se ejercían contra ellos —que estaban desprovistos del apoyo profesional e institucional del que yo disfrutaba— eran mucho más severos. Durante gran parte de 1972, hubo un notable vacío de poder diplomático en la Embajada de los Estados Unidos. Edward Korry, embajador hasta fines de 1971, gozaba de grandes prevenciones por su abierta hostilidad al gobierno en el poder. El quedó, consecuentemente, por supuesto, malamente “quemado” por los descubrimientos de las relaciones entre la ITT y la CIA. Nathaniel Davis, su reemplazante, llegó a Santiago en un difícil y delicado momento. Durante algunos de sus primeros meses, su conducta fue extremadamente cuidadosa, tanto entre la comunidad norteamericana como chilena. Era evidente para todos que el cerebro efectivamente operativo de la Embajada era Harry Shlaudeman, el segundo funcionario de la misión en Santiago, «veterano» en Chile e importante personaje durante la intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana a mediados de los años 60 (la invasión fue en abril-mayo de 1965, para liquidar la rebelión popular del coronel Francisco Caamaño Deñó), y es actualmente, de regreso en Washington, el principal consejero de Jack Kubisch, secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos. Incluso entre las per-

sonas más enconadamente opuestas a Allende, Shlaudeman era considerado como el de la línea más dura. Su oposición al gobierno de Chile fue implacable, y era frecuentemente mencionado por personas que le conocían como el más alto funcionario de la Embajada obsesivamente hostil a las posiciones y a las actividades de aquellos norteamericanos en Santiago que eran simpatizantes del gobierno.

Durante el mismo período, también mantuve una conversación con un funcionario de carrera del Servicio Exterior de los Estados Unidos. En su trascurso, la siguiente información me fue voluntariamente proporcionada: 1) Que Frederick Purdy, cónsul general de la Embajada en Santiago, era de hecho un agente de la CIA; 2) El resto del personal del consulado se sentía perturbado por esta intrusión de la CIA en su sección (se me informó que los puestos usuales de la Embajada para los funcionarios de la CIA eran los de la Sección Política —recomendamos al efecto la lectura, por separado, de los antecedentes de los funcionarios que actuaron antes y durante el gobierno de Allende—, comunicaciones —igual que Dan Mitrione en Uruguay y Joseph Vasile en el mismo Santiago—, y AID —igual que Dan Mitrione—, nada de ello vinculado a la misión específica de un consulado); 3) Que había serios riesgos implicados en esta doble función, de agente de la CIA y cónsul, y no la menor de las “lealtades divididas” de cuyas resultas quedara la situación en Santiago “deteriorada”. Mi conversación con este funcionario de carrera se desarrolló sin testigos, y yo no tengo una prueba concreta del doble papel jugado por Purdy. Pero quedé suficientemente prevenido, empero, para repetir esa conversación inmediatamente y en forma tan completa como fuese posible a un sincero y juicioso amigo.

Hacia fines de julio de 1973, regresé a los Estados Unidos de acuerdo con lo estipulado, para reasumir mi profesorado en Stanford, y fue en California que escuché por radio las primeras noticias sobre el cuartelazo. Alarmado por las crónicas que se difundían me puse en contacto con los pasados, presente y futuro presidentes de la Latin American Studies Association (de la que soy vicepresidente y ahora presidente electo), para sugerirles que debíamos viajar a Washington para informar nuestros puntos de vista a los líderes del Congreso y solicitar-

les la adopción de ciertas medidas de emergencia tendientes a salvar vidas. Un breve informe de ese viaje figura anexo. En nuestro último día en Washington, martes 18 de setiembre, entrevistamos durante una hora a Jack Kubisch, el secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos. Por entonces, una semana completa después del golpe, Kubisch nos manifestó que no existían motivos reales para dudar de los informes de la Junta Militar chilena acerca del número de prisioneros, muertos y ejecutados; que consideraba a los jefes militares básicamente “honestos” y hombres «buenos», y en lo que su oficina pudiera ayudar en cualquier sentido no teníamos más que hacérselo saber para que se procediera en consecuencia. Al regresar a California, formulé una especialísima recomendación a la oficina de Kubisch, vinculada con el riesgo que corrían los jóvenes norteamericanos mencionados más arriba.

El 23 de setiembre, el *New York Times* dio a conocer el arresto, por los militares chilenos, de Charles Horman, uno de los jóvenes que había trabajado para mí como traductor. En la mañana del lunes 24 de setiembre, llamé al despacho de Kubisch pidiéndole información sobre Horman; se me prometió que sería requerida. Esa tarde, llamé a un estudiante graduado de Stanford que regresaba de dar conferencias en Santiago, y me informó que Horman había sido arrestado el 17 de setiembre, y en la noche del 20, Frank Teruggi y David Hathaway (que eran compañeros de habitación) también habían sido arrestados luego de que durante una requisita policial en su departamento se encontró “literatura izquierdista”.

Bien temprano, en la mañana del martes 25 de setiembre, mi esposa y yo comenzamos a buscar a las familias de Teruggi y Hathaway. Localizamos a los Hathaway a través del Amherst College (David se graduó allí en 1972), y a los Teruggi por unos amigos en Chicago. Antes de que terminara el día, hablé con la familia de Hathaway y los amigos de Teruggi localizaron a su padre en Illinois. Para ambas familias, esta había sido la primera noticia que tenían del peligro que corrían las vidas de sus hijos. Bien temprano, ese mismo día, también hablé al despacho de Kubisch, para transmitirle mi información y sus fuentes lo más detalladamente que me fue posible hacerlo. En reciprocidad, de lo de Kubisch me manifestaron que esto era lo

primero que escuchaban sobre esos casos, y agregaron que iban a solucionar el caso. En consecuencia, me mantuve en diario contacto telefónico con la oficina de Kubisch durante aproximadamente una semana, preguntando por los casos Horman, Hathaway y Teruggi. Durante ese lapso no recibí información alguna de esa oficina, de lo que no estuviera antes informado por la radio, los diarios o de primera mano por mis numerosas llamadas telefónicas a Santiago. (Incidentalmente, desde aproximadamente el 24 de setiembre, la comunicación telefónica con Santiago se hizo muy lenta. Por el mero hecho de que indicaba que se trataba de una llamada de emergencia, lo menos que tuve que esperar para lograrla, en cada oportunidad, fue de una hora y media.)

El miércoles 26, aproximadamente a las 5 de la tarde, David Hathaway fue colocado por las autoridades militares chilenas bajo la custodia de Frederick Purdy. El martes 2 de octubre, una identificación positiva del cadáver de Frank Teruggi fue hecha en la morgue de Santiago (había muerto de numerosas heridas de bala, incluyendo dos en la cabeza, una de las cuales destruyó su rostro). Mientras escribo esta líneas, Charles Horman continúa desaparecido. Qué ocurrió entre el 17 de setiembre, cuando Charles Horman fue originalmente arrestado y el fin de la primera semana de octubre, es imposible de conocer completamente desde este alejado lugar. Sin embargo, en la medida en que me ha sido posible reconstruir lo ocurrido (por conversaciones con Santiago, con David Hathaway, crónicas periodísticas y otras fuentes), la cronología es aproximadamente la siguiente:

17 de setiembre. *La casa de Charles y Joyce Horman es allanada por la policía de Santiago. Charles fue visto por los vecinos cuando era arrestado, ostensiblemente por «posesión de literatura izquierdista». Joyce Horman, que se hallaba en casa de un amigo cuando la sorprendió el toque de queda (y al no poder regresar se libró del arresto), notificó de la prisión de su esposo a la Embajada de los Estados Unidos al día siguiente.*

20 de setiembre. *A las 8:15 de la noche, la policía allanó el departamento de Frank Teruggi y David Hathaway, lo revisó de cabo a rabo y encontró “literatura izquierdista”, y ambos jóvenes fueron conducidos arrestados para ser interrogados,*

eventualmente al Estadio Nacional. Una mujer chilena, que estaba en ese momento en el departamento, fue testigo de los arrestos, aunque a ella no se la tocó para nada.

21 de setiembre. Los arrestos de Teruggi y Hathaway fueron notificados a la Embajada de los Estados Unidos por sus amigos (a su vez informados por la testigo chilena). (Como una medida de precaución, y tal como fue solicitado por la Embajada, Teruggi se había registrado previamente con el servicio consular, como un ciudadano norteamericano residente en Santiago.) En sus conversaciones en el Estadio Nacional, Teruggi y Hathaway convinieron en que, de ser liberados, juntos o por separado, irían inmediatamente a la Embajada de los Estados Unidos a solicitar protección y dar información a quienquiera que fuese, acerca de los otros. Aproximadamente a las 6 de la tarde, Teruggi fue llamado aparte del pequeño grupo que ocupaba una improvisada celda. Esto fue percibido por Hathaway y otros como algo verdaderamente inusual, ya que los extranjeros arrestados y encerrados en el Estadio normalmente permanecían algunos días antes de ser llamados, interrogados, y (a veces) puestos en libertad. Teruggi no regresó ni fue vuelto a ver con vida por ninguno de sus amigos.

23 de setiembre. Las primeras noticias del arresto de Teruggi y Hathaway llegan al suscripto en los Estados Unidos, tal como se describió previamente.

24 de setiembre. El Departamento de Estado en Washington es informado por el suscripto acerca del arresto de Teruggi y Hathaway. El Departamento de Estado informa que ésta es la primera noticia que recibe, y promete “solucionar inmediatamente el asunto”. Las familias de Teruggi y Hathaway son “contactadas” por primera vez, como se describe más arriba.

25 de setiembre. Se generan en Washington y otras partes, por las familias y amigos de Horman, Teruggi y Hathaway, actividades sustanciales y presiones en su favor. Existen indicaciones de que el Departamento de Estado ha comenzado a reaccionar ante tales presiones y se mueve “más vigorosamente”.

26 de setiembre. Aproximadamente a las 5 de la tarde, David Hathaway, junto con cierto número de norteamericanos que habían estado presos en el Estadio Nacional, es dejado en libertad bajo la custodia de Frederick Purdy. Purdy no le hace

pregunta alguna sobre sus recientes experiencias, pero expide las visas en sus documentos, indispensables para abandonar el país. Purdy refiere a Hathaway que un cadáver depositado en la morgue de Santiago el sábado 22 de setiembre, ha sido “tentativamente” identificado por las autoridades chilenas como el de Frank Teruggi. Purdy asegura que esta información le fue suministrada el lunes 24, pero añade que no visitó la morgue, ni tampoco llamó a cualquier amigo de Teruggi en Santiago para que efectuara su identificación.

27 de setiembre. *Hathaway va con Purdy a la morgue para tentar la identificación del cadáver. Hathaway informa que el rostro está intacto (informes posteriores aseguran que Teruggi fue baleado en el rostro) y que una destacada cicatriz en el tobillo de Teruggi no aparece en el cadáver. A pesar del parecido facial, Hathaway se considera entonces incapaz de hacer una identificación positiva.*

29 de setiembre. *Hathaway retorna a los Estados Unidos. El Departamento de Estado en Washington continúa informando a las familias y amigos de Teruggi solamente que hay informes “contradictorios” sobre el paradero de Teruggi. Entretanto, las autoridades militares en Santiago continúan insistiendo en que Teruggi fue “liberado” el 21 de setiembre, un pedido con el que cumplieron al iniciarse la semana de acuerdo con el Departamento de Estado.*

2 de octubre. *Positiva identificación del cadáver de Teruggi en Santiago, confirmada por los registros de un dentista local y las huellas digitales tomadas y comparadas con las que rutinariamente sacan las autoridades chilenas cuando otorga documentos de identidad para residentes extranjeros. La familia de Teruggi es notificada de esta ratificación por los amigos de su hijo, mediante una comunicación telefónica con Santiago.*

3 de octubre. *La familia de Teruggi es notificada por el Departamento de Estado de la muerte de su hijo. Joyce Horman informa desde Santiago que la Embajada de Estados Unidos se ha tornado extremadamente no cooperadora en la búsqueda de su desaparecido esposo, Charles. Entre otras cosas, ella añade que fue informada por personal de la Embajada de que “Charles probablemente quiso abandonarla a usted”.*

7 de octubre. *Hasta hoy no hay noticia alguna de Charles Horman, arrestado el 17 de setiembre.*

¿Qué es lo que debería hacerse sobre este pequeño broche de una larga descripción? Dentro del más honesto y específico cuadro, hay una multitud de preguntas inquietantes: —¿Es Purdy un agente de la CIA tras la fachada de cónsul? Si es así, ¿cuáles son las implicancias de este doble rol? De no serlo, ¿por qué razón un funcionario del Servicio Exterior cometería la indiscreción de revelármelo? ¿Estaba Purdy, según fue su versión corriente durante 1972-73 en Santiago, espionando a los norteamericanos y compartiendo esa información con las autoridades chilenas? De ser así, ¿por orden de quién?

—En el caso de Horman, pero más dramáticamente en los casos de Teruggi y Hathaway, ¿por qué razón los arrestos (notificados a la Embajada inmediatamente después de ocurridos), demoraron tanto en ser transmitidos al Departamento de Estado en Washington? ¿O estaba el Departamento de Estado mintiendo cuando cuatro días después del arresto de Hathaway y Teruggi me hizo saber que carecía de noticias acerca de ellos?

—¿Por qué razón los parientes de Hathaway y específicamente de Teruggi fueron informados tan tardíamente, y estuvieron tan pobremente informados durante ese período? ¿Por qué en este y en otros casos hubo alguna acción en la Embajada en Santiago solo después de que los parientes y amigos aplicaron una significativa presión dentro de los Estados Unidos?

— ¿Por qué tardó Purdy más de ocho días en establecer la identidad del cadáver de Teruggi, teniendo en cuenta que Teruggi estaba registrado en la Embajada como residente, tenía muchos amigos en Santiago y había sido fotografiado y sus huellas dactilares registradas por la policía de Santiago, como todos los residentes extranjeros? ¿Cómo no hay explicación alguna de la grotesca historia de David Hathaway a quien se muestra un cadáver que parece no haber sido el de su compañero de cuarto?

— ¿Es cierto que la Embajada de los Estados los Unidos se mostró no cooperadora con Joyce Horman? ¿Se le dijo, tal como ella lo repitió, que su desaparecido esposo “quizás lo que justamente quería era alejarse de usted”? De ser así, ¿este sadismo es individual o burocrático, o ambos a la vez?

— *¿Cuántos otros norteamericanos padecen las indignidades y peligros que una mujer estadounidense denunció haber sufrido cuando llegó hasta la Embajada de los Estados Unidos después del golpe solicitando ayuda, y se le respondió que fuera a solicitarla a la policía chilena? (New York Times, 29 de setiembre de 1973, p. 3).*

Éstas y preguntas similares podrían multiplicarse aún más, indefinidamente, cuando estemos en condiciones de contar con una mayor cantidad de testigos, informantes y conocedores.

Pero por horrendas y trágicas que las respuestas a éstas y otras preguntas similares puedan ser, hay ya aquí otro cúmulo de atrocidades. Aquí la evidencia básica es necesariamente muy endeble por el momento, pero la lógica es terminante. Personalmente yo creo que el papel y la conducta de Frederick Purdy, la falta de sensibilidad de los funcionarios de la Embajada, el desaforado brío de luchador de la guerra fría que caracterizó a Harry Shlaudeman, la chapucería (o mendacidad) del Departamento de Estado, forman todos una pieza. Y esta pieza particular, a su vez, describe en un mucho más vasto y ominoso cuadro que últimamente envuelve al Departamento de Defensa, la CIA, el Departamento del Tesoro, la Casa Blanca y muchas corporaciones de los Estados Unidos.

Nada simboliza mejor el hilo grande que ata para siempre el amplio manto que la declaración formulada por el secretario de Estado adjunto, Jack Kubisch, en la reunión, descrita más arriba, mantenida en su oficina el 18 de setiembre. En esa ocasión, Kubisch (sin mostrar signo alguno de conciencia de autorrespeto), declaró en presencia de cuatro testigos sus puntos de vista sobre “el interés nacional de los Estados Unidos en Chile”. Lo que sigue es una paráfrasis de lo que dijo, tomada de mis notas redactadas inmediatamente después de la reunión:

No es de nuestra conveniencia el que los militares hayan tomado el poder en Chile. Hubiera sido mejor que Allende cumpliera totalmente su mandato, dejando a la nación y al pueblo chileno en la más completa y total ruina. Solo entonces habría quedado en evidencia el más completo descrédito del socialismo. Solamente entonces el pueblo recibiría el mensaje de que el socialismo no tiene viabilidad. Lo que ha ocurri-

do (la toma del poder por los militares y la subsiguiente matanza) ha confundido la lección.

¡Esto proviene de nuestro “más alto servidor público”, a cuyo cargo está la responsabilidad de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina!

No el pesar por el cuartelazo, sino por el hecho de que ha interrumpido su teoría sobre la necesidad del fracaso de Allende. No la vergüenza al igualar el “interés nacional de los Estados Unidos” con el descrédito y la destrucción del experimento socialista en Chile. Ni siquiera ningún sentimiento respecto de lo irónico que resulta de que el “descrédito” de la variante de la revolución constitucionalista de Allende acuerde el máximo soporte al argumento de que los cambios estructurales profundos sobrevendrán solamente a través de la violencia, es decir, del rechazo de las prácticas democráticas. Justamente décadas de vieja guerra fría, torcidamente lógicas, falta total de interés sobre lo que ocurra con el pueblo chileno, y el obsesivo único propósito de destruir la “vía chilena al socialismo” por los más convincentes métodos posibles, que según el correcto razonamiento de Kubisch no fueron adoptados por el salvaje golpe militar.

Mucho más por la “cooperación hemisférica”, “neutralidad”, “justicia social”, “democracia”, “no intervención” y otras delicadas frases. Lo que realmente importa a la gente que cree que este camino es el que el Hemisferio debe dejar a salvo mediante el American way of life, y esto a vez implica que los experimentos socialistas como el de Chile deben ser destruidos tan convincentemente como sea posible. Ésta es la misión común de destrucción que en un último análisis realizan unidos el Departamento de Estado, la CIA, el Departamento del Tesoro, el Departamento de Defensa, la Casa Blanca, la ITT y otros, no importa cuan diferentes parezcan ser sus tácticas. Al cumplir tal misión, se desprende que las vida humanas y otros valores se convierten en secundarios. Los chilenos no interesan, e incluso los norteamericanos no cuentan para mucho, especialmente si éstos son relativamente jóvenes y piensan «con ideas equivocadas”.

Es en este contexto, permitido por una mentalidad de destrucción, que la muerte de Frank Teruggi, la desaparición de Charles Horman, y la milagrosa escapada de David Hathaway,

deben ser analizadas. El hecho de que ciertos funcionarios norteamericanos no querían grandes cantidades de sangre chorreando por las calles de Chile (porque consideren que impide la “verdadera lección”), no los absuelve de su culpabilidad y complicidad en lo que ha ocurrido.

Como lo anoté más arriba, yo sólo cumplo un papel minúsculo en esta historia. Creo, más todavía, que otros que tienen otros papeles en esta historia darán los pasos necesarios para ser escuchados. Pero, en última instancia, es el Congreso de los Estados Unidos en el que descansan nuestras esperanzas. Después de Watergate y Vietnam, hay indicadores de que muchos de nuestros representantes elegidos no tardarán en tomar a su cargo la bendita tarea de ejercer la rama ejecutiva de poder y sujetar el aparato de la seguridad nacional. Yo ruego para que usted y sus colegas del Congreso tomen la iniciativa y provean tanto el foro como los músculos indispensables para asegurar que el gran cuadro sea expuesto y hecho público.

Este decir la verdad en estos tiempos sólo puede fomentar la causa de la libertad y la justicia en las Américas, y al alentar esta causa tributaremos un digno homenaje a la memoria de Frank Teruggi y de otros miles que han muerto en Chile durante las pasadas tres semanas.

Sinceramente suyo,

Richard R. Fagen.

Profesor de Ciencia Política.

Stanford University, California, U.S.A.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS HACIA AMÉRICA LATINA EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS SETENTAS

ISABEL JARAMILLO EDWARDS*

Introducción

La política exterior de los Estados Unidos hacia Chile en los años setentas constituye un clásico en cuanto a los métodos ingerencistas utilizados en la consecución de sus objetivos, en este caso, el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende.

Nuestra aproximación a su estudio enfoca, en este caso, un período muy corto y convulso de aproximadamente un año: 1969-1970. En este período, los Estados Unidos intentaron, por prácticamente todos los medios, evitar que Salvador Allende asumiera la presidencia de Chile en 1970.

Enfocaremos el tema desde la perspectiva de la política exterior de los Estados Unidos y las fuentes seleccionadas son principalmente norteamericanas. Esto nos permite observar el funcionamiento de dicha política exterior y las contradicciones a las que ésta está sometida desde el punto de vista del sistema político norteamericano.

La década de los años setentas

Después de la Segunda Guerra Mundial se desarrolla en Chile una estrategia de industrialización, en la que se utilizó la inversión estatal para promover el desarrollo (se creó la Corporación de Fomento, CORFO). En este proceso las élites preindustriales chilenas con algunos aliados del Frente Popular desplazaron simplemente su riqueza de la agricultura o el comercio a la industria, ayudados y apoyados por un Estado que ellas controlaban. Entre 1930 y 1950 se amplió la clase media, que comenzaba a identificarse con la estructura industrial de los Estados Unidos. A principios de los años sesentas Chile era prácticamente autosuficiente en la mayor parte de los bienes de

* Investigadora Titular, Centro de Estudios sobre América.

consumo. Sin embargo, la importación de la industria liviana, seguida por la de bienes durables, no produjo una mayor independencia nacional ni un real crecimiento económico; por el contrario, estas importaciones aumentaron la dependencia de los Estados Unidos y de hecho profundizaron el subdesarrollo de la economía chilena. Entre 1946 y 1961, antes que la asistencia comenzara a fluir realmente, Chile recibió US\$450 millones en préstamos y concesiones de las agencias de desarrollo de los Estados Unidos y del *Eximbank*. La dependencia de Chile de las fluctuaciones del precio del cobre en el mercado mundial siempre condicionó la obtención de divisas.

De 1955 a 1970, los Estados Unidos desarrollaron hacia Chile políticas diferentes: entre 1956 y 1961 impusieron un programa de austeridad, al estilo del Fondo Monetario Internacional (FMI), a cambio de préstamos para equilibrar el déficit comercial chileno. De 1963 en adelante, con la Alianza para el Progreso (ALPRO), abandonaron el estilo austero y prodigaron préstamos a Chile en la lógica de crear “un ejemplo de democracia”. Ambas políticas tenían objetivos similares: estabilizar la democracia tambaleante y proteger y fomentar las inversiones e influencia de los Estados Unidos. Éstas no sólo no provocaron crecimiento sino (entre 1955 y 1970 Chile creció en solo un 0,7 %) que se incrementó enormemente la dependencia del país. La deuda externa creció vertiginosamente de US\$569 millones en 1958 a casi US\$4 mil millones en 1970. En 1970 de las cien compañías más grandes, cuarenta estaban bajo control extranjero e incluían los sectores más dinámicos. La dependencia de las importaciones de maquinarias se mantenía tan fuerte como antes. Según el Boletín del Departamento de Estado de la época, *la asistencia masiva a Chile con capitales norteamericanos comenzó en 1961... en 1962 se otorgó otro préstamo adicional luego de una crisis de divisas. Durante los dos años previos a las elecciones de 1964 la asistencia de Estados Unidos se dirigió a mantener los modestos avances logrados en años anteriores de forma de proveer al nuevo gobierno de una base mejor y a prevenir el deterioro económico...*

Durante ese año —1964— la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) continuó su apoyo al presupuesto y la balanza de pagos chilenos para prevenir un deterioro económico que hubiera actuado como detonante de la desocupación y del descontento y,

presumiblemente, de un vuelco a la extrema izquierda desde el punto de vista político. De hecho, resultó en presentarles al gobierno entrante de Eduardo Frei Montalva y al pueblo chileno una economía tambaleante remendada temporalmente por la ayuda de emergencia.¹

Entre 1964 y 1970, *Eximbank* otorgó préstamos a Chile por US\$268,8 millones. Esta disponibilidad de créditos permitió vencer a Chile para que comprara bienes norteamericanos de alto precio que no hubieran resultado competitivos en el mercado mundial. Los sectores que recibieron los préstamos de *Eximbank* para importar maquinaria norteamericana fueron los sectores claves del cobre, el nitrato, el acero, la electricidad, las comunicaciones y los ferrocarriles. El objetivo manifiesto de los programas era crear un clima favorable a la inversión.

Los Estados Unidos consideraban —y consideran— que la inversión en el exterior es crucial para el crecimiento de su economía. “La realidad del imperialismo va mucho más allá del interés inmediato de éste o aquél inversor: el propósito subyacente es nada menos que mantener abierta al comercio y la inversión de las grandes corporaciones multinacionales la mayor parte posible del mundo.”² Éste es un compromiso reiterado. Las expropiaciones, por supuesto, contradecían los presupuestos que guiaban la promoción de la inversión directa. En 1970, bajo la forma de asistencia bilateral y multilateral, los préstamos privados y créditos a los proveedores de los dólares eran la mayor exportación norteamericana a Chile y resultaban cruciales para el funcionamiento de la economía chilena.³

La economía de los Estados Unidos, en 1970, se estaba deteriorando en el ámbito nacional e internacional. Tanto la inflación interna como la tasa de desocupación eran altas. Las reservas de oro disminuían, la participación de los Estados Unidos en el mercado

¹ Senador E. Gruening: *U.S. Foreign Agency for International Development (AID) in Action, A Case Study*, p. 115. Citado por E. Fansworth, R. Feinberg, E. Leenson en: *Chile: el bloqueo invisible*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1973. En Estados Unidos: *Chile, Facing the Blockade, Latin America & Empire Report*, Vol. III, No. 1, 1973, *NACLA*.

² Fansworth, Feinberg, Leenson, *Op. cit.*

³ Esto significaba un mayor poder del Departamento del Tesoro, que tenía a su cargo la política de asistencia bilateral y multilateral de los Estados Unidos y se lo considera el mayor defensor que tienen los intereses de las grandes empresas privadas en el Poder Ejecutivo.

mundial decrecía, y la balanza de pagos mostraba un saldo negativo. Entre tanto, los socios comerciales de los Estados Unidos, especialmente Japón y Europa Occidental, experimentaban altas tasas de crecimiento en el comercio y la industria y expandían sus inversiones en el extranjero. Los Estados Unidos estaban a la defensiva y sus dirigentes enfrentaban las amenazas emergentes de las expropiaciones chilenas desde una perspectiva que magnificaba su importancia para los intereses de los Estados Unidos.

Durante la administración Nixon (1969-1974),⁴ particularmente como resultado de la derrota en Viet Nam y de la ruptura del consenso interno en cuanto a política exterior, se tiende a disminuir el énfasis en los medios militares como forma de proyectar el poder imperial y se le reemplaza por ofensivas económicas y diplomáticas, alianzas y la utilización de gendarmes regionales. En esta etapa se desarrolla la detente, el acercamiento a China, relaciones que se darán como equilibrio a la confrontación bipolar, los acuerdos *Salt I* y la aprobación del Acta de Poderes de Guerra, como ejemplo de esta tendencia. Esto no significó que se eliminaran la asistencia militar y las operaciones encubiertas más bien se agregaban a la ofensiva económica y diplomática, desembocando en la “desestabilización” aplicada en Chile, y en Jamaica posteriormente.

La “Doctrina Nixon”,⁵ implícita en el marco más amplio de la “Disuasión Realista”, sostenía que debía combinarse la asistencia militar, de forma de elevar la capacidad de defensa de los países de manera que pudieran enfrentar una posible subversión, sin la participación directa de tropas norteamericanas. Quedaba claro que las tropas norteamericanas no debían ser las que enfrentaran la insurgencia. Ésta debía ser evitada por medio de programas sociales y económicos, y en el aspecto militar, controlada por las fuerzas locales. Consecuentemente, se aumentó la venta de armas a países “amigos”.

Esta concepción era reflejada en la “vietnamización” de la guerra en el sudeste asiático, como forma de intentar desvincular a las tropas norteamericanas del frente de guerra. Se reformulaba una doctrina, prolongando los implícitos de la contrainsurgencia, con características formalmente diferentes.

⁴ Cuestión que se extendió también a la administración de Gerald Ford (1974-1977).

⁵ También llamada “Doctrina Guam”. Para detalles, ver: Henry Kissinger: *Diplomacy*, Simon & Schuster, p. 708

La fundamentación de la asistencia militar para América Latina de julio de 1969 planteaba que: *una de las metas principales de nuestro programa de ayuda militar ha sido, y sigue siendo, que nuestros vecinos latinoamericanos obtengan su desarrollo socioeconómico mediante una evolución sistemática y no en la atmósfera inflamable de una revolución destructiva. Los Departamentos de Estado y de Defensa trabajan juntos para que esta vinculación prevalezca en debida forma, y se agregaba que la existencia de inadecuadas estructuras económicas y sociales vulnerables a la subversión hacen necesario mantener la capacidad contrainsurgente de las fuerzas armadas latinoamericanas a fin de que pueda existir una atmósfera interna que conduzca hacia el progreso económico y social.*⁶

Se trataba de insistir en lograr que los países de América Latina mantuvieran una efectiva capacidad contrainsurgente por medio de la ayuda militar norteamericana. En términos internos, los objetivos fueron elevar la capacidad y preparación —tanto en entrenamiento, donaciones de material bélico y ventas de equipos militares— de las fuerzas locales para que pudieran ejercer a cabalidad como guardianes del “orden interno”. Se aseguraba así el aparato militar represivo que adoptaría e implementaría la “doctrina de seguridad nacional”, que les permitiría establecer un nuevo patrón de acumulación, hegemonizado por el capital transnacional y las burguesías monopólicas nativas,⁷ a la vez que se trataba de eliminar al “enemigo interno” de forma de poder desarrollar el nuevo modelo.

La nueva política económica anunciada por Richard Nixon en 1971 implicó una línea dura para la promoción de sus intereses económicos. Se iniciaba el fin del liberalismo al estilo Plan Marshall y el comienzo de una nueva era de competencia entre los grandes bloques comerciales. Esto implicaba un replanteo global de las relaciones exteriores. Una política externa poderosa suponía una línea dura

⁶ Audiencia ante el Subcomité de Asuntos del Hemisferio Occidental del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos (91 período legislativo, 1a. sesión, 24 de junio y 8 de julio de 1969). Declaración del Honorable C. A. Meyer, secretario adjunto de Estado para Asuntos Interamericanos. Documento incluido en: J. Saxe-Fernández, *Proyecciones hemisféricas de la paz americana*, Instituto de Estudios Peruanos, Amorrurtu Editores, Lima, 1974, p. 131.

⁷ Ver en este sentido: Luis Maira: *Notas para un estudio comparado entre el Estado Fascista Clásico y el Estado de Seguridad Nacional del Cono Sur de América*, Ponencia. CEDOCH, Casa de Chile, México, 1976.

en la política económica externa. Si se iba a hacer frente a las amenazas surgidas de la expansión de las economías europeas y japonesa, el gobierno de los Estados Unidos debía dedicarse más que nunca a la expansión y el crecimiento de su propia economía; esto implicaba mas “asistencia y apoyo” a las corporaciones y un estímulo y protección más activos para las inversiones de los Estados Unidos en el Tercer Mundo.⁸

La administración Nixon revisó también la doctrina de las dos y media guerras y la transformó en la de una y media guerras. En la esfera nuclear, se estableció la paridad con la Unión Soviética.⁹

Los Estados Unidos y las elecciones de 1970 en Chile

Los resultados de las elecciones del 4 de septiembre de 1970 sorprendieron a la administración Nixon y a la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Allende obtuvo el 36,3 % de los votos en una carrera electoral de tres candidatos (Jorge Alessandri, 35 % y Radomiro Tomic, 27,8 %). El margen de Salvador Allende sobre Jorge Alessandri fue de unos treinta y nueve mil votos.

La administración Nixon reaccionó casi como si los chilenos fueran niños erráticos, y la burocracia comenzó a barajar sus opciones para evitar el ascenso al poder de Salvador Allende. Entre las opciones propuestas habían las que planteaban la eliminación (*terminate him*) del presidente electo por medio de ciudadanos chilenos o hacerlo con norteamericanos.¹⁰

Ya a mediados de los años sesentas, Chile era conocido en los servicios de Inteligencia de los Estados Unidos como uno de los éxitos sobresalientes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que había penetrado todos los elementos del gobierno chileno, la política y la

⁸ Fansworth, Feinberg, Leenson, *Op. cit.*

⁹ Ver: Isabel Jaramillo Edwards: “El conflicto de baja intensidad: modelo para armar,” *Avances de Investigación* No. 24, Centro de Estudios sobre América (CEA), Segunda Edición, La Habana, Cuba, 1989, pp. 20-22.

¹⁰ Seymour M. Hersh: *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House*, Summit Books, Simon & Schuster: New York, 1983, p. 259. Desde otro ángulo: *The CIA File*, R.L. Borosage and J. Marks, EDS., Grossman Publishers, Viking Press, New York, 1976. Cap. 4, “Destabilizing Chile”, pp. 79-89.

sociedad, y se atribuía el haber asegurado que Chile permaneciera siendo una nación democrática que alentaba a las corporaciones multinacionales a que hicieran negocios dentro de sus fronteras.

En Chile, el tema de la extensión de la presencia de las corporaciones multinacionales era objeto de constante debate y a fines de esa década era un tema político tanto de la izquierda como de sectores nacionalistas. El 80 % de la producción de cobre— el 60 % de todas las exportaciones chilenas— estaba en manos de grandes corporaciones, en su mayoría controladas por firmas de los Estados Unidos, siendo las más prominentes *Anaconda Copper* y *Kennecott Copper*. Las ganancias de estas compañías eran enormes: durante los años sesentas, por ejemplo, la *Anaconda Copper* ganó US\$50 millones sobre sus inversiones dentro de Chile, donde operaba una de las minas a tajo abierto más grandes del mundo. Sus inversiones eran generosamente estimadas por la compañía en US\$300 millones. En 1968, estudios demostraban que el 28,3% del pueblo chileno —que estaba en la base de la escala económica— obtenía el 4,8 % del ingreso nacional, mientras que el 2 % de la población que estaba en la cúspide de la escala, recibía el 45,95 % del ingreso.¹¹

La influencia de los Estados Unidos en las elecciones de 1964 fue más extensa de lo que se conoce públicamente. Al menos US\$20 millones fueron introducidos por los Estados Unidos, en su mayor parte a través de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) —en el período 1963-64— para apoyar la candidatura de Eduardo Frei Montalva, esto es, unos US\$8 por votante.¹² En ese momento, millones de dólares fueron canalizados hacia las organizaciones de la Iglesia Católica, por medio de Agencia Internacional para el Desarrollo y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) con el completo conocimiento del gobierno chileno y de la administración norte-

¹¹ Seymour M. Hersh, *Op. cit.* p. 259

¹² Durante la huelga de los camioneros, en el gobierno de la Unidad Popular en 1973, se daba US\$20 a cada uno por mantener el paro. Según el embajador Nathaniel Davis, “La estación CIA en Santiago favoreció el apoyo financiero a los camioneros en 1973 y yo me opuse. Debido a nuestras diferencias políticas, acordamos someter el asunto a la consideración de Washington.” Según la Comisión Church, tanto el embajador como el Departamento de Estado se opusieron a esta medida, que no pasó por la aprobación del Comité de los Cuarenta. Ver: Nathaniel Davis: *Los dos últimos años de Salvador Allende*, Plaza y Janés, 1986, pp. 293-294 (La edición estadounidense es de Cornell University, 1985).

americana, con el objetivo de oponerse al comunismo. La campaña de Frei Montalva también fue financiada por el *Business Group for Latin America*— que en 1970 se transformó en el *Council of the Americas*—, organizado en 1963 por D. Rockefeller y que incluía en su directorio a personeros de *Anaconda*, ITT, y *Pepsico*, entre otros. Frei Montalva ganó la elección con un 56 % de los votos. Los vínculos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Chile eran a los niveles más altos y —en 1964— tanto el *Business Group* como la Agencia Central de Inteligencia (CIA) utilizaron al diario *El Mercurio* como canal para los dineros que suministraban a la campaña electoral.¹³ Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) continuó operando a través del país orientando su actividad a la represión de las actividades políticas de izquierda. Al menos veinte operaciones encubiertas fueron realizadas dentro de Chile entre 1964 y 1969, según un informe del Comité, Selecto de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos, que inició una amplia investigación en 1975. El *Senate Select Committee on Intelligence* —también llamado *Church Committee*, por haber sido presidido por el senador Frank Church— fue creado para investigar los abusos en el terreno de la Inteligencia después del escándalo de Watergate, que obligó finalmente a renunciar al presidente Richard Nixon. En el caso de Chile, la injerencia norteamericana estuvo presente constantemente. A partir de las evidencias surgidas luego del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, se pudo constatar que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) estaba preocupada por los candidatos que participaban en las elecciones de 1970: su representante en Santiago estimaba que Frei Montalva se estaba inclinando a la izquierda debido a la “chilenización” del cobre¹⁴ y a que la Democracia Cristiana presentaría un candidato aún más liberal en 1970. Esta visión se fortaleció cuando, en 1969, el gobierno de Frei Montalva restableció relaciones comerciales con Cuba.

¹³ Sobre este tema, ver: Gregory F. Treverton: *Covert Action: The Limits of Intervention in the Postwar World*, Basic Books, USA, 1987, pp.163-164. Sobre los temores con respecto a la prensa durante el gobierno de la Unidad Popular, ver: Nathaniel Davis, *Op. cit.*, pp. 293 y 309

¹⁴ El 51% de las acciones del cobre fue adquirido por el gobierno de Chile que pagó US\$80 millones por *Braden Copper*, subsidiaria de *Anaconda*, cuando el valor real era de US\$67 millones. Ver: S. Hersh, *Op. cit.*

La administración Nixon, y su secretario de Estado, Henry Kissinger, contaban con el llamado Comité de los Cuarenta, grupo de alto nivel que presidía Kissinger y formado por el director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) Richard Helms; J. Mitchell; el almirante Moorer; David Packard y M. Laird, del Departamento de Defensa, entre otros. Este Comité se encargaba, en teoría, de aprobar todas las operaciones encubiertas sensibles de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), y supervisaba y monitoraba las actividades de Inteligencia de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, aunque —según algunos autores— Nixon y Kissinger lo manejaban a su arbitrio.¹⁵ En Chile, por ejemplo, se ordenó a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que desarrollara actividades destinadas a derrocar y/o asesinar a Salvador Allende sin ningún conocimiento del Comité de los Cuarenta, con la excepción de Mitchell —hombre de confianza de Nixon— y del secretario de Estado, Kissinger.¹⁶ Aunque resulta difícil de creer, parecería que las relaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) con la ITT en América Latina —y en Chile especialmente— fueron establecidas sin el conocimiento del Comité de los Cuarenta, a pesar de que la ITT tuvo una función importante en Chile antes de las elecciones de 1970, Los archivos del Comité de los Cuarenta demuestran que antes de las elecciones en Chile, el tema se discutió al menos en cuatro ocasiones, entre abril de 1969 y septiembre de 1970. En marzo de 1970 se aprobaron US\$135 000 para propaganda en contra de la candidatura de Salvador Allende. El 27 de junio, el Comité aprobó una asignación adicional de US\$300 000, recomendados por el entonces embajador, Edward Korry, y la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Fue en esta reunión —según las minutas oficiales— que Kissinger apoyó los programas en contra de Salvador Allende, diciendo: “No veo porqué necesitamos quedarnos mirando cómo un país se vuelve comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo.”¹⁷ En estas reuniones iniciales, sin embargo, el Departamento de Estado generalmente asumía la postura en contra de incrementar la interferencia directa en las elecciones presidenciales chilenas. En sus memorias, Henry Kissinger plantea que W. Rogers y el Departamento de Estado le restaban

¹⁵ S. Hersh, *Op. cit.*

¹⁶ En su libro, el embajador Nathaniel Davis dice que no había planes de asesinato. Ver: N. Davis, *Op. cit.*

¹⁷ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 265.

importancia tanto a la posibilidad como al peligro de una victoria electoral de Salvador Allende. Lo que realmente aprobó el Comité de los Cuarenta en los meses de marzo y junio fue una serie de operaciones anti-Salvador Allende —destinadas a destruirlo como opción— que utilizaron los medios de comunicación y los grupos cívicos de la derecha para circular rumores contra la coalición de la Unidad Popular. En dicha propaganda se establecía una comparación entre la elección de Salvador Allende y sucesos tales como la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos en 1968 y los supuestos fusilamientos realizados en Cuba al triunfo de la revolución, entre otros. A la altura de 1970, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) subsidiaba dos servicios informativos de cables y un periódico de derecha, cuyos puntos de vista eran tan extremos como para alienar a los “conservadores responsables”. El embajador Edward Korry escribió que la campaña de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) era tan burda que resultaba tan contraproducente que, de hecho, favorecía a Salvador Allende.

La amenaza a la democracia en este periodo se personificó en Salvador Allende y la posibilidad de nacionalización de las subsidiarias de las corporaciones norteamericanas que operaban en Chile.

Hasta las elecciones, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) predijo confiadamente una gran victoria para Jorge Alessandri, sobre encuestas realizadas por *El Mercurio* —basadas, como lo entendió el embajador Edward Korry, pero Washington tal vez no, en un censo no actualizado de 1969. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) informó que las encuestas daban a Jorge Alessandri el 50 % del voto popular, lo cual obviaría la necesidad de una elección en el Congreso chileno. Estas precisiones no tranquilizaron a la comunidad de negocios de los Estados Unidos. En abril, de acuerdo a documentos proporcionados por el embajador Edward Korry, miembros del *Council of the Americas* se acercaron al Departamento de Estado y ofrecieron dar al menos US\$500 000 a la campaña de Jorge Alessandri. A su vez la Agencia Central de Inteligencia (CIA) debía suministrar una cantidad semejante con el mismo objetivo. El embajador Korry se opuso, por temor a que la interferencia se hiciera pública, lo cual significaría serios problemas para los Estados Unidos y al mismo tiempo afectaría las relaciones con la Democracia Cristiana¹⁸ y también los intereses de los Estados Unidos a largo plazo. Edward

¹⁸ Radomiro Tomic era el candidato de la Democracia Cristiana.

Korry era un acérrimo anticomunista, pero al mismo tiempo intentaba mantener el control sobre la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en su Embajada y prohibía los contactos de la Agencia con aquellos miembros de las Fuerzas Armadas chilenas que se sabía estaban ansiosos por realizar un golpe de Estado, de producirse la victoria de Salvador Allende. En el terreno de la propaganda, el embajador Korry insistía en que para evitar la inclinación de Chile hacia la izquierda, ésta debía ser anticomunista y no pro-Alessandri, como orientaba la Agencia Central de Inteligencia (CIA).¹⁹ Al fin y al cabo, era una cuestión de forma y de cautelar los intereses burocráticos de un sector del aparato estatal norteamericano, ya que los objetivos eran los mismos. Esta diferencia de opiniones revela también las clásicas contradicciones entre las agencias gubernamentales norteamericanas en la aplicación de la política exterior. La ITT y su presidente, H. Geneen, habían determinado financiar la campaña de Jorge Alessandri, a pesar de la oposición del embajador Korry a esta propuesta. La multinacional buscó un intermediario, que fue John A. McCone, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) bajo las administraciones Kennedy y Johnson. En 1970, McCone era director de ITT y seguía siendo consultor de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). McCone —en una testificación ante el Subcomité de Corporaciones Multinacionales del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, en 1973— planteaba que Richard Helms, de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), le había informado que el Comité de los Cuarenta y la Casa Blanca habían decidido que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) no desarrollaría grandes programas para apoyar a Jorge Alessandri, decisión que algunos evalúan como derivada de la oposición del embajador Korry y de las encuestas optimistas realizadas por *El Mercurio*. Al mismo tiempo, el presidente, Richard Nixon, y el secretario de Estado, Henry Kissinger, estaban centrados en los problemas del Medio Oriente, la guerra de Viet Nam, y la crisis en Camboya. El Subcomité del Senado —en sus investigaciones— llegó a la conclusión de que fue la sugerencia de McCone la que llevó a que Geneen, de ITT, se entrevistara, en julio, con W. Broe, jefe de Operaciones Clandestinas para América Latina de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Según Broe, Geneen ofreció —en el encuentro— hacer una contribución “sustancial” a la campaña de Jorge Alessandri, si la Agencia Central de Inteligencia (CIA) manejaba los fondos. A su vez, ya el jefe de la Estación de la Agencia Central de

¹⁹ S. Hersh, *Op. cit.*, pp. 267.

Inteligencia (CIA) en Santiago de Chile, R. Hecksher, había contactado a los operativos de ITT y les había proporcionado los nombres de las personas —chilenas— que podían ser canales seguros para el traslado de dinero.

Los principales contactos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) con ITT eran H. V. Hendrix y R. Berrelez, dos altos funcionarios de la empresa. La operación fue hecha de tal manera que el Comité de Inteligencia del Senado no pudo probar que la ITT había aportado los fondos. Las investigaciones se prolongaron durante casi diez años. De hecho, Geneen autorizó, al menos, una gran contribución de unos US\$350 000, cuestión que no se hizo pública hasta 1976, luego que fue descubierta por el Comité de Inteligencia del Senado.

El triunfo electoral de Salvador Allende y cómo se intentó evitar que asumiese la Presidencia

A pesar de todos los esfuerzos mencionados,²⁰ Salvador Allende ganó las elecciones el 4 de septiembre de 1970. Luego, el Congreso lo ratificaría el 24 de octubre. Tanto la Agencia Central de Inteligencia (CIA) como el embajador, Edward Korry, reaccionaron negativamente y calificaron la derrota de la derecha como una que tendría “consecuencias domésticas e internacionales...” El cable del embajador Korry a Washington también decía: “no hay razón para creer que las Fuerzas Armadas chilenas desatarán una guerra civil o que ningún otro milagro pueda intervenir para deshacer su victoria”.²¹

Según Kissinger, el presidente Nixon estaba furioso y culpaba al Departamento de Estado y al embajador Korry.²² A partir de este momento, agrega Kissinger, el presidente Nixon buscó evitar a la burocracia lo más posible y operar por otros canales. Los análisis de Inteligencia de la época indican que Salvador Allende no era una amenaza para la seguridad nacional y la postura del presidente Nixon se atribuye fundamentalmente a su preocupación por el futuro de las corporaciones norteamericanas y sus propiedades, que pensaba serían nacionalizadas por el gobierno de Allende.

²⁰ Hemos seleccionado algunos. Recientemente, se han desclasificado documentos que evidencian la amplitud de las medidas del gobierno norteamericano con respecto al gobierno de la Unidad Popular. Ver: <http://www.nsarchive.org>.

²¹ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 269.

²² Identificaba a Edward Korry como hombre del presidente J. Kennedy.

Tres días después de la elección, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) le informó a la Casa Blanca en un Memorándum de Inteligencia que —como lo resume el Comité de Inteligencia del Senado— los Estados Unidos “no tenían interés vital dentro de Chile, el balance militar de poder global no iba a ser significativamente alterado por el régimen de Allende y la victoria electoral de Allende en Chile no amenazaba la paz en la región”.²³ Para Kissinger, Salvador Allende era el ejemplo viviente de la revolución dentro del esquema de la democracia electoral en América Latina y su temor real era que el gobierno de la Unidad Popular se desarrollara exitosamente, lo cual constituiría un “mal ejemplo” para el resto del continente. El secretario de Estado se ubicaba en la lógica de la teoría del dominó, de la cual se derivaba que el proceso chileno amenazaría a “todas las fuerzas democráticas en América Latina y de hecho al hemisferio occidental”.²⁴ La percepción fundamental entonces era que lo que la victoria de Salvador Allende sí haría era amenazar la cohesión del hemisferio y representaba un avance para las ideas marxistas, cuestión que se estimaba como un retroceso psicológico para los Estados Unidos.

El 8 de septiembre, Henry Kissinger presidió una reunión del Comité de los Cuarenta, durante la cual él, R. Helms y G. Mitchell estuvieron de acuerdo en que “un golpe militar contra Allende tendría muy pocas probabilidades de éxito a menos que sucediera pronto”. De acuerdo con el resumen publicado más tarde por el Comité de Inteligencia del Senado, Kissinger le ordenó al embajador Edward Korry que preparara una “evaluación a sangre fría” de “los pros y contras y problemas y perspectivas implicados si se organizaba un golpe mili-

²³ Los *National Intelligence Estimates* eran realizados en la época por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y otras agencias y entre 1969 y 1973 ofrecen pocas evaluaciones explícitas de la amenaza que representaba el Chile de Salvador Allende. Un Memorándum de Inteligencia, de 4 de noviembre de 1970 realizado justamente después de las elecciones es explícito, sin embargo, en cuanto a la amenaza. A pesar de estar escrito por la CIA, reflejaba los puntos de vista del Grupo Interdepartamental para Asuntos Interamericanos, que había preparado la respuesta al NSSM97 e incluía además a representantes del Departamento de Estado, Departamento de Defensa y la Casa Blanca. Este Memo concluía que los Estados Unidos no tenían intereses vitales dentro de Chile, que el balance militar global de poder no iba a ser significativamente alterado por el régimen de Allende y que su victoria no representaba una amenaza a la paz en la región. Ver: G.F. Treverton, *Op. cit.*, pp. 168-169.

²⁴ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 271

tar [en Chile] esta vez con ayuda de los Estados Unidos...” La respuesta de Korrry, el 12 de septiembre, fue que las posibilidades para esta variable eran “inexistentes”.

El 14 de septiembre, Kissinger citó nuevamente al Comité de los Cuarenta. La discusión se desarrolló de la forma siguiente: Jorge Alessandri había anunciado que si el Congreso lo elegía el 24 de octubre, él renunciaría a la Presidencia después de la inauguración el 3 de noviembre. Esto provocaría otra elección y Eduardo Frei Montalva podría presentarse de nuevo legalmente. Washington consideraba esto como una “solución constitucional” al problema de Allende, pero dependía de la cooperación de Frei, así como de su capacidad para lograr la nominación dentro del Partido Demócrata Cristiano. Esta variable ya estaba funcionando desde agosto, cuando el embajador Korrry había recibido la visita de líderes del Partido Demócrata Cristiano, que le informaron de la disposición de Eduardo Frei Montalva para postularse nuevamente si Salvador Allende ganaba la elección en octubre y si se buscaba una solución constitucional. Esta variable fue retomada por la administración de Richard Nixon, que la debatió en la reunión del 14 de septiembre. En una comunicación secreta al día siguiente, el embajador Korrry fue autorizado a ofrecer a Eduardo Frei Montalva y a sus partidarios US\$250 000, y más si fuera necesario, para “apoyo encubierto de proyectos que Frei o su equipo de confianza estim[asen] importantes” para asegurar su elección, como —por ejemplo— comprar votos en el Congreso chileno. El embajador Korrry rechazó el dinero, diciendo que los Estados Unidos no debía hacer el “trabajo sucio por Chile”, ya que él sabía lo que en Washington ignoraban, esto es, que el proyecto no era posible. En esto influyó, según el embajador Korrry, el hecho de que Eduardo Frei Montalva no contaba con el apoyo del Partido Demócrata Cristiano para su candidatura, y que él tampoco iba a hacer un esfuerzo por lograrlo. Además, la Embajada de los Estados Unidos se enteró —según el embajador Korrry— de que Radomiro Tomić había acordado secretamente —antes de las elecciones— la transferencia de votos a Salvador Allende, en caso de que éste no obtuviera la mayoría. Este acuerdo hacía que la elección de Jorge Alessandri fuera imposible y por lo tanto no podría renunciar a la Presidencia si luego no tenía posibilidades de ganar la elección.²⁵

²⁵ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 272.

En esa reunión del día 14, también se aprobó el aumento de la propaganda para convencer al Congreso chileno de que la elección de Salvador Allende significaría el caos financiero. En dos semanas, veintitrés periodistas de al menos diez países fueron llevados a Chile por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), combinándose con los agentes en el terreno para producir más de setecientos artículos antes de la elección en el Congreso chileno. A fines de septiembre, un pánico bancario se producía en Santiago con grandes cantidades de fondos transferidos al exterior: bajó la producción industrial, cayó la venta de propiedades y bienes, y se incrementó el mercado negro. La presión aumentaba —y seguiría *in crescendo*— durante todo el gobierno de Salvador Allende.

A partir de solicitudes de sectores influyentes de la derecha chilena —que pidieron a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que bloqueara la llegada a la Presidencia de Salvador Allende— la Casa Blanca dio “luz verde” y cheque en blanco a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para que operara en contra de Salvador Allende sin informar a nadie, ni siquiera al embajador Korry, de lo que estaban haciendo: se trataba de hacer “gritar” a la economía chilena, para disponer de US\$10 millones —y más— si fuera necesario. En sus testificaciones en el Comité de Inteligencia del Senado, Richard Helms dijo —años después— que el presidente quería que se hiciera algo..., no le importaba mucho cómo y estaba preparado a proporcionar dinero...

Nuevamente se volvió a manejar la opción de las Fuerzas Armadas, de forma que evitaran la elección de Salvador Allende por parte del Congreso y también se contempló la posibilidad de asesinarlo.²⁶ Vale recordar que entre las revelaciones del Comité Church estuvieron la participación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en los intentos de asesinato a Fidel Castro²⁷ y su participación directa en el asesinato de Patrice Lubumba en el Congo Belga y de Rafael Trujillo en la República Dominicana, entre otros.

La lógica a partir de la cual se realizaron las acciones encubiertas en Chile se relaciona con que “toda actividad clandestina encaminada a promover los objetivos de política exterior de la nación patrocinadora”,

²⁶ S. Hersh, *Op. cit.*, pp. 274-275.

²⁷ Para la CIA en Cuba, ver: Fabián Escalante Font: *Cuba: la guerra secreta de la CIA*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1993.

debe realizarse de manera tal que “esa nación pueda negar sus responsabilidades de forma plausible”. En realidad, la política de la “negación plausible” es tan antigua como la existencia de la nación norteamericana. En ella han descansado todas las intervenciones políticas y militares realizadas en nuestro continente durante los últimos cien años.²⁸

El *Track II* en la política de los Estados Unidos hacia Chile

Tradicionalmente, la política exterior de los Estados Unidos funciona a partir de una lógica multidireccional de varios carriles, o *tracks*, que se aplican según la coyuntura política específica del país que es objeto de dicha política y del contexto internacional. El *Track I* incluía propaganda anti-allendista y programas políticos que habían sido aprobados por el Comité de los Cuarenta y encargados al embajador Edward Korry y a H. Hecksher, representante de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Chile. A partir de las reuniones realizadas por la administración Nixon, el 15 de septiembre surgió el llamado *Track II*, que no debía ser conocido ni por el embajador Korry, ni por el Departamento de Estado, ni por el Comité, de los Cuarenta. En el caso del *Track II*, agentes clandestinos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), especialmente reclutados y usando pasaportes falsos, llegarían a Santiago y contactarían a un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas, identificados como de extrema derecha, que estaban en disposición —si se los financiaba adecuadamente— de derrocar al gobierno antes de la elección congressional del 24 de octubre y evitar así que Salvador Allende asumiera la Presidencia. El objetivo del *Track II* era no sólo alentar a los militares chilenos a dar un golpe, sino también aportar ayuda directa para lograrlo.²⁹

La Agencia Central de Inteligencia (CIA) realizó contactos con dos grupos de complotados militares y paramilitares, cuyos miembros finalmente asesinaron al general René Schneider, comandante en jefe del Ejército, constitucionalista y demócrata, de forma de in-

²⁸ Fabián Escalante Font, *Op. cit.*, p. 52.

²⁹ Henry Kissinger en sus memorias le resta importancia al *Track II* y en general a la intervención de los Estados Unidos en el caso de Chile. Ver en este sentido: N. Davis, *Op. cit.*, p. 322.

crementar la tensión y el ambiente de violencia. Además, se envió agentes especiales clandestinos, que se rotaban para realizar operaciones específicas, y que estaban destinados a hacer contacto con el general Roberto Viaux y su grupo, de forma de implementar el atentado. Estos agentes no se relacionaban con los norteamericanos en Chile ni con la Embajada: sólo cumplían con entregar dinero e instrucciones a los complotados y salían del país una vez realizada su misión.³⁰

Los agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que operaban en Chile consideraban a Viaux y a su asociado, el capitán Arturo Marshall, como fanáticos, inestables e imposibles de controlar, además de estar penetrados por las fuerzas de Allende. La Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Santiago se oponía con fuerza a operar con este grupo.³¹ El contacto de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) con los militares chilenos era el coronel Paul M. Wimert, *Jr.*, agregado militar de los Estados Unidos en Santiago, oficial de Inteligencia desde la década de los años cincuentas y experto en América Latina.³²

El 23 de septiembre —según los documentos del Comité de Inteligencia del Senado— H. Hecksher, jefe de la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Santiago en la época, informó que el plan con Eduardo Frei Montalva no funcionaría y que era necesario que lo autorizaran a comenzar el acercamiento a los oficiales anti-allendistas del Ejército y de la Marina chilenas, de forma de inducirlos a realizar un golpe militar. El coronel Wimert iba a ser el contacto. Wimert era un experto equitador, mantenía sus caballos en la Academia Militar de Santiago y tenía relaciones con oficiales del alto mando de las Fuerzas Armadas chilenas, no igualadas por las que tenían los agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Las instrucciones del embajador Korry a Wimert en esta etapa eran de no tocar los temas políticos en sus conversaciones con los oficiales chilenos. A fines de septiembre, el jefe de la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Santiago, H. Hecksher, informó al coronel

³⁰ Vale destacar que la CIA tenía en Chile agentes encubiertos en diversos medios, como negocios, prensa, fundaciones, entre otros grupos no identificados.

³¹ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 280.

³² El coronel Wimert tenía pésima opinión sobre Viaux: “Siempre operé con el presupuesto de que no hay un sustituto para el cerebro y Viaux no lo tenía.” Ver: S. Hersh, *Op. cit.*, p. 280.

Wimert que una “alta autoridad” lo había designado para trabajar directamente con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y con los militares chilenos en la perspectiva de implementar un golpe. El embajador Korry no debía ser informado de la nueva misión de Wimert y la *Defense Intelligence Agency* (DIA), a la cual respondía burocráticamente, le confirmó su nueva misión. A raíz de las investigaciones del Comité de Inteligencia del Senado en 1975, Wimert supo que había sido engañado y que los informes correspondientes a sus actividades nunca llegaron a la *Defense Intelligence Agency* (DIA); eran desviados e iban directamente a la Casa Blanca.

En la segunda semana de octubre, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), con la ayuda del coronel Wimert, había hecho contacto con una fracción de las Fuerzas Armadas chilenas, que junto al grupo del general Viaux, era considerada como la más proclive a emprender acciones violentas. El grupo, encabezado por el general Camilo Valenzuela, comandante de la guarnición de Santiago, estaba compuesto por conservadores moderados en servicio activo en el Ejército y la Marina. Este grupo estaba vinculado, a su vez, al grupo de Viaux. En Santiago se rumoraba que estos grupos estaban vinculados entre sí y a su vez, relacionados con la Agencia Central de Inteligencia (CIA). La izquierda seguía de cerca sus actividades y las denunciaba.

El 13 de octubre, la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) autorizó que se le pasaran US\$20 000 a Roberto Viaux, por medio de un agente especial, además de la promesa de un seguro de vida de US\$250 000 a cambio de su esfuerzo golpista.³³ El embajador Korry sospechaba que algo se tramaba a su espalda y envió un mensaje al secretario de Estado, Kissinger, el 9 de octubre, advirtiéndole que creía que “cualquier intento de nuestra parte por alentar un golpe podría llevarnos a un fracaso como el de Bahía de Cochinos”. Además, el embajador Korry señalaba que tanto él como sus funcionarios del Servicio Exterior y asistentes en la Embajada en Santiago tenían razones para sospechar que se estaba fraguando un golpe en contra de Salvador Allende por parte de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) junto a Patria y Libertad, grupo paramilitar de extrema derecha, de posiciones golpistas. El 12 de octubre, el embajador Korry fue llamado a Washington para una reunión con Kissinger y en ella argumentó sus reservas con respecto a Viaux. En esta ocasión,

se le proporcionó una reunión con el presidente Nixon, que intentó tranquilizarlo subrayando que su administración aplicaría presiones económicas para derrocar al gobierno de Allende. La Casa Blanca, con una gran duplicidad, desarrolló una serie de reuniones de forma de satisfacer las preocupaciones del embajador Korry y siguió adelante con sus operaciones encubiertas. Sin embargo, a partir de las advertencias del embajador Korry, y de algunos personeros de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la administración comenzó a desconfiar del general Viaux y de su capacidad para llevar adelante la operación sin costos políticos para los Estados Unidos.

El 15 de octubre, R. Karamessines, jefe de Operaciones Clandestinas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), se reunió con Henry Kissinger y Alexander Haig para discutir la posibilidad de la realización de un golpe militar por parte de los generales Viaux y Valenzuela. El secretario de Estado, Kissinger, ordenó que se restara atención a Viaux y se centrara los esfuerzos en el grupo del general Valenzuela y se los impulsara a proceder. El secretario de Estado cerró la reunión urgiendo a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) a “continuar con la presión sobre todos los puntos débiles de Allende. ahora, después del 24 de octubre, después del 3 de noviembre, y hacia el futuro, hasta nueva orden”.³⁴ La decisión de la Casa Blanca de centrar su atención en el general Valenzuela se derivaba de las advertencias del embajador Korry y de opiniones provenientes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). El objetivo básico de la política de los Estados Unidos, esto es evitar —por medio de un golpe militar— que Salvador Allende asumiera la presidencia de Chile, seguía siendo el mismo.³⁵

El 17 de octubre, la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Santiago informó a Langley que se había advertido a Viaux, por medio de uno de sus operativos clandestinos, que fuera cauteloso.

³³ La Embajada mantenía grandes sumas de dinero —en billetes— en sus instalaciones.

³⁴ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 286.

³⁵ Esto fue negado sistemáticamente por Henry Kissinger y Alexander Haig en sus testimonios ante el Comité de Inteligencia del Senado, en 1975. Lo mismo hizo Richard Nixon en 1976 al responder al Comité diciendo que no recordaba haber sido consultado sobre las actividades de la CIA en Chile entre septiembre 15 y octubre 24 de 1970. Los tres básicamente sostuvieron que la CIA siguió operando por su cuenta después del 15 de octubre. Ver: S. Hersh, *Op. cit.*, p. 287

so, pero Viaux no había sido receptivo e informó a su contacto que no importaba lo que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) hiciera, ya que él y sus partidarios habían decidido dar el golpe con o sin apoyo norteamericano. La Agencia Central de Inteligencia (CIA), en este momento, intentaba, por un lado, inducir al general Valenzuela a actuar, ofreciéndole más apoyo y dinero, al mismo tiempo que intentaba contener al general Viaux. El 19 de octubre, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) prometió al general Valenzuela tres ametralladoras sin identificación, seis granadas de gas lacrimógeno, y quinientas ruedas de municiones, para apoyar el plan de secuestro al general René Schneider, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas en ese momento. Se seleccionó al general René Schneider dado que se lo identificaba, tanto por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) como por el grupo del general Valenzuela, como el obstáculo existente entre las Fuerzas Armadas y un golpe militar, por su adhesión a la constitución del país y a la democracia.

El plan —apoyado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA)— era secuestrar al general Schneider al finalizar una recepción oficial el 19 de octubre y trasladarlo en avión a Argentina, de manera de sacarlo del escenario. El resultado de esto sería, supuestamente, que Eduardo Frei Montalva renunciaría y uno de los ayudantes del general Valenzuela asumiría el gobierno militar y disolvería el Congreso y, de esta forma, Salvador Allende no podría ser elegido. Se argumentaba que sin la presencia del general Schneider, se incrementaban las posibilidades de un respaldo de las Fuerzas Armadas a un golpe militar. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) intentaba, por todos los medios, crear un “ambiente de golpe”. En la tarde del 19 de octubre, el grupo del general Valenzuela, impulsado por algunos elementos de Viaux, armados con las granadas —que el agregado militar norteamericano les había proporcionado— fracasó en su intento de secuestrar al general René Schneider cuando éste se retiró del acto oficial en su auto privado en lugar del oficial. Después de este fracaso, el coronel Wimert, agregado militar de la Embajada de los Estados Unidos, fue autorizado a ofrecer US\$50 000 al general Valenzuela y a cada uno de sus asociados para que hicieran un segundo intento. Éste tuvo lugar el 20 de octubre por la tarde y también fracasó. La presión de la Casa Blanca y los fracasos del general Valenzuela produjeron un estado de semipánico en la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Santiago. El 22 de octubre,

dos días antes de la elección en el Congreso, se le entregaron al general Valenzuela dos ametralladoras —sin marcas— enviadas por la valija diplomática desde Washington. El general Schneider fue asesinado ese día por un grupo que no hizo uso de las armas norteamericanas. Ni el general Valenzuela ni sus principales asociados estaban en la escena del crimen, pero en el juicio posterior se determinó, según algunas versiones, que los hombres que participaron en el asesinato —que habían sido liderados por el general Viaux— también participaron en los intentos de secuestro del 19 y el 20 de octubre. La corte militar condenó eventualmente al general Viaux por secuestro e intento de provocar un golpe militar y al general Valenzuela por conspirar para provocar un golpe militar. Abundan las contradicciones en cuanto a las versiones sobre estos hechos. El lugar del general Valenzuela fue minimizado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y por el Comité de Inteligencia del Senado, posteriormente. La suposición siempre fue que el general Viaux y los complotados fallaron en el intento de secuestro y se vieron obligados a asesinar al general René Schneider cuando éste se resistió.³⁶ Sin embargo, el informe firmado por el mayor Carlos Donoso Pérez, de la 24 Comisaría de Las Condes, señala que el vehículo del general Schneider fue obstaculizado por un segundo vehículo y luego fue rodeado por cinco individuos que rompieron el cristal y le dispararon a quemarropa. El Comité de Inteligencia del Senado concluyó —de manera sumamente conveniente para los Estados Unidos— que ya que las ametralladoras que se había entregado al general Valenzuela no habían sido usadas en el asesinato y ya que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) había retirado el apoyo directo a Viaux, “no había evidencia de un plan para matar a Schneider o que los funcionarios norteamericanos específicamente anticipasen que Schneider sería herido durante el secuestro”.

Sin embargo, según algunos,³⁷ el jefe de la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en México en la época, John C. Murray, recibió la visita de uno de los agentes clandestinos que había participado en los hechos. Éste informó —en 1971— de sus preocupaciones en cuanto a que él y otro agente se habían reunido con Viaux y que éste trabajaba con un grupo de estudiantes —de la organización

³⁶ S. Hersh, *Op. cit.*, p. 289.

³⁷ Entre otros, el periodista investigador S. Hersh.

ultraderechista Patria y Libertad— que “eran los responsables de haber disparado a Schneider”. El temor de este agente clandestino era que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) se viera involucrada a partir de declaraciones de los inculpados, y además agregó que éstos estaban pidiendo dinero. Las contradicciones personales entre dos de estos agentes clandestinos, y otras relacionadas con las contradicciones internas dentro de la propia Agencia Central de Inteligencia (CIA) revelaron, con el tiempo, detalles del asesinato del general René Schneider.³⁸

En cuanto a intentos de asesinato contra el presidente electo, Salvador Allende, el coronel Wimert —en 1980— en conversaciones con el periodista investigador Seymour Hersh, manifestó que el asesinato de Allende “era algo que todo el mundo esperaba que sucediese. Hubiese sido la cuestión ideal” y que la misión de los agentes clandestinos obviamente estaba orientada en esa dirección.

Después del asesinato del general René Schneider, la Estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Santiago temía verse involucrada públicamente. En cables internos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de 13 de octubre,³⁹ el jefe de Estación en Santiago, H. Hecksher, respondió a algunas interrogantes de Langley en cuanto a las posibilidades de que el general Schneider pudiera ejercer influencia para obstaculizar el golpe, diciendo que los generales Viaux y Valenzuela primero eliminarían a Schneider, secuestrándolo, y luego procederían a dar el golpe. El asesinato del general Schneider, lejos de facilitar un golpe de Estado antes de la confirmación de Salvador Allende por el Congreso, lo hizo imposible, dada la reacción general en contra de la maniobra de la derecha para alterar el proceso constitucional. Lo que se produjo finalmente fue un cuasi-consenso de fuerzas que se agruparon en torno a Salvador Allende, que obtuvo la aprobación del Congreso y asumió la Presidencia el 3 de noviembre de 1970.

Luego del fracaso de la opción orientada a evitar que Salvador Allende asumiese la presidencia de Chile, la administración de Richard Nixon emitió el *National Security Decision Memorandum No. 93*, “Política hacia Chile”, que delineaba la guerra económica. Sus aspectos principales eran:

³⁸ S. Hersh, *Op. cit.*, pp. 290-292.

³⁹ *Senate Intelligence Committee*.

- A) Excluir, en la medida de lo posible, más asistencia financiera de garantía para las inversiones norteamericanas en Chile, incluyendo las relacionadas con el programa de garantías a inversiones o las operaciones del *Eximbank*;
- B) Determinar el grado en que las garantías existentes y los arreglos financieros pueden ser eliminados o reducidos;
- C) Ejercer el máximo de influencia posible en las instituciones financieras internacionales para limitar el crédito y otra asistencia financiera a Chile, y
- D) Asegurarse de que los intereses de la empresa privada norteamericana, que tenga intereses u operaciones en Chile, sepan de la preocupación con que el gobierno de los Estados Unidos ve al gobierno de Chile y la naturaleza restrictiva de las políticas que el gobierno de los Estados Unidos se propone implementar.

La presión económica se vio incrementada por las presiones persistentes y sostenidas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en contra del gobierno de Salvador Allende, la que renovó a su jefe de Estación y personal en el país, en la perspectiva de una nueva escalada. Ya a fines de 1971, éstos sostenían contactos casi diarios con los militares chilenos⁴⁰ e informaban de complots golpistas casi todos los días. Mas de US\$3,5 millones fueron autorizados por la administración Nixon para las actividades de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Chile, en 1971. A la altura de septiembre de 1973, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) había destinado US\$8 millones, oficialmente, para financiar conspiraciones en contra del gobierno de Salvador Allende.

En el caso de Chile, el *Track II* nunca terminó y se siguió implementando sistemáticamente. En la consecución de sus objetivos, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), además de delegar tareas en otros servicios de Inteligencia extranjeros que operaban en Chile,⁴¹ recopilaba información que sería esencial para la dictadura militar,

⁴⁰ El embajador Nathaniel Davis, que sustituyó a Edward Korry, plantea que “los militares chilenos eran y son un grupo inmensamente arrogante de hombres, incluso más reacios a la orientación norteamericana que sus homónimos de otros países de Latinoamérica”, y agrega que “los líderes golpistas ni nos avisaron ni nos consultaron, de forma premeditada...” Ver: N. Davis, *Op. cit.*, p. 329.

⁴¹ Por ejemplo, la ASIS, Servicios de Inteligencia australianos. En: S. Hersh, *Op. cit.*, p. 295.

esto es: listados de civiles que debían ser arrestados; aquellos a los cuales había que proteger y las instalaciones gubernamentales a ser ocupadas de inmediato, además de los planes de contingencia del gobierno de Salvador Allende en el caso de un golpe.

Por último, desde el punto de vista de G. Treverton, un experto en el tema de la Inteligencia, y miembro del *Council of Foreign Relations* e investigador de la Comisión de Inteligencia del Senado para el caso de Chile, “es justo decir, *como mínimo*, que los Estados Unidos no pueden escapar a parte de la responsabilidad por el derrocamiento de Allende”.⁴²

Treinta años después, los documentos desclasificados por los *National Security Archives*,⁴³ revelan detalles —algunos hasta ahora desconocidos— de los innumerables pasos que dio el gobierno de los Estados Unidos para el derrocamiento de Salvador Allende, quien llegó al gobierno a partir de unas elecciones realizadas en el marco del sistema democrático vigente en Chile en 1970, con una propuesta de “... paz y no guerra... Por la cooperación económica y no por la explotación. Por la convivencia social y no por la injusticia”.⁴⁴

⁴² Ver: G. Treverton, al comentar los resultados del Comité Church. En: G. T. Treverton, *Op. cit.*, p. 175. El subrayado es nuestro.

⁴³ Peter Kornbluh: *Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup*, September 11, 1973, National Security Archive Electronic Briefing Book No. 8, en: <http://www.nsarchive.org>

⁴⁴ “Allende por Allende”, en: *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI*, Frida Modak, coordinadora, Plaza y Janés, Editores, México, 1998, p. 5.

EL FRAUDE JURÍDICO DEL ESTADO DE GUERRA Y LA REPRESIÓN JUDICIAL Y EXTRAJUDICIAL EN CHILE*

Dictación del estado de guerra interna. Sus objetivos

La abolición del Estado de Derecho y su reemplazo por la arbitrariedad omnímoda fueron confesados por la Junta desde el momento mismo en que usurpó el poder legítimo.

Se expresa en el Decreto Ley N° 1, de 11 de septiembre de 1973, que la Junta “respetará la Constitución y las leyes *en la medida* en que la actual situación del país lo permita para el mejor cumplimiento de los postulados que ella se propone”.

Con esta fórmula, la Junta dispone de una apariencia de legalidad, que le permite hacer citas de artículos e incisos como si estuvieran vigentes, pero si el precepto legal resulta, en un caso concreto, inconveniente “para el mejor cumplimiento de los postulados” que la Junta se propone, lo interpretará torcidamente o lo dejará sin aplicación por estar situada *en la medida* en que la actual situación *no permite* su respeto y obediencia.

Como se ve, las formas jurídicas quedan así vaciadas de todo contenido real y reducidas a instrumentos de fraude y propaganda.

Una de las expresiones más claras de este cinismo jurídico lo constituye el acto que decreta el estado de guerra interna en Chile.

En efecto, el Decreto Ley N° 5, emanado de la Junta Militar con fecha 12 de septiembre de 1973, cuyos fundamentos principales son la necesidad de “prevenir y sancionar *rigurosamente* y con la mayor celeridad los ‘delitos’ que atentan contra la seguridad interior, el orden público y la normalidad de las actividades nacionales”, para lo cual es necesario dotar de ‘mayor arbitrio’ a los tribunales militares, procede a ‘interpretar’ el Código de Justicia Militar en el sentido de que “el estado de sitio decretado por conmoción interna, en las ac-

* Subcomisión Jurídica de la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, Berlín, República Democrática Alemana, 1974, pp. 16-37.

tuales circunstancias que vive el país, *debe entenderse* ‘estado o tiempo de guerra’ para los efectos de la aplicación de la penalidad de ese tiempo que establece el Código de Justicia Militar y demás leyes penales y, en general, para todos los demás efectos de dicha legislación”.

El objetivo de este fraude no es otro que el de aplicar formas extremas de persecución, por medio de la legislación penal militar para tiempo de guerra y las demás facultades que se otorgan a las jefaturas militares para ese tiempo.

Los bandos militares, que están previstos para regir el territorio enemigo ocupado por fuerzas chilenas, fueron utilizados por la Junta como forma ordinaria de crear delitos, reprimir o exterminar a disidentes políticos mediante ejecuciones sumarias y crear la zozobra y el terror sobre toda la población de Chile y a través de todo su territorio, convertido así, mediante el subterfugio del estado de guerra interno, en territorio enemigo ocupado.

La represión directa, sin forma de juicio, que se expresó en fusilamientos en el sitio mismo de la detención, en el bombardeo de poblaciones y otras atrocidades, que desencadenaron una ola de consternación y de horror en todo el mundo, fue en una siguiente etapa reemplazada, a lo menos en la imagen pública, con variados pretextos y coartadas, tales como el “desaparecimiento de personas cuyo paradero se ignora” o la muerte durante una tentativa de fuga.

Posteriormente, y aunque la represión extrajudicial se continúa aplicando, la Junta, en un nuevo intento de dar apariencia de juridicidad a sus actuaciones, ha puesto en movimiento el sistema de los tribunales militares en tiempo de guerra. Esta etapa coincide con la sustitución de la represión indiscriminada por una más selectiva, destinada al exterminio de dirigentes políticos y sindicales de todos los niveles.

Cabe tener presente que esta habilitación de los Consejos de Guerra ha ido acompañada de una extensa reducción de la competencia de los tribunales ordinarios y de la renuncia por parte de éstos a las atribuciones que les son propias.

Los Tribunales Militares para el tiempo de guerra han sido dotados por la Junta de la facultad para conocer de todos los asuntos de connotación política o relativos a la disciplina laboral y al orden público, materias que, por razones de garantía, la legislación chilena entregaba a los tribunales civiles. Este cercenamiento de atribucio-

nes, unido al abandono de sus deberes constitucionales por parte de la Corte Suprema, ha provocado la desaparición de cualquier instancia judicial para un eventual amparo ante las decisiones del poder militar.

A este respecto, la Corte Suprema ha declarado que, “por razones evidentes del tribunal ordinario superior, que constituye la Corte Suprema, no puede ejercer ningún poder jurídico en lo que concierne a las funciones de mando militar que son propias y exclusivas del Comandante en Jefe en el territorio declarado en estado de guerra”. Sobre la base de esta obsecuente capitulación ante la dictadura militar, la Corte Suprema, junto con asumir la responsabilidad solidaria por los hechos ilícitos de ésta, ha impedido incluso que sus subordinados puedan pronunciarse sobre los recursos de *Habeas Corpus* y otras peticiones en amparo de justicia de las víctimas de la represión. De entre los numerosos casos en que los tribunales civiles se han negado a intervenir frente a las detenciones arbitrarias dispuestas por los jefes militares, uno de los más ilustrativos es el del menor de 15 años, Luis Adalberto Muñoz Meza, en cuyo favor su padre recurrió de amparo ante la Corte de Apelaciones de Santiago, después de un período de detención de más de tres meses, de los cuales dieciocho días fueron de incomunicación. De acuerdo a la legislación chilena, los menores de 16 años son absolutamente inimputables y están exentos de responsabilidad criminal (Artículo 10 del Código Penal). Como medida de protección, quedan sujetos a la jurisdicción de tribunales especiales para menores, los que sólo pueden disponer arbitrios tutelares. Fallando este recurso, la Corte Suprema declaró: “Que la calificación de los motivos que en virtud de los cuales se decreta en tales casos el arresto, incumbe exclusivamente a la autoridad que lo decide”, y agrega “que las medidas de protección contenidas en la Ley de Menores no pueden prevalecer sobre las disposiciones que la autoridad adopte con ocasión del estado de sitio, atendida la naturaleza de aquéllas y de éste.”

Con estas consideraciones, la Corte Suprema negó lugar al recurso, dejando sentado que durante la vigencia del estado de sitio, la autoridad militar puede detener sin expresión de causa y sin formalidad alguna a cualquier persona, incluso un niño, y que al respecto cesan todas las garantías constitucionales y legales que se encontraban establecidas en el sistema jurídico de Chile.

Cabe advertir que este fallo revocó la decisión de la Corte de Apelaciones que había acogido por primera vez un recurso de amparo, desde la fecha del golpe, referido a detenciones dispuestas por el poder militar, precisamente por tratarse de un menor.

Es explicable, entonces, que de la institucionalidad chilena demolida, se haya mantenido sólo el Poder Judicial, expurgado previamente de todos los jueces de quienes se sospechaba una actitud independiente frente a la Junta, ya que éste no representaba un estorbo para sus designios. Su único papel ha consistido en consagrar y legitimar a los Tribunales Militares para el tiempo de guerra, a los que se confía la represión directa.

Ausencia de jurisdicción de los Tribunales Militares para el tiempo de guerra

La falta de jurisdicción tiene como consecuencia la inexistencia jurídica de las resoluciones pronunciadas; su existencia puramente fáctica convierte a los supuestos jueces en reos de crímenes comunes.

La impugnación de la jurisdicción de los Consejos de Guerra tiene su fundamento en dos niveles:

a. Los Tribunales Militares para el tiempo de guerra carecen de jurisdicción por ser agentes de un poder ilegítimo.

El origen espurio de la Junta y la circunstancia de que su actuación se dirigió en contra de un gobierno democráticamente electo, no constituyen el único fundamento para negarle su legitimidad.

Debe agregarse a ello que su acción, desde el momento del golpe y hasta el presente, no ha llenado los requisitos mínimos para poder invocar la autoridad de un gobierno legítimo en los planos externo e interno. El aislamiento internacional de la Junta es sólo una de las consecuencias de esta ilegitimidad.

Ha quedado demostrado en distintos foros que los derechos humanos en Chile son desconocidos de manera sistemática y deliberada; que no existe forma alguna de garantías individuales; que la *inseguridad jurídica* es factor común a la población civil que sufre la opresión del régimen militar, y aún a extensos sectores de las Fuerzas Armadas expuestos a la aniquilación física en caso de disidencia.

Es sabido que en Chile cualquier persona inocente está enfrentada al riesgo permanente de la tortura, de la privación de la libertad y aún

de la vida, sin siquiera la posibilidad de reclamar protección y amparo a alguna autoridad que no sea la propia Junta, dotada de poderes totales, y que es, precisamente, la que dispone y ejecuta tales atropellos.

Este poder ilegítimo no puede generar, a su vez, instancias de poder legítimo. En lo que concierne a estos supuestos órganos jurisdiccionales, los integrantes de los mismos son designados, en el hecho, por la Junta, ya que ella nombra los jefes militares, quienes a su vez hacen la designación de los vocales de los Consejos de Guerra “*para cada caso determinado*” (Artículo 82 del Código de Justicia Militar) (cfr. asimismo los artículos 74, 83 y 181).

No se trata de jueces profesionales, sino de oficiales en servicio activo, cuya permanencia en las funciones de mando deriva de su adhesión a los propósitos y procedimientos de la Junta, por cuanto aquéllos que discreparon de los fines perseguidos o los medios empleados fueron sometidos a prisión o, incluso, ejecutados. Es más: con arreglo a lo dispuesto en el Artículo 74 del Código citado, el comandante militar forma parte del sistema judicial y está facultado para “aprobar, revocar o modificar las sentencias” que los Consejos de Guerra pronuncien. La designación y remoción de los comandantes militares a quienes se confiere tal atribución (entre quienes se cuentan, con arreglo al Decreto Ley N.º 8, de 12-IX-73, publicado el 19-IX-73 en el *Diario Oficial*, los “respectivos Comandantas en Jefe de las Unidades Operativas del territorio nacional. Comandante en Jefe de la Escuadra, Comandantes en Jefe de las Zonas Navales y Comandante del Comando de Combate de la Fuerza Aérea”) es, en todo caso, facultad de la autoridad ejecutiva, en las actuales circunstancias, la propia Junta, que se designó a sí misma General en Jefe de las Fuerzas (cfr. Decreto Ley N.º 3, de 11-IX-73, publicado el 18-IX-73 en el *Diario Oficial*).

Por último, la subordinación jerárquica de los jueces militares a sus propios superiores en el rango militar y el pronunciamiento en única instancia, sin ulterior recurso, aseguran en forma absoluta que el fallo de estos Consejos de Guerra reflejará plenamente la voluntad de la Junta,

b. Los Tribunales Militares carecen de jurisdicción atendida su índole de tribunales especiales para un determinado tiempo: la guerra.

Aun si se prescinde de la ineficacia jurídica de las declaraciones de voluntad de un poder ilegítimo (que incluye la del estado o tiempo

de guerra en virtud del Decreto Ley N^o 5, publicado en el *Diario Oficial* de 22-IX-73), es notorio que una declaración de voluntad estatal no basta para traer a *la existencia* jurídica la regulación de un hecho que, como la guerra, un terremoto o una epidemia, *presupone la efectiva verificación del hecho regulado*. Una declaración de *voluntad* estatal sobre la base de un hecho ficticio, para meros fines de represión política, constituye falsedad ideológica y es un fraude jurídico.

En Chile no hay ni ha habido guerra. Es más, el propio canciller de la Junta, almirante Huerta, en comunicación dirigida al ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, aseveró expresamente que en Chile “el orden público estuvo asegurado desde el instante mismo del pronunciamiento militar del 11 de septiembre”. El tétrico eufemismo de calificar de “orden público” asegurado el régimen de terror instaurado en Chile por la Junta no obsta al valor de la confesión sobre la ausencia de guerra. La instalación y el funcionamiento de los Tribunales Militares para el tiempo de guerra en virtud de la ficción de una “guerra interna” constituyen un fraude a la luz de los principios generales del Derecho y también ante el sistema jurídico chileno.

Aunque pueda discutirse su extensión, frente a las normas generalmente admitidas que tutelan los derechos del inculpado en un proceso criminal, no cabe duda que los tribunales y el procedimiento militar para el tiempo de guerra restringen, en alguna medida, las garantías del debido proceso. Pero tales restricciones, que naturalmente no pueden vulnerar los derechos básicos, sólo pueden encontrar justificación en una situación de necesidad, en que debe conjurarse una emergencia. La aberrante ficción jurídica de una guerra inexistente, urdida por la Junta para poner en movimiento los Consejos de Guerra, significa, entre otros fraudes, la utilización de las reglas excepcionalísimas impuestas por la necesidad, a una situación para la cual no está prevista tal regulación y es puramente abusiva. La paradoja reside en que mientras la Junta, para los efectos de sus relaciones económicas, para reclamar créditos, fomentar el turismo o por razones de prestigio o propaganda, insiste en la absoluta paz social y en que el orden público está enteramente asegurado, para los fines de represión política y de persecución de los opositores invoca la guerra, el estado de necesidad y la legislación dispuesta para la más excepcional de las emergencias.

Para posibilitar la ficción del estado de guerra, comenzó la Junta por emitir el mismo 11 de septiembre el Decreto Ley N° 3 en cuya virtud se *declaraba* el estado de sitio para todo el territorio de la República.

Cabe observar, de paso, que esta declaración, de conformidad a la legislación regular de Chile, es doblemente inconstitucional, pues el estado de sitio puede declararse para uno o varios puntos del territorio de la República y, por otra parte, la autoridad llamada a decretarlo en este caso es el Congreso.

Luego el Decreto Ley N° 5, de 22 de septiembre de 1973, interpretando el Artículo 413 del Código de Justicia Militar, declara que el estado de sitio decretado por conmoción interior debe entenderse “estado o tiempo de guerra” para todos los efectos legales. Con esto, la Junta completa el fraude encaminado a desatar la represión política por medio del artificio de la guerra interna. Advirtiendo que la declaración de estado de sitio era insuficiente para sus propósitos, se vieron en la necesidad de forzar aún más la interpretación de las normas legales invocadas.

Por la vía de “interpretar” el Código de Justicia Militar, convirtieron el “estado de sitio” y el “estado de guerra”, en términos equivalentes.

El concepto de guerra interna, el que no encuentra cabida en nuestra Constitución y ni siquiera es mencionado en ninguno de los textos legales que regulan el estado de guerra, ha sido fabricado sobre la base del estado de sitio declarado por conmoción interior.

En primer lugar, es necesario precisar que una parte de la doctrina jurídica chilena afirma que los preceptos relativos a la guerra sólo pueden aplicarse en caso de guerra exterior.

Los Tribunales Militares para el tiempo de guerra fueron concebidos —como lo subrayó el catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Chile, profesor Fernando Albónico, en la Asamblea del Colegio de Abogados de 10 de mayo de 1974, en Santiago— “para una situación de enfrentamiento bélico con otro país”. Añadió el profesor Albónico que a la época de la dictación del Código de Justicia Militar se fijó un procedimiento de juicio de guerra muy rápido, “dirigido contra quienes colaboraran o facilitaran la acción del enemigo, que no podía ser otro que un ejército extranjero”.

En efecto, los artículos 72, 73 y 418 del Código de Justicia Militar deben ser interpretados en relación con todo el resto del sistema consti-

tucional y legal chileno. Así, el Artículo 35 de la Ley de Seguridad del Estado, que dispone la formación inmediata de los Tribunales militares en tiempo de guerra, se refiere expresamente a los casos en que haya de operarse “contra el enemigo extranjero o contra fuerzas rebeldes organizadas *que actúen en apoyo de la agresión exterior*”. Debe tenerse presente que la Ley de Seguridad del Estado regula desde ínfimas perturbaciones del orden público hasta la guerra exterior y, no obstante ello, no hay un solo precepto que someta al régimen de la guerra y a los tribunales de guerra los hechos de conmoción interior y ni siquiera a grupos rebeldes organizados, salvo en el caso que éstos actúen en apoyo de una agresión exterior.

Los numerosos tipos delictivos descritos en el Código Penal, en la Ley de Seguridad del Estado y en el Código de Justicia Militar, para las hipótesis de rebelión, sublevación, alzamiento y las diversas formas de conspiración y atentado contra la seguridad interior, cuando ellos son perpetrados por personas no sometidas al fuero militar, quedan entregados expresamente al conocimiento y fallo de los tribunales ordinarios. Sólo cuando intervienen militares en esta clase de delitos su juzgamiento corresponde a la jurisdicción *de los tribunales militares para el tiempo de paz*.

La Constitución Política, por su parte, no menciona en forma alguna la guerra interna y para la conmoción interior sólo ha previsto el estado de sitio, que por cierto no es sinónimo de estado de guerra. Una interpretación contextual, pues, de las normas constitucionales y legales, de las que las disposiciones del Código de Justicia Militar no pueden ser segregadas sin romper la unidad del sistema, conduce a la conclusión de que el estado de sitio por conmoción interior sólo puede traer consigo el régimen de guerra y la actuación de los tribunales de guerra cuando, además de existir de hecho el enfrentamiento bélico con el enemigo exterior, aparecen en el interior del país grupos rebeldes organizados en apoyo de las armas enemigas.

Con todo, la más extensa interpretación posible del concepto de guerra interna, que quisiera reconocer como idea subyacente, aunque no explícita, *también* la posibilidad de que este régimen legal incluya la guerra civil (sin guerra exterior), esto es, la lucha armada de facciones contrapuestas que se disputan el poder dentro del país, nunca podrá excluir *el hecho real de la guerra*, con teatro de operaciones guerreras y fuerzas rebeldes organizadas. Así, el jurista chileno Renato Astroza, quien se inclina por admitir esta segunda interpreta-

ción, conviene en que “no toda declaración oficial de estado de sitio importa estado de guerra, sino sólo aquéllas *que correspondan a un estado de guerra de hecho*”.

La fórmula inventada por la Junta de una guerra ficticia, encubre una guerra *unilateral*, con todo el poder de fuego y de represión de un ejército moderno contra una población desarmada y sólo puede ser descrita como una “agresión interna”.

Su objetivo más notorio es el de disponer de una coartada pseudo-legal con que afrontar las denuncias internacionales por genocidio. A ello se añade la ventaja adicional de llevar a efecto la represión judicial a través de órganos directamente manejados por la Junta y designados por ésta, para cada caso particular, y la aplicación, en el ámbito del derecho material, de penas aberrantes y tipos delictivos abiertos inherentes a la legislación de guerra.

El carácter ilegítimo de la Junta misma y de sus órganos jurisdiccionales, así como la ausencia de un estado de guerra efectivo, determinan que el procedimiento ante los tribunales de guerra y los fallos pronunciados por éstos, por emanar de personas que carecen de la potestad legal para perseguir y castigar, no son sólo ilícitos sino delictivos. Los apremios ilegítimos a que los procesados son sometidos y las condenas privativas de la vida, de la libertad y de otros bienes jurídicos que se les imponen, convierten a los instructores y sentenciadores en criminales comunes. De acuerdo con las reglas generales sobre participación criminal la responsabilidad penal se extiende, además, a la “larga mano” de la Junta (autoría mediata) y a los ejecutores materiales de los fallos judiciales (instrumentos dolosos).

Incompetencia de los Consejos de Guerra respecto de hechos anteriores al 11 de septiembre.

La ausencia de jurisdicción de los tribunales de guerra es aun más evidente cuando tales órganos se avocan al conocimiento de hechos presuntamente acaecidos antes de la declaración del estado de guerra. El jurista chileno Oscar Fenner, general (r) del Ejército, ex-auditor general de Guerra y ex-ministro de la Corte Marcial, redactor del Código de Justicia Militar de Chile, se refiere a este punto en un extenso informe en Derecho que fue presentado en el proceso contra miembros de la Fuerza Aérea de Chile y que no fue acogido por el Tribunal.

El renombrado especialista comienza su dictamen con la afirmación de que los requisitos exigibles para que entren en funcionamiento los tribunales para tiempo de guerra, “no estaban presentes en la situación del país al 11 de septiembre de 1973, de donde se sigue la improcedencia de la constitución de cualquier tribunal de esa especie y, por tanto, la del Consejo de Guerra de la FACH que está conociendo del proceso 1-73”. Enseguida añade: “haré abstracción de ese obstáculo y empleando la imaginación me colcharé en el supuesto de que la designación del Fiscal adhoc y la formación del Consejo de Guerra de la FACH podrían ser legalmente procedentes”. El autor se plantea tal hipótesis “para el solo efecto del análisis” y sobre esta base se pregunta si el Tribunal Militar para el tiempo de guerra habría tenido competencia para conocer de hechos anteriores al 11 de septiembre de 1973. Tras una cuidadosa exégesis de las disposiciones pertinentes, concluye: “Es de toda evidencia que los tribunales de tiempo de paz conservan, durante el estado de guerra, una parte de su competencia, que les es privativa: ella comprende el conocimiento de todos aquellos asuntos suscitados y hechos producidos con anterioridad al nombramiento del General en Jefe, cualquiera que sea la época de la iniciación del proceso.” Agrega, en fin, que “la sustentación de un proceso por un tribunal de tiempo de guerra respecto de quienes aparezcan como inculpados de un hecho delictuoso en tiempo de paz, significa una evidente violación del texto y del espíritu de la ley, puesto que el Artículo 71 del Código de Justicia Militar sólo faculta a los tribunales militares de tiempo de guerra para ejercer la jurisdicción militar de ese tiempo, y nada más que de ese tiempo, sin autorizarlos de ninguna forma para conocer de los asuntos de la jurisdicción de tiempo de paz, norma que aparece complementada y confirmada por el art. 73 del mismo Código”.

Tan clara y necesaria es esta conclusión, que en un comienzo la propia Junta comunicó oficialmente, a través de sus jefes de misiones y cónsules, que respecto de los inculpados militares había que determinar la época en que cometieron las acciones que se les atribuyen “ya que si las perpetraron con anterioridad al 12 de septiembre, fecha de publicación del Decreto Ley N^o 5 que declaró el Estado de Guerra interno, serán juzgados por los tribunales militares en tiempo de paz, y si por el contrario, delinquieron con posterioridad a esa fecha, lo serán por los juzgados militares en tiempo de guerra”. Reitera lo mismo respecto de los acusados civiles al decir que “quedarán

sometidos a la jurisdicción militar en tiempo de guerra, si los delitos son posteriores al 11 de septiembre de 1973 y a la jurisdicción militar en tiempo de paz sí son anteriores a esa fecha”. Todo lo anterior se encuentra contenido en la circular N° 83, de 4 de abril de 1974, del Ministerio de Relaciones Exteriores del régimen militar¹

Por último, esta evidencia ha sido recogida por la Comisión de Derechos Humanos de la OEA que, entre sus recomendaciones a la Junta, ha incluido la de sustraer el conocimiento de los hechos acaecidos antes del 11 de septiembre de los Tribunales Militares para el tiempo de guerra.

Pese a ello, el Consejo de Guerra de la Fuerza Aérea resolvió su plena competencia respecto de hechos anteriores no sólo a la declaración del estado de guerra por el Decreto Ley N° 5 (publicado el 22 de septiembre de 1973), sino anteriores incluso al golpe militar del 11 de septiembre.

Es más: no satisfechos con esto, procedieron a hacer retroceder *la iniciación de la guerra* a un momento no precisado, a lo menos varios años anterior al de la usurpación del poder por el golpe de Estado. De este modo, debieron enterarse los chilenos que en su país, sin percatarse de ello y en plena vigencia del régimen constitucional, del pluralismo político y de las libertades democráticas, había existido una guerra fantasmal, no declarada ni perceptible por los sentidos, que sólo ahora pasó a ser del dominio público.

En efecto, en la letra E) del Considerando 16 de la sentencia pronunciada por el Consejo de Guerra de la Fuerza Aérea de Chile, se lee textualmente: “Tal como el Tribunal declaró en su resolución de fs. 1799, relacionada con su competencia, el estado de guerra existe ‘claramente’, en el país desde la madrugada del día señalado (11 de septiembre de 1973). *Esto último sin perjuicio de la guerra disimulada pero real y grave, existente desde antes de esa fecha.*”

“Sin embargo, teniendo presente que todos los hechos investigados configuran delitos que pueden cometerse tanto en guerra como durante la paz, resulta innecesario que este Tribunal *establezca en qué momento, anterior al 11 de septiembre de 1973, se inició el estado de guerra en Chile.*”

Para caracterizar este estado de guerra, así reconocido retroactivamente, el Tribunal militar explica que la existencia de tal estado no

¹ Se advierte que el Decreto Ley N° 5 fue publicado el 22 de septiembre de 1973, y no el 12 de septiembre, como se indica en la Circular citada.

depende de la posibilidad de que se lo “reconozca” en la realidad. Textualmente se expresa en el mismo Considerando y lugar citado de la sentencia:

En las guerras del pasado se buscaba la victoria mediante el enfrentamiento armado; hoy en día se pretende la aniquilación del enemigo en todos los aspectos importantes, realizándose la lucha mediante el enfrentamiento de los sistemas político, económico, psicológico y, sólo en última instancia, militar. Para el logro de este objetivo se trata de debilitar e iniciar la destrucción del contrario en su propio campo, a través de la llamada guerra interna, revolucionaria, subversiva y psicológica, empleando para ello, todos los medios útiles, sin que importe su ilegitimidad y los daños físicos y morales que causen. El uso de las drogas, el debilitamiento físico y moral del individuo y el aprovechamiento, hasta sus límites máximos, de las tensiones internas de la nación, constituyen armas de uso frecuente en este distinto sistema de guerra, ya que ellas conducen al objetivo deseado, esto es, la destrucción de las estructuras sociopolíticas del Estado y, por ende, la destrucción de la sociedad. Cualquier punto débil que presente un país, por muy apartado o falto de poder que sea, es traído por el marxismo a un plano de actualidad, si ello favorece al conflicto de carácter general en que está interesado.

Para concluir estos párrafos delirantes dedicados a la definición del estado de guerra, los sentenciadores agregan la curiosa observación de que “una característica muy importante que presenta la guerra moderna es la dificultad —o casi imposibilidad— de identificar al enemigo en las primeras fases del conflicto”.

Nótese que el extraño discurso precedente no está destinado a una arenga de tipo político ni compone metáforas de una pieza literaria o periodística, sino se trata de una sentencia judicial en materia penal donde la precisión de los conceptos y el rigor en la subsunción de los hechos al texto legal constituyen una exigencia mínima e imprescindible.

El estado de guerra cuya existencia real acarrea las más severas penas —con frecuencia la pena de muerte—, que sustituye la jurisdicción regular por una sumarísima, que hace emerger nuevas figuras delictivas y trae consigo una transformación total del sistema

administrativo y de la vida social en general, es convertido, por la voluntad todopoderosa de los jueces militares, en una vaga entelequia, imperceptible por los sentidos, con enemigos “difíciles o imposibles” de identificar, con enfrentamientos psicológicos y hasta uso de drogas. Cualquier hecho puede ser así calificado como acto de guerra. Las formas irracionales y esotéricas, propias de la retórica fascista, convierten la ley penal en una policía de los pensamientos y en un arma de represión ideológica. Los jueces militares no han hecho sino copiar para su sentencia las consignas en boga entre los militaristas de la dictadura brasileña. Puede confrontarse el discurso del comandante en jefe del Ejército de Brasil, Breno Borges Fortes, en la 10ª Conferencia de Comandantes en Jefe de los Ejércitos Americanos, celebrada en Caracas en los primeros días de septiembre de 1973. También en este texto se habla de la “táctica más peligrosa del enemigo... que se hace en forma sutil y disfrazada, haciendo más difícil su identificación” y que utilizan “todos los medios, desde el chantaje y coacción psicológica hasta el uso de los tóxicos y frecuentemente de la atracción sexual”.

Este estado de guerra que, según la sentencia, existía en Chile desde mucho antes del 11 de septiembre de 1973, no fue revelado por los mandos militares al jefe del Estado y ni siquiera a sus subordinados. Ello implicó que los militares desconocieron su deber de obediencia y lealtad frente al presidente de la República o que estimaban que éste y su gobierno eran su enemigo. En este último evento querría decir que los mandos militares Implicados en el golpe se mantuvieron de manera hipócrita y solapada en guerra con el gobierno constitucional del presidente Allende durante todo su mandato, situación que se hizo extensiva a sus propios compañeros de armas, leales a la Constitución.

Obvio es decir que en un país pueden existir tensiones políticas, desórdenes, actos de violencia aislados que requieren el concurso de la fuerza pública para sofocarlos, pero nada de esto es guerra en sentido jurídico ni en sentido técnico militar. Es más, la legislación regular de Chile sancionaba la existencia de grupos paramilitares, sin que ello determinara un estado de guerra en el país. Por el contrario, constituía una circunstancia agravante para el evento de que este hecho ocurriera en tiempo de guerra. Así lo disponían los artículos 4, letra f) de la Ley 12.927 sobre Seguridad del Estado, y 8 de la Ley 17.798 sobre Control de Armas. Por lo demás, ésta fue precisamente

la legislación que se invocó ante los tribunales ordinarios, durante el periodo del presidente Allende, para reprimir a los violentistas de derecha que desarrollaron una campaña de terror y sabotaje.

Es innecesario, asimismo, subrayar que las leyes penales regulan el hecho real de la guerra, y no guerras ideológicas o imaginarias.

Desde el punto de vista de la ciencia militar se debe concluir, asimismo, que Chile no vive ni vivió un estado de guerra. Al no producirse enfrentamiento armado entre Estados, no se da la condición *sine qua non* para su existencia. En lo relativo a la guerra civil, cuya regulación jurídica ha sido ya descrita, sería necesario la presencia de fuerzas antagónicas militarmente organizadas y capaces de efectuar operaciones militares. Ninguna de estas condiciones se dio ni se da actualmente en Chile, debiendo desecharse, por tanto la posible existencia de una guerra civil.

Extensión de la jurisdicción ilegítima de los Consejos de Guerra

El antes mencionado Decreto Ley N° 5, junto con la proclamación del sedicente estado de guerra, sustrajo a la jurisdicción ordinaria el conocimiento de los delitos previstos en la Ley de Seguridad del Estado, que es confiado a los Consejos de Guerra. De este modo, sin necesidad de recurrir a fórmulas elípticas, como la de enjuiciar a dirigentes políticos o dirigentes sindicales por la supuesta comisión de delitos propiamente militares (cargos que, por lo demás, se han formulado en no pocos casos), queda abierta la posibilidad de incriminar ante los tribunales para el tiempo de guerra por la participación en huelgas, sustentar un determinado pensamiento político o, de cualquier otro modo, aparecer en contraste con la voluntad omnipotente de la Junta.

El Artículo 4.0 del Decreto Ley N° 5, en efecto, junto con aumentar de modo desmesurado las penas previstas en la Ley de Seguridad del Estado (por ejemplo, el tipo delictivo del artículo 6, letra c), que tenía prevista una pena de 61 días a 3 años de presidio, pasa a tener un marco penal de cinco años y un día a muerte), añade que “en tiempo de guerra, en todo caso, serán de competencia de los Tribunales Militares de ese tiempo los delitos previstos en los artículos 4.0, 5.0 bis, 6.0, 11 y 12 de esta ley”.

El siguiente texto aparecido en la prensa oficial es bastante elocuente y ahorra todo comentario:

En Arica. Condenan a 8 ex-trabajadores por boicotear la producción... La condena establecida está fundamentada en la infracción al artículo 11 de la Ley de Seguridad del Estado y la pena es de 541 días para cada uno del grupo. Los hombres fueron detenidos en aquel entonces cuando se declararon en huelga aduciendo sueldos bajos: con este argumento paralizaron sus labores en la obra de construcción “Chinchorro Norte”. Esta paralización la cumplieron después de sostener una reunión clandestina, en el lugar de trabajo, infringiendo con ello las prohibiciones que existen en tal sentido.

Los trabajadores o ex-trabajadores fueron defendidos por dos abogados que estuvieron presentes durante todo el Consejo de Guerra. (La Tercera, 23-III-74)

La antijuridicidad de los Tribunales Militares para el tiempo de guerra, enteramente carentes de jurisdicción siquiera para conocer de delitos previstos en el Código de Justicia Militar, en las actuales circunstancias de Chile, es todavía más ostensible —si cabe— cuando toman a su cargo la represión aun en el nivel de las reivindicaciones laborales y en el de la policía de los pensamientos. Mediante el aprovechamiento de los términos generalmente vagos y abiertos, con frecuentes alusiones normativas y subjetivas entregadas a la valoración del tribunal, con que la ley suele describir las infracciones contra la seguridad interior, el orden público y la normalidad de las actividades nacionales, así como por la apreciación de la prueba “en conciencia”, la exigüidad o ausencia total de las garantías mínimas del debido proceso y el fallo en única instancia, la Junta ha construido un aparato represivo-judicial que le permite incriminar a cualquier persona y aplicar a ésta el castigo que arbitrariamente decidan los sedicentes jueces militares.

Recientes modificaciones a la Ley de Seguridad del Estado, que extienden la pena de muerte a hechos de supuesto sabotaje a la economía, hacen todavía más vasto el campo de la represión pseudolegal contra los trabajadores y ofrecen una coartada aún mejor a los Consejos de Guerra.

Infracción al principio de reserva legal: aplicación retroactiva de la ley penal

Contra estas formas de terrorismo político e ideológico —expresa el profesor de Derecho Penal de la Universidad de Roma,

Giuliano Vassalli—, contra estas resoluciones que retroactivamente castigan actividades que eran lícitas en el momento en que se realizaron, contra estas formas de despiadada represión fundadas solamente en la presunción y en la sospecha, debe alzarse la opinión de todo el mundo civilizado.

(Il Giorno, 3-XI-73)

Tal es otro de los rasgos monstruosos de esta legalidad puramente aparente: la infracción del principio de reserva legal y la transformación, con efecto retroactivo, de hechos lícitos en hechos delictivos.

Es sabido que, ante la imposibilidad de incriminar a los principales dirigentes de los partidos de la Unidad Popular y funcionarios del gobierno por hechos posteriores al golpe militar (ya que muchos de ellos fueron aprehendidos en las primeras horas después del golpe), la Junta optó por el artificio de hacer retroceder la ilicitud en el tiempo.

En la acusación del fiscal de la Aviación contra los procesados del juicio seguido a integrantes de la Fuerza Aérea de Chile y personalidades políticas, se hacen aseveraciones destinadas a demostrar que el gobierno del presidente Allende se había vuelto ilegal e inconstitucional, de tal manera que pasaba a ser delictiva cualquier actuación de los que “desobedecieran las órdenes de superiores jerárquicos si éstos estimando que el gobierno de Salvador Allende Gossens se había colocado al margen de la Constitución Política del Estado y, por lo mismo, había pasado a ser inconstitucional, le exigieran la dejación del mando”.

De la “ilegitimidad” retroactiva del gobierno constitucional del presidente Allende emergería la criminalidad de la “insubordinación” de quienes obstaculizaron la preparación del golpe militar.

Con todo, la incriminación más grave formulada en contra de estos acusados y de otros muchos, algunos de los cuales fueron fusilados por atribuirseles su perpetración, es el delito de traición previsto en el Artículo 245 N 1 del Código de Justicia Militar. Este precepto, ubicado en el Título II del Libro II de dicho Código, relativo a los delitos contra la *soberanía* y la seguridad *exterior* del Estado, castiga con la pena de presidio militar mayor en su grado máximo a muerte: “1. El militar que pusiere en conocimiento del enemigo el santo y seña, las órdenes y secretos militares que le hubieren sido confiados, los planos de plazas de guerra o de fortificaciones, sean permanentes o de campaña, las explicaciones de señales, los estados de fuerza, la

situación de minas, torpedos o sus estaciones, o cualquiera otra noticia o dato que pueda favorecer sus operaciones o perjudicar las del Ejército Nacional.”

Aunque no es del caso examinar aquí la extensa sentencia pronunciada en el mencionado proceso, el contenido de los hechos atribuidos a los reos ni la forma como se obtuvieron las confesiones, baste con transcribir aquí en esta parte la caracterización general que la misma sentencia hace en el Considerando Segundo, según el cual dichos hechos habrían consistido en “una labor de proselitismo y penetración marxista dentro de las filas de la institución, ocultando sus verdaderos propósitos bajo el pretexto de defender al gobierno marxista de un presunto golpe de Estado en su contra”. (*sic.*). Los hechos de traición se hacen consistir pues en el suministro al “enemigo” de noticias o datos que puedan favorecer sus operaciones o perjudicar las del Ejército Nacional, todo esto acaecido antes del 11 de septiembre de 1973.

Para salvar el salto mortal lógico de conformar un enemigo antes de la declaración del estado de guerra por la Junta Militar, el fiscal había optado por hacer retroceder el estado de guerra a una época coetánea con la asunción del mando por el presidente Allende, de donde la calidad de “enemigo” era atribuida jurídicamente a “todos los partidos y movimientos políticos que formaban parte de la denominada Unidad Popular, como asimismo, cada uno de sus militantes”. Es de suponer que los servidores civiles de la dictadura militar algo azorados por esta enormidad que convertía a lo menos al 44 por ciento del electorado que votó por los partidos de la Unidad Popular en la calidad jurídica de “enemigos”, aconsejaron a los sentenciadores utilizar una fórmula más sibilina. El resultado de este esfuerzo se contiene en el Considerando Décimo Sexto del fallo. También el Consejo de Guerra sentenciador concluye que “se encuentra claramente establecida en el proceso la existencia en el país de un enemigo interno a partir de la elaboración de los planes ya citados, esto es, desde antes del acto eleccionario de 1970, situación que se mantuvo en los años siguientes”. Este enemigo interno estaría inspirado por ideas que “por rara paradoja nacieron de la mente de occidentales (y) han sido empleadas en la acción de penetración de oriente en el mundo occidental en búsqueda de su destrucción”. Para determinar el concepto jurídico de “enemigo”, los jueces militares no consideran necesario recurrir a la ciencia militar ni a la significación jurídica del término

prefiriendo estar con el Diccionario de la Real Academia Española, según el cual enemigo es “contrario u opuesto a una cosa. El que tiene mala voluntad a otro y le desea hacer mal”. Añade el fallo que “el hecho de tener mala voluntad y simplemente desear mal a otro ya configura el carácter de enemigo” y que “el daño no siempre debe ser real e inmediato sino que también posible (un simple deseo)”. Para la existencia de enemigo —afirma la sentencia— no es necesario que exista guerra:

La línea que marca la diferencia entre el amigo y el enemigo se encuentra, generalmente, en el corazón de la nación, en la misma ciudad, en el lugar de trabajo, en el propio seno de la familia e incluso infiltrado en organismos de información e instituciones sociales, políticas, culturales y religiosas, ocupando a veces cargos de importancia para la vida de la nación. Es más bien entonces una línea ideológica que debe ser perfectamente descubierta si se desea determinar al adversario en contra del cual será necesario realizar la acción militar.

El enemigo así definido habría recibido noticias o datos que podían favorecer sus operaciones o perjudicar las del Ejército Nacional. Agregan los sentenciadores que es “el tribunal quien debe resolver acerca de la importancia militar de dichas noticias o datos”. Finalmente, observa el fallo, que en el país existían grupos armados que obedecían a doctrinas extranjeras, cuyo propósito era la destrucción de las instituciones armadas,

Como puede observarse, en el esfuerzo por mejorar la construcción artificiosa del fiscal respecto del concepto de “enemigo”, se fue todavía más lejos. No sólo se prescindió de la idea de guerra, sino incluso, de dar forma corpórea al enemigo invisible, que ya no se define por su militancia política, sino que se esconde por la línea impalpable que atraviesa el corazón de la nación y pasa por el seno de las familias.

La doctrina jurídica, sin excepción, explica, como es natural, que la traición sólo tiene lugar en tiempo de guerra exterior. Las propias palabras de la disposición y su ubicación en el Código son inequívocas respecto de esta circunstancia.

Como dice el profesor Renato Astroza: “La revelación se hace al enemigo cuando la Nación está en guerra, con un ánimo hostil para la Patria, tendiendo a perjudicarla o a favorecer al enemigo” (*Dere-*

cho Penal Militar, Santiago, 1971, p. 144). Por su parte, el jurista Oscar Fenner, antes aludido, redactor del Código de Justicia Militar, no sólo señala los argumentos de interpretación teleológica que llevan a la conclusión de que el enemigo es “una potencia extranjera que enfrenta bélicamente el Estado chileno”, sino que añade antecedentes históricos” sobre las fuentes de dicho precepto, en particular el Código español que le sirvió de modelo.

Al respecto es interesante citar una sentencia pronunciada en pleno desarrollo de la guerra civil española de 1936, en virtud de la cual el Tribunal Militar Superior español convino en que el auxilio prestado por un militar a las fuerzas republicanas, abandonando las filas de los nacionales, no era delito de traición sino de adhesión a la rebelión.

Desde el punto de vista de la concepción militar de un conflicto armado, la definición de “enemigo” no puede tomarse de un diccionario de la lengua, por calificado que éste pudiera parecer. Se debe buscar su definición a través de los conceptos que manejan los militares, profesionales del arte o ciencia de la guerra.

El término “operación”, para un médico será sinónimo de intervención quirúrgica; para un matemático, el manejo de ecuaciones; para un ingeniero, un proceso de fabricación; para un banquero, la materialización de un negocio, etc., pero para un militar será el empleo de los medios en una acción bélica, sea en el campo táctico o en el estratégico.

Igualmente, en otros conceptos, no basta la definición de uso común o vulgar que otorga un diccionario, sino que habrá que buscar el sentido que le den los que profesan el arte o ciencia de que se trata. Pensar de otro modo equivale a decir que el que conoce el Diccionario de la Lengua es experto en todas las ciencias o artes que puede abarcar el conocimiento humano.

Ningún militar pretendería ni aceptaría que el concepto que tiene de “enemigo”, pudiera ser el mismo que emplea un niño cuando rivaliza con otro.

Un militar entiende por “enemigo” a las fuerzas bélicas adversarias que militarmente pueden afectar su integridad física o material en forma significativa; esto, relacionado con el extranjero y el que apoya las acciones de un ejército extranjero. La Junta, por el contrario, ha transformado en enemigos a los habitantes de su propio país.

Debe hacerse aquí presente que aún cuando se aceptara la definición de la Junta de la situación actual como un “estado de guerra”,

ella sería de todas maneras responsable bajo el Derecho Internacional por haber violado las convenciones de guerra, especialmente la Convención de Ginebra de 1949.

La infracción del principio de reserva legal y de tipicidad, a través de estos fallos aberrantes, no se realiza en general por la invención de nuevas figuras delictivas, dotadas de efecto retroactivo, sino mediante una interpretación desorbitada de los tipos existentes. Con ello se pretende dar una apariencia de legalidad a la incriminación, a título de traición y otros delitos semejantes, de personas que realizaron acciones legítimas dentro, incluso, del ejercicio de sus deberes constitucionales y legales.

Infracciones a las garantías mínimas del debido proceso

Además de las considerables limitaciones que tiene para los derechos de los procesados el régimen de los tribunales para el tiempo de guerra, se agregan en este caso las violaciones de hecho que restan toda posibilidad de defensa. Entre ellas podemos citar la aplicación de torturas para obtener confesiones, la intimidación y persecución de los abogados defensores o la ausencia total de defensa en muchos casos, etcétera.

Es notorio que entre las disposiciones legales no respetadas porque su acatamiento sería inconveniente “para el mejor cumplimiento de los postulados que la Junta se propone” debe mencionarse, en primer término, el Artículo 18 de la Constitución Política de la República de Chile.

Esta norma (colocada entre las garantías constitucionales del inculcado en las causas criminales) dispone que a éste “no podrá aplicarse tormento”. En relación con este precepto deben mencionarse, además, el Artículo 150 del Código Penal, que castiga con penas de presidio a los que “decretaren o prolongaren indebidamente la incomunicación de un reo, le aplicaren tormento o usaren con él un rigor innecesario”. Si de la aplicación de los tormentos o del rigor innecesariamente empleados se siguieren lesiones o la muerte de la víctima, se aplica en su grado máximo la pena prevista respectivamente, para los delitos de homicidio y lesiones corporales. El Código de Procedimiento Penal, a su vez, prohíbe el empleo de coacción o amenazas al inculcado durante el interrogatorio, en tanto que el Artículo 481 del mismo cuerpo legal niega valor probatorio a la confesión que no sea prestada “libre y conscientemente.

Se han revelado evidencias indesmentibles sobre el empleo de torturas destinadas a arrancar confesiones a los procesados, algunas de las cuales fueron denunciadas valerosamente por los abogados defensores en las propias audiencias. Tal es el caso del proceso seguido contra oficiales de la Fuerza Aérea de Chile caratulado “Contra Bachelet y otros”. Es sabido que las torturas provocaron la muerte del general del Aire, Alberto Bachelet Martínez, uno de los principales acusados. Asimismo, falleció de resultas de los apremios físicos el acusado José Espinazo Sánchez, en tanto que el reo Pedro Zunini Silva perdió la razón y se dictó a su respecto sobreseimiento temporal en la causa.²

El Artículo 18 citado, que proscribe la tortura, no es el único precepto, de rango constitucional, que establece garantías para el *debi-do proceso* y que la Junta Militar desconoce y quebranta.

La Constitución de Chile, aprobada en 1925, contiene diversas disposiciones que consagran las garantías de que debe gozar todo procesado para hacer valer sus derechos. Ellas responden, por otra parte, a principios universalmente aceptados y que han tenido reconocimiento de orden internacional en la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas y en la Declaración Americana de los Derechos Humanos, entre otros textos.

Esta preocupación por la vigencia de los derechos humanos, que ya se expresara en la Constitución de 1833, hace casi un siglo y medio, ha sido una de las características del sistema jurídico chileno, violentamente arrasado por el golpe militar fascista.

En el capítulo tercero de la Constitución, denominado “Garantías constitucionales”, se contienen las diversas medidas que la Constitución establece para cautelar la libertad de los habitantes de la República y evitar que ella se vea coartada ilegítimamente por la autoridad.

El rango constitucional que se ha entregado a estas normas indica la preocupación preferente de todo el sistema jurídico por su efectiva vigencia.

El Artículo 11 abre este cuadro normativo de protección jurídica mediante la consagración de la irretroactividad de la ley penal. Ya se

² El sobreseimiento definitivo de la causa del general Alberto Bachelet por su fallecimiento es abordado en el Considerando Vigésimo de la sentencia. El sobreseimiento de la causa respecto del reo José Espinazo por fallecimiento y respecto de Pedro Zunini Silva por haber caído en estado de demencia, se hace constar en el punto sexto del dictamen del fiscal.

ha descrito como esta norma básica ha sido desconocida en forma aberrante por la Junta y sus agentes, en los juicios que se han pronunciado por los Consejos de Guerra.

El Artículo 12 establece la obligatoriedad de que todo procesado lo sea por el Tribunal que la ley señala y que se encuentre establecido con anterioridad a la ocurrencia de los hechos.

Esta garantía procesal ha sido también burlada en la medida que los hechos que se imputan a los procesados quedan, en todo caso, fuera de la órbita jurisdiccional de los Consejos de Guerra, con lo cual se elude el juzgamiento por el Tribunal que la ley señala. Además, es claro en las actuales circunstancias, que todo el fraude destinado a crear una guerra ficticia para hacer funcionar los Consejos de Guerra en nada difiere del establecimiento de comisiones especiales para ejercer la función jurisdiccional. Esto es más grave aún, si se repara, aún como antes se dijo, en que ellas dependen enteramente de los respectivos niveles militares a que están subordinadas en el orden jerárquico.

El Artículo 13 de la Constitución establece las garantías en materias de formalidades de la detención, y expresa que ella sólo puede ser practicada por orden de funcionario público expresamente facultado para ello y después de ser intimada en forma legal. El Artículo 14 y el Artículo 15 contienen una cuidadosa reglamentación de las detenciones, de modo de otorgar la mayor protección a la libertad personal.

Para entregar a estas disposiciones una adecuada garantía de aplicación y observancia, se establece en el Artículo 16 el recurso de amparo (*Habeas Corpus*), mediante el cual se confía a los tribunales de justicia la facultad de velar por el cumplimiento de todas las normas procesales anotadas, con amplias atribuciones para poner fin a los abusos y arbitrariedades cometidos.

Como se señalara anteriormente, la Corte Suprema de Chile, cuyos integrantes mantuvieron sus cargos como premio a su activa participación conspirativa contra el gobierno constitucional del presidente Allende, ha dispuesto que los tribunales ordinarios se abstengan de intervenir, por la vía del amparo frente a las detenciones arbitrarias dispuestas por los tribunales militares.

Una demostración de ello lo constituye el rechazo por este tribunal del recurso de amparo interpuesto por la esposa del senador Luis Corvalán, en que ésta se limitaba a pedir que se ponga término a la

prolongada incomunicación de su marido y se haga cesar la prohibición para recibir visitas de sus familiares y la censura de sus comunicaciones escritas. El recurso hacía presente la ausencia de disposiciones constitucionales y legales para mantener incomunicado al detenido y para someter a censura previa sus correspondencias aduciendo la existencia del estado de sitio.

En relación directa con las garantías procesales debe mencionarse, como una de las fundamentales, el pleno ejercicio del derecho de defensa que es también expresión del derecho de petición consagrado por el Artículo 10 N 6 de la Constitución. En el reciente proceso contra oficiales de la Fuerza Aérea, un abogado fue sancionado por el Consejo de Guerra y privado del derecho de proseguir su defensa, por estimar el tribunal militar que las aseveraciones del defensor tenían carácter político.

Este caso, que trascendió a la opinión pública por las características de la audiencia en que el incidente tuvo lugar, debe ser puesto junto a todas las otras manifestaciones de desprecio al derecho de defensa, que van desde las amenazas y malos tratos a los abogados defensores hasta la realización lisa y llana de procesos militares en que los abogados defensores no son llamados a concurrir y se enteran de sus resultados luego de concluidos.

Si la sola aplicación de la justicia militar para el tiempo de guerra durante el tiempo de paz vuelve irrisoria la idea de la independencia judicial y de la imparcialidad en el juzgamiento, el quebrantamiento sistemático de todas las garantías procesales universalmente admitidas convierte a los procesados en víctimas inermes de la crueldad y de la arbitrariedad.

LA PRIMERA PÁGINA*

LISANDRO OTERO

A las 6:20 de la mañana del 11 de septiembre, en su residencia de la calle Tomás Moro, el presidente Salvador Allende recibió una llamada telefónica: la Marina se había sublevado en Valparaíso. Ocho horas después, estaba muerto.

El embajador de los Estados Unidos, Nathaniel Davis, había viajado a su país días antes, el viernes 7 de septiembre. El día 8 sostuvo una entrevista con Henry Kissinger y regresó a Chile el día 9, cuarenta y ocho horas antes del golpe. Estas fechas están corroboradas por el boletín de la NACLA, número 8, de octubre de 1973.

Desde mucho antes Kissinger había demostrado su interés por Chile, aparte de su publicitado intercambio de cartas con los dirigentes de la ITT. El 15 de septiembre de 1970, Kissinger sostuvo un encuentro con la prensa del oeste medio, en la ciudad de Chicago. Dos días más tarde, el *New York Times* publicó un artículo de Cyrus Sulzberger en el que se revelaba parte de esta conversación. Otros periódicos también publicaron fragmentos. El doctor Kissinger había afirmado en esa entrevista: “Creo que no debemos ilusionarnos pensando que la instauración de Allende en Chile no va a plantearnos problemas masivos, a nosotros, a nuestras fuerzas en América Latina y, ciertamente, en todo el hemisferio occidental.” Era evidente la enorme importancia que la dirigencia norteamericana, a su más alto nivel, concedía a esta etapa chilena.

El embajador de Chile en México, Hugo Vigorena, afirmó, días después del golpe, haber examinado una documentación que le mostró un agente de la CIA renegado, en la cual se exponía el plan de derrocamiento de Allende bajo el nombre clave de *Plan Centauro*. En él se trazaban tácticas de sabotaje económico y de guerra psicológica e, incluso, se preveía el acuñamiento de dinero falso y dispositivos químicos para alterar el ritmo de las cosechas.

* Lisandro Otero: *Razón y fuerza de Chile*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 304-331.

Pero el peso principal del trabajo lo llevó a cabo un equipo de golpe de Estado de la CIA, similar a los que han trabajado en otras partes del mundo. Del personal destinado a Chile, tres habían trabajado en Guatemala, dos de ellos preparando el complot de Castillo Armas, en 1954, dos intervinieron en la República Dominicana durante la invasión norteamericana de 1965, uno intrigó contra los partidarios de Lumumba en el Congo y otro participó en el golpe contra Nkrumah en Ghana.

La campaña del caos económico estaba a cargo de Deane Roesch Hinton, graduado en 1943 en la Universidad de Chicago. Prestó servicios en el Ejército, de 1943 a 1945, y al año siguiente ingresó en el Departamento de Estado. En los años posteriores, trabajó en Siria, en Kenya y en París, hasta 1955, cuando ingresó en la CIA. En 1956, era director de la Oficina de Investigaciones y Análisis para Europa Occidental. En 1961 y 1962, asistió a los cursos de la Escuela Nacional de Guerra. De 1963 a 1967, fue director de asuntos políticos-económicos del área del Atlántico. Entonces fue destinado a la Agencia de Desarrollo Internacional, en su oficina de Guatemala. Allí trabajó con Nathaniel Davis en la organización de la contrarrevolución que actuó contra el movimiento de liberación nacional. En 1971, recibió la distinción más alta de su carrera, cuando fue a trabajar a la Casa Blanca, en Washington, como subdirector del Consejo de Política Económica Internacional, subordinado al Consejo de Seguridad Nacional que dirigía Kissinger. Se le asignó el control de la política de asfixia económica contra Chile.

Otros oficiales trabajaban sobre el terreno mismo, como Harry W. Shlaudeman, de quien no había indicios de que hubiese ingresado a la CIA. Se trataba, más bien, de un intelectual del Departamento de Estado. Tenía el rango de segundo jefe de misión en la Embajada norteamericana en Santiago, a donde había sido designado en junio de 1969. Shlaudeman laboró en el Consulado en Bogotá en 1956, y en 1959 en Bulgaria. A partir de 1962, trabajó como oficial jefe de la Sección Política de la Embajada en la República Dominicana. Estaba a cargo de la información sobre la izquierda y estudiaba marxismo. En 1965, desempeñó una importante función durante la invasión de los *marines*. Después, fue designado director adjunto de Asuntos del Caribe.

Daniel Arzac sirvió en el Ejército durante la guerra y en 1950 se graduó en Berkeley. En 1953, ingresó en la CIA como investigador y analista de Inteligencia. Trabajó en Phnom-Penh. Montevideo, Bo-

gotá y Asunción, hasta que, en septiembre de 1971, fue asignado a la misión en Santiago, como funcionario político.

James E. Anderson sirvió en la Fuerza Aérea, de 1953 a 1957. En 1960, se graduó en la Universidad de Oregon y retornó a la Fuerza Aérea como analista. En 1962, ingresó en el Departamento de Estado y posiblemente en la CIA, y fue destinado a Monterrey, México. Un mes después de la invasión a la República Dominicana, comenzó a trabajar allí hasta 1966, en que fue destinado a Ciudad de México. Allí permaneció cuatro años y fue trasladado a Chile en enero de 1971.

John B. Tipton ingresó en el Departamento de Estado y en la CIA en 1958. Sirvió en México, Bolivia y Guatemala. Llegó a Chile en enero de 1972. Raymond Alfred Warren sirvió en la Fuerza Aérea, de 1943 a 1946. Se graduó en la Universidad George Washington, en 1949, y en Harvard, en 1951. Durante dos años se desempeñó como investigador de asuntos laborales. Estuvo en el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea. En 1954, ingresó en el Departamento de Estado y en la CIA, y se le destinó a Guatemala, donde intervino en el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz. Trabajó ulteriormente en Caracas y Bogotá y llegó a Chile en octubre de 1970.

Arnold M. Isaacs ingresó en la CIA en 1959 y al año siguiente en el Departamento de Estado. Destinado a Tegucigalpa, Honduras, como funcionario consular, permaneció hasta 1965 en Centroamérica. Durante dos años, se especializó en asuntos latinoamericanos en la Universidad de Texas. Volvió al servicio en 1966 y fue destinado a Buenos Aires. En febrero de 1970, se le asignó a la Embajada en Chile. Allí intentó penetrar a los norteamericanos progresistas y de izquierda residentes en Chile. En junio de 1973, retornó a los Estados Unidos, destinándosele a atender la Oficina de Asuntos Chilenos en el Departamento de Estado. Allí estaba cuando ocurrió el golpe de Estado.

Frederick W. Latrash estuvo destacado en la Marina, de 1942 a 1946. En 1948, ingresó en el Servicio de Inteligencia Naval. En 1954, fue destinado a Guatemala y trabajó con la CIA en el golpe de Estado de Castillo Armas. Después, trabajó en Amman, El Cairo, Caracas y Panamá. De 1967 a 1971, trabajó en Accra, Ghana, e intervino en el golpe contra Kwame Nkrumah. En mayo de 1971, fue asignado a Chile.

Joseph F. McManus trabajó como analista del Ejército, de 1951 a 1955. Ingresó en el Departamento de Estado, en 1954, y actuó como oficial de enlace con el Pentágono. Trabajó como vicecónsul en Bangkok y Estambul. En septiembre de 1972, arribó a Chile.

Keith Wheelock fue investigador y analista de Inteligencia de la CIA, a partir de 1960. Apareció en el Congo, un año después que la CIA instigara el asesinato de Patrice Lumumba. Su trabajo estuvo destinado a barrer a los simpatizantes de Lumumba y a combatir a las organizaciones guerrilleras. En 1964, volvió al Departamento de Estado como investigador y especialista. En 1966, fue destinado a la Embajada en Chile como funcionario de la Sección Política. A finales de 1969, se retiró aparentemente del servicio diplomático pero siguió viviendo en Chile bajo una cobertura civil. Wheelock era el oficial a cargo de las operaciones del movimiento Patria y Libertad.

Donald Winters se graduó en la Universidad de Ohio, en 1958, y en 1964 en Guatemala. Fue analista de la Fuerza Aérea, de 1960 a 1962, y de 1964 a 1969 estuvo destacado en Panamá. En mayo de 1969, se le transfirió a la Embajada en Chile

Éste es uno de los equipos que trabajó contra la Unidad Popular en Chile; el equipo con protección legal adjunto a la Embajada de los Estados Unidos. Así se le describe en el boletín citado de la NACLA. Seguramente otros, con distintas coberturas y misiones, trabajaron también por el derrocamiento de Allende.

Dentro de las Fuerzas Armadas chilenas había una quinta columna constituida por el personal de la Misión Militar norteamericana y parte de la propia oficialidad nativa. Desde 1953, habían pasado por las escuelas militares de la Zona del Canal en Panamá más de cuatro mil oficiales chilenos. El general Augusto Pinochet había sido agregado militar en Washington y había visitado en varias ocasiones el Comando de la Zona del Ejército norteamericano, en Panamá.

De 1950 a 1970, los Estados Unidos entregaron a Chile 175 800 000 dólares para sus Fuerzas Armadas. Sólo Brasil recibió asignaciones superiores. Esa inmensa cantidad equivalía al 10 % del presupuesto militar chileno de ese período. Para 1974, se proyectaba una duplicación de la asistencia económica militar, hasta 45 400 000 dólares. Para ese período se suponía que el crédito norteamericano al gobierno de la Unidad Popular no alcanzaría los 4 000 000 dólares. Mientras se estrangulaba económicamente al gobierno de Allende se abría generosamente la mano a los militares chilenos.

La política seguida en la Fuerza Aérea era similar. Se había viabilizado la adquisición de *jets* F-5E, que sustituirían a los viejos

Hawker Hunter que se utilizaba en Chile. La Armada mantenía intactos sus vínculos con los Estados Unidos. Anualmente, se celebraban en el Océano Pacífico maniobras conjuntas denominadas UNITAS. Una operación de este tipo debía comenzar el mismo día en que se efectuó el golpe. Es probable que hubiera una coordinación entre oficiales navales chilenos y norteamericanos: los preparativos para el golpe de Estado aparentaban ser para las maniobras. Cuatro buques de guerra de los Estados Unidos se encontraban aquel día fuera de las aguas jurisdiccionales, a la altura de Valparaíso.

El Cuerpo de Carabineros recibía asesoramiento de la Oficina de Seguridad Pública de la AID (Agencia para el Desarrollo Internacional) de los Estados Unidos. Joseph Vasile, consejero jefe del programa—que en los últimos años entregó ayuda por valor de 2,5 millones de dólares—, fue expulsado en 1970 por mezclarse en las conspiraciones anti-allendistas de entonces. Fue destinado a Viet Nam, donde continuó trabajando en la organización de la represión.

El gobierno norteamericano se preocupó también de impartir orientaciones para la acción a las fuerzas políticas. Después que Orlando Sáez fue elegido como centro de coordinación de las organizaciones de la derecha, viajó tres veces a los Estados Unidos a inicios de 1973: el 27 de enero, el 5 de marzo y el 23 de julio. Poco antes del intento de golpe del Regimiento Blindado, en el mes de junio, el embajador, Nathaniel Davis, envió una comisión política a Washington, integrada por Andrés Zaldívar y Juan de Dios Carmona, de la Democracia Cristiana, y Mario Amello, del Partido Nacional.

La revista *Time*, de 24 de septiembre de 1973, resumió la actitud de los Estados Unidos hacia Chile durante el último período. Naturalmente, en esa evaluación hay muchos elementos omitidos y otros suavizados, pero lo que queda es suficiente para evidenciar la injerencia:

La administración de Nixon fue opuesta a Allende desde que surgió como el posible triunfador de la campaña presidencial de 1970. La hostilidad de Washington aumentó después que el nuevo gobierno de Allende nacionalizó totalmente las minas de cobre y otras empresas industriales propiedad de compañías de Estados Unidos y declinó el pago de compensación a muchas de ellas. Las relaciones entre ambos países empeoraron cuando se reveló que la multinacional ITT había ofrecido al gobierno de Estados Unidos más de \$ 1 000 000 para impedir la elección de Allende y que sostuvo discusiones con la CIA sobre las posibles maneras de apartarlo de su cargo.

La administración de Nixon hizo lo que pudo por hacerle la vida incómoda a Allende, sobre todo a través de la presión financiera de instituciones como el Banco Mundial. En agosto de 1971, como resultado de las quejas de Estados Unidos sobre el dudoso riesgo que comportaba el endeudado Chile, el Banco de Importación y Exportación rehusó un préstamo de \$ 21 millones a la compañía aérea LAN-Chile para que comprase tres aviones Boeing, a pesar de que la compañía tenía una perfecta reputación en la cancelación de deudas. En total, las exportaciones a Chile declinaron en un 50 % en los tres años de Allende.

Relaciones militares. Pero el Pentágono permaneció en relativos buenos términos con la oficialidad militar de Chile. Durante el último año, por ejemplo, los Estados Unidos entregaron \$ 10 millones a la fuerza aérea chilena para que comprara aviones de transporte y otros equipos. Las relaciones militares eran tan sólidas, en realidad, que circularon rumores en Washington, la semana pasada, que funcionarios de Estados Unidos conocieron del golpe 16 horas antes de que tuviera lugar.

El golpe, en el que el gobierno de los Estados Unidos tuvo participación tan decisiva, comenzó en realidad antes del 11 de septiembre. Elena de la Souchere afirmó, en el diario *Le Monde Diplomatique* (número 235, de octubre de 1973), que el golpe de Estado no tuvo lugar el 11 de septiembre sino el 23 de agosto, cuando el general Prats tuvo que renunciar como comandante en jefe del Ejército. Ese hecho significaba que la posición llamada constitucionalista ya no tenía una mayoría de seguidores en el consejo de generales. De ahí a la materialización del golpe de Estado, era sólo una cuestión de tiempo y organización.

La víspera del golpe, en Temuco, a 675 kilómetros al sur de Santiago, un periodista local fue secuestrado por desconocidos. Le quitaron la venda de los ojos, después de un largo trayecto en auto, y se encontró en la sala de una lujosa residencia campestre. Ante él estaba Pablo Rodríguez, jefe de Patria y Libertad, quien lo obligó a entrevistarlo. Aparte de sus manidos conceptos de siempre, lo único importante que Rodríguez dijo fue que su regreso coincidía con el derrocamiento de Allende. La coordinación de todos los factores estaba perfectamente realizada.

El periodista Jorge Timossi, corresponsal jefe de *Prensa Latina* en Santiago, afirmó que en la noche del 10 al 11 de septiembre se realizó una operación de represión interna dentro de las filas militares para anular a los oficiales simpatizantes de la Unidad Popular o dudosos políticamente. Se arrestó al almirante Montero, al general de la Aviación, Alberto Bachelet, y a otros altos oficiales en Santiago y Valparaíso.

A pesar de ello, después del golpe, hubo alzamientos en los regimientos Buin, Infantería, en San Bernardo, Escuela de Suboficiales de Carabineros, Coraceros, en Viña del Mar, Infantería, en San Felipe, donde se fusiló a su comandante, el coronel Cantuarias. Hubo también movimientos de inconformidad con el golpe en guarniciones de Concepción y Valdivia, según las informaciones de Timossi. El Regimiento de Ferrocarrileros, en Puente Alto, fue rodeado por la Marina. En Antofagasta, el cabo Schmidt Godoy ajustició con su pistola de reglamento al jefe y al subjefe de su unidad, que se disponían a sublevarse contra el gobierno legítimo.

En aquella madrugada del 10 al 11 de septiembre las fuerzas navales estacionadas en Valparaíso fueron puestas en zafarrancho de combate y comenzaron a ocupar distintos puntos claves de la ciudad. Sobre ello, fue el primer aviso que se alertó al presidente Allende de la puesta en marcha de la conjura.

Según el corresponsal de la *Associated Press*, William Nicholson, en su cronología de los hechos, la flota chilena, que había zarpado de Valparaíso para las maniobras UNITAS conjuntamente con navíos norteamericanos, regresó al puerto con precipitación en la madrugada y simultáneamente, la Armada ocupó la ciudad. A las 3:00 de la mañana el Ministerio de Defensa, en la capital, era un hervidero de actividad. Había más de cien vehículos estacionados al frente. A las 4:00 de la mañana los regimientos de provincias recibieron órdenes de ocupar las oficinas públicas y las radioemisoras. A las 6:00 de la mañana se dio la alerta en la Segunda División, con base en Santiago. Media hora después, las tropas comenzaron a ocupar los centros gubernamentales y de comunicación.

Allende llegó al Palacio de La Moneda a las 7:30 de la mañana. A las 8:10 habló por una cadena de radioemisoras. Dijo que un sector de la marinería había aislado el puerto de Valparaíso en un levantamiento contra el gobierno. Expresó su confianza en la actuación del Ejército para defender el gobierno legítimo. Exhortó a los trabajado-

res a que ocuparan sus lugares de trabajo, a los obreros que fueran a sus fábricas. “Estoy aquí y me quedaré aquí defendiendo el gobierno elegido por los trabajadores”, afirmó, según un cable de la *Associated Pres.*

Diez minutos más tarde, Allende hablaba de nuevo. Según *Prensa Latina*, manifestó que elementos irresponsables le pedían su renuncia, y dijo a continuación: “No renunciaré. No lo haré. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile. Señalo mi voluntad de resistir con lo que sea y a costa de mi vida, para que quede la lección que coloque ante la historia a los que tienen la fuerza y no la razón. A los trabajadores les pido que no se dejen intimidar.”

Allende comenzó a informar que los aviones de la Fuerza Aérea pasaban amenazantes y en ese instante se cortó la transmisión. Uno de los aviones se había lanzado contra el edificio donde se hallaba *Radio Corporación*, la emisora de mayor potencia en la cadena que transmitió los mensajes de Allende, y la ametralló hasta silenciarla. A partir de ese momento, todas las comunicaciones telefónicas, de télex y de satélite con el exterior quedaron cortadas. Las fronteras con Argentina, Perú y Bolivia fueron cerradas. El aeropuerto Pudahuel clausuró su tráfico aéreo. Una potente bomba destruyó una torre de ENTEL, que era fundamental en las telecomunicaciones. En el sector de Quinta Normal, a cinco kilómetros del centro de la ciudad, se generó un intenso tiroteo al tratar de ocupar los sublevados la radioemisora de la Armada, que comunicaba con todas las guarniciones navales del país. Un avión de la *SAS* que se disponía a aterrizar en Pudahuel fue obligado a regresar a Montevideo. Los radioaficionados fueron la única vía de información hacia el exterior y se estableció un puente de contacto entre Mendoza y Santiago. Hacia las 7:00 de la noche esta vía comenzó a ser bloqueada también, aunque se mantuvieron algunas filtraciones.

Un grupo de radioemisoras transmitió entonces música marcial y se identificó como la cadena de las Fuerzas Armadas, antes de difundir un comunicado firmado por la Junta Militar de gobierno, en el cual se decía que, existiendo una crisis nacional y siendo el gobierno incapaz para dominar el caos, las Fuerzas Armadas y de Carabineros exigían al presidente la entrega de su cargo “para proceder a la restauración institucional del país”. A continuación se hablaba de la liberación del marxismo y se prometía a los trabajadores que sus

conquistas sociales serían respetadas. Ni siquiera en ese instante pudieron empañar lo inocultable: la Junta Militar aceptaba que la Unidad Popular aportó conquistas sociales. La proclama estaba firmada por el general Augusto Pinochet, comandante en jefe del Ejército; almirante José Toribio Merino, comandante en jefe de la Armada; general Gustavo Leigh, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, y el general César Mendoza, director de Carabineros. Se había destituido a Montero en la Armada y a Sepúlveda en Carabineros. Pinochet y Leigh habían ocupado sus cargos pocas semanas antes.

Pinochet ingresó en la Escuela Militar en 1933 y egresó en 1938 con el grado de subteniente. En 1970 se le designó general de división. Fue profesor de Geografía en las escuelas militares y tenía publicadas varias obras sobre el tema. En 1956 fue agregado militar en Washington. El presidente Allende lo designó jefe del Ejército en 1973.

Merino egresó como guardiamarina en 1936. En 1940, realizó cursos de instrucción a bordo del crucero *Raleigh* de la Armada norteamericana. En 1954, fue profesor de Logística y Geopolítica en la Academia de Guerra Naval.

Leigh ingresó en la Escuela Militar en 1940. En 1952 fue destinado a la Misión Aérea en Washington. Fue designado agregado aeronáutico en la Embajada de Chile en los Estados Unidos, en 1964. En 1971, se le otorgó el comando de la base aérea El Bosque, en las afueras de Santiago. El presidente Allende lo designó jefe de la Fuerza Aérea en 1973.

Mendoza egresó en 1940 de la Escuela de Carabineros con el grado de brigadier. En 1968, era coronel. Sirvió en múltiples comisarías de provincias en ese período.

La Junta Militar, después de la represión interna en las propias filas castrenses, había tenido presente como primera preocupación lograr la incomunicación de Allende de las masas populares: sistemáticamente se silenció a las radioemisoras y todo tipo de telecomunicaciones. Su segunda preocupación consistió en intentar contener a la clase obrera y a la juventud. Durante todo el día, una serie de proclamas y bandos de la propia Junta fueron dando una idea del desarrollo de la resistencia popular y del fracaso de los militares en sus intentos por demostrar que el pueblo apoyaba el golpe.

El segundo bando insistía en algunos de los conceptos del primero y acusaba al gobierno de arruinar la economía, generalizar la violen-

cia, destruir los cimientos de la nacionalidad y llevar a los chilenos a una guerra civil. Concluía afirmando que su acción se debía a su deseo de impedir una siniestra dictadura.

El tercer bando se dirigía a la juventud y a la vez que prohibía todo tipo de manifestaciones decía que la gente joven, más que nadie, debía confiar en los destinos superiores de Chile. Exhortaba a los padres a mantener la calma en los núcleos familiares. La mejor manera de cooperar con la Junta era de obediencia a los bandos.

Ya en el bando número cinco se empezaba a cambiar el tono. Después de anunciar la destitución de Allende, amenazaba a las radioemisoras que aún no se habían unido a la cadena nacional. Se utilizaría la fuerza, decían, para que cesaran sus transmisiones. También se informaba que las comunicaciones nacionales e internacionales quedaban suspendidas.

La unidad de las Fuerzas Armadas era anunciada en el bando número seis al tiempo que se reiteraba el propósito de “luchar hasta las últimas consecuencias para derrocar al gobierno marxista”, con lo que indicaban que aún no lo habían logrado, a pesar del tiempo transcurrido y de las cuantiosas fuerzas empleadas. En ese bando se especificaba que la lucha de las Fuerzas Armadas no era contra el pueblo sino contra los marxistas y “contra el hambre y la miseria”.

En el bando número siete el tono era destemplado. “Todas las personas que estén ofreciendo resistencia al nuevo gobierno deberán atenerse a las consecuencias. Toda industria, vivienda o empresa fiscal debe deponer su actitud beligerante.”

Concluía amenazando que, aunque el propósito de la Junta no era destruir, se actuaría con energía ante la alteración del orden.

El octavo bando prohibía totalmente la circulación de personas por las calles. El bando número nueve anunciaba la represión del sabotaje y la violencia. La *Associated Press*, al difundir este bando, comentaba: “Parece indicar que ha tenido éxito el llamamiento hecho esta mañana por Allende para que los trabajadores ocuparan sus lugares de trabajo a fin de oponerse al golpe fascista.” El bando catorce conminaba a “los trabajadores que se encuentran en las fábricas e industrias a hacer abandono en forma inmediata y pacífica de las mismas”.

Alrededor de las 9:00 de la mañana comenzaron a desembocar unidades blindadas en las plazas aledañas al Palacio de La Moneda. Tanques *Sherman* se apostaron apuntando con sus cañones hacia el

edificio construido por el arquitecto Toesca en el siglo XVIII, que tradicionalmente había sido la sede del jefe supremo de la nación. Fuerzas de infantería seguían a los tanques.

El primer intercambio de disparos entre los ocupantes del Palacio y los atacantes se produjo poco después. Los blindados dispararon primero con ametralladoras calibre 30. Simultáneamente, otras tropas y carabineros se esparcían por el sector central de la capital, intentando el control de los edificios estratégicos. Comenzaron tiroteos esporádicos que se fueron nutriendo con el avance de la mañana. Los francotiradores comenzaron a diezmar a los sublevados. Tan intensa llegó a ser la resistencia civil, que más tarde fue necesario que los helicópteros artillados ametrallasen azoteas y ventanas y que incluso se llegase a cañonear edificios para inutilizar a los francotiradores.

Los tanques abrieron fuego con sus cañones contra La Moneda y también lo hicieron unidades de artillería situadas en la Plaza Constitución. La Junta Militar demandaba al presidente Allende su renuncia y éste se negaba.

El reportero Roberto Masón, de la *United Press*, logró establecer comunicación telefónica con Mendoza, Argentina, poco antes del mediodía. El periodista hablaba desde su oficina ubicada a poca distancia del Palacio y pudo informar del arribo de la primera oleada de aviones. “Uno de los aviones efectuó un vuelo rasante sobre el palacio presidencial” —decía un cable ulterior—, “y dejó caer una bomba, tras lo cual volvió a pasar sobre el edificio para arrojar otras cuatro bombas. La primera bomba, aparentemente de mayor poder que las otras, hizo un impacto directo sobre el palacio, mientras las tropas rebeldes se lanzaban al asalto del edificio.”

En otro cable se describía: “Los ocupantes de edificios vecinos a la casa de gobierno, ante el intenso bombardeo —en los primeros minutos se contaron por lo menos 17 bombas— se refugiaron en los sótanos. El primer bombardeo duró 15 minutos y al cabo de la primera oleada de aeronaves atacantes la acción cesó hasta las 12:18 cuando comenzó un nuevo bombardeo.”

Desde un alto edificio cercano, periodistas de la *Associated Press* reportaron el inicio de incendios en varios sectores del Palacio. Desde su posición, veían el interior del edificio y describieron el Patio de los Naranjos destruido por las bombas.

Simultáneamente, se bombardeaba la residencia privada del presidente, en Tomás Moro, en cuyo interior se encontraba su esposa,

Hortensia Bussi, y miembros de la escolta presidencial. Se abrió fuego al mediodía contra la Embajada de Cuba por las tropas que, desde las 8:30 de la mañana, rodeaban la sede diplomática.

Ya en ese instante, la *United Press* calculaba en medio millar el número de muertos en las calles. En las oficinas de esa agencia, situadas frente a La Moneda, había “más de cuarenta impactos de bala”. El hotel *Carrera*, también de ubicación cercana al Palacio, tenía su fachada ametrallada. La Moneda ardía, dejando escapar densas y oscuras humaredas.

Unos días antes del golpe había llegado a Paraguay el equipo de acrobacia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, denominado *Thunderbirds*. En su itinerario estaba previsto que después ese grupo viajaría a Chile. La extraordinaria precisión del ataque aéreo al Palacio Presidencial y la dificultad de su acceso, por tratarse de un edificio bajo, situado entre otros de mayor altura, hizo que algunos corresponsales se admirasen en sus despachos de la técnica desplegada. Días después del golpe, desde algún lugar de la clandestinidad, la diputada Gladys Marín denunció públicamente que había tenido confidencias de que el bombardeo a La Moneda había sido realizado por el equipo de los *Thunderbirds*, llegado secretamente desde Paraguay.

Alrededor de la 1:30 de la tarde los teletipos cesaron de informar sobre el ataque a La Moneda y pasaron a reseñar otros aspectos del golpe de Estado. Alrededor de las 3:00 de la tarde, un despacho urgente informaba que Allende se había suicidado en una habitación de la casa de gobierno. Pero, curiosamente, esta información, que fue la primera que se difundió en tal sentido, no venía fechada en Chile: era un cable de la agencia española *EFE* procedente de Brasil. La agencia reproducía la noticia que, momentos antes, había ofrecido la radioemisora *Radio Jornal do Brasil*, de Río de Janeiro. Resultaba extraño que la primera insinuación del suicidio de Allende llegara desde tan lejos.

Poco después, las agencias de noticias comenzaron a repetir la versión del suicidio de Allende con distintos añadidos y variantes. Se afirmaba que el jefe de los bomberos que intentaban sofocar el incendio del Palacio declaraba haber visto el cadáver. El editor fotográfico del diario *El Mercurio*, Juan Enrique Lira, dijo que vio el cuerpo de Allende inerte en el salón comedor, débilmente iluminado por las llamas de un lugar ennegrecido por el humo. Algunos despachos aseguraban que varios periodistas “afirmaron haber visto el cuer-

po del presidente Allende que se suicidó disparándose una bala en la cabeza”. Otras versiones decían que se había disparado en la boca.

A las 4:17 de la tarde el despacho número 181 de la *Associated Press* informaba que la cadena de radios de la Junta Militar anunciaba que Allende fue “detenido por efectivos de las Fuerzas Armadas”.

A las 7:00 de la tarde la propia agencia transmitía un mensaje interno: “Se rumora aquí que Allende abordó un avión despegando a las 17 horas del Este con rumbo norte. AP confirma en el aeropuerto. Recuerdos.”

Un despacho de *Latin*, desde Buenos Aires, afirmaba que Allende había sido detenido, entregándose a las 6:30 de la tarde a los militares.

Al día siguiente, nuevas y más imaginativas variaciones serían difundidas. El vespertino *El Mundo*, de Buenos Aires, afirmó que un capitán del Ejército sedicioso, de apellido Gallardo o Galardo, fue quien dio muerte a Allende. Un cable de la agencia *EFE*, desde Bogotá, desmentía el suicidio. Según indicios transmitidos por radioaficionados, Allende habría sido ultimado por un capitán de su escolta inconforme con un intento de rendición del presidente.

Todas estas versiones tenían un propósito común: el ocultamiento de los hechos verdaderos, el escamoteo histórico de la heroica resistencia de La Moneda y el intento de velar a las futuras generaciones el conocimiento de las circunstancias del magnicidio.

A las 3:30 de la tarde un despacho de *EFE*, desde Montevideo, anunciaba haber escuchado que la radio oficial de la Junta anunciaba que hacía unos instantes se había rendido el Palacio de La Moneda. A las 5:00 de la tarde los bomberos estimaban que el incendio del edificio continuaría aún muchas horas. Sólo se mantenían en pie, según ese estimado, las cuatro fachadas con grandes deterioros. Ya entrada la noche seguían haciéndose llamados para que todos los bomberos disponibles acudiesen al Palacio, en un intento de apagar la inmensa hoguera.

Al caer la tarde, los tiroteos se generalizaron por toda la ciudad de Santiago. Los francotiradores hacían fuego, desde los edificios, sobre las nerviosas tropas que se escurrían pegándose a las paredes. Los estampidos de la artillería pesada, que demolía los edificios desde donde se hacía resistencia, eran ensordecedores. En los cordones industriales, los obreros habían presentado combate desde las fábricas. La industria *Sumar*, importante centro textilero, había sido incendiada.

A esa hora estaba siendo atacado el buque cubano *Playa Larga*, que había zarpado a las 5:35 de la tarde de Valparaíso por las provocaciones sufridas. Aviones y helicópteros primero y un buque de guerra después, ametrallaron y cañonearon al inerme mercante cubano e intentaron abordarlo. Con tres grandes perforaciones en el casco, las bodegas inundadas y numerosas averías técnicas, los cubanos se negaron a obedecer las amenazas y prosiguieron navegando hacia el norte.

La sede del Comité Central del Partido Comunista fue atacada y después de allanada; fueron arrestados veintitrés dirigentes. La Embajada de Cuba fue objeto, a medianoche, de un intenso ametrallamiento, el segundo ataque en el día. La enérgica defensa del perímetro diplomático impidió que la asaltaran.

A esa hora proseguía la cacería humana mientras la Junta emitía listas de personalidades políticas que debían ser arrestadas. Entretanto, comenzaron a funcionar las escuadras de fusilamiento en las calles, que asesinaban a resistentes y dirigentes de la Unidad Popular.

Stewart Russell, corresponsal de *Reuters*, dejó constancia en una crónica de aquella terrible noche:

Agachándome, caminé media cuadra hasta el hotel Crillon. La calle estaba sembrada de cápsulas vacías y balas de todo tipo y cubierta de astillas de los vidrios destrozados de ventanas y escaparates. En el hotel montamos un cuarto de redacción con otros corresponsales, sabiendo que muy poco de lo que escribiésemos llegaría al exterior debido al corte total de comunicaciones. Al caer la noche se reanudaron los problemas. Un grupo de soldados confundió quizás el tablero de nuestras máquinas de escribir con disparos de armas livianas y abrieron fuego contra el frente del hotel de cinco pisos. Nos zambullimos por la puerta del dormitorio, abierta por fortuna, hacia el pasillo. Durante unos minutos el hotel se estremeció con los impactos y luego se escucharon disparos a ambos lados del edificio. Después ingresó el pelotón de policías militares con uniformes verdes, cascos y pañuelos rojos al cuello. Penetraron en el imponente pero ahora destruido comedor (fragmento mutilado)... Apresaron a mi colega uruguayo, Hugo Infantino, y a mí bajo sospecha de ser francotiradores. Nos condujeron a una galería comercial cercana convertida en puesto militar donde estuvimos de pie durante dos horas, las manos cruzadas sobre la nuca,

de cara a la pared. Un camión abierto del Ejército nos condujo más tarde hasta el Ministerio de Defensa, pasando ante los escombros humeantes de La Moneda. Allí fuimos interrogados una y otra vez, a lo largo de dos horas, por varios oficiales. Uno de nuestros inquisidores, un capitán, nos preguntó bromeando, en inglés: «¿No les gustaría ver lo que hay en el sótano?» «¿Qué es lo que hay en el sótano?», le pregunté a mi vez. «Ja, me contestó, esa sería una linda experiencia para usted». Mientras (fragmento mutilado)... sala de guardia y descendieron por una escalera ubicada en un rincón, otros detenidos. No volvieron a aparecer mientras permanecimos allí.

En unas declaraciones a la agencia *Latín*, a su llegada a México, el 20 de septiembre, María Isabel Allende, hija del presidente, relataba los últimos momentos.

El día anterior al golpe había comido con Allende y la velada transcurrió normalmente. A las 7:45 de la mañana María Isabel supo del inicio del complot y se dirigió a La Moneda para unirse a su padre. Llegó a las 9:15. En el primer piso encontró a algunos de los colaboradores presidenciales quienes le dijeron que Allende estaba dispuesto a defender su gobierno y que no quería ver a mujeres en Palacio. Escucharon por la radio el ultimátum de la Junta Militar y casi enseguida se hizo audible el peculiar ruido de las esteras de los tanques al rodar sobre el pavimento. Después comenzaron las ráfagas de las ametralladoras.

A las 10:00 de la mañana María Isabel vio a Allende y le impresionó su aspecto. Llevaba un suéter y portaba una ametralladora a la espalda. Allende dijo que no quería muertes inútiles y pidió a las mujeres, secretarias y sus hijas, que desalojaran el lugar. Dijo que nunca traicionaría a la patria y a los trabajadores y que una nueva página en la historia de Chile sería escrita por los obreros. Se quedó con médicos y miembros de su guardia personal.

María Isabel y las demás mujeres bajaron a otra pieza. Tres cuartos de hora de intenso tiroteo transcurrieron. Allende apareció de nuevo y les exigió que se fueran. “Era una mezcla de padre y presidente. Dijo que la lucha por la causa debía seguir y que nosotros deberíamos emprenderla desde fuera”, afirmó María Isabel. Había tal decisión en su rostro que optaron por obedecerlo. Un carabinero las acompañó hasta la puerta privada del presidente, a un costado del Palacio. Al lograr salir, el carabinero corrió en busca de refu-

gio. Fue el propio Allende quien sostuvo la puerta mientras ellas evacuaban. El tiroteo disminuyó un poco y buscaron refugio en un sótano adyacente a La Moneda.

Otra de las hijas de Allende, Beatriz, ofreció su testimonio durante un acto público efectuado en La Habana, el 28 de septiembre.

Después de tropezar con sucesivas barreras de carabineros en actitud hostil, Beatriz logró llegar a La Moneda a las 8:50 de la mañana. En el edificio había un ambiente de actividad. Se distribuía armamento, se recibían llamadas telefónicas. Beatriz vio a su padre por primera vez, ese día, mientras hablaba por teléfono. Estaba sereno. Escuchaba las informaciones e impartía órdenes.

Un general apellidado Baeza lo llamó en nombre de la Junta. Le ofrecían un avión para que escapara con su familia al lugar de su elección. Allende les respondió que siendo traidores no podrían entender a un hombre de honor.

El presidente se ocupó de revisar las posiciones de combate. Inquirió sobre el agua y los alimentos almacenados. Dispuso preparar la sala quirúrgica y la destrucción de la documentación.

Beatriz tuvo una conversación a solas con su padre y éste se expresó en términos que más tarde repetiría a sus ministros y colaboradores en el Salón Toesca. Afirmó que combatiría hasta el final dejando en evidencia la traición de los militares fascistas. Que en cierto modo el golpe lo aliviaba de la incómoda situación de presidir un gobierno popular en el que las Fuerzas Armadas allanaban las industrias y reprimían a los obreros. Dijo que en el futuro era muy importante la dirección unitaria de todas las fuerzas revolucionarias. Las mujeres pasaron a un local subterráneo, cerca del pabellón quirúrgico. Allí las fue a ver el presidente. Empuñaba un fusil automático AK, regalo de Fidel Castro, con una leyenda: "A mi compañero de armas." Les exigió nuevamente que abandonaran La Moneda. Entonces se efectuó la evacuación en la forma narrada por María Isabel. En el acto del 28 de septiembre, en La Habana, Fidel Castro presentó una reconstrucción de los hechos realizada por el testimonio de algunos acompañantes de Allende en aquella mañana trágica, ulteriormente recogido por exposición directa de los sobrevivientes. Éste es el relato más completo y fidedigno de que se dispone sobre el fin del último presidente de Chile.

Después de ser advertido del golpe militar, Allende alertó a su escolta y se trasladó a La Moneda con una guardia de veintitrés hombres

armados con otros tantos fusiles automáticos, dos ametralladoras calibre 30 y tres bazucas. Llegó al Palacio a las 7:30 de la mañana y entró con su fusil automático en la mano.

Allende se reunió con los hombres que lo rodeaban y les informó de la gravedad de la situación y su decisión de combatir hasta la muerte. Después, dispuso la defensa de Palacio. En el curso de la hora siguiente, se dirigió por radio tres veces al país.

A las 8:15 de la mañana la Junta Militar lo conminó, por medio de los teléfonos oficiales, a renunciar a su cargo y Allende se negó en los términos expuestos anteriormente. Con posterioridad sostuvo una reunión con altos oficiales de Carabineros a quienes despidió después de reprocharles su vacilación y su infidelidad. También se reunió con sus edecanes militares, a quienes manifestó que no era el momento de confiar en los uniformados.

Poco después, el jefe de la guarnición de Carabineros de La Moneda comunicó a sus subordinados la orden de retirada. Un grupo disparó contra el presidente al retirarse y la escolta ripostó. Fue el primer intercambio.

A las 9:15 de la mañana comenzó el ataque desde el exterior. Unos doscientos soldados se desplegaban por las calles cercanas. Los defensores de la sede del Ejecutivo no llegaban a cuarenta. Allende dio personalmente la orden de abrir fuego y disparó él mismo contra las fuerzas asediadas. Los tanques avanzaban desde distintas direcciones. Desde el propio despacho del presidente se abrió fuego de bazucas y se destruyó un tanque junto a la puerta principal del Palacio. Los carros blindados ametrallaron la Secretaría Privada y la artillería situada en la Plaza Constitución comenzó su cañoneo.

La reunión en el Salón Toesca con los ministros y asesores tuvo lugar a las 10:45. Allende expresó la necesidad de cuadros y conductores para la lucha en el futuro y les pidió a los que no tenían armas que evacuaran el lugar. Hubo resistencia en el acatamiento de estas orientaciones.

Una nueva reunión tuvo lugar a las 11:45 con las nueve mujeres que estaban en Palacio. Allende insistió en su evacuación. Solicitó una tregua a los sitiadores, la cual le fue negada. Las tropas se retiraban de las inmediaciones en ese instante para dar paso al ataque aéreo y ello facilitó la salida de las mujeres.

En aquel instante Allende, preocupado por el legado patriótico de Chile, tratando de evitar que la Declaración de Independencia firmada

por O'Higgins desapareciera en las furias del combate, tomó el documento y lo entregó a su secretaria, Míriam Contreras, para que lo sacara del Palacio. Al ser ella detenida, la soldadesca tomó el pergamino y lo despedazó, sin saber que estaba destruyendo el documento con el que se fundó la nación. Era un símbolo más, de los muchos que se acumularían en aquella jornada. El fascismo, en su arrancada, extinguía todas las tradiciones y los atributos democráticos.

Al mediodía comenzó el bombardeo de la aviación. Algunos cohetes perforaron los techos y estallaron en el interior del edificio. Al expandirse el humo, Allende ordenó la utilización de máscaras antigases. Indagó por la cuantía del parque. Constató que, después de tres horas de combate, se estaba agotando. Dispuso, se derribara la puerta de la guarnición de Carabineros.

Transcurrió el tiempo sin tener noticias de su encomienda y el propio presidente atravesó el Patio de Invierno, dirigiéndose a la armería. Al ver las dificultades para forzar el portón, ordenó se utilizaran granadas de mano. Así se abrió un boquete. Por él se extrajeron cuatro ametralladoras calibre 30, numerosos fusiles, cuantiosas municiones, máscaras y cascos. Personalmente, recorrió los dormitorios de los carabineros recogiendo fusiles y los cargó para llevarlos a las posiciones de combate. En ese instante, exclamó: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto." Los miembros de su escolta se emocionaron. Se reanudó el ataque aéreo y una explosión quebró unos vidrios que hirieron a Allende en la espalda. Recibió atención médica.

En algún momento durante estas horas, Allende quiso dejar constancia histórica de su pensamiento y así lo hizo en el mensaje radio-difundido al pueblo chileno y que hoy constituye su testamento político. Sus palabras fueron:

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

El ataque aumentó de intensidad, coordinándose la acción aérea con el cañoneo de artillería y tanques y los disparos de la infantería.

“Según los testigos presenciales —exponía Fidel Castro—, el ruido, la metralla, las explosiones, el humo y el aire tóxico convirtieron el Palacio en un infierno.”

La Moneda ardía por el ala izquierda y las llamas se extendían hacia la Sala de los Edecanes y el Salón Rojo. Allende dispuso que se abrieran todos los grifos de agua del edificio para contener el incendio.

Ocurrió entonces lo que el Comandante en Jefe, Fidel Castro, calificó como “una de las mayores proezas del presidente”. Herido y arrastrándose bajo la metralla, Allende empuñó una bazuca y de un disparo destruyó un tanque situado en la calle Morandé, uno de los que más furiosamente cañoneaba el Palacio.

Llegaron fuerzas blindadas y tropas de refuerzo y se lanzó un nuevo ataque. El presidente descendió a la planta baja con varios miembros de su escolta para rechazar un intento de penetración por la calle Morandé. Los asaltantes suspendieron entonces el fuego para abrir una negociación y solicitaron a gritos unos enviados. Allende dispuso que Vergara, Flores y Puccio, dirigentes de su gobierno, acudieran al llamado.

Conversaron con un alto oficial que se acercó en un *jeep*. Fueron tomados prisioneros y conducidos al Ministerio de Defensa. Nunca regresaron a La Moneda.

A la 1:30 de la tarde el presidente subió a inspeccionar la situación en el piso superior. La mayor parte de los defensores de la sede había perecido. El periodista Augusto Olivares, director de la Televisión Nacional, asesor y amigo personal de Allende, tuvo un comportamiento especialmente heroico, combatiendo incesantemente, disparando a través de las ventanas de La Moneda contra la horda de atacantes fascistas. Fue gravemente herido y no quiso reposar. Murió en su puesto de lucha.

Ya cerca de las 2:00 de la tarde, un nuevo asalto de la Infantería permitió una irrupción en la planta alta. El presidente se parapetó en una esquina del Salón Rojo y comenzó a disparar hacia la puerta por donde momentos después irrumpiría la soldadesca.

Con su vida, se extinguía la legitimidad constitucional de Chile, terminaba el más serio intento emprendido en América Latina por efectuar un tránsito pacífico hacia el socialismo y concluía entre humo y ruinas, en la sangre de los mejores y en la traición de quienes debían custodiar las instituciones, el instante más luminoso de la historia chilena.

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR BEATRIZ ALLENDE Y EL COMANDANTE FIDEL CASTRO EN HOMENAJE Y SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO CHILENO Y SU PRESIDENTE, SALVADOR ALLENDE*

Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto.

Salvador Allende
11 de septiembre de 1973

Fragmento de las palabras de Beatriz Allende Bussi**

Vengo a decirles a ustedes cuál fue la actitud, cuál fue la acción y cuál fue el pensamiento del compañero presidente Salvador Allende bajo el ataque de los militares traidores y fascistas.

El pueblo cubano, desde luego, conoce la realidad, pero en muchos otros países la campaña de mentiras levantada por la Junta fascista y secundada por las agencias del imperialismo norteamericano pretende correr una cortina sobre los hechos que ocurrieron en La Moneda, trinchera de combate del presidente Allende.

Vengo a ratificarles que el presidente de Chile combatió hasta el final con el arma en la mano; que defendió hasta el último aliento el mandato que su pueblo le había entregado, que era la causa de la revolución chilena, la causa del socialismo...

Él cayó con invariable confianza en la fuerza de su pueblo, con plena conciencia del significado histórico que habría de tener su actitud al defender con su vida la causa de los trabajadores y de los humildes de su patria.

* Acto conmemorativo por el XIII aniversario de la creación de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Plaza de la Revolución "José Martí", La Habana, Cuba, 28 de septiembre de 1973.

El más alto ejemplo de heroísmo. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

** Militante revolucionaria chilena, hija del presidente constitucional de Chile, doctor Salvador Allende.

Pero hay algo más: Cuba y Fidel estuvieron presentes en sus palabras y en su corazón en aquellos instantes difíciles. Fuimos testigos de su lealtad hasta la muerte, de los lazos de profundo afecto que lo ataban a este pueblo, a su revolución y a su comandante en jefe, Fidel Castro...

Logramos llegar a La Moneda aproximadamente faltando diez minutos para las nueve. En su interior estaba la guardia normal de Carabineros, los cuales tenían a su cargo la protección de Palacio. No obstante, antes de entrar al edificio habíamos visto a carabineros de los alrededores en plan de rendición o de plegarse al golpe.

En La Moneda confirmamos de inmediato que se trataba de un golpe de Estado completo, con la participación de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Dentro del edificio el clima era de actividad combativa; apoyaba al Presidente un grupo mayor que lo habitual de compañeros de su Seguridad Personal, los cuales habían ocupado sus puestos de combate. Se había distribuido el escaso armamento pesado. Además, se integró un grupo del Servicio de Investigaciones que siempre trabajó en coordinación con los compañeros de Seguridad Personal.

Se encontraba también un grupo de ministros, subsecretarios, ex-ministros, técnicos, personal de prensa y de radio. Estaban presentes médicos, enfermeros, personal de la planta administrativa de La Moneda, los que no quisieron abandonar el lugar, decidiéndose a combatir junto a Allende. Estaban, por último, sus colaboradores más cercanos. De todos éstos, once eran mujeres.

Al pasarle una de las numerosas llamadas telefónicas que se estaban recibiendo, lo vi por primera vez en ese día. Estaba sereno, escuchaba con tranquilidad las diferentes informaciones que se le entregaban y daba órdenes y respuestas que no admitían discusión.

Personalmente había recorrido ya y recorrería en varias ocasiones más los puestos de combate, corrigiendo la posición de fuego de algunos compañeros.

Pronto se iniciaría el fuego de infantería, el ataque de los tanques y de la artillería golpista sobre el Palacio Presidencial. Nuestros compañeros respondían con sus armas.

Supimos que desde temprano los militares golpistas conminaban repetidamente al presidente para que se rindiera, pero él rechazó siempre en forma tajante e inapelable todos los ultimátums que le hicieron los golpistas.

Jamás le observamos dudar un solo instante. Por el contrario, siempre reafirmaba su decisión de combatir hasta el final y de no entregarse a los militares traidores, a los que ya llamaba por sus nombres: fascistas...

Le llamó por teléfono en varias ocasiones uno de los generales traidores llamado Baeza. Supe también que le habían ofrecido un avión donde podía irse con su familia y colaboradores para el lugar donde él quisiera. El presidente les respondió que como generales traidores no podían conocer lo que era un hombre de honor, despidiéndolos, indignado, con tan fuertes palabras que no pudiéramos repetir aquí.

El presidente tomaba medidas para librar un combate largo; se desplazaba continuamente de un lugar a otro. Pidió se revisaran los lugares más seguros para proteger a los combatientes de los futuros bombardeos aéreos. Se informaba de la cantidad de alimentos y agua almacenada.

Impartió órdenes de que el grupo médico tuviese listo el pabellón quirúrgico para atender a los heridos. Designó a un compañero para que agrupara a las mujeres y llevarlas a un lugar seguro mientras se les convenía de que debían abandonar La Moneda.

Pidió que se quemara la documentación, incluso la personal, que pudiera comprometer a otros revolucionarios. Envío hacia el exterior a tres compañeros, dos de ellos mujeres, a cumplir una misión en favor de la futura resistencia...

Pude, después, conversar un momento a solas con el presidente. Me dijo otra vez que iba a combatir hasta el final. Que para él estaba sumamente claro lo que iba a pasar, pero que tomaría las medidas para que el combate se librara de la mejor forma. Que iba a ser duro, en condiciones desventajosas. Sin embargo, agregó que era consciente de que ésa era la única actitud que le cabía como revolucionario, como presidente constitucional, defendiendo la autoridad que el pueblo le había entregado. Y al no rendirse, ni entregarse jamás, dejaría en evidencia a todos los militares traidores y fascistas...

Me dijo, luego, que se sentía en cierto modo aliviado de que este momento hubiese llegado, porque así las cosas quedaban definidas y quedaba liberado de la incómoda situación que lo había mortificado en los últimos tiempos, en que mientras era el presidente de un gobierno popular, por otro lado las Fuerzas Armadas, valiéndose de la llamada Ley de Control de Armas, venían reprimiendo a los obreros, allanando industrias y vejando a sus trabajadores...

Las mujeres y otros compañeros pasamos los últimos ratos cerca del pabellón quirúrgico y en el único pequeño local subterráneo, donde se almacenaba papel. El presidente llegó hasta allí con su casco militar verde olivo. Empuñaba un fusil automático AK que le había regalado el comandante Fidel con la leyenda: “A mi compañero de armas”.

Se avecinaba el bombardeo aéreo. Los aviones pasaban haciendo vuelos rasantes. En forma enérgica nos ordenó, sin más dilación, que las compañeras deberían abandonar de inmediato el Palacio. Se fue dirigiendo a cada una de nosotras, en forma individual, explicándonos el porqué seríamos más útiles afuera y del compromiso revolucionario a cumplir.

Volvió a plantear que lo importante era la organización, la unidad y la conducción política de su pueblo.

A mí me reprochó que estuviera ahí con este embarazo, que mi deber era irme junto a los compañeros de la Embajada de Cuba. Me hizo saber que había sufrido como en carne propia las provocaciones y agresiones de que había sido víctima la representación diplomática cubana en los últimos meses. Que creía que ese día iban a ser provocados, que podría haber combate. Y que por eso debería estar junto a ellos.

Personalmente nos condujo hacia la puerta de salida por la calle Morandè. Ahí tomó la decisión de pedir un alto al fuego y un jeep militar para que las compañeras pudieran salir sin problema. Minutos antes había barajado la posibilidad de que nos tomaran como rehenes para exigirle una vez más su rendición. Pero nos dijo que de ser capaces de hacer eso, no lo harían vacilar; que, al contrario, ésta sería una prueba más ante el pueblo chileno y el mundo entero hasta dónde llegaba la traición y el deshonor del fascismo y que esto sería para él un motivo más para combatir.

Así lo dejamos, justo antes de iniciarse el bombardeo aéreo, combatiendo junto a un pequeño grupo de revolucionarios, donde también quedaba una compañera que se ocultó para combatir con ellos. Y ésta es, compañeros, la imagen que conservo del presidente; ésta es la imagen, queridos hermanos de Cuba, que quisiera hoy dejar en la mente y en el corazón de cada uno de ustedes...

En este acto solidario con Chile quisiera decirles lo que me pidió les transmitiera a ustedes.

Me lo confió en La Moneda, bajo el combate: “Dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber.”...

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

Éstas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Salvador Allende

11 de septiembre de 1973

Fragmento del discurso del comandante Fidel Castro

Este aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución se ha dedicado al recuerdo del presidente Allende y a la solidaridad con el pueblo de Chile. Y nuestro pueblo, expresando su profundo afecto al presidente Allende y su profundo espíritu revolucionario, ha respondido colmando esta plaza en número superior a ninguna otra concentración anterior.

Hace apenas diez meses, el 13 de diciembre de 1972, en esta misma plaza nuestro pueblo tuvo el último encuentro con el presidente Allende. Cientos de miles de cubanos se reunieron con él en esta plaza para escuchar sus magníficas palabras y para expresar nuestra confianza, nuestras simpatías y nuestro apoyo al presidente Allende y al proceso revolucionario de Chile; para expresar nuestra decisión de apoyarlo en la medida de nuestras fuerzas, demostrada en aquella ocasión, con un gesto que nosotros sabemos que caló profundamente en el corazón del presidente Allende, que fue aquella decisión de quitarnos un poco de nuestro propio alimento para enviárselo al pueblo chileno...

Profunda impresión le causó aquel recibimiento multitudinario, a pesar de la hora, a pesar de que el pueblo se había movilizó para recibirlo por la mañana, cambió la hora de llegada, y aun de noche las calles de nuestra ciudad se llenaron del entusiasmo de nuestros hombres y mujeres para recibirlo, para saludarlo y para vitorearlo.

Podríamos decir que en los tres años de intenso esfuerzo, de gran tensión en el gobierno, aquellos tres o cuatro días fueron para él como un sedativo...

Ésa es la imagen que nosotros recordamos de aquel hombre humano, de aquel hombre decente, de aquel hombre honrado, de aquel hombre firme, de aquel amigo leal que fue el presidente Salvador Allende.

Y en esta misma plaza nos dio la convicción de que él sabría comportarse revolucionariamente en las horas críticas, y en esta misma plaza nos dijo que ¡a la violencia contrarrevolucionaria, el pueblo chileno respondería con la violencia revolucionaria!

La figura del presidente Allende y el proceso revolucionario chileno despertaron profundas simpatías e interés en todo el mundo.

En Chile se desarrollaba por primera vez en la historia una experiencia nueva: el intento de llevar a cabo la revolución por las vías pacíficas, por los caminos legales. Y en ese esfuerzo encontró la comprensión y el apoyo de todo el mundo, no sólo del movimiento comunista internacional, sino de muy diferentes tendencias políticas. Digamos que encontró el reconocimiento incluso de aquellos que no eran marxistas-leninistas.

Y nuestro partido, nuestro pueblo —a pesar de que nosotros habíamos hecho la revolución por caminos diferentes—, y todos los pueblos revolucionarios del mundo le dieron el apoyo. Nosotros no vacilamos en un solo instante, porque comprendíamos que en Chile se daba la posibilidad de obtener un triunfo electoral, a pesar de todos los recursos del imperialismo y de las clases dominantes, a pesar de todas las circunstancias adversas. Y no vacilamos en el año 1970 en exponer públicamente nuestra comprensión y nuestro apoyo al esfuerzo que la izquierda chilena realizaba para triunfar en las elecciones de aquel año.

Y se produjo, efectivamente, una victoria electoral. La izquierda, la Unidad Popular, con su programa social y político, obtuvo un triunfo en las urnas.

Claro que aquello no significaba el triunfo de una revolución; significaba el acceso a importantísimas posiciones de poder por las vías legales y pacíficas.

No era, sin embargo, una tarea fácil la que tenía delante el presidente Allende. Desde el primer instante se iniciaron las conspiraciones. Se trató de evitar su ascenso a la Presidencia después de las elecciones. El imperialismo y sus agencias —la CIA y las compañías

multinacionales— conspiraron para evitar que Salvador Allende fuera presidente de la República. Incluso, asesinaron al jefe del Ejército de Chile para impedirlo.

El propio presidente Frei, hombre soberbio y profundamente reaccionario, no se resignaba a que Salvador Allende ocupara la Presidencia de la República, como lo había determinado el voto popular. Pero a pesar de todas esas conspiraciones, a pesar de los esfuerzos del imperialismo, Salvador Allende, en nombre de la Unidad Popular, tomó posesión de la Presidencia de la República.

Pero, ¿con qué problemas se encontró? Se encontró, en primer lugar, con que el aparato estatal burgués estaba intacto; se encontró con unas Fuerzas Armadas que se llamaban apolíticas, institucionales, es decir, aparentemente neutras en el proceso revolucionario; se encontró con aquel Parlamento burgués, donde una mayoría de sus miembros respondía a las clases dominantes; se encontró con un sistema judicial que respondía por entero a los reaccionarios. Y dentro de aquellas circunstancias, se veía obligado a realizar sus tareas de gobierno. Pero se encontró también con que la economía del país estaba totalmente en quiebra, con que el Estado chileno debía cuatro mil millones de dólares.

Esas enormes deudas eran consecuencia de la política imperialista, eran consecuencia de los manejos de Estados Unidos, tratando de crear una vitrina con el gobierno de la Democracia Cristiana para enfrentar y frenar el avance del movimiento social.

Le concedieron a Chile enormes créditos cuando Frei era presidente. Pero no créditos para desarrollar el país, sino créditos para gastos suntuarios: para comprar automóviles, para comprar televisores, refrigeradores, y todo tipo de artículos suntuarios, que dieran una imagen de progreso y de bienestar durante el gobierno de la Democracia Cristiana.

El presidente Allende se encontró con un país terriblemente endeudado; un país donde el imperialismo había introducido sus costumbres, sus hábitos de consumo; un país donde los medios de divulgación masivos —la prensa, la televisión y la radio— estaban en manos de la oligarquía y de la reacción. Y además, coincidiendo con un instante en que el precio del cobre bajaba de setenta y cinco centavos a cuarenta y ocho centavos la libra.

Pero, como además había urgentísimas necesidades populares que atender, puesto que existía un enorme desempleo, y era necesario buscar solución al problema de los desempleados, y era necesario

atender las necesidades más urgentes del pueblo, las demandas más sentidas de la población, el gobierno de la Unidad Popular se encontró con enormes obstáculos económicos en su camino.

Cuando comenzaron a aplicar la reforma agraria, los latifundistas y los burgueses agrarios se dieron de inmediato a la tarea de sabotear la producción agrícola. Los burgueses, propietarios de los centros de distribución, propietarios de los almacenes y propietarios de las tiendas, se dieron a la tarea de acaparar las mercancías y sabotear al gobierno de la Unidad Popular.

El imperialismo, tan pronto se aprobó la nacionalización de las empresas de cobre —empresas que eran propiedades yanquis— empresas que habían extraído miles y miles de millones del trabajo y del sudor del pueblo chileno— inmediatamente congeló todos los créditos de todos los organismos internacionales al gobierno chileno, y se dio a la tarea de asfixiar la economía de Chile.

Esas fueron las enormes dificultades que el presidente Allende se encontró al llegar al poder.

Los partidos políticos burgueses, esencialmente el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano, orientado por una dirigencia reaccionaria, se dieron a la tarea, en complicidad con el imperialismo y con las clases reaccionarias y con la prensa reaccionaria, de obstaculizar por todos los medios la gestión del presidente Allende. Y virtualmente no lo dejaban gobernar; virtualmente mantenían al gobierno con las manos atadas, para impedir su gestión.

Esos tres años de gobierno de la Unidad Popular fueron realmente tres años de lucha, de dificultades, de agonía, para poder llevar adelante el programa. Y junto a eso, unas Fuerzas Armadas —repieto— que se llamaban apolíticas e institucionales.

Fueron tres años de conjura tras conjura, de conspiración tras conspiración. Las clases dominantes reaccionaron como era de esperarse, ellas y sus partidos. Los gremios de propietarios, de comerciantes, e incluso gremios de profesionales, integrados por ese tipo de profesional que nosotros conocimos aquí, en su mayoría al servicio de las clases dominantes, sabotearon las tareas del gobierno: decretaban paros y huelgas con carácter indefinido, y más de una vez paralizaron el país.

Y no sólo eso, sino que hacían constantes llamados a las Fuerzas Armadas para derrocar al gobierno de la Unidad Popular:

Y en medio de esas enormes dificultades, se realizaba la gestión del presidente Allende. Y en medio de esas dificultades trató de hacer e hizo muchas cosas por el pueblo chileno. Y al menos en estos tres años el pueblo chileno, en especial sus obreros y sus campesinos, comprendieron que allí, en la Presidencia de la República, no estaba un representante de los oligarcas, de los terratenientes y de los burgueses, sino un representante de los humildes, de los trabajadores: ¡un verdadero representante del pueblo, que luchaba por él, a pesar de las enormes dificultades que tenía delante!

El presidente Allende comprendía las dificultades y vislumbraba los peligros; veía nacer el fascismo, veía sucederse las conspiraciones unas tras otras. Y frente a aquel conjunto de fuerzas creadas y alentadas por el imperialismo, sólo le quedaba aquella disposición de ánimo, aquella decisión de defender el proceso al precio de su propia vida.

Recordamos aquella tarde, en un estadio de la ciudad de Santiago donde se efectuaba un acto de despedida a la delegación cubana, y las palabras que en esa ocasión, de manera terminante y categórica, expresó el presidente. Fue el 4 de diciembre de 1971:

...Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener, carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

Pero aquellas palabras no eran simple retórica. Aquellas palabras demostraban la voluntad y la decisión de un hombre de honor. ¡Y Salvador Allende cumplió su palabra en forma dramática e impresionante!...

El presidente no sólo fue valiente y firme en cumplir su palabra de morir defendiendo la causa del pueblo, sino que se creció en la hora

decisiva hasta límites increíbles. La presencia de ánimo, la serenidad, el dinamismo, la capacidad de mando y el heroísmo que demostró, fueron admirables. Nunca en este continente ningún presidente protagonizó tan dramática hazaña. Muchas veces el pensamiento inerme quedó abatido por la fuerza bruta. Pero ahora puede decirse que nunca la fuerza bruta conoció semejante resistencia, realizada en el terreno militar por un hombre de ideas, cuyas armas fueron siempre la palabra y la pluma.

Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y sus cómplices.

¡Así se es revolucionario!

¡Así se es hombre!

¡Así muere un combatiente verdadero!

¡Así muere un defensor de su pueblo!

¡Así muere un luchador por el socialismo!...

Los fascistas han tratado de ocultar al pueblo de Chile y al mundo este comportamiento extraordinariamente heroico del presidente Allende...

¿Qué pretenden negarle al presidente Allende? ¿Qué puede negársele en esa hora suprema de sacrificio y de heroísmo?

Calixto García, una de las figuras más gloriosas de nuestra historia, cayó prisionero del enemigo. Y cuando a la madre le informaban que su hijo estaba prisionero, ella dijo: “¡Ése no puede ser mi hijo!” Pero cuando le dijeron: antes de caer prisionero se disparó un tiro para privarse la vida, ella dijo: “¡Ah, entonces sí: ése es mi hijo!”

Después de muerto el presidente Allende han tratado de lanzar lodo sobre su limpia figura, de una forma baja, innoble y ruin.

¡Pero qué puede esperarse de los fascistas! Incluso han sacado a relucir el fusil con que combatió Allende, el fusil automático que nosotros le obsequiamos, tratando de hacer propaganda burda y ridícula con eso. ¡Pero los hechos han demostrado que ningún obsequio mejor al presidente Allende que ese fusil automático para defender al gobierno de la Unidad Popular!

Fue mucha la razón y la premonición que tuvimos al obsequiarle ese fusil al presidente. ¡Nunca un fusil fue empuñado por manos tan heroicas de un presidente constitucional y legítimo de su pueblo! ¡Nunca un fusil defendió mejor la causa de los humildes, la causa de

los trabajadores y los campesinos chilenos! ¡Y si cada trabajador y cada campesino hubiesen tenido un fusil como ése en sus manos, no habría habido golpe fascista!

Ésa es la gran lección que se desprende para los revolucionarios de los acontecimientos chilenos.

Pero no sólo han sacado a relucir el fusil. Días atrás, publicaron una carta que nosotros enviamos a fines de julio al presidente Allende. Pero son sucios los fascistas: no publican la carta completa, al menos de los cables que hemos leído deducimos que hay partes que han sido suprimidas. ¡Por eso nosotros vamos a leer aquí la carta completa!

Habana, julio 29 de 1973.

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la Reunión de Países No Alineados, Carlos y Piñeiro realizan un viaje a ésa. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso.

La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la Democracia Cristiana en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de tu edecán naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir. Éstos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pérfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar a los golpistas, mantener la adhesión de

los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercibida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor, aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza, con honor, hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida, constituyen la clave de la situación.

Hazles saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos.

Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo.

Fraternalmente,
Fidel Castro.

Es absurdo, es ridículo, es estúpido, tratar de presentar esta carta —que llevaba la solidaridad, la amistad y el aliento de nuestro pueblo a un presidente acosado por el imperialismo, acosado por la reacción, y acosado por el fascismo— como un caso de intromisión en los asuntos internos de Chile.

Con ese criterio, la condena universal, las palabras de incontables estadistas y hombres públicos, de innumerables organizaciones, condenando el golpe, condenando las masacres y condenando los crímenes, constituyen una intromisión en los asuntos internos de Chile.

¡Los problemas de la lucha antimperialista, los problemas que afectan al movimiento revolucionario, los problemas que afectan a la humanidad, nos incumben y nos interesan y nos corresponden a todos los hombres revolucionarios y progresistas del mundo!

Y por Chile, como por Viet Nam, no sólo estamos dispuestos a dar nuestra azúcar, quitándonosla de nuestras cuotas, ¡estamos dispuestos a dar nuestra propia sangre!

Cuando se hizo la independencia de Chile, hombres de otros rincones del continente no sólo enviaron cartas sino que fueron a combatir junto a los chilenos por la independencia del país.

Los fascistas el 11 de septiembre no sólo atacaron el Palacio Presidencial, sino que atacaron también, y bombardearon despiadada-

mente la residencia del presidente Allende, donde se encontraba su familia. Y fue realmente una gran casualidad el que su esposa no encontrara allí también la muerte.

Los familiares nos han narrado el calvario de ese día y los días siguientes, cuando ocultaron al pueblo chileno la muerte del presidente Allende hasta mucho más de veinticuatro horas después de ocurrida. El entierro lo hicieron en riguroso secreto. Por distintos medios localizaron a la esposa y a una hermana, las condujeron a un aeropuerto militar de Santiago de Chile, y en un avión militar de transporte las transportaron junto al féretro hasta un aeropuerto de Valparaíso, y desde allí —con un extraordinario despliegue de fuerza— hasta un cementerio de esa ciudad, donde estaba la tumba familiar del presidente Allende. Pero en ningún caso dejaron abrir aquel sencillo féretro envuelto con una manta militar. En ningún caso, ni en el avión, ni en el trayecto hasta el cementerio, ni en el cementerio, dejaron que los familiares vieran el cadáver del presidente Allende...

Los fascistas —como ustedes saben— se ensañaron también, contra los cubanos, contra nuestra Embajada. ¡Y eso no nos deshonra! Malo sería, grave, sería, que los fascistas se sonrieran con nosotros.

Ese odio fascista demuestra y expresa lo que es Cuba, y ese odio es por algo. Saben de la lealtad de la Revolución, de la firmeza de la Revolución, de la solidaridad de la Revolución con el proceso revolucionario latinoamericano, y eso los asusta.

El mismo día 11, alrededor de las doce meridiano nuestra Embajada recibió el primer ataque de los fascistas, y alrededor de la medianoche recibió el segundo ataque, pero ambos fueron rechazados enérgicamente.

Después de los ataques los fascistas trataban de intimidar a nuestra representación diplomática y amenazaban con que iban a emplear tanques, cañones y aviones; pero nuestros representantes diplomáticos, a unos cuantos generalotes y esbirros que los llamaron por teléfono, invariablemente les decían: “Defenderemos la Embajada, que es territorio cubano, hasta el último hombre.” Y los fascistas sabían que tenían que matar hasta el último cubano en nuestra Embajada ¡No hubo vacilaciones!

Durante la madrugada del día 12 se dedicaron a realizar disparos esporádicos, pero el ataque final no llegó. Y nuestros compañeros de la Embajada regresaron todos al país una vez rotas las relaciones diplomáticas...

Pero los fascistas no sólo agredieron a nuestra Embajada, sino que se comportaron groseramente y maltrataron a los funcionarios diplomáticos de otros países socialistas y maltrataron a otros técnicos socialistas que estaban prestando servicio en aquel país. Y no sólo maltrataron a representantes de países socialistas, sino que incluso cometieron todo género de vulgaridades, groserías y maltratos con representantes de otros países capitalistas.

Pero si cobarde fue la agresión contra la Embajada, mucho más cobarde todavía fue la agresión contra nuestro barco —barco mercante que había ido a llevar los suministros de azúcar al país. Son tan desvergonzados que todavía han tratado de negar lo que hicieron con el barco.

Aquí nosotros hemos traído los datos, tal como quedaron registrados minuto a minuto en el libro del barco, de lo que ocurrió aquellos días.

“Día 25 de agosto de 1973. El buque llega a Valparaíso, quedando fondeado.

”Día 26 de agosto. Los fascistas explotan bombas en la Embajada y en residencia de diplomáticos cubanos y en escuela de niños cubanos.

”Día 29. Atraca el buque al muelle. Empieza la descarga del azúcar.

”Día 4 de septiembre. Los fascistas explotan una bomba en casa del representante de Navegación Mambisa en Santiago.

”Día 6. Provocaciones de la prensa derechista en contra de la motonave *Playa Larga*.

”Día 10. El buque queda fondeado fuera del puerto para que ocupe el muelle un granero en virtud de la falta de trigo en la ciudad.

”Día 11 a las 10:00 horas. Se reúne el capitán con la junta de oficiales para analizar la situación provocada por el golpe militar. Se decide aguardar orden de la Empresa de Navegación Mambisa. Falta un hombre de la tripulación, que debería regresar a la medianoche del día anterior.

”11:00 horas. Regresa a bordo el compañero mayordomo, Gumersindo Pers Pers, denunciando haber sido detenido por una patrulla de la Marina de Guerra en la noche anterior y sometido a maltratos por el hecho de ser ciudadano cubano. Las autoridades navales expresaron en esa oportunidad profundo odio al pueblo y gobierno cubanos.

”11:25. Embarcan prácticos militares con una escolta de marinos cambiando el buque de fondeadero.

”6:30. Se recibe orden de la Empresa de Navegación Mambisa para que el buque gestione la salida del puerto junto a las autoridades chilenas.

”17:00. El capitán convoca nuevamente la junta de oficiales, que por unanimidad apoya su decisión de abandonar el puerto por no ofrecer seguridad al buque y a la tripulación. Esta decisión fue influida por los maltratos al tripulante cubano antes mencionado, no ofreciendo las autoridades locales ninguna garantía de respeto a los derechos humanos.

”17:35. Se hace repentinamente el buque a la mar, a toda máquina.

”17:55. Aviones de la Armada chilena realizan pases volando sobre nuestro buque.

”18:02. Avión de la Armada chilena realiza vuelo de picada sobre el buque tirándonos con ametralladoras.

”18:45. Siguen los aviones de la Armada chilena pases sobre nuestro buque.

”19:00. Helicópteros de la Armada lanzan bombas a pocos metros de la proa de nuestro buque y nos ametrallan para evitar posibles maniobras por parte nuestra para salir del área donde dejaron caer las bombas.

”19:05. Estalla una bomba de profundidad en la proa del buque.

”19:32. Continúan las incursiones de dos aviones de la Armada chilena contra nuestro buque.

”20:00. Se detecta por nuestro radar un buque de la Armada chilena que salió en nuestra persecución a 17,5 millas por la aleta de estribor, siguiéndonos también los aviones que no cesan en su hostigación a nuestro buque. El capitán convoca una junta de oficiales que lo apoya por unanimidad en su decisión de proseguir viaje a cualquier precio, sin aceptar rendición bajo ningún concepto.

”20:30. Radar indica que estamos a 43 millas de la costa chilena.

”20:40. Nos ordena el buque de guerra de la Armada chilena que paremos inmediatamente las máquinas, contestándoseles que estamos en aguas internacionales.

”20:43. El buque de guerra de la Armada chilena que nos sigue comienza a dispararnos con cañones de grueso calibre.

”20:45. El buque de la Armada chilena nos sigue cañoneando, así como también dispara luces de bengala para iluminar el área en que navegamos.

”20:55. Nos continúa tirando el buque de la Armada chilena.

”21:00. Nos continúa cañoneando el buque de la Armada chilena que nos sigue. Punto de la costa chilena más próximo a nosotros se queda a 52,3 millas.

”21:10. Vuelve a cañonearnos el buque de la Armada chilena que nos sigue.

”21:20. Se le comunica el siguiente mensaje al buque de la Armada chilena: ‘Ya informamos a nuestro gobierno de esta cobarde agresión en aguas internacionales, y ustedes son responsables por todas las consecuencias que puedan resultar. Patria o Muerte. Venceremos. Viva Cuba. Capitán y tripulación’. Como respuesta, el buque de la Armada chilena nos cañoneó.

”21:30. Nos sigue disparando cañonazos el buque de la Armada chilena que nos persigue. Punto más cercano de la costa chilena es de 61,5 millas.

”22:00. Seguimos siendo perseguidos por el buque de la Armada chilena que nos sigue. Invitándonos éste a que nos reintegremos al puerto de Valparaíso, enterándonos por esta comunicación que el buque corresponde a *Blanco Encalada*.

Se recibe un cable del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, y del Ministerio de la Marina Mercante y Puertos, dando total apoyo a nuestra decisión de no rendirnos bajo ningún concepto, mensaje éste que nos da aliento a proseguir en nuestro viaje a toda costa.

”22:14. Hemos sido tocados por un proyectil de los que nos está tirando el destructor *Blanco Encalada*.

”22:20. El buque es tocado nuevamente por un cañonazo en proa.

”22:30. El buque es tocado por un cañonazo en la popa.

”22:38. El destructor *Blanco Encalada* cañonea el puente de nuestro buque, sin tocarlo, notándose caer los proyectiles en el agua por la banda contraria a la que se encuentra el destructor.

”22:40. El destructor hace maniobras para abordar nuestro buque por la amura de babor, realizando nosotros maniobras evasivas para impedir el abordaje.

”23:12. Fracasando la maniobra de abordaje por la amura de babor el destructor *Blanco Encalada* trata de situarse en la popa

para disparar sobre nuestra hélice y timón, y nuestro buque realiza maniobras evasivas con el objeto de evitar sean dañadas las hélices y el timón. Empleando el V.H.F. el destructor comienza a transmitir todas las órdenes dadas por el oficial que dirige el control de tiro de las distintas piezas de manera que sean oídas por nuestro barco, con la finalidad de intimidarnos.

”23:30. Fracasadas todas sus maniobras, amenazas y violencias, en el sentido de apoderarse del buque, el destructor *Blanco Encalada* empieza a alejarse gradualmente rumbo a la costa chilena.

”Día 12. 00:30 horas. Se hace una inspección en el buque y sondeo de sentinas de bodega, descubriéndose tres grandes perforaciones causadas por proyectiles en la bodega número uno. Se comienza a tapar los boquetes por la tripulación entrando enormes cantidades de agua en la referida bodega.

”3:00 horas. Se ordena lastrar los *Deep-Tanks*, *Peak* de popa, y los Plan de la bodega número siete, para mejorar la estabilidad del buque.

”10:00 horas. Se terminan de llenar los *Deep-Tanks* y los *Peak* de popa. Se hace una inspección de las averías provocadas por la cobarde agresión de un buque de la Armada chilena, encontrándose el siguiente resultado:

”A) Perforaciones de dos por dos pies en el costado de estribor y perforaciones de dos por tres pies en la plancha de la cubierta contigua al área arriba mencionada provocadas por el impacto del mismo proyectil.

”B) Perforaciones de uno por un pie en el costado de estribor.

”C) Perforaciones de tres por un pie en el costado de babor.

”D) Numerosas perforaciones por fragmentación de granada de alto poder explosivo en mamparo divisor proa.

”E) Perforación de tubería sonda y avería de imbornal.

”F) Perforación de cuatro por tres pulgadas en la plancha cubierta inferior.

”G) Diversas abolladuras en el mamparo de proa estribor.

”H) Pérdida de 199 624 kilos de azúcar granel provocada por la inundación de la bodega número uno.

”I) Sospecha de impacto en la misma bodega por debajo de la línea de flotación y en la popa, así como otras abolladuras y averías menores.

”10:35. Sobrevoló sobre nosotros un avión de la Armada chilena, para reconocernos y delatar nuestra posición a los militares chilenos.

”22:00. Se hace encuentro con el buque cubano *Marble Island*, continuando juntos la navegación con destino al Callao, Perú.”

Este hecho relacionado con el barco Playa Larga, constituye algo verdaderamente insólito y sin precedentes. Fue prácticamente la batalla de un buque desarmado que se negaba a rendirse, que se negaba a obedecer las órdenes de los fascistas, a pesar de estar atacado por aviones, helicópteros y un barco de guerra capaz de destruirlo. Nosotros no hemos oído nunca mencionar siquiera un caso parecido de semejante desafío de un barco mercante que fue atacado y cañoneado, y casi hundido, puesto que realmente las perforaciones podían haber provocado el hundimiento del buque; ¿que habría ocurrido si el capitán y los tripulantes no hubiesen ideado la fórmula de inundar otras bodegas para elevar la proa.

Y lo admirable de este caso fue la disposición de la tripulación de dejarse hundir en las aguas del Pacífico antes que obedecer las órdenes fascistas.

Y hasta los propios fascistas estaban asombrados. Y no voy a transmitir aquí algunas de las cosas que dijeron en medio de su asombro. No nos interesan. No nos interesa la admiración de los fascistas; pero baste decir que estaban asombrados.

Y ése es el comportamiento de los cubanos. Ése es el verdadero contenido de la actitud de un revolucionario, y de la frase “Patria o Muerte”. ¡Eso es saber decir “Patria o Muerte” cuando hay que decir “Patria o Muerte”!

Y ése es el comportamiento de los cubanos, no por ser cubanos, sino por ser revolucionarios.

Y estos hechos habrán de tener más trascendencia de la que pudiera parecer ahora, porque los fascistas emplean la violencia y la fuerza con el ánimo de imponer el terror, y frente a eso hay un remedio, un solo remedio: ¡no temer a los fascistas!

La conducta ejemplar del presidente Allende destruyó moralmente al fascismo en Chile, porque ellos subestimaron al presidente Allende, ellos creyeron que el presidente Allende tomaría el avión, ellos creyeron que el presidente Allende se sometería a la fuerza. Estaban absolutamente seguros de eso. Y lo que los anonadó, lo que los sacó

de quicio, fue la actitud del presidente Allende, su valor, su honor, su heroísmo, su dignidad, su disposición a combatir allí contra todos los tanques y todos los cañones y todos los aviones del mundo, sabiendo que en aquel momento estaba defendiendo una bandera, una causa, aunque esa bandera y esa causa en ese momento luchasen en condiciones muy desfavorables y muy difíciles. Pero él sabía que había que defenderlas hasta el precio de la vida.

Y ésa fue la actitud de otros combatientes chilenos en Tomás Moro, en las universidades, en las comunas populares, y ésa fue la actitud de nuestra representación diplomática, y ésa fue la actitud de los tripulantes del barco Playa Larga.

De modo que no le faltaron lecciones, extraordinarias lecciones al fascismo ese día, y que desde ya le dicen la resistencia que se van a encontrar, que desde ya le dicen lo que les espera cuando los pueblos no se dejan oprimir, cuando los pueblos no se dejan intimidar, cuando los hombres y las mujeres están dispuestos a morir.

El temor, el terror, puede intimidar a los cobardes, ¡pero no intimidará jamás a los revolucionarios, y mucho menos a los revolucionarios que luchan por su patria, por su pueblo, por los trabajadores, por los explotados, por los oprimidos; mucho menos jamás a los revolucionarios marxistas-leninistas!

La Junta Militar es fascista, pero no sólo es fascista por sus actos sino por sus ideas. Cuando nosotros estuvimos de visita en Chile, próximos a nuestro regreso nos llegó un librito de texto de las academias militares chilenas titulado Geopolítica, escrito por el señor Augusto Pinochet, jefe de los fascistas. Ya de regreso nosotros hojeábamos aquel libro, y veíamos con asombro que muchos de los conceptos contenidos en aquel libro eran nazi-fascistas.

En la introducción a su libro de Geopolítica dice Pinochet:

La geopolítica considera al Estado como un organismo supraindividual y como tal es un organismo vivo que se halla empeñado en una lucha constante por la existencia.

Más adelante dice:

Uno de los objetivos de la geopolítica es el de proporcionar antecedentes sobre la posible aplicación y utilización de las leyes espaciales en la política exterior del Estado y en el período de desarrollo.

Luego añade:

La geopolítica ha llegado a considerarse como la herramienta del pensamiento y de la acción política; más aún, ella debe llegar a ser la conciencia geográfica del Estado y la inspiración de los diferentes objetivos internos y externos que ésta debe alcanzar.

En la misma introducción, hablando con gran entusiasmo de un tal Haushofer, uno de los padres de esta ciencia fascista, y compartiendo enteramente su criterio, dice:

Adoptó la Ley de Ratzel acerca de la extensión territorial de los pueblos y de su lucha por espacios siempre mayores. Habló de un 'destino espacial', acuñó la muy definida expresión de 'espacio vital' y fue partidario de la conquista del espacio hacia el Este antes de la guerra con Polonia.

Estos libros de texto son los que enseñan en las academias militares de Chile, y uno de sus más señalados profesores era Augusto Pinochet Ugarte.

En estos conceptos de geopolítica, de espacios vitales, de expansiones territoriales, que son nítidamente nazis, se educan los militares chilenos.

Con estricta justicia, no podemos decir que todos los oficiales chilenos son fascistas. Tenemos el ejemplo del general Prats, del general Pickering, del general Sepúlveda Esqueda, que hicieron grandes esfuerzos por mantener a los institutos armados dentro de la lealtad al gobierno constitucional y dentro de la ley. Desde luego, una mayoría de oficiales fascistas los hicieron saltar prácticamente de sus mandos.

Para que se tenga una idea de cómo operan las clases reaccionarias, baste recordar aquel episodio cuando la derecha, con su prensa, con sus órganos de divulgación masiva, sembrando incesante veneno, armando ideológicamente a los golpistas, movilizando a los reaccionarios, organizó nada menos que una manifestación de señoras de coroneles y generales para que fueran a la casa del general Prats para exigirle la renuncia del Ministerio de Defensa.

Esa mayoría fascista en la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, promovió la renuncia de estos tres generales. Y desde luego, esas renunciaciones desgraciadamente facilitaron el camino del fascismo...

Con el golpe fascista las Fuerzas Armadas chilenas han sellado su destino. Se desenmascararon totalmente. Ahí se pudo ver su

“apoliticismo”, su “constitucionalismo”. Lo mantuvieron mientras los intereses de las clases dominantes no estaban amenazados. Pero cuando vieron en peligro los intereses de esa clase, abandonaron el apoliticismo supuesto, el institucionalismo, y se pusieron del lado de los reaccionarios, se pusieron del lado de los explotadores contra el pueblo.

¡Entre el pueblo chileno, es decir, entre lo mejor del pueblo chileno—sus obreros, sus campesinos, sus juventudes combativas—y las Fuerzas Armadas chilenas se abre hoy un profundo e insalvable abismo! ¡Ese abismo es el mar de sangre de obreros, de campesinos, de estudiantes y de revolucionarios fusilados, masacrados y asesinados por las hordas fascistas!

¡Entre las Fuerzas Armadas fascistas y el pueblo chileno se abre la sangre insalvable de Salvador Allende y de los hombres que murieron junto a él aquel día!

¡Y hay que decirlo sin temor y sin miedo! ¡Porque el pueblo tendrá que enfrentarse al fascismo, y se enfrentará al fascismo!

Pero la Junta Militar no sólo es fascista por sus ideas; lo es también por sus actos. Y los cables nos han traído noticias de fusilamientos masivos de obreros, de bombardeos a universidades, de quema de libros, de campos de concentración, de atroces actos de terrorismo contra las masas y contra el pueblo. Nos traen noticias de la ilegalización de los partidos políticos, de la disolución de las organizaciones obreras, y nos traen noticias de vejaciones, de crímenes de todo tipo.

Los fascistas no sólo asesinan y matan, sino que en los registros de las comunas y de las universidades y de las casas de los revolucionarios, saquean despiadadamente, se roban cuantos objetos encuentran a su paso, se comportan como vedaderos bandidos sedientos de sangre y de dinero.

En el día de hoy llegó la noticia de que el secretario general del Partido Comunista fue arrestado por los esbirros de la Junta Fascista. Ya sabemos lo que eso significa; sin la menor duda, que a estas horas el dirigente comunista Luis Corvalán está siendo sometido a las más atroces torturas por los fascistas, y que su vida está en peligro.

Es necesario levantar un poderoso movimiento internacional para pedir el respeto de la vida de Luis Corvalán, para pedir la integridad física de Luis Corvalán y de todos los revolucionarios, combatientes de fila o dirigentes, de hombres y mujeres sencillos del pueblo que, en número de decenas de miles, están en los campos de concentración creados por el fascismo.

Y todos estos hechos: fusilamientos de obreros, disolución de partidos, quemas de libros, violaciones de las leyes internacionales, ataques a embajadas, ataques a barcos indefensos, campos de concentración, son expresión pura de fascismo.

Pero entre la década del treinta y la del setenta han transcurrido cuarenta años, y no estamos como en los tiempos en que Hitler y Mussolini comenzaron sus andanzas por el mundo, porque hoy hay una conciencia universal, mucho más profunda, una humanidad mucho más avanzada y mucho más progresista, que repudia con toda su alma estos hechos vandálicos.

Y los únicos que se creen que estamos todavía en la década del treinta son esos estúpidos, ignorantes, cretinos, militarotes chilenos que escenificaron el golpe de Estado. Ellos no saben todavía siquiera el mundo en que vivimos.

Cuando nosotros estuvimos en Chile pudimos ya vislumbrar el ascenso del espíritu fascista frente al movimiento revolucionario en el seno de la sociedad chilena. Y al despedirnos, el 2 de diciembre de 1971, del pueblo chileno, le decíamos:

Hemos aprendido una cosa, hemos apreciado una comprobación más de la ley de la historia: hemos visto el fascismo en acción; y hemos podido comprobar un principio contemporáneo: que la desesperación de los reaccionarios, la desesperación de los explotadores en el mundo de hoy —como ya se ha conocido nítidamente por experiencia histórica— tiende hacia las formas más brutales y más bárbaras de violencia y de reacción.

Y todos conocen la historia del fascismo en diversos países, en los países que fueron la cuna de ese movimiento; cómo surgieron, y cómo los privilegiados, los explotadores, cuando aún sus propias instituciones inventadas y creadas por ellos para mantener el dominio de clase no les sirven, las destruyen ellos mismos. Inventan una legalidad, inventan una constitución, inventan un parlamento. Cuando digo ‘inventan una constitución’ digo: inventan una constitución burguesa, porque las revoluciones socialistas establecen sus propias constituciones y sus propias formas de democracia.

Pero, ¿qué hacen los explotadores cuando sus propias instituciones ya no les garantizan el dominio? ¿Cuál es su reacción cuando los mecanismos con que han contado históricamente para mantener su dominio les fracasan, les fallan? Sencillamen-

te los destruyen. No hay nada más anticonstitucional, más anti-legal, más antiparlamentario y más represivo y más violento y más criminal que el fascismo.

El fascismo en su violencia liquida todo, arremete contra las universidades, las clausura y las aplasta; arremete contra los intelectuales, los reprime y los persigue; arremete contra los partidos políticos; arremete contra las organizaciones sindicales; arremete contra todas las organizaciones de masas y las organizaciones culturales. De manera que nada hay más violento ni más retrógrado ni más ilegal que el fascismo.

Y eso que dijimos entonces, desgraciadamente, es lo que sabemos que en estos días ha estado ocurriendo en Chile.

Destacados artistas populares han sido asesinados. Y uno de los cables trae la noticia de que un grupo folklórico completo fue fusilado por los fascistas.

El imperialismo trata de rehuir su complicidad y su responsabilidad en el golpe fascista. El imperialismo es todo un sistema económico, social, político y cultural, destinado a la opresión de los pueblos, y el imperialismo ha tratado de crear en la América Latina todas las condiciones para impedir el advenimiento del movimiento popular, y en Chile conspiró desde antes del triunfo de la Unidad Popular, movilizó millones de dólares, entregándoselos a los partidos burgueses, para tratar de aplastar a la Unidad Popular. Y más de una elección la ganó mediante el soborno, mediante el empleo de sumas masivas de dinero, mediante mentiras, mediante campañas de terror y de calumnias.

El imperialismo trató de corromper al pueblo chileno. Los monopolios trataron de corromper a los obreros de sus minas; apoyándose en los altos precios del cobre y sus enormes ganancias, abonaban salarios incomparablemente superiores al resto de los obreros chilenos. El imperialismo no cesó de conspirar un solo instante contra el gobierno de la Unidad Popular. Y está bien claro que mientras bloqueaba a Chile todos los créditos económicos, el Pentágono mantenía magníficas relaciones con las Fuerzas Armadas chilenas. Una gran parte de esos oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas ha sido educada en academias imperialistas. Y mientras se le negaba a Chile todo crédito, algunas semanas antes del golpe de Estado, el señor Nixon concedió un crédito de diez millones de dólares a las Fuerzas Armadas chilenas para adquirir armas.

El imperialismo mantenía un juego descarado, separando al gobierno de las Fuerzas Armadas, bloqueando a aquél y apoyando a éstas.

El imperialismo ha creado instrumentos como la DEA, la Junta Interamericana de Defensa, las maniobras navales conjuntas. Todas estas instituciones ha creado el imperialismo para conspirar y para realizar la contrarrevolución en este continente.

Y el gobierno de la Unidad Popular no pudo siquiera impedir, no pudo siquiera prohibir que la Marina chilena siguiera realizando maniobras conjuntas con la Marina de Estados Unidos.

Y el día del golpe, precisamente el 11 de septiembre, los barcos de guerra norteamericanos estaban frente a Valparaíso. Ese día comenzaban maniobras entre la escuadra chilena y la escuadra yanqui. Y los barcos de la escuadra chilena se hicieron a la mar aparentemente, y a las pocas horas volvieron a Valparaíso para encabezar el alzamiento.

El golpe de Estado, de hecho, se venía desarrollando desde hacía muchos días.

Como señalaba Beatriz que le dijo el presidente, al amparo de la llamada Ley de Control de Armas las Fuerzas Armadas venían realizando grandes despliegues de tropas contra las fábricas, contra los centros obreros, contra las oficinas de los partidos populares. En las últimas semanas del gobierno de Allende los grupos fascistas de Patria y Libertad realizaban decenas de atentados terroristas diariamente, y cometían crímenes de todos tipos; la prensa reaccionaria, el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano —que tiene una gran responsabilidad histórica en los hechos que acaban de suceder— alentaban incesantemente el golpe de Estado.

Cuando se escriba la historia de estos acontecimientos, habrá que señalar nítidamente la responsabilidad que tienen Frei y comparsa, Frei y toda la camarilla derechista de la dirigencia Demócrata Cristiana; la responsabilidad que tiene la prensa reaccionaria en todos estos hechos; la responsabilidad que tienen el Partido Nacional, el Poder Judicial y el parlamento, en los sucesos que han tenido lugar en Chile, porque ellos tendrán que saldar esa responsabilidad con el pueblo chileno.

De los hechos ocurridos, los revolucionarios tenemos que sacar nuestras conclusiones. Está claro que el imperialismo se mueve, que

el imperialismo lleva a cabo una ofensiva estratégica en América Latina, en complicidad con Brasil. Primero fue el golpe de Estado en Bolivia, después fue el golpe de Estado en Uruguay, y ahora el golpe de Estado en Chile.

Hace diez años, al menos las burguesías y el imperialismo se defendían con otros procedimientos: se defendían con el Parlamento, se defendían con las constituciones burguesas. Uruguay y Chile eran considerados como modelos de países legalistas, modelos de países constitucionalistas. Y las propias burguesías, el propio imperialismo, han echado abajo las constituciones y las formas democráticas burguesas en Uruguay y en Chile, y esos países hoy —junto con Brasil— constituyen el conglomerado de países reaccionarios al servicio del imperialismo en América del Sur.

Ese movimiento, esa ofensiva se dirige contra el movimiento popular en Argentina, para intimidarlo en primer lugar y para aplastarlo en segundo lugar. Pero ese movimiento se dirige también, muy especialmente, contra el gobierno de la Fuerza Armada de Perú.

El imperialismo, al tomar el poder en Chile en forma desembozada, con un régimen fascista, amenaza por el oeste a la Argentina y amenaza por el sur a Perú. Pero, sobre todo, con el golpe militar de Chile el imperialismo pretende crear el antídoto del movimiento de la Fuerza Armada en Perú.

El Ejército peruano, al revés que el Ejército chileno, viabilizó el ingreso en las escuelas militares de hombres procedentes de las filas humildes del pueblo, y la composición clasista del Ejército peruano es diferente a la composición del Ejército chileno. Estas circunstancias facilitaron la tarea de algunos jefes y oficiales prominentes que, encabezados por el general Velasco Alvarado, condujeron a las Fuerzas Armadas peruanas a la unión con el pueblo, las llevaron a posiciones progresistas, a posiciones antioligárquicas, a posiciones populares. Y no hay duda de que el ejemplo de Perú repercutió ampliamente en la América Latina.

Y el imperialismo, frente al ejemplo de las Fuerzas Armadas peruanas, quiere poner el ejemplo de las Fuerzas Armadas chilenas.

No hay duda de que estas amenazas se dirigen abiertamente, repito, contra el pueblo argentino y contra el pueblo peruano.

A nosotros en estos instantes no nos importan las diferencias de ideologías o de matices entre los movimientos en Argentina y en Perú y la Revolución Cubana.

Nuestra Revolución es, sin duda, la más sólida de este continente. El Gobierno Revolucionario de Cuba es, sin duda, el gobierno más sólido en este continente.

Nuestro pueblo es el pueblo más unido de este continente, porque después de la desaparición de la explotación del hombre por el hombre en este país se creó de verdad la unidad del pueblo, una unidad sólida e indestructible. Este país no tiene los problemas que tienen otros pueblos hermanos de América Latina porque los explotadores han desaparecido de la faz de nuestra tierra, ¡y para siempre!

Aquí la reacción y el fascismo sí que no tienen nada en absoluto. Nuestras Fuerzas Armadas son nuestro pueblo armado.

Nuestras masas están organizadas y tienen la dirección de un partido marxista-leninista.

Hay algunos que se asustan de oír mencionar la palabra marxismo. También aquí, al principio de la Revolución, mucha gente se asustaba, porque ésa es la cultura que el imperialismo le ha inculcado y los prejuicios que ha sembrado en las masas latinoamericanas. Pero afortunadamente ya nadie se asusta de oír hablar aquí de marxismo-leninismo. Ya nadie se asusta de oír hablar de socialismo. Ya nadie se asusta de oír hablar de comunismo. Y marxismo-leninismo, socialismo, quieren decir definición política; definición política bien clara y precisa. Es tener una ciencia política a la disposición del pueblo, es tener una guía, es tener un norte, es tener una brújula, es saber qué pasos hay que dar por la senda revolucionaria.

Es precisamente esta característica sin paños tibios, estas definiciones completas las que hacen sólida y fuerte a la Revolución Cubana. Es eso lo que la ha hecho resistir al imperialismo yanqui. Que ya llevamos una larga lucha con el imperialismo de unos cuantos años, sin importarnos los años que tengamos que luchar todavía.

El imperialismo conoce a la Revolución Cubana y sabe que contra ella se estrellaron todas sus artimañas y todas sus triquiñuelas y todos sus planes y todas sus ofensivas.

Y desde luego que ahora ya no se discute si la Revolución Cubana va a sobrevivir o no. Se discute si va a sobrevivir o no la revolución latinoamericana. Eso es lo que se discute.

Y el imperialismo está empeñado ahora no en aplastar la Revolución Cubana, que luce algo difícil de aplastar a estas horas; trata de aplastar la revolución latinoamericana, aplastar el movimiento en Bolivia, aplastar el movimiento obrero en Uruguay, ilegalizar los partidos de izquierda, disolver las organizaciones sindicales, ins-

taurar el fascismo, destruir el movimiento popular chileno, liquidar los partidos, las organizaciones obreras, aunque tenga que acudir a las formas más retrógradas de gobierno.

Y ahora tratarán de golpear el movimiento argentino. No es un movimiento por el socialismo, no es un movimiento marxista. Todavía no han llegado tan lejos. Es un movimiento progresista, es un movimiento popular, es un movimiento que tiene propósitos de luchar por la soberanía nacional. Hasta hace unos años el gobierno argentino era un lacayo servil del imperialismo yanqui. Y hoy no existe esa situación...

Y una lección que hay que sacar de este ejemplo chileno es que con pueblo sólo no se hace la revolución: ¡hacen falta también las armas! Y que con armas sólo no se puede hacer la revolución: ¡hace falta también el pueblo!

Hemos hecho estas consideraciones para esclarecer a nuestro pueblo sobre la situación general en este continente.

Algunas agencias cablegráficas batían palmas hasta romperse las manos por el golpe militar chileno, y decían que ahora esta tendencia de acercamiento hacia Cuba, de apertura de relaciones diplomáticas, quedaba interrumpida.

Digamos: no vamos a negar que estos acontecimientos pueden asustar a alguna gente. Desgraciadamente hay alguna gente que se asusta. ¡Todos no son como el presidente Allende, todos no son como los defensores de Palacio, todos no son como los tripulantes del Playa Larga. Y uno de los primeros efectos de estos golpes imperialistas es poner nerviosa a alguna gente. Eso es indiscutible. ¡Pero pondrán nervioso a cualquiera menos a la Revolución Cubana!

Las relaciones de la Revolución se amplían a pesar de eso, y seguirán ampliándose a pesar de eso...

De modo que para nosotros en el caso chileno lo que nos duele no es que un país rompa relaciones con nosotros: a nosotros nos honra la ruptura de relaciones con Chile —es un honor para nosotros—, porque las relaciones con ese régimen fascista habrían sido deshonorosas.

Ya ustedes ven como los fascistas se llevaron una gran sorpresa ante la reacción mundial, la repulsa mundial, la condenación mundial. Dirigentes y estadistas de todas las corrientes políticas han condenado el golpe fascista, en todos los continentes; y por supuesto, la Unión Soviética y muchos países del campo socialista rompieron inmediatamente sus relaciones diplomáticas con el régimen fascista .

A nosotros nos duelen los acontecimientos chilenos por el golpe que ha sufrido el pueblo chileno, y por la lucha dura y cruenta que el pueblo chileno tendrá que librar...

En cuanto a nuestras relaciones con el pueblo chileno, nosotros no tenemos ninguna duda de que el pueblo chileno luchará contra el fascismo. Conocemos al pueblo chileno. Hemos estado entre sus obreros, entre sus campesinos, entre sus estudiantes, y nunca podremos olvidar el espíritu del pueblo chileno: su entusiasmo, su patriotismo, su fervor revolucionario, su actitud. No podremos olvidar a los obreros, a los campesinos, desde los obreros agrícolas de Magallanes hasta los mineros del norte; a los obreros de las minas de carbón, a los obreros de las industrias, a la juventud chilena, a los combatientes chilenos, a los revolucionarios chilenos.

Y nosotros tenemos la absoluta seguridad de que sabrán enfrentarse al fascismo. Nosotros tenemos la absoluta seguridad de que el 11 de septiembre se inició una contienda que sólo terminará con la victoria del pueblo. No será inmediata. Nadie puede esperar milagros en la situación chilena. El pueblo ha sido duramente golpeado; los partidos, las organizaciones, tendrán que recobrase del zarpazo fascista. Sin duda de ninguna clase que la lucha del pueblo chileno tendrá que ser una lucha prolongada. Sin duda que los revolucionarios chilenos reaccionarán, se organizarán y se enfrentarán sin tregua al fascismo.

Los revolucionarios chilenos saben que ya no hay ninguna otra alternativa que la lucha armada revolucionaria.

Ensayaron los caminos electorales, ensayaron los caminos pacíficos, y los imperialistas y los reaccionarios cambiaron las reglas del juego. Destruyeron la Constitución, destruyeron las leyes, destruyeron el Parlamento, lo destruyeron todo, y de esa situación no podrán salir. Ya no podrán gobernar a Chile más que por la fuerza; ya no podrán gobernar a Chile más que mediante instituciones fascistas, y eso, desde luego, tiene sus límites.

Los fascistas dicen ahora que van a reconstruir la economía. Incluso hacen cosas ridículas: convocaron a las señoras de los coroneles y de los generales para que dieran unas cuantas joyas para reconstruir la economía chilena. ¿Quién va a creer ese cuento de caminos? Todos sabemos que los fascistas querrán desarrollar la economía capitalista y burguesa de Chile sobre la espalda y la sangre de los trabajadores chilenos. Todos sabemos bien que no es con las joyitas de sus señoras con lo que ellos están pensando reconstruir la economía chilena, sino con la sangre y el sudor de los obreros chilenos.

El imperialismo seguramente ahora a través del Banco Mundial y otras instituciones les dará crédito enseguida y tratará de armar hasta los dientes a los fascistas. Los fascistas dicen que “reina el orden en el país”. Y nosotros nos recordábamos del 10 de marzo: también después del 10 de marzo “reinó el orden” en el país, ¡hasta un día “reinó el orden” en el país! Y todos sabemos que el 10 de marzo precipitó la revolución en Cuba, como sabemos que el 11 de septiembre precipitará y profundizará la revolución en Chile.

¡Ah!, pero el 10 de marzo no fue un golpe contra un gobierno popular: fue un golpe contra un gobierno corrompido y, por supuesto, contra el pueblo. El 11 de septiembre fue un golpe contra un gobierno popular y contra un gobierno leal al pueblo, contra un gobierno limpio. Ésa es la gran diferencia y la gran ventaja que tiene el pueblo chileno sobre el pueblo cubano, el 11 de septiembre sobre el 10 de marzo. El pueblo chileno conoció un gobierno popular que luchó por el socialismo, que nacionalizó el cobre y que hizo leyes y tomó medidas, las que pudo hacer y las que pudo tomar, en favor del pueblo. Y el 10 de marzo no había ningún gobierno popular, ni se había nacionalizado nada, ni se había hecho ninguna ley, ninguna medida a favor del pueblo. Parecía mucho más distante la revolución en Cuba el 10 de marzo de 1952 de lo que puede parecer distante la revolución en Chile el 11 de septiembre de 1973.

Nosotros no teníamos ninguna bandera, pero a Chile le ha quedado una gran bandera, una extraordinaria bandera, una extraordinaria figura: ¡la bandera y la figura inmortal del presidente Allende!

El presidente Allende ha entregado a su pueblo el más alto ejemplo de heroísmo que se pueda ofrecer. Y es imposible que cada chileno honesto, cada chileno digno, no sienta hervir su sangre, no sienta arder la más profunda indignación ante los hechos que han ocurrido en su país y ante el ejemplo del presidente Allende, ante el ejemplo de los combatientes que cayeron junto a él.

¡El presidente Allende ha sintetizado lo mejor del patriotismo, del valor, del honor y del espíritu combativo del pueblo chileno!

Los cubanos no tuvimos esa bandera extraordinaria el 10 de marzo.

Los fascistas dicen que hay paz en Chile después del 11 de septiembre. Pero si hubo un 11 de septiembre, como en Cuba hubo un 10 de marzo, ¡en Chile habrá también un 26 de Julio y en Chile habrá también un Primero de Enero!

Cuando nosotros llegábamos aquí y contemplábamos esta impresionante, gigantesca multitud, cuando escuchábamos el himno de Chile y el himno de Cuba, cuando un millón de personas eran capaces de guardar un silencio absoluto en memoria del presidente Allende, en esos instantes de emoción, de profundo cariño y de respeto hacia el pueblo chileno, pensábamos que también algún día ellos reunirán multitudes como ésta en un pueblo sin explotadores ni explotados, en un pueblo en que Fuerzas Armadas y pueblo sean una misma cosa, en un pueblo también armado como nosotros, en un pueblo también unido como nosotros, en un pueblo organizado como nosotros y con un nivel de cultura política como el pueblo cubano de hoy, sin latifundistas, sin esbirros, sin explotadores de ninguna índole, sin fascistas, sin prensa burguesa, sin un solo radio, sin un solo medio masivo de divulgación que no esté en manos del pueblo; en un Chile sin Parlamento burgués, sin pacto de Río de Janeiro, sin maniobras conjuntas, y teníamos la convicción de que el pueblo chileno lo logrará, por su espíritu revolucionario, por sus virtudes cívicas, por su entusiasmo, por su calidad humana, por su valor; estábamos seguros de que de la misma forma que lo ha logrado el pueblo cubano lo logrará también el pueblo chileno, y además porque representamos la causa justa, la causa del porvenir, la causa de la liberación de los pueblos, porque las fuerzas progresistas se desarrollan y crecen en todo el mundo y el imperialismo declina.

Nosotros vimos declinar el imperialismo en este continente, nosotros iniciamos el declinar del imperialismo en este continente. ¡Y nuestros pueblos verán el fin del imperialismo en este continente!

Y nuestro pueblo será solidario con el pueblo de Chile, y le dará toda la ayuda que esté al alcance de sus manos, en todos los terrenos.

Y si un día fuimos capaces de arrancarnos el azúcar de nuestra cuota para dársela al pueblo chileno, ¡estaremos dispuestos a arrancarla hasta el corazón por ayudar a la revolución chilena!

Nosotros tuvimos fe, tuvimos confianza en el presidente Allende. Todo nuestro pueblo confió en él. Todo nuestro pueblo estaba íntimamente convencido de su integridad, de su valor, de que sabría morir defendiendo su puesto. ¡Y el presidente Allende no le falló a su pueblo chileno, no le falló a su pueblo cubano!

¡Del mismo modo, el pueblo chileno no le fallará al presidente Allende! ¡Los revolucionarios chilenos no le fallarán al presidente Allende! ¡Y sobre todo, escucharán sus llamados a la unión más estrecha para llevar adelante la lucha libertadora!

¡Y el pueblo cubano no le fallará a su amigo leal, a su amigo heroico, a su compañero, a su hermano de lucha, el presidente Allende!

¡Gloria eterna a Salvador Allende junto al Che, junto a Martí, Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Morelos, Hidalgo, Juárez y todos los grandes hombres que consagraron sus vidas a la libertad de este continente!

¡El pueblo chileno aplastará al fascismo!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

MENSAJE DE DESPEDIDA, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

SALVADOR ALLENDE

Ésta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes.

La Fuerza Aérea ha bombardeado las antenas de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero, que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno y que también se ha autodenominado director general de Carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengan la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia; que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, espero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les señalara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños; me dirijo a

los profesionales patriotas, a los que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios clasistas que defendieron también las ventajas de una sociedad capitalista. Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, que entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas volando puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos.

La historia los juzgará.

Seguramente, Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo, que será el de un hombre digno que fue leal con la patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse avasallar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Éstas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.